



La
OSCURA
LUZ *del* SOL
de
MEDIANOCHE

Cecilia Ekbäck



Lectulandia

Suecia 1855. El Ministro de justicia recibe un mensaje aterrador. Ha habido una masacre en una montaña de la Laponia. Uno de los nómadas Sami, los nativos de la región, aparentemente ha asesinado a sangre fría a un sacerdote, a un oficial y a un colono en su rectoría. El asesino se encuentra bajo custodia, pero no está dispuesto a contar nada. El Ministro envía a la zona a su yerno, un geólogo, con la tarea de investigar lo acontecido. Pero hay otros motivos por los cuales visitar Blackasen, una montaña que esconde muchos secretos, una montaña rica en depósitos minerales que nunca han sido explotados. Pero Magnus no viajará solo. La hija del Ministro, una mujer caprichosa caída en desgracia le acompañará.

De ese modo, Magnus y Lovisa comienzan su aventura, un viaje que les llevará de la tranquila Estocolmo a los salvajes paisajes del norte de Suecia, bajo la extraña y cautivadora luz de sol de medianoche.

Aquí, descubrirán la aterradora verdad relacionada con los asesinatos y las mentiras que se esconden detrás de los mismos, tan solo comparables con lo que terminarán por descubrir de ellos mismos. Para Lovia y Magnus, así como para los habitantes de Blackasen, nada volverá a ser igual que antes.

Lectulandia

Cecilia Ekbäck

La oscura luz del sol de medianoche

ePub r1.0
Titivillus 31.08.17

Título original: *In the Month of the Midnight Sun*

Cecilia Ekbäck, 2016

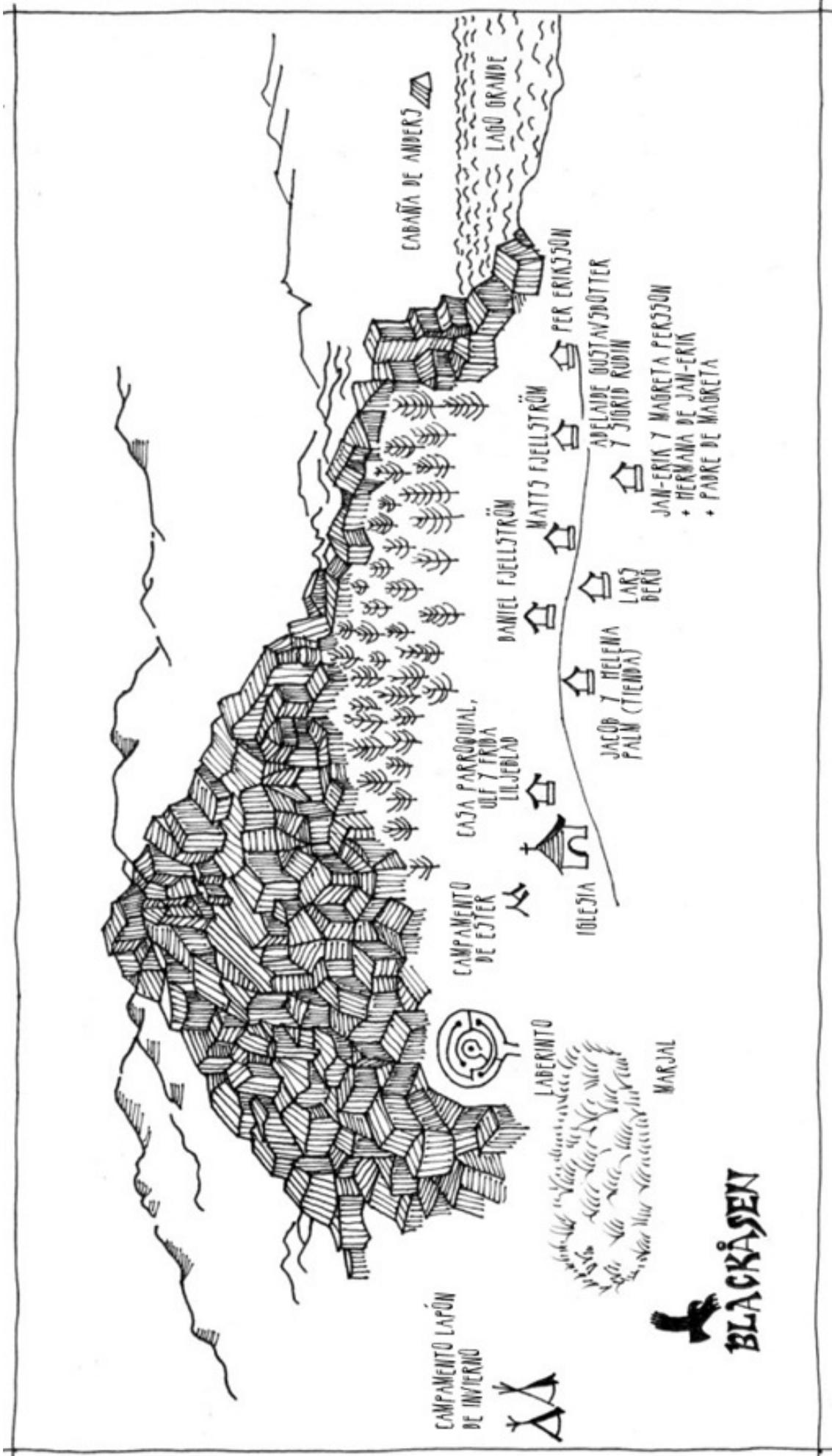
Traducción: Julia Osuna Aguilar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Sam Bennett y Oonah McFarlane Wells
—en su momento, casi totales desconocidos para mí—,
por impedir que me hundiera en una época difícil
y demostrarme un amor y una compasión inmensos
al enseñarme a dibujar por mí misma
un nuevo mapa de vida.



BLACKÅSEN

Magnus Stille, consejero del Bergskollegium,
Instituto de Minas de Suecia.
Fragmento de un relato de viaje a Laponia en 1856
(auspiciado por Karl Rosenblad, ministro de Justicia)

EN ESTOCOLMO

Karl Rosenblad: ministro de Justicia

Ingeborg Rosenblad: su esposa

Lovisa Rosenblad: su hija

Gabriel Mårtensson: trabaja para Magnus en el Bergskollegium

Isabella Stille: esposa de Magnus

Harriet, Peter, Ellen: sus hijos

Gente a la que conoce:

A BORDO DEL VAPOR

Hans Rexius: sacerdote destinado a la frontera noruega

Fredrik Wetterlund: sacerdote destinado a la frontera noruega

Lars (apellido desconocido): alcaide de la cárcel del condado

EN LULEÅ

Gunnar Cronstedt: gobernador del condado

Frans Svensson: delegado regional del Bergskollegium

EN LOS RÁPIDOS DEL TANA

Ove y Anna-Maria Edgren: granjeros de los rápidos del Tana

EN EL «PUEBLO»

Axel Bring: sacerdote

ALDEA DE BLACKÅSEN

(Añado entre paréntesis los apelativos lapones que usa Ester).

Adelaide Gustavsdotter (Santa): nacida en Blackåsen. Líder de una secta religiosa separatista (abandonó la Iglesia estatal)

Ulf Liljeblad (Párroco): nacido en Blackåsen. Estudió en Uppsala. Fallecido: una de las víctimas

Frida (Párroca): originaria de Uppsala. Llegó a Blackåsen en 1835
Jan-Erik Persson (Guarda): nacido en Blackåsen. Estudió en Uppsala. Fallecido:
una de las víctimas
Magreta Persson (Guardesa): nacida en Blackåsen
Su padre (Ciego): nacido en Blackåsen
Lisa (Hermana Guardesa): nacida en Blackåsen. Criada de la casa parroquial
Rune Dahlbom: nacido en Blackåsen. Estudió en la escuela de minas de Falun.
Trabajó como químico en Estocolmo. Fallecido: una de las víctimas
Matts Fjellström (Cazador): nacido en Blackåsen. Granjero
Daniel Fjellström (Barbalarga): nacido en Blackåsen. Hermano de Matts.
Granjero
Susanna Rudin (Cantarina): nacida en Blackåsen. Fallecida en 1840. Suicida
Sigrid Rudin (Niña Aldea): nacida en Blackåsen. Hija de Susanna. Vive con
Adelaide
Per Eriksson (Centinela): nacido en Blackåsen. Estuvo en la cárcel por matar a su
padre. Volvió y fue nombrado centinela de la aldea
Anders (Solitario): nacido en Blackåsen. Ermitaño. Vive al otro lado del lago
Jacob Palm (Mercader): nacido en Estocolmo. Llegó a Blackåsen en 1845
Helena Palm: su mujer
Gigante: ¿Oriundo de Estocolmo?

TRIBU SAMI

(*Nombres suecos entre paréntesis*).

Biijá (Ester): una de las ancianas de la tribu sami
Nila (Nils): marido de Biijá, fallecido, antiguo *noiade* de la tribu
Dávvet: posible nuevo jefe de la tribu
Livli: repudiada por tener un romance con Dávvet siendo este joven
Suonjar, Innga, Aili, Beahkká: mujeres de la tribu

Glosario

sita: tribu sami
kåta: tienda sami
joik: estilo de canto tradicional sami
rievsak: perdiz blanca
akja: trineo
noiade: chamán sami

Las tribus nómadas sami cuentan ocho estaciones: PRIMAVERA TEMPRANA (marzo-

abril), PRIMAVERA (mayo-junio), VERANO TEMPRANO (junio), VERANO (julio-agosto), VERANO TARDÍO (agosto), OTOÑO (septiembre-octubre), OTOÑO TARDÍO (noviembre), INVIERNO (diciembre-marzo) (Fuente: Ernst Manker, *People of Eight Seasons*, Wahlström & Widstrand, 1972).

PRIMERA PARTE



Blackåsen, primavera de 1856

Con la muerte, algo se va. La vida, claro, pero también algo físico. ¿Por qué, si no, habría de reducirse de esa manera el volumen de una persona? El pecho se hunde, los brazos se arrugan, las piernas se acortan... La piel se afloja y el paladar se ennegrece. No queda, es evidente, más que la cáscara seca de un fruto.

Cuando resucite, Jesús regresará para despertar a los creyentes. ¿Qué hará si ve que no están enteros?

Es lo primero que pienso cuando veo el cuerpo muerto de Nila.

Y después me pregunto cuándo envejeció de esa manera.

Lo enterramos a la antigua. A ninguno se nos ocurre sugerir que confinemos a dos metros bajo tierra al hombre que fue nuestro jefe; ni siquiera Suonjar insinúa que lo llevemos a la aldea para que descanse en tierra sagrada. Nuestros dedos trabajan con una cadencia olvidada; envolvemos su cuerpo en corteza, la madera seca contra nuestras manos, suave como el agua y tosca como la roca. Lo tendemos en su trineo y lo colocamos en un tronco hueco sobre el suelo.

Después nos quedamos en silencio, de pie. De buenas a primeras, mi pecho vuelve en sí y se me corta la respiración. Me abalanzo hacia delante, pero unas manos me agarran por los codos y se me interponen varios cuerpos. Tengo que morderme los carrillos por dentro para no gritar y zafarme. Porque la *sita* somos todos una misma persona. De modo que ni forcejeo ni me desgañito, e imagino que me elevo, subiendo arriba, arriba, hasta desaparecer, y finjo que no es mi cuerpo el que rozan.

Estoy en mi *kåta*. Hago fuego pese al calor y apesto a sudor acre al cabo de un rato. Me quedo mirando las delgadas llamas mientras aguardo a que me encuentre el duelo, pero me siento tan vacía como el cuenco de madera que tengo a mis pies. En el exterior la *sita* está en silencio, esperando a que lllore a mi marido. Es hora ya de abandonar nuestro campamento de primavera y seguir camino: la nieve ha desaparecido y las manadas de renos han partido rumbo a las altas cumbres, seguidas y custodiadas por un puñado de los nuestros. Sí, pronto se nos echará encima el verano temprano, con sus mosquitos y sus tábanos, y seguimos atrapados en tierra de paso, primero por culpa de Nila y ahora por mí. Sin embargo, en mi *kåta*, y dentro de mí, aún nada de nada.

Mi madre me dijo una vez que la *sita* era un castillo, y yo me imaginé unos muros gruesos, una seguridad interior. Pero no lo dijo con cara muy alegre: supongo que los

muros pueden tener distintos fines.

A primera hora de la mañana del cuarto día, antes de que los demás se despierten, guardo mi piel de reno, mi pote y, tras dudarlo, mi taza de loza. Echo también tasajo de reno, café, queso. En el zurrón llevo el cuchillo, el afilador, pedernal, corteza de abedul, una cuchara y un peine. Les dolerá cuando descubran que me he ido, pero acabarán haciéndose a la idea. «A errar —dirán—. Biijá se ha ido a errar». En cuanto salgo, un perro gañe. Señalo el suelo con mi bastón y el animal se echa bocabajo, hociendo la tierra, y se queda siguiéndome solo con los ojos.

Mis pies me llevan de vuelta a la senda Pata de Cuervo, esta vez pendiente abajo. Prosiguen un tiempo por la vera del río hasta que, en cierto momento, lo atraviesan —yo, mientras, tambaleándome sobre las piedras mojadas y apoyándome en el cayado— y me encaminan hacia el interior del valle. Los olores a pino joven y a viento altanero de verano me recuerdan al viaje que hicimos Nila y yo después de casarnos: el entusiasmo y la curiosidad por el otro, la libertad de un futuro aún por revelarse. Anochece en azul claro y sin estrellas. No estoy cansada, de modo que sigo caminando. Cuando el cuco me avisa de que ha llegado la mañana, me tiendo bajo una píceca, al resguardo de sus ramas. Me despierto cuando empieza a declinar el sol.

Y así prosigo: por la noche camino, por el día duermo. No como. Vivo en un sueño en el que voy adonde me llevan mis pies.

Hasta que una noche mis pies se vuelven más resueltos, y la sensación de paseo ocioso desaparece. Se apresuran ahora hacia la montaña al otro lado del valle, e intento desviarlos (dirigirlos quizá hacia los cerros pulidos de poniente o, mejor, a la costa del mar de levante), pero no quieren ni oír hablar del tema.

No se detienen hasta que no llegan a las laderas del monte Blackåsen.

Miro la montaña color ceniza. No me gusta, pero mis extremidades se niegan a moverse: es aquí donde vendrá a por mí el duelo, donde por fin me encontrará, justo aquí. Puede que tenga sentido.

Monto mi campamento en la cara sur, en un claro tapizado por una gruesa alfombra de musgo de reno, cerca de unos arbustos de enebro y un arroyo. Desde lo alto de una roca tengo vistas a la cumbre. Me quedaré aguardando a que me alcance mi propia alma. Después expurgaré los acontecimientos recientes como el que le quita las raspas a un pescado, desnudaré a cada uno por separado y me quedaré mirándolos hasta que los comprenda y pueda volver a guardarlos en mi interior, uno a uno, ordenados de algún modo u otro.

Hago un círculo de piedras para el fuego. La vejez puede suavizar a un ser —pongo una piedra, otra al lado—, sosegarlo y ablandarlo; o puede también despertarlo, distorsionar sus cualidades, de modo que lo que antes gustaba empieza a crisar y a chillar. Lo que pasa es que no esperábamos que le ocurriera a Nila.

Me viene a la mente una imagen fugaz de Nila, sus ojos muy abiertos, su barba blanca temblando al gritar: «¡Escúchame!».

La doy la espalda. Mañana... mañana pensaré en todo eso.

Esta primera noche la paso en vela, escuchando. Conozco muy bien el Blackåsen en invierno, nuestro lugar de acampada habitual no está lejos, pero nunca he estado aquí tan avanzado el año. Las altas cumbres tienen sonidos distintos. Aquí el bosque hace tic, tic y cra, cra. No hay viento alto ni se oyen los chucheos de los búhos nivales.

Me levanto de la tierra pedregosa y recompongo el cuerpo, todo aristas y dolores. De nuevo la vejez. En los últimos tiempos mi pasado ha empezado a convivir con mi día a día, y el primero cobra más vida que el segundo. Mientras hago mis tareas diarias, pienso tanto en la gente que desapareció hace mucho como en la que sigue con vida. Solíamos decir que los muertos y los vivos eran las dos caras de una misma moneda. Párroco se habría horrorizado, aunque, de todas formas, eso fue hace mucho.

—Ay, Señor, Señor... —me oigo murmurar entre la consciencia y el sueño.

En mi segunda mañana aquí aparece Mercader. No viene a verme: en cuanto repara en mi presencia, recula.

A Mercader le gusta darse aires; camina con una rigidez que a cualquiera le haría tropezarse en el bosque o rozarse el costado contra un árbol. Mercader. Jacob Palm. Tenemos nombres para todos los colonos. Está «Párroco», «Guarda», «Cazador»...

Nila los llamaba por sus nombres reales, incluso cuando hablaba conmigo: «Ulf Liljeblad», decía, o «Jan-Erik Persson», sus labios en punta como un silbato. Me reía de él a sus espaldas. Me recordaba a un crío por su empeño en pronunciarlos bien.

Es posible que los colonos también me hayan puesto un mote a mí. Pero por lo general se quedan con mi otro nombre, el que me puso Párroco tras escribirlo a tinta en su libro: Ester. Dicho en voz alta, parece una persona que inhala y exhala a la vez.

En realidad me llamo Biijá, el nombre que susurró mi madre en esa noche de otoño en la que nací, con aroma a nieve flotando en el aire y el rumiar de los renos al otro lado de la puerta de tela de la *kåta*.

Cuando lo decía Nila, la be se atenuaba en pe. «Piijá —me llamaba—. Mi Piijá».

—¿Estás viviendo aquí? —pregunta Mercader.

Ya ha caminado con sus ojos por mi cama, mi fuego, y vuelta atrás. Se enjuga la frente con un trapo.

Es posible que a los aldeanos no les haga gracia que haya venido, y que digan que tendría que haberles pedido permiso, cuando en realidad esto es tierra lapona y deberían ser ellos los que preguntasen. Pero Mercader no parece molesto. Quiere irse, mira hacia lo alto de la montaña, el cuerpo en un arco tenso.

—Bueno, pues ya nos veremos —dice.

—¿Quieres café? —le ofrezco.

—Quizás en otro momento —responde, y se marcha.

Vuelvo a sentarme en la roca y a hurgar por sus huecos con los dedos.

Mercader no llevaba ni escopeta para cazar ni nada para guardar los frutos

recolectados. Tal vez simplemente estuviera inspeccionando el terreno. Saber dónde encontrar una planta en concreto o dónde poner una trampa puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Quién sabe, a lo mejor Mercader está aprendiendo.

Me llevo las manos a las corvas y estiro las rodillas, primero una y luego la otra.

Cuando murió mi madre, la pena me golpeó de tal manera que vomité todo mi interior, y no quedó más que carne viva, recién nacida, que chillaba cuando le daba la luz fuerte.

«Es hora de repensarlo todo», me digo, pero sigo con la mente en blanco. No recuerdo nada.

Solo sé una cosa: es un alivio que mi marido haya muerto.



Cinco semanas después, Estocolmo, junio de 1856

El ministro de Justicia me da la espalda mientras mira por la ventana. La luz del exterior hace que los hombros parezcan huecos, aunque no es más que una ilusión; tiene mi misma altura y las espaldas igual de anchas que yo.

—El hombre que vino dijo que no había visto nada más horrible en su vida — dice, y se vuelve para mirarme a los ojos y asegurarse de que entiendo la gravedad de lo que acaba de contarme.

Asiento. Una matanza en un asentamiento de las montañas de Laponia, un párroco, un agente de la ley y un colono local masacrados por lapones. Eso es lo que está diciéndome: «masacrados», no «asesinados».

El ministro se sienta y me señala la silla al otro lado del escritorio.

—Es preocupante. Hace cuatro años hubo una tragedia similar en Noruega.

—Lo recuerdo, un movimiento religioso local que se acabó recurriendo a la violencia. ¿Era algo de que los lapones querían que se vetase la venta de alcohol?

—Tengo que saber qué ha pasado y por qué. ¿Ha sido solo una coincidencia o el principio de un levantamiento lapón? Por supuesto, no puedo permitirme que me vean interferir en un proceso local, ni, Dios no lo quiera, se sospeche de que dudo de la capacidad de mi estimado colega responsable de los lapones.

Al decir la última frase, frunce el ceño. Lleva peleando con el ministro de Administraciones Públicas desde que estaban en la universidad. Un asunto de faldas.

Suspira, se recuesta en la silla, junta las yemas de los dedos y levanta la vista al techo.

—Lo que más me preocupa es el acuerdo por la venta de las Gällivare-verken al que llegó el rey el año pasado. Lo que la mayoría de la gente no sabe es que la transacción aún no está cerrada y existen todavía ciertas disputas entre los suecos y los noruegos de los consorcios compradores. La escritura no está firmada y no se ha pagado nada. El rey lleva años intentando vender estas tierras. Sería la segunda vez que no saliera adelante la venta. ¡Como para encontrar otro comprador, figúrate!

Lo que me cuenta no me sorprende. Las minas del rey en Laponia, con sus tierras, sus fundiciones y sus aserraderos, bajo la denominación común de Gällivare-verken, suponen un engorro administrativo por lo demás poco rentable. La semana pasada, sin ir más lejos, leí cifras que daban fe de que, ahora mismo, es más barato explotar el hierro del centro de Suecia, llevarlo al norte y trabajarlo en las fundiciones de la región que transportar el hierro lapón del interior hasta los altos hornos de la costa, a pesar de las cortas distancias. No hay medios para atravesar la zona, y el terreno y el

clima son igual de desesperantes. Todo indica que la guerra de Crimea, aunque ya ha acabado, ha supuesto una gran merma para la economía. De hecho, estoy convencido de que estos hombres de negocios lo que quieren es el bosque, no los minerales. Si realmente han comprado las Gällivare-verken por el hierro, no me extrañaría que estuvieran arrepintiéndose de su decisión tras mirar más atentamente las propiedades.

Al levantar la vista veo que el ministro está observándome. Como siempre, ha posado la mirada en mi cicatriz; y como siempre, siendo él, no me molesta. «Es una lástima lo de la cicatriz —me ha dicho muchas veces—, aunque te da un aire interesante».

—Ha sido en el monte Blackåsen. Han llevado al asesino a Luleå, donde está pendiente de juicio. La justicia seguirá su curso. Pero tenía la esperanza de que encontraras... ¿una excusa para ir al norte? Dados los recursos minerales de la región, si un consejero del Bergskollegium quisiera indagar, no creo que nadie lo viera extraño, ¿no te parece, Magnus? Al fin y al cabo, te dedicas a buscar yacimientos minerales suecos.

—No hay problema.

El ministro me mira fijamente.

—No te quiero en Blackåsen, no hace falta. En Luleå podrán darte respuestas. El gobernador del condado acaba de afincarse allí. Tal vez puedas tener acceso al sospechoso. Pregúntale si... —Sacude la cabeza—. Tú sabrás lo que tienes que preguntarle... Y luego quiero un relato de los hechos con el que zanjar el asunto antes de que alguien lo convierta en una razón válida para cancelar la venta.

Se levanta y yo hago otro tanto.

—Zanja el asunto —me repite—. Y no le cuentes a nadie la verdadera razón de tu viaje.

Me pregunto si eso incluye que no se lo cuente a su hija, que es mi mujer.

—A nadie —insiste—. A veces esta ciudad parece un pueblo, y no quiero que el ministro de Administraciones Públicas se entere de que estamos interesados en el asunto.

Cuando me dispongo ya a salir, me reclama de nuevo:

—¿Magnus...?

Me vuelvo.

—¿Sí?

De repente, aparenta su edad: las breves arrugas en torno a los párpados se le agudizan y los pelos entre blancos y amarillos que se le enroscan por las sienes parecen sucios. Sacude la cabeza.

—Nada, Magnus, nada. Ten cuidado.

El sol ha calentado la puerta de madera del Bergskollegium que irradia calor a casi un metro de distancia. Llevamos con temperaturas altas desde mediados de mayo. No

me extrañaría que tuviéramos un brote de cólera como el verano pasado, aunque de momento nos hemos librado. La escalera de piedra del interior está a la sombra. Subo los escalones de dos en dos.

Al entrar en mi despacho, Gabriel Mårtensson, mi secretario, se pone en pie.

—¿Qué quería el ministro?

Lanzo mi sombrero a la mesa.

—Quejarse de lo malo que está.

Gabriel suelta una risotada. Sí, cuesta imaginarse enfermo al ministro de Justicia.

—Quiero ver los mapas del interior de Luleå —le pido a Gabriel—, en concreto del monte Blackåsen.

Mi secretario desaparece. Lleva en el colegio mucho más tiempo que yo. Lo heredé como secretario a mi llegada, y es un buen trabajador, muy conciencioso...

Hojeo los papeles que se han amontonado en mi mesa durante mi ausencia.

«Zanja el asunto», me ha dicho el ministro. Tengo la esperanza de no encontrar nada que zanjar o cerrar. Mi suegro está acostumbrado a abrir puertas para cerrarlas luego con un simple giro de muñeca o con una firma sobre un papel. No quiere aceptar que las cosas están cambiando, con las manifestaciones, las revueltas y las exigencias de igualdad. Ha tomado la costumbre de encogerse de hombros cada vez que alguien habla de los disidentes, un gesto rápido e irritado, como si dijera: «No podemos tener contento a todo el mundo». ¿Es posible que el desasosiego en el que vive la nación haya llegado al norte? Aparte de aquella historia de Noruega, no recuerdo haber oído que los lapones den problema alguno; son un pueblo pacífico. Ignorantes, eso sí, algunos los calificarían de apáticos, sin ambición por medrar o llevar una vida decente...

El umbral sigue vacío. Ni rastro de Gabriel. Me entusiasma la idea del viaje. Para un mineralogista, Laponia es la región más interesante de Suecia; el propio monte Blackåsen es el mayor yacimiento de la nación. Llevo mucho tiempo queriendo ir y, de hecho, no sé qué me ha retenido.

—No lo encontramos —está diciendo Gabriel antes de entrar en el despacho.

—¿El qué?

Viene con tan solo un mapa enrollado, que alisa sobre mi mesa. Es una impresión en color. Unos angelitos entrelazados forman un marco por los bordes. Gabriel sigue la línea del litoral con un dedo blanco.

—El monte Blackåsen está en la misma latitud que Luleå. —Mueve el dedo tierra adentro.

El cartógrafo ha dibujado mucho bosque, en cantidad. Hay un río, un lago, bosque, bosque y más bosque... pero ni rastro de montañas.

—¿Quién ha hecho este mapa?

—Hermelin.

Algunos terrenos de las Gällivare-verken pertenecieron antaño a Samuel Gustaf Hermelin. Sus esfuerzos como cartógrafo de la región le han valido el éxito, y sus

mapas son conocidos por su precisión.

Nos enfrascamos en el grabado. ¿Y más al norte, al oeste, al sur...? Ninguna elevación. El Blackåsen está hacia el interior de Luleå, todo el mundo lo sabe. ¿Estaré equivocándome? ¿Será más hacia Noruega? No.

—Y no hay nada más sobre el Blackåsen —comenta Gabriel—. La carpeta está vacía. —Estas últimas palabras las dice en voz más baja, como un pensamiento posterior, pero me mira, inquisitivo.

—¿Cómo es posible? —pregunto.

Todos los yacimientos se cartografían, a menudo varias veces. Por poco desarrollada que esté la región, el Bergskollegium tiene dibujos, mapas, registros de las concesiones mineras...

—¿Será que necesitaron la información cuando el rey vendió las Gällivare-verken? —Gabriel parece dudar.

—Los papeles nunca habrían salido de nuestro edificio.

Volvemos a mirar el mapa que tenemos delante.

Gabriel carraspea.

—Había rumores sobre el Blackåsen.

—¿Qué clase de rumores?

—Han pasado cosas allí... Accidentes y otro tipo de percances.

Pienso en tres muertos. Tres muertos masacrados. Sacudo la cabeza.

—Pero no tiene sentido. ¿Acaso nuestros archivos son un caos?

—No lo entiendo.

—Vuelve a mirar. Ah, y tengo que partir para Laponia cuanto antes. Resérvame un pasaje en un vapor rumbo a Luleå.

—Me voy de viaje —le digo a mi mujer, Isabella.

Hace bochorno en el comedor. Ya han despejado la mesa de los platos de la cena y mis hijas están sentadas haciendo las tareas de la escuela. La frente les reluce del sudor y el pelo se les ha rizado a su antojo. El niño parece entretenido con sus muñequitos de papel. Isabella está bordando en la mecedora, su melena rubia con la raya en medio, enroscada y sujeta por encima de la nuca. De vez en cuando empuja con el pie la pata del asiento y se mece. Tengo la impresión de que hace demasiado calor para coser, pero ¿qué sabré yo? Por lo menos entra bastante luz por las altas ventanas y puede ver la labor. El Ayuntamiento ha construido una planta de gas junto al lago Klara, de modo que pronto resplandecerán las farolas en la plaza Brukenberg, tenues bolitas amarillas flotando en el aire. Pero hasta entonces tenemos que valernos de la luz natural y de parafina. Estocolmo está cambiando. Se elevan edificios por doquier, la ciudad se está metamorfoseando en algo desconocido ante mis propios ojos.

—Ajá —dice Isabella.

—Será por poco tiempo.

—¿Te ha mandado mi padre? He sabido que has ido hoy a verlo.

El ministro tiene toda la razón: qué pequeña es Estocolmo. Al ver que no respondo, Isabella se impulsa para mecerse y vuelve la atención a la labor. No entiendo por qué el ministro no quiere que su hija lo sepa; tienen una relación muy cercana, e Isabella sabe guardar un secreto mejor que nadie. Aunque también es cierto que no hace falta contarlo todo a todo el mundo. Por lo general la gente habla demasiado.

Salgo al balcón, me palpo el bolsillo y saco la pipa. El sol se cierne en rojos y naranjas sobre el horizonte. Las aristas de los tejados convierten la ciudad en un *patchwork*. A mis pies, la plaza está vacía. El perfume de las orquídeas de Isabella impregna el aire. Las cultiva en tiestos de barro para luego prensar las flores y hacer cuadros; perfora las hojas y los pétalos con una aguja para que salga la mucosidad interior y la flor se seque. Antes no sabía que las orquídeas estuviesen rellenas de baba. En fin, por lo menos el aroma de las plantas disimula el hedor de las calles. Ojalá lloviera. Hasta el ministro parecía hoy agotado, aunque probablemente se debía más al asunto de marras. Hay unos ochocientos kilómetros hasta Luleå, pero no es tan arduo como podría parecer. Un vapor realiza el trayecto. Cuatro o cinco jornadas de travesía como mucho, según lo que haya que descargar por el camino; unos cuantos días para hablar con la gente y averiguar qué ha pasado, y luego el viaje de vuelta. Me inquieta lo de la información desaparecida. Mi personal se ha pasado buscándola en vano toda la tarde. Es evidente que no se ha traspapelado sin más, y no sé qué puede significar.

«Masacrados». Sacudo la cabeza. Dentro del piso cuya renta ha estado pagando mi suegro desde que nos casamos, los miembros de mi familia están enfrascados en sus tareas. Hay quien me considera también un hijo más del ministro. Me crie en su hogar y vivía con él ya antes de que él mismo se casara y tuviera hijos propios. Después, mucho después, me desposé con Isabella y me convertí oficialmente en miembro de la familia.

Siento una urgencia. ¿Náuseas?

No oigo bien. No puedo respirar. Las orquídeas... el olor... Me tambaleo, busco el muro de piedra con la mano, que me tiembla, y dejo caer la pipa al suelo. Por la puerta abierta, como en una neblina, veo que los niños se levantan. Isabella va tras ellos, un fantasma vestido de blanco.

—Id a darle las buenas noches a vuestro padre —dice el espíritu con la voz distorsionada.

Me cuesta horrores incorporarme antes de que lleguen los niños.

—Buenas noches, padre. —Ellen, la mayor, me da un beso en la mejilla, un picotazo fresco.

Harriet recoge la pipa del suelo, me la pone en la mano, se inclina entonces y se me agarra a la cintura con fuerza. Peter le da un puntapié a un tiesto de barro.

—Dale un beso a padre —lo insta Ellen, que tanto se parece a su madre.

Peter se acerca para que lo bese, pero no puedo agacharme, de modo que levanto la mano, que me pesa una tonelada, y la pongo sobre la cabeza de mi hijo. Me dan ganas de apoyarme encima para no caerme.

Dentro, el fantasma blanco abre la puerta del pasillo, espera a que los niños pasen y luego los sigue.

Mis pensamientos son absurdos, pero no hay duda: algo ha empezado, algo en lo que no debería inmiscuirme. Y está relacionado con lo sucedido en el monte Blackåsen.

Paso la noche en el sillón de cuero de la biblioteca, rodeado del papel pintado traído de Inglaterra, la lámpara de araña de un tamaño desproporcionado y la gruesa alfombra. Repaso con los ojos las espirales de los marcos dorados, trazo el dibujo de los medallones de terciopelo de las paredes. El olor a podredumbre que llega del exterior es abrumador. Lo noto en la boca. La manecilla del reloj de caoba avanza en la pared, un paso, y luego otro, un sonido que no me inspira quietud sino más bien amenaza. Espero la fiebre, la descomposición, el vómito. ¿Por qué no hemos hablado de qué hacer si alguien de la familia contrae el cólera? ¿Adónde ir para no infectar a los demás? ¿Nos creemos a salvo de todo?

Cuando el sol se levanta por la plaza Brunkenberg no ha habido novedades. El vahído ha tenido que deberse a no tomar suficientes líquidos. Me siento bien. Tengo que recordar beber más.

Antes de irme voy a ver a los niños. Harriet duerme bocarriba con las manos bajo la cabeza, la negra cabellera esparcida por la almohada. La cara de Peter parece sonrojada y tiene bañados en sudor el cuello arqueado y la espalda. Le aparto las colchas. Ellen está tendida de costado, con las rodillas recogidas y ambas manos bajo la mejilla. Se ha hecho una trenza y se la ha enganchado con horquillas en lo alto de la cabeza, como hace Isabella antes de acostarse. No entro en el cuarto, me detengo en el umbral. Ellen es demasiado mayor ya para que la mire. No tardará en casarse y mudarse. Pienso que voy a perder a mis niños, pero no porque se casen. La puerta del cuarto que comparto con Isabella está entornada. Salgo de casa procurando no hacer ruido.

La plaza Gustaf Adolf está a solo un paseo de la de Brunkenberg. Los rayos del sol inundan la calle empedrada. Las alcantarillas abiertas rebosan de basura, con bandadas de moscas revoloteando por encima. Alargo el paso. En la plaza los grandes edificios del palacio del príncipe heredero y del teatro real imponen su corpulencia y su palidez, con ventanas como ojos en blanco, descansando entre una noche sin duda movida y una mañana que será igual de exigente. Al otro lado del agua se levanta la mole amarilla del palacio real. Más allá, en el puerto de Blaiseholm, hay hombres descargando barcos, haciendo rodar barriles por las pasarelas de madera, acarreando

baúles y cajones.

La gente hace cola en silencio para subir al vapor. Arrastran sin más los pies hacia el barco, con los ojos entornados por el reflejo de la luz.

Una recua de caballos irrumpen en el muelle. El coche del que tira se tambalea sobre el empedrado, y reconozco el carruaje negro justo cuando el cochero del ministro se apea y corre hacia el vapor e inspecciona la cola con la mirada hasta que doy un paso al frente.

—Es el ministro, lo necesita.

—El vapor sale dentro de una hora.

El cochero sacude la cabeza y vuelve al carruaje. Al ver que no abre la portezuela, me subo a su lado en el pescante. Arrea a los animales con la fusta para que se pongan en movimiento. La gente se apresura a apartarse a derecha e izquierda para evitar los cascos de los caballos.

Reina el silencio en la casa del ministro de Justicia. Justo cuando el coche de caballos llega, se abre la puerta y sale la criada a recibirnos. Se hace a un lado en un gesto raudo y nos señala la biblioteca con la mirada. Hay alguien enfermo. Llamo.

—Pasa. —La voz del ministro—. Cierra la puerta cuando entres.

Lo encuentro de pie ante su mesa. Junto al hogar, Ingeborg, su mujer, está en el borde del sofá sujetando un pañuelo contra la cara. Al otro lado de la chimenea está Lovisa, su hija de veinte años, mi cuñada, con los ojos cerrados y oscuras llamaradas rojas en las mejillas y el cuello. Ay, no. ¿Qué habrá hecho esta vez?

Al ministro se le nota la respiración fatigosa. Un tic en el lateral izquierdo de la nariz le frunce la piel hacia arriba en tirones irregulares apenas visibles.

—Lovisa va a acompañarte —me anuncia con una voz refinada que desentona con la escena que tengo ante mí.

Largos mechones de cabello castaño yacen desperdigados a los pies de Lovisa. Hay unas tijeras sobre la mesa del ministro. Le ha cortado el pelo.

—Su identificación para viajar y su billete. —El ministro le tiende un puñado de papeles con mano temblorosa.

—Con todos mis respetos, pero lo veo imposible. —El ministro me mira fijamente, y veo cómo le late la vena de la nariz—. No sería apropiado. —Consigo cruzar la mirada con él.

—Yo se lo explicaré a Isabella —dice, aunque parece que se le haya cortado la respiración.

—Voy a Laponia... No es viaje para mujeres.

La madre de la chica emite un sonoro sollozo y al ministro se le endurece la mirada.

—Ella se cree un hombre, así que déjala, que viva como uno. Por mí, como si la dejas allí en el norte... No quiero volver a verla.

—Karl...

Deberíamos hablar de esto sin la chica y la madre presentes.

—¿Te he pedido alguna vez que me hagas un favor importante? —grita el ministro con los ojos desorbitados—. ¿Y no te he criado como a un hijo más? —Respira hondo y suelta el aire lentamente—. Pues te lo estoy pidiendo ahora.



Voces, cascos de caballos y golpes de cajas descargadas se alían para venir a aporrearne los tímpanos. Trago saliva e intento ignorar el ruido. El barco se inclina a un lado, y me imagino el agua por debajo en una mole espesa. Me cuesta respirar. Pongo los brazos sobre la barandilla y apoyo la frente encima. En la cubierta inferior circula gente entre parloteos: «Qué suerte estamos teniendo con el tiempo para un viaje tan largo y peligroso como este...». Cuando ríen, parecen gansos. Un hombre con chistera y una levita de faldones largos levanta la vista, y nuestras miradas se cruzan.

Me incorporo, me recojo las faldas con una mano y voy pasando la otra por la pared de los camarotes. «Perdone, perdone. ¡Quite!»

Pero al otro lado del barco hay el mismo bullicio. Me agarro a la barandilla recalentada y me esfuerzo por mirar más allá de la ciudad, hacia el mar. Eso es, al encuentro de cielo y mar. Miro fijamente el horizonte hasta que me duelen los ojos. Suena un pitido. «Respira —me digo—. No pienses, límitate a respirar».

Me ha cortado el pelo. Mi padre me ha cortado el pelo. El azul ante mis ojos se vuelve neblina blanca. Se me hunden las costillas hacia dentro. Por un momento me convenzo de que tendré que plegarme sobre el dolor que tengo en el pecho y sacarlo a base de gritos. Me ha repudiado. Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Los motores ronronean. Otro pitido, y un humo negro surge de la chimenea en lo alto del barco. ¿Estamos zarpando ya? No puede ser.

Echo a andar y, al poco, a correr. Choco con alguien. El corazón me aporrea el pecho. La boca me sabe a hierro.

—¡Adiós! —grita la gente de mi alrededor a la de la orilla, asomándose por la barandilla y agitando las manos.

Avanzo a empujones, pero igual que todo el mundo.

—Adiós.

Un tirón por debajo. El agua que borbotea y se arremolina.

—¡Esperen! —chillo, pero mi voz se ve ahogada por el tercer pitido.

Se me desgarran el corazón y se me empañan los ojos. Nos vamos.

El vapor va remontando el país entre bocanadas de humo. Al salir de Estocolmo se veían miles de islas, como si nuestra nación se hubiera hecho añicos. Aquí, más al norte, el litoral se enmarca en una línea maciza pero como emborronada por un dedo gigante. Bosque: verde oscuro, denso, alto... una auténtica barricada. Al otro lado del barco, agua, el mar picado e insondable. Intento poner la mente en blanco y dejarla así, mientras escucho el motor del vapor: chucu, chucu, chucu, chucu...

¿Qué os creíais? Mi cabeza no piensa dejarme en paz. ¿Qué esperabais?

La cara de mi padre. Nunca le había visto esa mirada que tenía esta mañana cuando ha abierto la puerta de la biblioteca y yo he querido escapar, aunque sabía que no lo conseguiría. Me ha cogido del pelo y me ha llevado a rastras. He tenido que agacharme a un lado y correr para no caerme; de la biblioteca a la cocina, donde he visto al ama de llaves con una mano en la boca, y la cara pálida de mi madre... Mi padre ha rebuscado en el cajón y ha encontrado las tijeras. Quería matarme. Ha dado media vuelta y me ha arrastrado hasta su estudio. Le temblaban las manos mientras las puntas de las tijeras se cernían sobre mi cara. Después solo ha quedado el entrechocar ominoso de las cuchillas al cortar el pelo y los hipidos de mi madre a cada rizo que caía al suelo.

He cerrado los ojos. Una imagen fugaz de Eva. ¿Qué esperaba?

Por la tarde el viento aúlla con más fuerza y las olas se ponen sombreritos blancos. La gente se ha resguardado en el comedor o en sus camarotes, pero yo me quedo, mi pecho desafiando las embestidas del aire. Congélame, entuméceme. Si consigo relajarme, el viento me levantará. Un fognazo de faldas hinchándose y me habré ido. Pero mi cuerpo se niega a soltarme. Al poco tiempo estoy temblando de tal manera que apenas me tengo en pie.

—Aquí estabas.

Magnus ha aparecido a mis espaldas. Me tiende un abrigo. Se ha peinado la larga melena oscura hacia atrás y se la ha recogido en una cola que va golpeándole los hombros. Es imposible no ver la cicatriz bajo la luz blanca: un zigzag profundo que le bordea el ojo izquierdo y desemboca en su mejilla.

No lo quiero. Quiero decirle eso, y lo de las faldas que se hinchan. No quiero tu abrigo, no quiero entrar en calor.

Me mete la prenda por los brazos.

—Hay pan en el bolsillo —me dice, y se va.

—No quiero.



Blackåsen, primavera de 1856

Estoy en el campamento, arrodillada para beber agua fresca del riachuelo, cuando oigo un grito de mujer proveniente de la aldea. El chillido llega hasta mí cortando en dos el camino de tierra del poblado, se tambalea por el sendero del bosque y rebota contra la falda del monte que se eleva sobre mi cabeza.

Me levanto de un brinco del suelo y trepo a lo alto de la roca. Me estiro pero no veo nada.

Vuelve el silencio. Demasiado.

Mido el terreno con la mirada, adelante, atrás, adelante, atrás. ¿Qué ha pasado?

El silencio persiste y no me queda más remedio que ir al poblado. Se me ha acelerado el pulso. «Quieta», me digo, y me llevo la mano al pecho como para contenerlo. Lo más probable es que no haya sido nada.

Pero ese silencio...

Me abro camino por el bosque, entre los troncos de los pinos y el grueso tapiz que han formado sus agujas. A la entrada de la aldea un búho ulula, una advertencia a la que sigue un batir de alas pesadas que mellan el aire. Vacilo, pero acabo internándome por la carretera. No vengo con malas intenciones, no debería esconderme.

Y entonces me embarga el olor a sangre. Avanzar por ese camino de tierra es como vadear el Río de la Sangre. Empiezan a pesarme las extremidades. Los latidos del corazón se ralentizan, se me clavan y presionan hacia dentro hasta que el sonido me araña los oídos. Abandono el camino y me interno en el bosque, donde me convierto en parte de las sombras. Lo primero que asoma es la iglesia, y en su interior hay gente de pie y gente que anda. Pasan ante la ventana y vuelven a desaparecer.

Viniendo hacia mí por el camino, zapatos que aplastan la grava. Me agacho tras las hojas duras de una mata de harmaja.

Es Santa. Pasa tan cerca de mí que podría tocarle las faldas con solo extender la mano. Sudor frío, tufo a miedo. La mujer corre hacia la iglesia. Más pasos: Cazador y su hermano. La puerta se abre para dejarles paso.

Me tiemblan los músculos de las caderas al levantarme. Floto entre árboles, soy una niebla, y luego, entre lápidas, soy una brisa. Se abre una ventana de par en par. Me agacho por debajo, con la espalda contra la madera, el fosar enfrente, y, al otro lado, el bosque de píceas. Al principio, desde dentro, llegan sonidos amalgamados. Después, pisadas, voces: «¡Pero no puede ser!» y «¡Haced algo!».

El sol de la noche vuelve más grises las lápidas. Parecen inclinarse hacia mí y el

edificio. La luz enrojece las píceas de la linde del bosque pero no puede hacer nada con la negrura de detrás. Los ruidos del interior se desgajan en una conversación susurrada.

—¿Quién hay ahí?

—¡Mi marido!

Otra voz desesperada:

—¡Y el mío!

—Están muertos.

Me oigo ahogar un grito.

—¡Lo sabemos! —Un llanto de mujer—. Pero ¿por qué no sale? Ya los ha matado, ¿por qué sigue allí?

—¿De quién hablas?

—Quiero a mi marido, ¡ay, Dios!, ¡quiero ver su cuerpo!

Duelo. Tengo que cerrar los ojos.

—Ha sido un lapón.

Se me abren los ojos como un resorte. La última en hablar ha sido Santa. Los demás se han quedado callados.

—Yo... he vuelto corriendo —dice Santa—. Y luego ha llegado Frida... Lo hemos visto las dos. —Parece titubear.

—Hay una lapona acampada un poco al oeste... —dice ahora Mercader—. La mujer del viejo Nils.

—¿Acampada aquí? ¿Cómo es eso?

—¿Estaba con Nils?

—No, sola.

—¿No será Nils el que...?

—No, no, el de dentro es otro.

—Pero es mucha casualidad, ¿no?

De pronto las voces son demasiadas para mí; graznan como cuervos, y ya no soy capaz de entender nada.

De vuelta al campamento, me pongo de nuevo a caminar de arriba abajo. ¿Han muerto tres personas? ¿Y las ha matado un lapón que sigue con ellos?

Nila dijo que algo ocurriría en Blackåsen. Imposible. No podía saberlo.

Vuelve a aparecérseme su imagen gritando —«¡Escúchame!»—, y me presiono las sienes con las manos.

Debo irme. No. Los colonos vendrán a por mí. Aunque si me voy ahora, pensarán que tengo algo que esconder, y no quiero saber lo que eso podría desencadenar...

¿Por qué se ha quedado el lapón con los cuerpos? ¿Qué está haciéndoles?

Me viene la bilis a la garganta. Corro al arroyo, me agacho y me lavo la boca con agua fría, una y otra vez, escupiéndola. Ojalá pudiera usar el cepillo de los renos para

frotarme las entrañas por dentro.

¿Qué he venido a hacer aquí? ¿A sentarme de brazos cruzados en una roca? Soy una vieja necia. Debería estar con mi pueblo camino de los macizos azules, con el rebaño avanzando por delante en una nube oscura que va remontando la ladera de la montaña. El duelo me habría encontrado igualmente. Ahora estoy atrapada aquí. Ay, ¿qué hago?

Dormir.

Es como si Nila lo hubiera dicho en voz alta; pero no el de los últimos tiempos, sino el joven, en el que confiaba cuando me decía lo que tenía que hacer. Sí, debo dormir para tener la cabeza despejada cuando lleguen los colonos y poder decir lo que debo. Tengo que olvidar lo que he oído y hacerme de nuevas.

Me tiendo con la espalda contra la roca, que está caliente después del sol del día, y me arrimo aún más. «Duerme —me digo—, duerme, duerme, duerme».

Ninguno de nosotros cometería un crimen semejante.

Intento evocar un recuerdo del joven Nila... el pelo corto y moreno, el mentón firme, la nariz recta y unos ojos que le brillaban como hechos de un material distinto. Pero la única imagen que mi mente logra conjurar es la del desconocido de pelo cano en el que se convirtió al final.

Esa última noche me despertaron sus gritos. Nos despertó a todos.

—¿Culto?

Alargué la mano buscándolo aunque sabía que ya no estaba, y al ver su sitio vacío, la vergüenza me embargó. Eso y algo más fuerte, de un blanco cegador, ardiente. «¿Por qué?», pensé. ¿Por qué estaba haciéndome eso? A mí... ¡y a él!

—¡Nuestro culto!

Cogí un mantón y aparté la puerta de tela de nuestra *kâta*. Nila estaba junto a un pino alto con las manos ensangrentadas. Los perros daban vueltas a su alrededor con el pelaje negro erizado. Nila había tallado una cara en el árbol y le había restregado sangre de reno por encima. Ay, Señor, Señor. Miré alrededor en busca de la carroña.

—Nila. —Dávvet apareció a mi lado, y por una vez me alegré de que intentara tomar el control de la situación—. Has tenido una pesadilla.

Toda la *sita* estaba ya despierta y empezaba a formar un corro bajo la tenue luz de la noche, frotándose los ojos y asintiendo a las palabras de Dávvet. Venga a la cama, anciano. Solo una pesadilla.

Nila vaciló, y por un momento pensé que recobraba el juicio. Pero cuando Dávvet dio un paso al frente, mi marido levantó la mano empuñando el cuchillo.

—¡No te acerques! —Apuñaló el aire a su alrededor.

No quise mirar a Dávvet; ni me atrevía a intentar calmar a mi marido ni soportaba que los demás me vieran frustrada.

Lo único que podíamos hacer era dejarlo en paz, aunque del sueño también nos podíamos olvidar. Aquella... persona que lo había sido todo para mí no paraba de chillar y gemir, y se oían chasquidos, como si estuviera azotándose a sí mismo. Me

llevé las manos a los oídos y me cubrí la cabeza, pero, aun así, seguí oyéndolo. Paró bien entrada la madrugada y, al rato, apartó la puerta de la *káta* y entró. Las rodillas le fallaron entonces y se cayó de bruces sobre nuestro lecho de ramitas de abedul y se sumió en un sueño profundo.

La mañana llegó y todos en la *sita* fingieron total normalidad. Hicimos como si no hubiéramos visto la cara tallada en el árbol. Pero las frases no se alargaban y nos comportábamos con recelo. En teoría era día de partida, pero todo el mundo comprendió que no era el momento. No ese día.

Qué odiosa la talla, con su nariz cincelada y su frente ancha. Fuera donde fuese, hiciera lo que hiciese, la veía por el rabillo del ojo, vigilándome.

Arranco el resto del recuerdo de un mordisco. Llevo diez días con sus noches en el monte Blackåsen, buscando mi duelo, suplicando para que vengan los recuerdos, y en todo el tiempo me he mantenido fría, sin sentir nada, impasible. ¿Ahora quieren venir?

Mato un mosquito de un palmotazo. Los insectos son extenuantes. Arriba, en las altas cumbres, no hay ni uno. En cuanto vengan a verme los colonos, recogeré mis cosas y me iré. Agarro la punta de mi piel de reno y ruedo por el suelo para que me cubra.

—He venido aquí por ti —le digo en voz alta a Nila, pero mis palabras suenan huecas y mi voz no tiene inflexión alguna.

Se me encoge el corazón y cierro los ojos.

El día llega con mucha parsimonia pero a la vez demasiado rápido, ambas cosas.

Los aldeanos atraviesan en tropel el bosque con el paso torpe de un alce. Del miedo paso al fastidio. ¿No tendrían que haber aprendido ya a comportarse en el bosque? La mayoría ha nacido aquí.

Santa, Mercader y Cazador entran en mi campo de visión.

—Ah, aquí estás, Ester. —Mercader saca un pañuelo y se enjuga la frente—. Aquí la tienes —le dice a Santa.

Pese a su mirada impasible, la mujer, por dentro, siente el mismo miedo: lo huelo.

—Ayer apareció un hombre por el pueblo, un forastero. —La voz le sale forzada—. Un lapón. Mató a tres de nuestros hombres. Jacob nos contó que se había encontrado contigo y nos ha parecido raro que estuvieras aquí justo ahora.

—He venido por los renos. Estoy escogiendo la ubicación para el campamento de invierno. Mi marido ha muerto y era él quien solía venir.

La mentira me ha salido con demasiado afán, como el arroyo del claro, cuando tendría que haber parecido impresionada por la noticia. Llevamos utilizando la misma ubicación en invierno desde hace años. Aunque tampoco creo que los colonos presten mucha atención a lo que hacemos los lapones...

Mercader vuelve a enjugarse la frente. Estudia mi lecho con mirada límpida.

Todavía no entiende qué ha pasado. O... ¿está alterado? A las espaldas de Santa, Cazador se mantiene como un bloque de piedra, para que ella se apoye si lo necesita.

—¿Ha muerto Nils? —pregunta Santa.

Asiento, y contrae el gesto y se lleva una mano a la cabeza, se la rasca, y sigue con las orejas.

Le afecta la muerte de Nila. Vacilo. O tal vez sean demasiadas muertes que procesar... sus compañeros de la aldea y ahora Nila.

Tengo que saberlo.

—¿Qué aspecto tenía... el lapón?

Santa toma aire y fija la mirada en un punto. Se ve que no es la primera vez que tiene que obligarse a recobrar la compostura.

—Pelo negro largo. —Señala un punto en el brazo para indicar hasta dónde le llegaba—. Con nariz grande y aguileña, más bien mayor.

No me suena. Esa descripción podría encajar con cualquiera. Pero Santa lo ha visto.

Ahora sus ojos azules parecen negros.

—Los encontré yo.

Entorno los ojos. No quiero que comparta conmigo la imagen que tiene en la cabeza.

—Nos pareció raro que tú estuvieras aquí también —repite la mujer, que mira a Cazador como diciéndole que ya pueden irse.

No lo entiendo. Tendrían que preguntarme si podría ser alguien que yo conozco, si he sabido algo. Si es un lapón, deberían mostrarse más desconfiados.

Pero me saludan con un gesto y se marchan.

Santa va en cabeza, con los otros dos siguiéndola de cerca. Camina tan recta y rígida que parece camino de una guerra.

En cierta ocasión fui a una de las reuniones de Santa... como todos. Hasta Párroco asistía, y Nila dijo que quería ver de qué iba el tema.

El acto en nada se parecía a los de la Iglesia. Todos vibraban, en una danza que recordaba a la de los rayos del sol sobre agua de manantial. Mientras rezaban, los colonos reunidos levantaban los puños cerrados al cielo. Mi alma se removió y forcejeó en mi interior para unirse al júbilo de los demás y romper a cantar un *joik*. Tuve que morderme la mano para contenerme.

Nila no se dejó impresionar.

—Cada uno sabrá lo que necesita —dijo esa noche cuando le insté a hablar.

Qué raro que hayan mandado a Santa para hablar conmigo y no a Párroco o a Guarda...

Es entonces cuando caigo en la cuenta de que tampoco oí sus voces en la iglesia.



Junio de 1856

A media tarde un viento más fresco desbanca por fin al calor. Avanzamos a buena velocidad. El mar se extiende en toda su amplitud y su vacío. No se ven buques de guerra extranjeros; la contienda de Crimea ha terminado realmente.

Al anochecer el viento amaina y los colores del cielo se desvanecen como en un grabado antiguo. La única persona que sigue en la cubierta trasera es Lovisa, a estribor, agarrada a la barandilla con ambas manos. Se le ha volado el sombrero. Con mi abrigo puesto, que le queda enorme, y los matojos de pelo negro en punta, parece una loca. Mira insistentemente el agua. Podría perfectamente tirarse...

No. Es demasiado egoísta y, a la vez, no lo es lo suficiente para cometer un acto así. Me viene a la memoria uno de mis primeros recuerdos de ella, cuando no tendría más de cuatro años. Entré en la cocina y la vi encarando a su pobre madre, con los puños cerrados, gritando con la cara enrojecida y unos rizos alborotados bailándole por la espalda.

Cualquier padre la habría mandado lejos hace tiempo. Pero, hasta ahora, a pesar de que su conducta ha empeorado con el tiempo, el ministro ha seguido luchando por ella. Le ha aguantado sus borracheras, su conducta agresiva... A los catorce años renunció a la religión, y el ministro tuvo problemas con la Iglesia cuando intentó explicar su ausencia en los actos de la parroquia. Aquella vez le pregunté si podía ayudar en algo, pero él se limitó a fruncir los labios hasta convertir la boca en una fina línea y entornar los ojos, sin darme respuesta alguna. Durante todo este tiempo ha estado actuando como si fuera inconcebible que su determinación no lograra resolver el asunto. ¿Qué habrá pasado ahora para que la repudie de ese modo?

Las siete en punto. No tengo hambre pero estoy cansado. Antes de retirarme, le señalo al capitán del barco a Lovisa y le pido que le busque un camarote. El hombre vacila, me mira a mí y luego la escruta a ella. No puedo culparlo.

—Es la hija del ministro de Justicia.

Se apresuran a hacerle un hueco. Le pido al capitán que la lleve a su nuevo camarote. Hablaré con ella, no me queda más remedio... pero todavía no.

Mi compartimento tiene dos camas pegadas a las paredes y una peana de caoba con una palangana. Mientras me lavo las manos, tengo vistas a un mar plano y un cielo azul inmenso.

A Lovisa van a darle un camarote igual que el mío y ni siquiera lo valorará. Le

parecerá de lo más normal tener un cuarto propio y un amplio lecho en el que descansar la cabeza, hasta en un vapor, incluso después de que la echen de su casa. Nos ausentaremos de Estocolmo más de dos semanas: tiempo suficiente para que un padre se calme y entre en razón, ¿no? No puede contar con dejarla realmente en el norte para siempre...

O sí. Le ha cortado el pelo.

«Podría venir a vivir con nosotros», pienso, pero Isabella no lo consentiría. «¿Y los niños qué?», me diría, y yo miraría a Ellen, Harriet y Peter y me preguntaría: «¿Qué pasa con ellos?».

Entonces, un convento. O el manicomio.

No me la imagino en un convento. Y tampoco quiero que la internen en un manicomio; a mí se me concedió una segunda vida. Cuando llegué a la casa del ministro, era un huérfano de cuatro años. Sigo sin entender por qué me acogió, a un pequeñuelo pelirrojo con la mejilla izquierda lacerada. Sí, el ministro provenía de una adinerada familia conocida por su filantropía, pero no tenía más que veintinueve años y era soltero. Así y todo, me apadrinó: me dejó vivir en su casa, me instruyó y me mostró su cara más abierta y su espíritu más comprensivo el día que le dije que no me interesaba el derecho y quería estudiar mineralogía.

—Rocas, ¿eh? ¿Cómo es que te interesan más que las letras?

—Es por los mapas —le dije para mi sorpresa, en una respuesta de lo más absurda.

Si solo me interesaban los mapas, podía hacerme cartógrafo, ingeniero o capitán de barco, para el caso. Sin embargo, por alguna razón, yo tenía claro que quería llegar a ser mineralogista.

El ministro lo dejó pasar.

—Mientras sea algo de ciencias...

Sí, compartimos esa pasión.

A mi vuelta intentaré convencer a Isabella de que deje que su hermana viva con nosotros hasta que encontremos otra solución.

La primera escala de nuestra ruta es Ratan, una aldea con no más de diez casas. Las rocas del puerto son oscuras y están medio tapizadas de musgos de colores verdes muy vivos. Por encima crecen en gran número abedules, sauces pequeños y pinos. La tierra al otro lado de los árboles ha de ser más llana, porque no la veo. Parece que no exista nada más allá de la costa.

—Un paisaje curioso —le digo al capitán, que está a mi lado.

El hombre asiente y comenta:

—Tendría usted que verlo con niebla.

Observo mientras bajan nuestro cargamento y luego nos reaprovisionan de leña para los motores del barco. No veo a Lovisa por ninguna parte. Pienso entonces que

ha podido buenamente desembarcar con el resto de los pasajeros sin que me haya dado cuenta. Lo mismo da. Si la encuentran, la arrestarán y la meterán en la cárcel. Las mujeres tienen que ir bajo la tutela de un guardián. En cierto modo, sería una buena solución.

Cuando partimos de Ratan al cabo de unas horas, la mayoría de la gente se queda en tierra. En el sofá del salón hay dos sacerdotes sentados frente a mí; en los sillones, algunos comerciantes y otros que van con el uniforme azul de funcionario.

A la hora de cenar voy a la sala del comedor, que está en la proa del barco. Cuando tomo asiento, se unen a mi mesa los dos sacerdotes y un hombre con la cara colorada, una buena mata de cabello gris y un bigote muy poblado. Nos sirven pan negro con distintas guarniciones —pescado en salazón y ahumado— y cerveza. El mar está en calma. Podíamos estar en un restaurante de Estocolmo, si no fuera por el olorcillo a madera quemada que nos llega de vez en cuando desde la sala de máquinas. Los religiosos se presentan como Hans Rexius y Fredrik Wetterlund. El hombre rubicundo se limita a decirnos su nombre de pila, Lars. Los sacerdotes viajan «al lugar más horripilante del mundo», declara el más joven, Fredrik, aunque se le ilumina la cara al decirlo: con su edad un sitio «horripilante» sigue teniendo su atractivo; el lugar en cuestión es una aldea en las montañas cercanas a la frontera con Noruega.

—Ni siquiera sabemos aún cómo vamos a llegar —comenta.

Lars asiente y apunta:

—Es un viaje largo, no hay carreteras, el tiempo es de lo más intempestivo... por no hablar de los depredadores... Deberían buscarse más compañía para el viaje.

—Esperamos poder hacer parte del viaje con el obispo, que estará haciendo su ronda de visitas —le explica Wetterlund.

—Entonces, ¿es usted de la región? —pregunta el sacerdote de más edad.

—Sí, soy el alcaide de la nueva cárcel del condado de Luleå.

Le doy un sorbo a la cerveza, que está bastante fresca y me enfría la palma de la mano.

—Algo he oído —dice el mayor de los curas—. ¿Una prisión de esas de celdas? ¿Con los criminales aislados en lugar de alojados todos juntos? ¿Y el tiempo que estén bajo custodia se considerará una oportunidad de cambio?

—Tenemos programas para que se reformen.

—¿Su cárcel también admite a lapones que quebrantan la ley? —pregunta el más joven.

El alcaide asiente.

—Los lapones son una raza distinta —dice el otro cura.

Saco mi pipa, la relleno y la enciendo.

—El sacerdote al que vamos a sustituir tenía unos cuantos criados lapones —comenta Fredrik.

—¿Y a qué ha ido a Estocolmo? —le pregunto al alcaide.

El hombre me mira extrañado.

—Por motivos de trabajo, poco más.

—¿Y a usted? —me pregunta el mayor de los curas—. ¿Qué lo lleva a Laponia? Decido jugármela.

—Trabajo para el Bergskollegium, aunque esta vez viajo por encargo del ministro de Justicia. —Miro al alcaide antes de sonreírle al sacerdote—. Me manda para comprobar que los nuevos propietarios de las Gällivare-verken tienen todo lo que necesitan.

—En cuanto empiecen a extraer el hierro de Laponia, la región cambiará por completo —dice el cura anciano con aparente nostalgia.

El alcaide no levanta la vista del vaso.

Estoy en la cubierta de paseo, apoyado en la barandilla. Nuestro barco pasa por islitas silentes pobladas tan solo de árboles. El pinar de la costa se ha oscurecido hasta reducirse a un simple marco negro. El cielo, en cambio, sigue del mismo azul claro.

El hombre llega por detrás y pasa un rato hasta que dice:

—Nadie sabe que he informado al ministro sobre los asesinatos.

—No saldrá de mi boca. —Lars se adelanta hasta la barandilla—. Cuénteme —le pido.

Noto que menea la cabeza.

—Fue una auténtica carnicería. Y el lapón allí en medio, tirado en el suelo. Los cuerpos empezaban a oler y todo... —Se aclara la garganta.

—¿Quién es?

—No sabemos nada. Se niega a hablar.

—¿Por qué ha ido a Estocolmo?

El alcaide vacila.

—Tenía la sensación de que... algo me olía mal. El gobernador del condado me pidió que no registrara al prisionero y nos dijo que no se lo contáramos a nadie. Conocí al ministro cuando me nombraron para el cargo y sentí que... —Se encoge de hombros—. Que se lo debía.

El ministro provoca ese efecto en la gente, pienso. El gobernador del condado es el hombre elegido por el rey, de una astucia indudable y consciente de los deseos del soberano. Ha tenido el mismo instinto que el ministro: poner a salvo el acuerdo de las Gällivare-verken. «Zanjar el asunto».

—Me gustaría verlo... —le digo—... al lapón.

El alcaide niega con la cabeza.

—La prisión está al lado de la residencia del gobernador, de modo que tendrá que preguntarle a él.

Vuelve a vacilar.

—De mi boca no saldrá nada —repito.

Asiente y se va.



Nuestro tercer día embarcados. Me sitúo en la barandilla, donde el agua fría me salpica la cara y saboreo la sal. Una ráfaga de viento me arrebató el sombrero; se revolvió por el aire hasta que aterrizó en el agua y se quedó cabeceando en los remolinos azul oscuro que vamos dejando a nuestro paso. Empieza a picarme la piel: está poniéndose de un moreno horrible y se me ha resecado. Unos grandes pájaros blancos con las puntas de las alas negras vuelan en círculo sobre nuestras cabezas, se alabean y vuelven deslizándose hasta la costa. A lo lejos relucen lo que podrían ser lomos de focas.

Nunca he estado en el norte. El año que mi madre fue al balneario de Söderhamn, le supliqué que me dejara acompañarla pero se le cambió la cara, y miró por la ventana y luego a mi padre con esa penosa indefensión suya. Y por supuesto tuvo que ser él quien me dijera que no. «No seas tonta, Lovisa, tu madre necesita descansar de nosotros». Recuerdo las comisuras de sus labios arqueadas hacia abajo y la frialdad de sus ojos. Repulsión, no sé si hacia mí, hacia mi madre o por tener que lidiar con esa erupción de sentimientos.

A última hora de la tarde me rindo. Tengo los dedos entumecidos y me cuesta abrir la puerta de hierro. Dentro, el aire cálido huele a humo de pipa y a alcohol. Al fondo Magnus va camino de sentarse en un sillón. Bajo la cabeza y me dirijo a mi camarote. Por el rabillo del ojo veo cómo la gente de las sillas levanta la vista a su paso y se queda mirándolo. Magnus tiene un aspecto intimidante. Aparte del pelo largo y la cicatriz, sus rasgos faciales son acerados, la barba está perfectamente rasurada y sus ojos son de un azul muy intenso. Es la clase de hombre que la gente rehúye. Hasta que alguien les cuenta lo exitoso que es, y entonces, por supuesto, pasan al «Magnus esto», «Magnus lo otro». A la gente se le olvida la cicatriz, puede que incluso dejen de verla. Me pregunto si se lamentará a veces por su aspecto. No lo conozco bien. Se fue de casa cuando yo era pequeña, y luego se casó con la necia de mi hermana y se me quitaron las ganas de conocerlo.

«¿Te has fijado en que los niños siempre miran a los ojos?», la voz de Eva. Íbamos de paseo... caminatas cada vez más largas, hasta llenar tardes enteras, y llegábamos a casa con las mejillas sonrojadas y los ojos despejados, sin tiempo para cambiarnos antes de la cena. Ya por entonces empezaba a pensar que mi padre había cometido un error poco habitual en él al contratar a Eva. Es el tipo de persona que me gusta a mí, no a él. «No les importan las apariencias... no les preocupan... van buscando lo que quiera que haya en el fondo, en lo más hondo».

Pensaba que lo que decía era profundo. En todo lo que tenía que ver con Eva, no

paraba de pensar cosas.

Me la imagino ahora ante mí: esa melena lisa castaña, esos ojos azules, su delgado labio inferior, tan dispar del superior, más grueso, que le confiere una expresión asimétrica e insegura a su boca. Me duele pensar en ella. Pero precisamente por eso seguiré haciéndolo, para no olvidar lo que se siente cuando alguien te traiciona. Voy a grabar su cara en mi retina hasta que lo vea todo a través de la luz de su imagen...

Se me corta la respiración y me tiendo bocabajo en la litera del camarote. La ventana abombada me da la impresión de estar mirando un cuadro pequeño y oscuro. El sol va rozando la línea del horizonte y el mar lanza destellos azul cobalto.

Estoy entumecida, no volveré a sentir nada. Me sorprende comprobar que todavía me quedan lágrimas con las que llorar.

Mi padre me ha mandado lejos, y esta vez es para no volver. No, no me ha mandado lejos: me ha echado de casa. «Como si se queda allí en el norte», dijo. Y mi madre no protestó ni por un momento. Comprendo ahora que siempre pensé que, llegado el caso, ella daría la cara por mí.

¿Qué le contarán a Eva? ¿Pensará en mí alguna vez y se preguntará adónde he ido?

En el camarote los sonidos se van atenuando cada vez más. Me quedo echada con los ojos abiertos, acurrucada en la ropa de cama como un pájaro muerto en sus plumas.

Hoy el aire se levanta fresco y el cielo está despejado. El capitán ha venido en persona para decirme que llegaremos a nuestro destino en menos de una hora. Supongo que se lo ha pedido Magnus, no habrá querido avisarme él.

Mi cuñado sale a cubierta y se queda junto a la barandilla, muy pegado, pero no lo suficiente.

Así que en estas me veo, obligada a permanecer con alguien que no cree que merezca siquiera conversación, aunque sea por pura cortesía: una observación sobre el territorio al que nos acercamos, sobre nuestro viaje o el tiempo que hace hoy. Me noto encendidas las mejillas, es la vergüenza, que me apabulla.

Avistamos tierra. El viento amaina y el agua se vuelve de un negro muerto. Parece como si la costa flotara hacia nosotros en lugar de al contrario. Los resoplidos de las calderas se calman, cada vez más lentos hasta que no son más que latidos de un viejo corazón de hierro palpitando en el interior del casco.



Blackåsen, primavera de 1856

La aldea está sumida en el silencio, presa del que guardan todavía los cadáveres. Nadie acomete sus tareas diarias y las puertas siguen cerradas: cómo estar seguros de que no va a salir la bestia, cómo saber lo que pasará a continuación. Mercader, Barbalarga, Gigante y Centinela montan guardia en la casa parroquial, apuntando al edificio con sus escopetas. Han mandado a Cazador a la costa en busca de ayuda. Yo estoy escondida entre las sombras, al fondo del fosar. No hay rastro ni de Párroco ni de Guarda. Estoy convencida de que han muerto. Quién es el tercer hombre, eso lo desconozco; no veo que falte nadie más.

Siendo franca, no me importa que haya muerto Guarda. «Jan-Erik Persson», decía Nila, y se le escapaba un leve chiflido. No era trigo limpio. Lo conocemos desde que era joven. Conocemos a todos los vástagos de los colonos, al menos de vista, desde que correteaban como locos por la montaña en verano, refrenados por sus padres en invierno. Nos los cruzábamos de vez en cuando, a menudo en alguno de los viejos lugares sagrados, ideales, al parecer, para contar historias de fantasmas y maldiciones... Y llegábamos y los asustábamos haciendo ruidos entre las piedras o ululando como búhos para luego reírnos cuando salían corriendo.

Un invierno me encontré con Guarda y su hermano en el monte Blackåsen, cuando todavía eran unos críos. Fue uno de esos inviernos de frío insoportable, cuando se te congelan los conductos lacrimales y te arde la tráquea al respirar. Estábamos pasando un hambre de muerte, de modo que coloqué las trampas más cerca de la aldea de lo que solía ponerlas. Oí voces y me encontré a los muchachos cerca del viejo laberinto; Guarda no tendría más de ocho años por entonces, y el otro era más pequeño, cinco como mucho. Lo observé mientras le tomaba el pelo a su hermano diciéndole que le daría la cecina que tenía en el bolsillo si el crío le demostraba su valentía. «Debes adentrarte en el bosque, seguir cien pasos en línea recta y luego dar media vuelta y volver hasta aquí».

El pequeño no quería ir pero debía de estar tan famélico como yo. El hambre puede ser muy persuasiva.

«Yo te espero aquí», le dijo Guarda.

Y allá que fue el hermano, arrastrando los zapatos por la tierra congelada. En cuanto su pequeña silueta desapareció entre los árboles, el mayor dio media vuelta y salió corriendo en sentido contrario, con una sonrisa enorme dibujada en la cara.

Por supuesto, el más pequeño no tardó en perderse, pues a oscuras no se distingue un sitio de otro. Llamó a gritos a su hermano y, al ver que no obtenía respuesta, se

echó a llorar y empezó a correr de un lado para otro.

Yo no quería dejarme ver hasta que no fuera totalmente necesario. No sabía cómo les sentaría a los colonos que pusiera trampas tan cerca de la aldea, pero al niño le entró el pánico. Partí una rama que produjo un chasquido y le hizo parar en seco, y entonces le dije en un susurro: «Por aquí, ven». Fue siguiendo mis indicaciones con la cabeza ladeada, caminando como en trance. Le conduje de vuelta a su casa. Imaginaos lo que habría pasado de no haber estado yo allí. No sé qué historia les contarían a sus padres.

Párroco era mejor persona. Desde luego, de niño no tenía nada «santo», pero discurría bien y su padre le mandó a estudiar fuera. Cuando terminó sus estudios, regresó con un alzacuellos blanco y un libro negro muy grande y fue a vernos al campamento de verano de la *sita*. La piel pecosa se le había aclarado tras tanto tiempo metido entre cuatro paredes y había perdido la dureza de las manos; parecía una persona refinada. Con esos grandes ojos grises que parecían verlo todo, la forma en que sujetaba ese libro suyo... se me antojaba mucho mayor. Ya en el pasado habían venido misioneros, y el obispo nos visitaba con cierta frecuencia en compañía del párroco del pueblo grande. Nos hacían sentirnos mal por nuestros pecados, de modo que llorábamos y llorábamos hasta que volvíamos a sentirnos bien. Íbamos a tener un párroco, uno propio.

—Nils. —Sonrió.

Ambos se sentaron en el suelo de la *kâta*, con las piernas cruzadas, y se tomaron la sopa que yo había hecho. Párroco le contó a Nila sus planes de construir una iglesia en el poblado.

—Necesito que acudáis a los sermones cuando esté lista.

—Es una buena idea —le contó más tarde Nila a la *sita*—, una iglesia en Blackåsen.

Intenté comprender la sensación que tenía de que algo me carcomía el pecho por dentro; al fin y al cabo, éramos cristianos. Pero la iglesia más cercana estaba a un día de viaje: hay una gran diferencia entre ir a la iglesia un par de veces al año e ir todos los domingos. Me sorprendió que Nila no necesitara tiempo para pensarlo y que no le preguntara a nadie su opinión.

Esa noche me abordó:

—Algo te tiene inquieta.

—Es solo que me parece raro que te muestres tan a favor.

Nila sonrió, con esa media sonrisa suya que le subía la mitad de la cara. Entre traviesa y triste, nunca sabía decirlo.

—Les apoyaremos en lo que crean necesario. Además, me gusta ese dios cuyo trueno es peor que su golpe.

La siguiente vez que volvimos a nuestro campamento de invierno, la iglesia de madera roja se elevaba ya sobre la aldea, con una enrevesada forma de rueda con ocho puntas. Ese primer domingo escuchamos el sermón y nos arengaron sobre Dios

y el Diablo y que había que elegir entre uno u otro, no podía ser ni ninguno ni los dos. La iglesia olía a madera recién cortada y pintura. Nosotros, a reno y fogata. Nuestras ropas parecían toscas contra los tablones blancos de los bancos. Nila atendía con los ojos medio cerrados y la mirada puesta en el crucifijo. Después del sermón, los colonos se quedaron a saludarnos calurosamente. Recuerdo haber sonreído.

Con los años noté el cambio en mí y en los demás. De vez en cuando murmuraba algún salmo o algún suspiro al Señor. Miraba de reajo a Nila, pero o no parecía darse cuenta o asentía ausente. Como si lo apoyara. No le importaba... por entonces...

Al octavo día Cazador regresa con ellos: seis hombres de la costa con sus sombreros y sus armas. Las ventanas de la casa parroquial siguen en blanco. No hay movimiento dentro. Los recién llegados hablan con los aldeanos y luego pasan un rato largo deliberando entre ellos. Deciden entrar en la casa, tres por delante y tres por detrás, mientras los colonos la rodean. Noto que se me seca la boca.

No tardan mucho en salir al porche con el asesino, un hombre patizambo con una larga melena blanca que le brota desmañada y le cubre media espalda. ¿Lapón? Podría ser.

Los aldeanos se congregan, se vuelven pueblo de nuevo. Observan en silencio al hombre que ha matado a los suyos.

El asesino baja a trompicones los peldaños de la casa y los aldeanos tienen que sujetarlo por los brazos. Pero vacila entonces y apunta la nariz al aire, como un perro. Vuelve la cabeza hacia donde yo estoy, y me apresuro a agacharme. Está oliéndome. Siento una burbuja histérica en el pecho. Nota mi presencia. Y entonces se me hiela la sangre porque, a través de las ramas, le veo la cara.

El hombre que está mirándome, que me ha sentido, es el que Nila talló en el árbol: las mismas mejillas macilentas, la nariz afilada, la mirada fría.

Sigo observando mientras se lo llevan. Sus pasos van ganando en amplitud y estabilidad conforme avanzan por el camino. Para cuando llegan a la carretera de tierra, podría ser perfectamente un joven.

Me doy cuenta de que estoy agarrándome el pecho.



Junio de 1856

Tres grandes barcos de madera se mecen sobre las aguas azules del puerto, entre carga y descarga y barriles que ruedan hasta los almacenes aledaños. La ciudad de Luleå asoma tras los muelles de madera, con su iglesia elevándose en pleno centro, por encima de los tejados. Una boscosa tierra de color verde oscuro forma el telón de fondo. Unos trece o catorce mil habitantes, había estimado Gabriel, y creciendo. Luleå descansa sobre los sedimentos arrastrados por el río homónimo, principalmente arena. Quiero ir a ver los bancos para buscar pruebas de la subida del terreno. Toda Suecia está elevándose; en cuanto las rocas ocultas hacen su aparición, sale a la luz la tierra fangosa, que se libera del encierro del mar.

Con el capitán de nuestro vapor como guía, Lovisa y yo caminamos por la calle que va directa del muelle a la iglesia blanca. Al cabo de cinco minutos estamos en la plaza principal, donde encontramos una pensión.

Nos muestran nuestras habitaciones en la primera planta.

—Tengo unos asuntos que atender —le digo a Lovisa en el pasillo—. Pide de comer en la taberna y que te lo suban a tu habitación.

Me responde como tiene por costumbre cuando se le habla o se le pregunta algo: entrecierra los ojos, dejando a la vista los párpados y dos cejas delgadas y perfectamente redondeadas. Conozco esa mirada. Cuando me la dedica a mí, me entran ganas de zarandearla y de decirle: «¡Mírame cuando te hablo!».

Me doy cuenta de que he apretado la mandíbula y hago muecas para relajar la boca. No voy a permitir que me afecten sus tonterías.

La residencia del gobernador del condado está apartada de la ciudad, en una parcela llana a la vera del río Luleå, tal y como me ha indicado el posadero. Un camino de tierra recto conduce ante sus puertas. La vivienda está en un edificio alargado de dos plantas con pilares de piedra y flanqueado por dos casas similares. Los marcos de los altos ventanales de la segunda planta son de madera labrada, con la abertura en el centro, en una simetría perfecta.

Unos peones transportan cajas al interior de la casa. Traspaso el umbral y, a mis espaldas, uno tropieza en las escaleras, y su compañero y él dejan caer una caja pesada, que da un porrazo contra el suelo y escupe varios libros fuera.

Un hombre abre unas puertas dobles a la izquierda y avanza por el vestíbulo. Debe de rondar los cincuenta años. Tiene aspecto adusto, como la mayoría de los hombres que nombra el rey para algún cargo: cara cuadrada, una nariz en garfio que parece el pico de un ave de presa, las comisuras de los labios firmemente apuntadas hacia abajo. No tiene arrugas de preocupación en la frente ni tampoco de risa en torno a los ojos. Es la cara de una persona que sin duda ha vivido y experimentado en sus carnes tanto apuros como alegrías, pero que no ha permitido que le marquen ni los unos ni las otras. Mira de reojo los libros del suelo y luego a los dos hombres, que están ya con las gorras en las manos y cabizbajos. Y entonces me ve.

Yo también me quito el sombrero.

—Me llamo Magnus Stille.

Los dos peones empiezan a echar los libros al cajón —despacio y todavía con la cabeza gacha—, mientras nosotros dos nos quedamos mirándoles hacer. Siento el apremio de decirle que yo nada tengo que ver con el percance.

—Vengo de Estocolmo y esperaba que pudiera dedicarme unos minutos de su tiempo —digo en cambio.

—Qué caos —comenta el gobernador sin apartar la vista de los libros—. Acabamos de mudarnos y la casa está todavía patas arriba. En fin. —Levanta la cabeza, tiende el brazo y me estrecha la mano—. Bienvenido a Luleå, señor Stille. —Pronuncia «Lule»—. Yo soy Gunnar Cronstedt. Cuénteme: ¿qué le trae por aquí?

—Trabajo para el Bergskollegium de Estocolmo.

Veo asomar algo indefinido a los ojos del gobernador, que sonrío entonces.

—Ah, de modo que ha subido a inspeccionar los yacimientos. Una coincidencia de lo más particular.

Se dirige hacia la puerta y me hace señas de que lo siga.

—Frans, mira a quién tenemos aquí —dice a la sala.

El delegado regional del Bergskollegium, Frans Svensson, está sentado en uno de los sillones. Es oriundo de la región, un hombre corpulento pero bajo con dientes protuberantes. Le conocí en cierta ocasión en Estocolmo, antes de que lo destinaran aquí. Ahora mismo vive en Piteå, a unos cuarenta y cinco kilómetros al sur. Toma aire con una inspiración brusca y me saluda con la cabeza.

—Vaya, vaya.

—¿Tú estabas al tanto de la visita del señor Stille? —pregunta el gobernador.

—No, no, en absoluto.

El gobernador va hasta una barra llena de licores y vasos de cristal, sirve tres copas de *arak*, me tiende una a mí y otra a Frans y me señala los sillones.

Los paneles de madera que revisten el salón están pintados de rojo y los tapices que cuelgan por encima son franceses. La estufa de leña, cuadrada y revestida de azulejos, tiene tiradores de bronce. Podríamos estar en una mansión de Estocolmo.

—¿Quiere usted ver los informes para ponerse al día? —me pregunta Frans—. Aunque los tenemos todos en Piteå, me temo. —Apoya el codo en el reposabrazos y

el sillón cruje bajo su peso.

—No he venido a controlar la contabilidad —digo.

—Y entonces, ¿qué ha venido a hacer? —me pregunta el gobernador, que se sienta.

Miro de reajo al delegado regional, le doy un sorbo a mi bebida y saboreo el licor, azucarado y agreste.

—Puede hablar en confianza delante de Frans.

¿Verdad o mentira? Verdad, aunque habría preferido haber atajado la cuestión más tranquilamente, no tan de sopetón.

—Tengo entendido que ha habido ciertos problemas en Blackåsen...

Gunnar Cronstedt se recuesta en su asiento.

—De modo que ya están al tanto en Estocolmo.

Seguramente él en persona haya informado al rey... Por mucho que intente mantener los asesinatos en secreto, debe de haberlo hecho, ¿no? A no ser que... ¿y si los lapones se hubieran sublevado y el gobernador no quisiera contarle a Estocolmo para que no crean que ha perdido el control de la situación?

—¿Cómo lo ha sabido?

No le respondo y digo en cambio:

—Es importante que conozca los hechos porque pueden afectar a los yacimientos minerales de la región.

Cronstedt da vueltas a su copa, haciendo girar el líquido.

—Tenemos al culpable.

—Cuénteme.

Se encoge de hombros y dice:

—Sucedió tras una reunión del concejo. Las tres víctimas estaban en la casa parroquial cuando llegó el lapón. Iba con un cuchillo. Hallaron muertos al párroco, al guardia y a un tercer hombre. El lapón seguía allí también, sentado entre los cuerpos. Los aldeanos mandaron a un emisario y llegamos ocho días después de los asesinatos. En todo ese tiempo nadie se atrevió a acercarse a la casa parroquial, y el lapón seguía allí en el suelo.

¿Por qué no intentaría escapar el asesino?

—¿Y qué... qué dijo el lapón? ¿Por qué lo hizo?

—No ha soltado una palabra desde que lo apresamos.

—¿Habla sueco?

—Por supuesto —dice el gobernador.

Frans masculla algo entre dientes, asiente y mira al techo.

—¿Por qué esos hombres? —quiero saber.

Los dientes del gobernador destellan.

—¿A qué se refiere?

—Un hombre de iglesia y un agente de la ley.

En un sitio como Blackåsen, tenían que ser el grueso de las autoridades locales. Si

el asunto está relacionado con una disputa —tal vez una decisión en contra del asesino—, este debía de saber que vendrían otros a sustituirlos.

—Supongo que porque eran los que estaban allí —dice el gobernador—. No cabe duda de que fue un acto irracional.

—Pero ¿había indicios de que se hubiera producido algún tipo de pelea?

—Yo no hablaría de pelea. Había mucha sangre... Señales claras de hombres que habían intentado escapar.

Le da un trago al *arak*, tuerce el gesto y suspira.

—¿Y el tercer hombre? ¿Quién era?

Se encoge de hombros.

—Un colono.

Llaman a la puerta y aparece una chica con un delantal blanco que hace una leve reverencia.

—La cena —anuncia el gobernador—. Pongan un plato más —le dice a la chica.

Voy a necesitar más información para complacer al ministro. Pero la velada acaba de empezar. Fuera brilla el sol, aunque ha atemperado su luz. Los mosquitos bailan por el cristal de las ventanas.

Nos sirven reno, un corte fino y vetado que sabe a ternera, pero con más pegada. La conversación se encauza hacia Estocolmo, las reivindicaciones de cambio; el desasosiego que tiene atribulada a la nación, en suma.

—También aquí la gente está formando sindicatos de diversas clases —dice el gobernador, que clava entonces la mirada en mí—. Pero tenemos controlados a los alborotadores. No habrá ninguna huelga.

—¿Ninguna? —Sonrío: ¿cómo puede estar tan seguro?

—Nada.

—El rey está perdiendo el control del país —dice Frans con la boca llena, al tiempo que ladea la cabeza y vuelve a meterse el tenedor en la boca.

Asiento ante el gesto de la criada —sí, por favor—, que me sirve otro trozo de carne. No comento nada; no tengo intención de olvidar que el gobernador del condado es un hombre del rey.

—Supongo que al final Nariz Torcida se hará con el poder —sigue diciendo Frans; es el apodo que le han puesto al príncipe heredero Carlos XV.

Muchos ansían el reino del príncipe heredero. Hay quienes dicen que ya está al mando, pero el ministro de Justicia me asegura que no es así. El rey se niega a abdicar. «Ahora, de repente, parece resentido con el hijo —me dijo en cierta ocasión—. Lo ve como una amenaza, y no como al buen heredero que tanto se ha esforzado por educar».

Los sirvientes traen una segunda botella de vino, una tercera, una cuarta. Enciendo la pipa.

Frans se lamenta de que no se abra la veda de alces hasta otoño. El gobernador, que arrastra ya las palabras, le advierte de que se cuide mucho de adentrarse más de

la cuenta en tierra firme para ir a cazar con sus amigos.

—No queremos tener problemas con los lapones por meternos en lo que consideran su territorio.

El gobernador suspira y Frans se queda mirando la copa que tiene en la mano. Han abierto una puerta que nos devuelve a los acontecimientos del momento y lo saben. ¿Por qué no quieren hablarlo conmigo?

Decido tantear a Frans, quien, al fin y al cabo, trabaja para mí en muchos sentidos.

—¿Conocía usted al asesino?

El gobernador se sirve más vino pero la copa se desborda sobre el mantel y se forma un gran manchurrón rojo.

—Desde luego que no. No lo había visto en mi vida.

¿Cómo que «desde luego»? ¿Porque su sangre es menos pura? Es evidente que existe un «nosotros» y un «ellos».

—¿Sabe si tiene antecedentes violentos?

Frans se lleva la mano al cuello de la camisa y mira al gobernador.

—No sabemos quién es —dice—. El bosque está lleno de lapones y demás errabundos.

—¿Y ha habido más incidentes con lapones implicados?

—No.

—Pero ¿hay inquietud entre ellos o...?

—Si tanto le interesa, venga a verlo por sí mismo. —El gobernador se levanta, se tambalea y tiene que dar un paso de más para no caerse—. Se lo voy a presentar.

—No estoy seguro de que... —intenta mediar Frans.

—No, no. Voy a enseñarle a ese animal. Tú quédate aquí si quieres. —El gobernador hunde un dedo en el pecho de Frans y añade—: Estaremos de vuelta para cuando sirvan el postre.

El gobernador baja las escaleras de madera dando tumbos. Rodeamos el edificio a un lado de la residencia principal y doblamos a la derecha. A mi anfitrión le cuesta no perder el equilibrio por aquel terreno irregular.

—Usted no es de por aquí —dice—. Los lapones son como niños, ya sabe, nómadas, gente menos evolucionada. Estamos intentando ayudarlos pero... son muy inestables. Lo más probable es que se pasara con la bebida, que se empeñara en ver una injusticia donde no la había y actuara sin pensar. Malditos bichos. —Se da un palmotazo en el brazo.

La prisión es un edificio circular de piedra blanca; en medio del tejado hay una estructura elevada. ¿Ventanas?

Cuando entramos, se ponen en pie dos carceleros. El hombre que conocí en el barco no está.

—El lapón —ordena sin más el gobernador—. Abrid.

Uno de los carceleros se apresura a obedecer y nos conduce hasta una puerta de

hierro, donde abre una mirilla.

—Así no. La puerta.

El hombre obedece, descorre el cerrojo y abre. El gobernador entra el primero.

La celda tiene forma de cuña de tarta, de modo que la pared más lejana a nosotros es la más corta. Una abertura en lo alto deja entrar la luz, que cae en el banco de debajo. Hay un hombre sentado en él, con la cabeza gacha y la cara ensombrecida por unas largas greñas entrecanas. Tiene los hombros caídos y los brazos detrás del cuerpo. Encadenados.

—Aquí lo tiene —dice el gobernador.

El preso levanta la cabeza y parpadea varias veces.

Es un anciano arrugado y ajado. Un hombre así debería estar sentado en una silla viendo la vida pasar bajo la forma de los hijos y los nietos que lo rodean. Intento imaginármelo blandiendo un cuchillo pero no lo consigo.

—¿Lo ve? —dice a mi lado el gobernador—. Como un niño.

Se aclara la voz y traga saliva; la embriaguez lo ha alcanzado en este intervalo de silencio: se ha dado cuenta de que está ebrio y no se encuentra bien. Sale.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué los mató?

El prisionero cierra los ojos y postra la cabeza.

Uno de los carceleros escolta a Gunnar Cronstedt hasta su casa. Se mantiene a su lado pero sin atreverse a tocarlo. El gobernador se tambalea a izquierda y derecha y en todo momento ignora al guardia.

Siento una presión en el pecho y tengo que soltar aire.

Una oleada de náusea surge de mi interior y vomito. El líquido salpica el suelo a mis pies. Separo las piernas para no mancharme los pantalones.

Miro alrededor pero no hay nadie. Intento sosegar la respiración. Saco el pañuelo y me limpio la boca. ¿Qué me está pasando? Es la segunda vez en pocos días que me encuentro mal. Tal vez esté enfermo, puede que sea algo grave.

No, tiene que ser algo que he comido, quizá la carne de reno.

Vuelvo a limpiarme la boca.

Emprendo el camino de vuelta a la posada. El sol ha perdido todo su vigor y el ocaso pende del aire. Las calles bullen de gente que ríe y habla. Nadie cruza la mirada conmigo; me siento como si no estuviera aquí realmente. Tengo un regusto amargo en la boca.

En la posada, el techo bajo hace que la taberna retumbe y esté llena de humo. El suelo es una alfombra de arena y ramitas de enebro. En una esquina están apostando algo, hay dinero sobre la mesa y gente interesada alrededor. Veo el destello de un cuchillo contra el muslo: no va a acabar bien. Atravieso la sala y una mujer borracha se cae encima de mí. La cojo por el codo, se ríe, levanta la vista para mirarme y luego se zafa de mí como si se hubiera quemado. Sigo hacia las escaleras. En la primera

planta el ruido sube por entre los tablones, pero he dormido en peores circunstancias. Cuando voy ya por el pasillo de mi habitación, oigo que me llama una voz:

—¡Señor Stille!

El posadero sube las escaleras como puede, resollando por el esfuerzo.

—¿Sí?

—Es por la joven que viaja con usted... —El posadero está retorciéndose las manos y evita mi mirada—. Su cuñada.

—¿Sí?

—Aquí no queremos problemas. —Aguardo—. Antes hemos echado en falta algo.

La historia es muy sencilla. Cuando la posadera la ha invitado a un café, Lovisa ha aceptado. La mujer, mientras, se ha puesto a hacer sus cosas —pelar patatas y zanahorias, hervir agua—, y la joven dama se ha quedado en la cocina y han charlado de esto y de aquello: hay que ver lo caro que es todo en Estocolmo, que si los sacos de harina son cada vez más pequeños... desde luego. La chica poco tenía que decir, pero la posadera no necesitaba mucho para llevar la conversación ella sola, y así lo hizo. Fue después, al ir a pagarle al hombre de la leña, cuando descubrió que su monedero había desaparecido, al igual que Lovisa.

¿Habrás sido capaz? ¿Robar? Ojalá no me resultara tan fácil creerlo.

—Estoy seguro de que en su cocina entra y sale mucha gente —arguyo.

—Desde luego, desde luego. Pero el caso es que fuimos a hablar con ella, para preguntarle simplemente si había visto algo, y nos dio el dinero sin más. Lo tenía en el bolsillo, ¿sabe usted?

Se me escapa un suspiro. Lovisa está empeñada en acabar consigo misma. El posadero me está dando el perfil, y le miro directamente a la oreja. Me la imagino estirándose, a la espera. No ha querido involucrar a la Ley... probablemente tenga sus razones. Yo podría forzar el asunto y así desembarazarme de Lovisa cuanto antes... pero habría una investigación, un juicio. No podría moverme de aquí.

—¿Dónde está?

—La hemos encerrado en su cuarto. —El posadero mete la mano en el bolsillo del chaleco y saca una llave—. Aquí no queremos problemas —repite.

Consigo esbozar una sonrisa.

—Es usted muy amable. Yo me encargaré de ella.

Abro la puerta del cuarto de Lovisa. Cuando la cierro tras de mí, el posadero desaparece escaleras abajo. Mi cuñada está sentada en la cama, con cara de hastío, los párpados entornados y las cejas enarcadas. Qué insolencia. Me dan ganas de abofetearla. Quiero zarandearla y gritar.

Abre los ojos y levanta la barbilla.

Me obligo a no tomar ninguna medida. Salgo de nuevo y cierro la puerta.

De vuelta a mi cuarto la rabia se apodera de mí y lanzo el sombrero a la cama. Si fuera mi hija, me daría igual la edad que tuviese: no me temblaría la mano para arrearle con el cinto.

Estoy convencido de que no hay nada que decir o hacer con Lovisa que no se haya dicho o hecho ya. He conocido a gente como ella, decidida a acabar consigo misma. Como uno de mis profesores de la escuela de minas de Falun, que era igual. Al principio, la bebida y las noches en blanco eran divertidas —todos queríamos formar parte—, claro que sí, ¡beber con un profesor! Pero ese hombre no tenía fin. Las noches terminaban mal, sus actos se volvían cada vez más sórdidos, la bebida acababa colándose en el día... Los demás nos retirábamos. Incómodos, echábamos la culpa a nuestros estudios, nuestras familias, otros compromisos.

He vuelto a verlo después de muchos años, justo a principios de este verano. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, dos pozos negros. Me sorprendió que siguiera con vida.

La gente así no se da cuenta de que el destino no está escrito. Nada tiene que ver con haber nacido con un rasgo u otro, lo que importa es lo que decides hacer con tu vida. Estoy seguro de que por eso mismo el ministro nunca se ha rendido con Lovisa. ¿No me dijo, cuando llegué a vivir a su casa y decidió que mi nuevo nombre sería Magnus Stille: «Tu vida empieza aquí y ahora»? ¿No me lo ha repetido cien veces desde entonces: «Tu vida empezó cuando viniste a vivir conmigo»? ¡Y qué razón tenía! ¿Qué habría sido de mí si hubiese seguido lamentando mis orígenes, si hubiera creído que las respuestas residían en esos cuatro primeros años olvidados de mi existencia?

El ministro tiene razón. Deberíamos haber abandonado a Lovisa a su suerte.

Pero entonces se me aparece la cara de mi propia hija, Harriet, y me revuelvo, molesto por mi propia sensiblería.

Voy a la ventana. Debajo un hombre sale corriendo de la taberna y dobla por una calle. Recuerdo el dinero en la mesa, el cuchillo. La puerta se abre de par en par y dos hombres echan a correr tras el fugado.

Suspiro. No seré yo quien deje como caso perdido a Lovisa. Esa clase de decisión —el castigo definitivo— debe tomarla e implementarla un padre o un marido. El ministro no debería haberme pedido que la trajera conmigo; su hija es asunto suyo. Juro que no la dejaré sola ni un minuto hasta que regresemos a Estocolmo, y entonces se la dejaré en la puerta y tendrá que arreglárselas por su cuenta. Y tampoco pienso entrar en el juego de Lovisa; si pretende que reaccione de una forma u otra, no le daré esa alegría. Me la llevaré conmigo como si fuera una maleta más.

Tenía la esperanza de que esta misión fuera fácil pero no lo veo nada claro. Desde que visité al preso mi cometido se ha multiplicado. Está el «porqué» de la matanza, pero también el «quién». El lapón parecía un hombre mayor. No me lo imagino

matando a tres hombres él solo, o siquiera participando en los asesinatos. Hay algo que no cuadra. Si al gobernador del condado también le preocupa proteger el acuerdo de las Gällivare-verken, entonces, ¿por qué no me lo dice sin más?

He de volver mañana a interrogar al preso. Intentaré como sea hablar de nuevo con el alcaide que conocí en el barco. Si aquí todos se niegan a hablar, quienes podrían saber algo son los que viven en Blackåsen. Pero si voy hasta allí, tendré que llevarme a Lovisa conmigo...

Me quedo un rato largo en la ventana, en esta tarde plateada que no quiere acabar. Qué delicia vivir días que lo único que hacen es suavizarse antes de volver a convertirse en días de pleno derecho.

Pongo mi bolsa de viaje sobre la cama y saco el grabado de Hermelin, el que justo pasa por alto el monte Blackåsen. Me lo he traído de Estocolmo. Me encantan los mapas: la textura del papel grueso, el olor a libro viejo y tinta. Los dibujos suelen ser una exquisitez, como los ángeles que bordean este que tengo entre la manos. Disfruto distinguiendo las elecciones que ha tomado el cartógrafo al representar el mundo, lo que ha destacado, el marco que ha impuesto sobre una parcela de tierra. Puede que no fuera mentira lo que dije de joven: es posible que los mapas me decantaran por la carrera de mineralogista. Cuando no sabes de dónde vienes, quieres saber adónde vas.

La población grande más cercana a Blackåsen está a unos ochenta kilómetros de Luleå. Gabriel y yo calculamos que debe de estar situado a otros treinta y pocos kilómetros al norte, pero separado por un terreno que es casi impracticable: todo bosque, pantanales, ciénagas, ríos.

No estamos lejos. El deseo me cosquillea el pecho.

No me imagino a una mujer caminando treinta kilómetros bosque a través, pero después de lo que ha pasado no puedo dejarla atrás.

Intento ubicar un Blackåsen imaginario en el mapa.

Veo ahora que lo que creí que eran tirabuzones rubios en los angelitos son cuernos de demonios.



No sé cuánto tiempo llevo gritando, aporreando, pegando patadas a la puerta.

Magnus no puede encerrarme, no tiene derecho. ¡Maldito seas! ¡Ojalá ardas en el infierno!

Pero lo ha hecho, y no viene nadie en mi ayuda. Nunca viene nadie en mi ayuda.

Cuando paro de golpear, me duelen los cantos de las manos. Estoy temblando, me rodeo la cintura con los brazos, voy tambaleándome hasta la cama y me hago un ovillo. Podría morirme ahora mismo y nadie se enteraría. «Respira. Quédate quieta. No pienses en la puerta. Cierra los ojos».

¿Por qué me ha dado igual cuando me ha encerrado el posadero? Es porque sabía que Magnus vendría, y estaba esperándolo a él y la pelea de rigor. Pero ha llegado y no ha dicho nada, cuando tendría que haber gritado: «¿Qué te crees que haces? ¿Qué te pasa en la cabeza? ¿Por qué tienes que traicionar a todo el mundo de esta manera?». Pero ni me ha mirado.

Magnus no es mi padre. Me va a encerrar. El manicomio.

A la madre de una amiga mía la internó su marido; decían que oía voces. Envejeció una década en el año que estuvo encerrada. Cuando volvimos a verla por la calle, mi madre pasó de largo, pero yo vi sus ojos suplicantes en medio de unos rasgos flácidos y grises y tiré del abrigo de mi madre para que se parara. Madre pasó los días que siguieron con los ojos hinchados y enrojecidos.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me pasa en la cabeza? ¿Por qué tengo que traicionar a todo el mundo de esta manera?

No lo sé. Me creo inerte por dentro y, haga lo que haga, no siento nada. No, eso no es verdad. Es justo al revés: tengo demasiado dolor interior, y nada es capaz de aliviarlo, y la decepción que siento tras cada nuevo intento fallido lo empeora todo aún más.

Creía que Eva era la solución. Ay, Eva, en nuestro pasillo, con ese ridículo sombrero amarillo sobre una melena tan lisa y larga, los finos brazos caídos a ambos lados y una maleta maltrecha a los pies. «Aquí estoy», dijo. No fue: «He venido para instruirte, Lovisa», o «Seré tu maestra».

Solamente: «Aquí estoy».

Y podría haber llorado de felicidad, pero en lugar de eso exclamé: «¡Por fin!».

La mañana llega a Luleå sin previo aviso. El cielo ha pasado toda la noche azul; a ciertas horas el tono se oscureció pero volvió a aclararse una vez más. Mi ventana da a un pequeño patio amurallado. Oigo el ruido proveniente del otro lado, de la calle. Durante casi toda la noche la ciudad ha parecido bullir con la misma actividad que

por la tarde, hasta que, por un breve intervalo —no más de una hora—, se ha calmado. Luego un «buenos días» tácito, postigos abiertos de par en par, resoplidos de caballos y una voz de hombre: «Chist, tranquilos». Había llegado la mañana.

Me he vestido y he preparado el equipaje. Me llevo la mano a la nuca desprotegida y echo en falta mi sombrero perdido. Cuesta parecer normal con el pelo como una mata de hierba. Porque sí, mientras espero a Magnus sentada en la cama, quiero parecer normal. Cuando llegue, le explicaré lo del dolor y le prometeré que voy a cambiar, que me dé otra oportunidad. Si hace falta, le suplicaré de rodillas.

Llaman y se oye una llave. Me levanto. El corazón me aporrea el pecho. Magnus agacha la cabeza para mirar al interior.

—Bien, veo que estás lista —dice.

Se lo ve pálido, y unas arrugas le atraviesan la piel blanca en torno a los ojos. No ha dormido, seguramente por mi culpa. Abro la boca para decir las palabras.

—Supongo que podemos desayunar abajo. Hasta ahora. —Se va.

Salgo al pasillo y él ya está bajando las escaleras.

La joven que nos sirve no para de mirarme el pelo. Y la cicatriz de Magnus. Y de vuelta a mi cabeza. La madera de la mesa está llena de marcas que podrían perfectamente ser puñaladas de cuchillo.

—¿Ocurre algo? —pregunta bruscamente Magnus.

—No —dice la muchacha, que se humedece los labios.

—Pues entonces apunta: yo quiero café y pan. ¿Lovisa? —Es una orden, de modo que asiento—. Dos de cada cosa. Y carne. —Arruga el gesto cuando se va la muchacha.

Está intentando ganarse mi confianza. Ya antes lo han intentado... Sí, sí, mi profesor de latín, un hombre raquítico con gafas y halitosis. Lovisa, la pobre incomprendida. «Ven, siéntate aquí a mi lado...» Una mano pálida que me agarraba la rodilla.

Me ponen enferma.

Magnus levanta su bolsa del suelo y saca un mapa.

—No hace falta —digo.

—¿El qué? —Magnus está utilizando lo que parecen dos piernecillas de acero; con dos dedos va llevándolas por el mapa, un pie tras otro.

—Que seas bueno conmigo.

—¿Y por qué no habría de serlo? —me pregunta sin levantar la vista.

Café negro como la pez y mantequilla dorada: el uno me devora las entrañas y la otra me calma.

Después de desayunar, ya fuera, pasamos por delante de varias tiendas y me detengo en una que tiene un perchero con ropa en la calle. Mi hermana me daría un codazo y haría una mueca hacia los vestidos para decirme que son de la temporada pasada.

Magnus tiene la mirada clavada delante. «Díselo ahora —me digo—. Dile que lo sientes. ¡Díselo!»

Las manos se me van al cuello.

—Me gustaría un sombrero —me oigo decir. La boca de Magnus se vuelve una fina línea—. Si no es molestia, claro.

—Como quieras.

Mientras escojo uno, el que sea, la mujer intenta de paso venderme un vestido. Me enseña un sencillo modelo de color marrón.

—Es ideal para el día y la noche —comenta, empeñada en no mirar a Magnus, que está en el umbral de la puerta con un rictus de piedra.

Podría meterme en el papel: abrir mucho los ojos, una mirada aterrada a Magnus. «Mi marido es el horror; le tengo miedo». Pero me limito a sacudir la cabeza, no quiero el vestido. Me pongo el sombrero, y he de admitir que me siento casi normal, a pesar del ala ancha y de la tela estampada.

Magnus paga y luego, fuera, se me queda mirando, escrutándome. Siento una punzada de miedo.

—Tengo que ir a ver a un preso y me preguntaba si puedo llevarte conmigo. — ¿Un preso? ¿Qué habrá hecho?—. Según cuentan, ha matado a tres personas.

Ahora siento un pinchazo de algo distinto. Sí, claro que puede llevarme. Magnus asiente también y sigue bajando la calle mayor a grandes zancadas. Lo sigo. ¡Un asesino! Aunque me da la impresión de que no cree que haya sido él: ha dicho «según cuentan».

—¿Para eso te ha mandado aquí mi padre? ¿Para ver a ese hombre?

—Más o menos —me responde sin volver la cabeza.

Doblamos a la izquierda, dejamos atrás la ciudad y tomamos un camino a la derecha. Nos dirigimos a un edificio aislado de piedra blanca. Magnus sube los escalones de un paso, abre la puerta sin más y saluda brevemente con el sombrero.

—Hemos venido a ver al lapón. Anoche estuve aquí con el gobernador.

Los carceleros intercambian una mirada entre sí, mientras mi cuñado se queda inmóvil, aunque con el puño cerrado tras la espalda...

Está mintiendo, no tiene permiso. Me abstengo de volver a mirar el puño cerrado y contengo la respiración.

—¿Quieren que despierte al gobernador? —pregunta Magnus—. Ayer fue una noche muy larga. —Acentúa la palabra «larga» hasta el punto de convertirla en una amenaza.

—No, no.

Uno de los hombres corre con la cabeza gacha a abrir una puerta de hierro y deja pasar a Magnus. Tras un titubeo mínimo, lo sigo.

Un olor húmedo pero penetrante, los restos de una noche fría y la orina de la mañana. Hay un banco de madera pegado a un lateral del cuarto. El blanco glacial de las paredes y el techo confieren a Magnus, los carceleros y el preso un aspecto

sórdido.

El criminal tiene el rostro surcado de arrugas profundas. Las bolsas de los ojos, a ambos lados de una nariz desproporcionada, llaman tanto la atención que parecen pintadas con tinta azul. Bajo el banco, tiene las piernas cruzadas por los tobillos, muy delgados.

Sus ojos de negro riguroso se cruzan con los míos. No hay edad, puede que algo de indiferencia, pero ni un asomo de fragilidad. Estoy mirando a los ojos de un animal salvaje. Da la impresión de no ser enteramente humano. Si me mandan al manicomio, me encontraré con gente como él. Me recorre un escalofrío. El lapón aparta sus ojos de mí y los clava en mi cuñado.

—Vengo en nombre del ministro de Justicia —dice Magnus. El lapón echa la cabeza atrás, sin inmutar el gesto—. Quiero asegurarme de que le tratan como es debido. El ministro se ha interesado personalmente por su caso. Cuénteme qué pasó. ¿Qué hacía en la casa parroquial? Si no habla, no podré ayudarlo.

El lapón sigue sin responder.

Magnus aguarda y, finalmente, se encoge de hombros. Una vez fuera, le pregunta a los carceleros:

—¿Y el alcaide?

Mientras uno está cerrando la celda del preso, el otro le responde:

—Está de viaje.

Magnus da un paso hacia la salida pero vacila por un instante.

—¿Dónde?

—En Estocolmo.

—¿Y todavía no ha vuelto?

El carcelero niega con la cabeza.

—No, aún no.

—No estoy seguro de que los haya matado él —comenta Magnus, más para sí mismo que para mí.

Yo estoy pensando en paredes de piedra blanca, en ventanas con barrotes, en estar encerrada.

—Ni siquiera sé si comprende lo que le he dicho.

Recuerdo los ojos negros del lapón. Sí, lo he visto atento, aunque tal vez no a lo que decía. Parecía más interesado en el propio Magnus. No sé muy bien qué quiero decir con esto.

—Pero ellos saben que lo hizo —digo.

Magnus me mira.

—Los asesinatos no se produjeron en Luleå. Encontraron al lapón en el lugar de los hechos, pero eso no significa que sea el culpable. Aquí nadie más sabe nada sobre lo ocurrido.

—¿Dónde ha sido?

Magnus señala con toda la mano: allá, lejos.

En algún punto del interior. Lejos, muy lejos...

Una inquietud entre ambos, una tensión. Cómo abordar una cuestión sin que se note que lo haces. Siento que recupero aliento. Ligeramente.

—Entonces habrá que ir —digo como si tal cosa, como si no tuviera importancia. Magnus no muda el rostro. Me estoy clavando las uñas en las palmas—. Supongo que, siendo un encargo de mi padre, deberías asegurarte.

No responde en el acto, y temo haberme mostrado demasiado ansiosa.

—Podemos tener transporte hasta la población más cercana, pero luego se acaban las carreteras y es imposible transitar a caballo. Tendríamos que hacer unos treinta y pico kilómetros andando bosque a través. —Ha dicho «tendríamos». No me atrevo ni a respirar y me limito a mirar al frente. Suspira y añade—: Deberíamos poder cubrir la distancia en dos o tres días. Físicamente te encuentras bien, ¿no?

Nos imagino vistos por cualquier transeúnte de la calle. Una joven delgada como un junco, con un gran bonete estampado atado al cuello con un lazo y un hombre con barba de unos cuarenta años que le saca una cabeza. Gente normal. Asiento.



Blackåsen, primavera de 1856

Anoche soñé con Nila de joven. Se le había perdido el gorro y el sudor le pegaba el pelo moreno al cráneo, mientras corría por un manto profundo de nieve. Estaba intentando meter a los renos en el redil pero el macho jefe del rebaño se negaba. Nila aprovechó que el animal estaba rodeando un seto de abedules para cortarle el paso, cogerlo de los cuernos y tirar de él. Pero el reno parecía estar riéndose, como si fuera todo teatro. Nila me vio entonces y me sonrió. Se llevó un dedo a un lado de la cabeza. Yo también me reí.

Hasta que vi que el rebaño se detenía y dejaba de seguirlo. De pronto rompieron en una carrera hacia donde estaban el macho jefe y Nila, como un único cuerpo avanzando por el blanco de la nieve.

Me desperté con la piel de reno retorcida por los tobillos.

—¿Cómo puede ser? —pregunto en voz alta en cuanto se me normaliza el pulso. Le hablo al joven Nila—. ¿Cómo pudiste tallar esa cara? —Ahora es al viejo.

Los veo como dos personas distintas. El viejo acecha en el bosque pero no me hablo con él; todavía no, y puede que nunca. El joven no me responde.

No sé cuántos días han pasado. Después de ver al hombre que mató a los colonos —el lapón que salió de la casa parroquial custodiado por los hombres de la costa—, me acosté y dormí muchas horas seguidas. Escuché voces, la de mi madre, la de mi padre. He debido de tener fiebre, y quizá siga un poco febril. Estoy hablando con los muertos.

Tengo la garganta reseca. Me agacho para beber en el riachuelo pero mi cuerpo necesita más. Me haré una infusión con hojas de los abedules que hay cerca del marjal. Me aliviará la jaqueca y, si sigo con fiebre, también se deshará de ella. Cojo el zurrón y el cayado.

«Puede que Nila viera al lapón en alguna parte», voy pensando mientras camino por el sendero. Y al apoderarse de él la locura, se obsesionó con su cara y la talló en el árbol.

El problema es que ese lapón ha matado a Párroco y a Guarda, hombres con los que Nila no se llevaba bien.

¿Y si —y es una idea que no soporto— mi marido le pidió a ese hombre que los matara por él?

No puede ser. Nila no era así. Voy repitiéndomelo una y otra vez pero la cara tallada se me va apareciendo con la misma insistencia.

Nuestros problemas con los colonos empezaron hace dos inviernos. En las primeras semanas, cada vez que íbamos a la iglesia nos recibían como siempre, calurosamente. Pero antes de Año Nuevo, Párroco vino en busca de Nila y le dijo:

—Tenéis que venir a misa sí o sí.

Guarda estaba a su lado, escrutando con sus ojos muy abiertos a todos nosotros y a nuestro campamento.

—Vamos siempre que podemos —le respondió Nila.

La *sita* corroboró asintiendo con la cabeza. A veces se nos olvidaba, o no conseguíamos llegar por culpa del tiempo o del rebaño, pero íbamos a la iglesia casi todos los domingos.

—¿Seguís practicando vuestra antigua fe? —quiso saber Párroco.

A mis espaldas alguien respiró hondo, un pequeño grito ahogado. Yo quería decir que no, que en absoluto, casi nunca. Nila no se parecía en nada a su padre o a su abuelo. «Ya nos conoces —quise decirle a Párroco—. Pertenece a tu congregación».

—Está prohibido, se considera brujería.

Ambos hombres se desafiaron con la mirada. La *sita* se quedó en silencio, inmóvil. Nila relajó no obstante el gesto, como si hubiera tomado una decisión.

—Pero no pasa nada, vuestro Dios lo perdona todo.

Lo dijo sin mala intención, y además Párroco siempre estaba arengándonos sobre el perdón. Aun así, al religioso se le ensancharon los ojos y Guarda se volvió para mirar a Nila de hito en hito.

Mi hombre se quedó quieto hasta que se fueron, mientras, a sus espaldas, la *sita* era un muro en la oscuridad del invierno. Esa noche, sin embargo, me encontré a Suonjar cuchicheando con Innga y Aili. En cuanto me vieron, se separaron como hojas secas en una corriente de aire.

Después de esa visita, pusimos más cuidado en no perdernos los sermones. Pero la diferencia entre nosotros y el resto de fieles había quedado clara: éramos unos paganos, y había que vigilarnos. Me entraban ganas de protestar: éramos tan cristianos como ellos, o puede que más. Me daba la impresión de estar manchada, y he de admitir que, en parte, culpaba a Nila.

—¿Qué quisiste decir? —le pregunté. Había pasado una semana, e íbamos de regreso al campamento tras vaciar las trampas. Había una luna pequeña y austera. Nila llevaba el gorro de piel bien calado en la cabeza y la bufanda de lana le cubría la boca—. Cuando dijiste que su Dios lo perdona todo.

Seguimos andando, y pensé que no iba a responder.

—Es mejor que no lo sepas.

Comprendí entonces que debía de estar ocultándome una infinidad de cosas... y hasta qué punto esa otra vida lo separaba de mí. Yo creía que había cambiado como los demás, pero tal vez no fuese así. La repentina constatación me dejó sin aliento.

Nila se detuvo, dejó en la nieve la perdiz blanca que tenía en las manos y me

estrechó entre sus brazos. Recuerdo mi nariz contra el cuero suave y frío de su pelliza. Estaba apoyada contra él en lugar de abrazada, y era mejor así porque, de lo contrario, habría sido capaz de pegarle.

El soto de abedules que bordea el marjal se arremolina en una brisa suave, sus copas engalanadas de un verde radiante. Troncos blancos y delgados en medio de una hierba tan ligera que todo se convierte en puro resplandor a la vista. Pasada la espesura, llego hasta los árboles más pequeños. La savia de las hojas me deja los dedos pegajosos. Lleno el zurrón.

A la vuelta, cojo el rodeo y paso por la aldea. Veo a Centinela sentado en el tajo de cortar de su patio, afilando una hoz. Santa está desmalezando el huerto, sus dedos ágiles sobre la tierra negra arrancando raíces aquí y allá.

Cerca de la iglesia, en el fosar, hay tres montículos de tierra nuevos. Han enterrado a sus hombres mientras yo dormía.

Las ventanas de la casa parroquial están abiertas y las cortinas revolotean en el viento. Párroca, o Viuda ahora, abre la puerta y sale a beberse un café en los escalones.

Como si no hubiera pasado nada.

No, están esperando. La cosa no va a quedar aquí. El miedo se me revuelve en el pecho. Intento bajarlo de un trago.

De vuelta al campamento, hago un fuego, aunque no voy a comer. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo Nila tallar esa cara?

¿Y si —es solo una pregunta— fueron los espíritus quienes se lo ordenaron a Nila?

Ay, Señor.

A mi alrededor el bosque está en silencio, y el cielo, una espesura de blanco.



Junio de 1856

La muchacha nos espera en la carretera a la salida de Luleå, al otro lado del cementerio. El suelo crepita bajo nuestros pies mientras atravesamos el camposanto para alcanzarla. Lovisa mira a la chica, que va en una calesa con un poni, pero no parece extrañarle que se hayan dispuesto todos los preparativos tan fácilmente. Me sabe mal, la he engañado para que me acompañe en este viaje. Pero pienso entonces en sus propios tejemanejes y me siento menos culpable. ¿Y acaso no me he mentido a mí mismo? Porque, si no pensaba ir a Blackåsen, entonces, ¿cómo es que me he traído el sextante, el cronómetro de bolsillo y el teodolito?

No, es mejor admitirlo: tenía pensado ir desde el principio. Ahora bien, no sabría decir si por el tema de los asesinatos, de los mapas perdidos o por ver con mis propios ojos uno de los mayores yacimientos de hierro de Suecia.

En cuanto me he decidido, no he perdido el tiempo. He tomado todas las disposiciones pertinentes y he comprado provisiones. Quiero partir antes de que se entere el gobernador del condado, aunque ni yo tengo claro por qué. El alcaide temía que se supiera de su charla con el ministro, y los carceleros me dijeron que este no había vuelto aún de Estocolmo, aunque yo sé que no es cierto... Lo más probable es que no sea nada, pero no me siento cómodo.

Me percató ahora de que la vereda por la que vamos está llena de calaveras y huesos que chasquean bajo nuestros pies. No hay ningún claro donde pisar. Supongo que tampoco es de extrañar que no consigan mantener bajo tierra a sus muertos si tenemos en cuenta que la isla entera no es más que arena amontonada por el viento. Me dispongo a comentárselo a Lovisa, pero me lo pienso dos veces.

Dos jornadas de viaje hasta la población más cercana al monte Blackåsen, me aseguró el hombre que me ayudó a organizar el viaje; pero no puede ser: hay una carretera y tenemos un poni y una calesa. Es imposible que nos lleve tanto tiempo. Cuando le conté cuál era nuestro destino final, puso cara de estupefacción.

—Allí no va nadie —me dijo, antes de recordar que en realidad no hacía tanto un par de viajeros habían ido a ese mismo destino.

Le pregunté quiénes eran pero no recordaba sus nombres.

El camino está flanqueado de sembrados y grandes casas de madera pintadas de rojo. Huele a pino real y el sol brilla desde un cielo despejado. Hay una luz potente sin ser demasiado severa. El mar destellante pronto desaparece tras el azul cerceta de los árboles. La muchacha que nos lleva no será mayor que mi hija Harriet. El carro derrapa y las ruedas lanzan grava hacia la cuneta. Hurgo en mi interior para

comprender la sensación que me invade, y entonces sonrío: me siento como si fuera a visitar a un viejo amigo.

Busco en el morral y encuentro el mapa que me dieron anoche como parte de mis provisiones, donde aparece Laponia coloreada de amarillo y rosa; llevo también la botella de aguardiente que me dieron. «Por allí no encontrará ni una gota de alcohol —me advirtió el hombre que me consiguió las provisiones—. Está prohibido vender fuera de la ciudad, aunque al viajero se le permite llevar sus propias reservas», precisó, y sonrió de oreja a oreja.

Despliego el mapa como puedo. Suecia aparece en el centro, con Noruega en el extremo izquierdo. La frontera verde que las separa parece la espina dorsal de un anfibio.

—¿Puedes alejar un poco tus papeles? —me pide Lovisa.

Siento su hombro pegado al mío, su calor, y veo bajo el sombrero que le bajan unas gotitas relucientes de sudor por la nariz. Me aparto todo lo que puedo.

—¿Es eso? ¿Ahí es donde vamos? —quiere saber.

—Sí.

Cuando sigamos a pie, tendremos que atravesar el gran río que serpentea por el mapa. Hacia el norte hay muchos montes, todos sin nombre. Podríamos acampar por la noche en uno u otro y luego cruzar la llanura del valle al día siguiente, con la idea de llegar a nuestro destino a última hora de la tarde. Y allí en ese mapa por fin está el Blackåsen, unos mínimos anillos dibujados dentro de otros, como cuando tiras una piedra al agua y la superficie se ondea. Siento la atracción del remolino, y la montaña se eleva en medio, con el agua reluciendo en sus laderas.

Nos adentramos en un bosque de suelo arenoso. Nuestro carruaje traquetea con cada bache y cada resalte del camino.

Miro a la chica que está en el pescante y me imagino a Harriet en su lugar. Sonrío. Mi hija es fuerte, e Isabella dice que es una testaruda. Tendrá que cambiar si quiere ser una buena esposa y una buena madre. A veces, para mis adentros, tengo la esperanza de que no sea así. En el mundo ya hay demasiadas buenas esposas y madres.

—¿Has estado alguna vez en Blackåsen? —le pregunto.

—No —responde sin apartar la vista de la carretera.

—¿El que conocí ayer era tu padre?

—Sí.

—Me comentó que alguien viajó hasta Blackåsen hace poco.

—Puede ser.

Pliego el mapa.

—Voy a decirle a la gente que vengo a cartografiar la montaña —le digo a Lovisa.

Pero no me responde; está recostada en el asiento y tiene los ojos cerrados. No puedo evitar mirarla de reojo un par de veces. Sus rasgos me resultan interesantes: sin

su típico mohín de desdén, desnudos y vulnerables, son casi bellos. Me fijo por primera vez en que ya no es ninguna niña.

Anoche le escribí una carta a Isabella y se la mandé con el capitán del vapor, que volvía a Estocolmo; le contaba que estaría fuera más de lo esperado, y le pedí que hablara con el ministro sobre Lovisa. Si alguien puede convencerlo para que vuelva a acogerla esa es Isabella.

Estoy cansado. Cuando por fin me quedé dormido, se me repitió el sueño de siempre. Estoy en el bosque, corriendo, aporreando el suelo con los pies descalzos. Pero no son solo mis pies, viene alguien más, alguien de quien intento escapar. Jadeo y me giro, sin aliento, intranquilo. Me despierto entonces, con un nudo en la garganta. He tenido tantas veces esta misma pesadilla que ya debería estar acostumbrado, pero no sé qué es peor, si el miedo que experimento al despertar o la frustración de no poder recordar cómo acaba.

La voz de Isabella en mi oído, intentando quitarle importancia: «Yo diría que todos tenemos nuestra propia pesadilla».

Media tarde: me doy cuenta de que mis pensamientos se han detenido. Este bosque nunca acaba. La carretera ya no es tal cosa, tan solo un hilillo de camino. Al poni le cuesta remontar las pendientes empinadas, y a cada tanto tenemos que bajarnos y caminar al lado. Cuando estás en la carreta tambaleante, los ojos se te van de un árbol a otro hasta que se calman por fin. Los árboles se convierten entonces en un borrón y se te entumece el espíritu. Parece que entra uno en otro estado mental. El silencio es total; la quietud, arrolladora. Mientras, me ha venido a la cabeza que tal vez no pueda utilizar la brújula, que seguramente la veta de hierro magnético del Blackåsen distorsione toda medida.

La muchacha no detiene al poni hasta bien entrada la tarde.

—Vamos a hacer noche aquí, en casa de los Edgren, Ove y Anna-Maria.

Hemos parado delante de una granja. Me bajo y estiro los brazos para intentar relajar los hombros cargados. Al otro lado, Lovisa se apea como puede de la carreta. Cuando la chica está ya liberando al poni, salen de la casa un hombre y una mujer.

—Bienvenidos —nos dice la señora Edgren.

El hombre nos saluda con el sombrero y yo le devuelvo el gesto. Lleva una caña de pescar en la otra mano.

—Ove va a salir a probar suerte con la caña —me dice la mujer, que tiene la melena caoba cubierta con un pañuelo; sus rasgos son delicados, con una naricita menuda, la barbilla puntiaguda y ojos avellanados y límpidos—. ¿Quiere usted ir con él o está cansado?

Ove Edgren es un hombre corpulento de treinta y pocos años con una barba bien

recortada. Bajo el ala del sombrero, asoman unos ojos vivarachos.

Lo que más me apetecería ahora mismo sería sentarme y sacar mi instrumental y mi diario, pero tendrá que esperar.

—Me encantaría acompañarlo.

Nuestra joven cochera lleva el poni al establo, mientras la granjera le enseña la casa a Lovisa. Mi anfitrión y yo bajamos en silencio por la loma de detrás de la granja. No tardo mucho en oír el agua. La casa está situada en un cerro rodeado de abedules y, abajo del todo, a los pies de la pendiente, discurre un río. Estamos justo a la salida de unos rápidos.

Mi anfitrión alza la caña y engancha un cebo en el anzuelo con diestros movimientos de sus manos morenas.

—Salmón —dice, y señala al río.

Se aposta en la orilla, hace un movimiento de brazo y lanza el hilo bien lejos. Después va recogiendo lentamente.

Contemplo el agua espumeante, que se lanza contra los rápidos y se arremolina entre las rocas, rozando la ensenada con unas ondas diminutas.

Al tercer lanzamiento, Ove pesca algo. Recoge el hilo, la caña doblándose. A mis pies aterriza un pez de color plata oscuro y panza rosada. El hombre lo golpea en la cabeza con una piedra y lo aparta ligeramente de la orilla.

—¿Quiere usted probar? —me pregunta.

En comparación, mis manos parecen enfermas, blancas y delgadas.

—Suelte hilo por detrás y luego lance la caña hacia delante.

En mi primer intento el hilo se engancha a los pinos de la loma.

Ove ríe con los ojos.

—Tiene que intentar que la caña se desplace en línea recta, que no se arquee. — Me hace otra demostración y va luego a desenredar el hilo.

Mi segunda intentona solo supone una leve mejora: el anzuelo cae al agua con el cebo a menos de metro y medio. Lo recojo y vuelvo a probar.

Regresamos a la granja con cuatro piezas grandes, pescadas todas por Ove. Su mujer, Anna Maria, pone el pescado en una rejilla directamente sobre el fuego. Ove y yo nos quedamos en silencio, a gusto el uno con el otro. La pesca propicia la afinidad.

—Me ha contado Sofia que van ustedes a Blackåsen —dice Anna-Maria mientras nos va pasando platos con pescado y patatas hervidas.

¿Sofia? Ah, nuestra joven cochera.

—Así es.

Tarde o temprano, lo ocurrido en Blackåsen terminará sabiéndose por las intermediaciones, pero todavía es pronto.

Anna-Maria nos sirve leche. El pescado huele a humo. Ove le unta mantequilla por encima con un cuchillo, y yo lo imito. Es el salmón más rico que he comido en

mi vida. Lovisa también deja el plato limpio cuando termina.

—¿Blackåsen? —quiere saber más Ove, que está hurgándose los dientes con una astilla de madera.

—Soy mineralogista y he venido a ver el yacimiento de hierro del monte. Lovisa es mi cuñada.

Esta, al oír su nombre, coge su pan de maíz y arranca un trozo con la mano.

—A Anna-Maria le gusta coleccionar piedras —comenta Ove.

La mujer se echa a reír y se pone colorada. Intenta explicarse:

—No sé qué tienen pero me inspiran algo de antiguo. Es como tener un trozo del mundo en la mano...

Lovisa la mira a través, como tiene por costumbre.

—Lo que, en cierto modo, es cierto —intervengo—. Una piedra puede enseñarnos muchas cosas sobre el pasado. ¿Me mostraría su colección?

Tiene las piedras guardadas en un balde ancho y bajo y claquetean contra la hojalata cuando lo levanta. Aunque es evidente que las ha escogido por su forma o su color, me paro a observarlas una por una.

—Esta es cuarzo lechoso —digo, y lo acerco a la luz—. Su color borroso se debe a las gotitas de gas líquido que se quedaron atrapadas dentro cuando se formó. Esto de aquí es sílex, una variedad de cuarzo. Los sílex son la prueba de que en otros tiempos todo esto estuvo cubierto por el mar. ¿No es increíble que una piedra con una superficie tan cerosa, tan suave al tacto, pueda moldearse hasta convertirse en la hoja de un cuchillo? Esto es granito; la palabra viene de «grano» en latín, y si se fijan bien, es fácil entender por qué. —Sujeto cada piedra en la mano y la calibro antes de devolverla a su sitio.

Anna-Maria guarda su cubo y desaparece. Tal vez haya ido a hacer otra cama ahora que sabe que no somos marido y mujer.

Ove y yo vamos a fumar fuera. La luz del sol de la noche penetra a través de las escasas nubes. El bosque está en penumbra pero, a los pies de la loma, el río reluce plateado. Le doy una calada a la pipa.

—No hace mucho vino otro viajero que iba a Blackåsen —comenta Ove—. Era como usted.

—¿Mineralogista?

Asiente.

Seguro que ha habido muchos con el acuerdo de las Gällivare-verken.

—¿Recuerda cómo se llamaba? —le pregunto igualmente.

Ove entra en la casa y vuelve con un libro.

—Siempre pido a todo el mundo que escriba su nombre en el libro de huéspedes —me dice, con la pipa en una mano y pasando las páginas con la otra—. Rune Dahlbom. Hace unas seis semanas.

¿Rune?

Lo conozco; de hecho, pensé en él hace un par de días: era mi profesor, el que

hacía todo lo posible por destruirse. Vino a verme al Bergskollegium a principios de verano. No comentó nada sobre un viaje al norte. Me pidió ver los mapas que teníamos del centro de Suecia...

Me quedo paralizado. Le dejamos entrar solo en los archivos.

—¿Y ha regresado ya al sur? —pregunto intentando disimular mi interés.

Ove sacude la cabeza.

—Todavía no.

Tendría que haber preguntado más sobre la tercera víctima. «Otro colono», dijo el gobernador del condado.

—En Blackåsen la gente es muy suya.

—¿Ah, sí?

No tengo ninguna prueba de que el tercero fuera Rune. En realidad seguramente nos lo encontremos nada más llegar, y se deshará en disculpas por haber «tomado prestados» los mapas.

—No les gustan los forasteros —abunda Ove, que vuelve a llevarse la boquilla de la pipa a la boca.

Ya estoy advertido.

Cuando regresamos al interior, Anna Maria ha vuelto a la cocina. Está cogiendo libros y papeles de la estantería y rebuscando entre las páginas.

—¿Pasa algo? —pregunta Ove.

—No. —Le sonrío—. Es que no sé dónde he metido las tijeras de costura.

Lovisa está a la mesa de la cocina, con dos párpados como dos lunas llenas blancas.



—Qué mujer más pava —digo, e imito a la mujer del granjero—: Mire mis piedras, es «como tener un trozo del mundo en la mano».

Magnus se queda mirándome.

—¿Por qué tienes que mofarte de una mujer que lo único que ha hecho es recibirte en su casa y ponerte de comer?

Las palabras me salen sin poder evitarlo:

—¡Porque es insignificante! ¡Su vida es insignificante! Es estrecha de miras, sus preocupaciones son nimias...

Magnus sacude la cabeza como si no diera crédito.

—¿Y tú? ¿Acaso tú te crees más trascendente?

Nuestro carro pasa por encima de una piedra y nos hace pegar un bote y volver a caer con fuerza sobre el asiento, chocando los hombros.

—Quiere a su marido —dice con la voz más sosegada—, es la mujer de un granjero y le gusta coleccionar piedras como a tanta otra gente. ¿Y tú qué eres?

Apoya una mano en el carro y se apea para caminar al lado.

Se pone a hablar con la chica. Que si esto, que si lo otro. Ríe. Yo cierro los ojos y me recuesto para evitar marearme.

La posada del pueblo tiene ventanas pequeñas y puertas bajas. En medio del suelo irregular del cuarto, una sencilla cama de madera con ropa blanca. Las paredes de piedra encalada parecen combarse hacia dentro. No puedo respirar. El ventanuco está cerrado con un cerrojo de hierro.

Fuera, el cielo hace que el pueblecito de madera parezca de juguete. En el horizonte unas nubes espesas se han inflado hasta convertirse en una argamasa malva. El viento sopla por las hierbas altas que rodean la plaza y arranca las florecillas blancas de un árbol joven frente a la fonda y las levanta en espiral por el aire. El morado del firmamento se acerca. Ay, cómo me gustaría que fuese una tormenta de verdad y que el cielo cayera sobre nuestras cabezas y nos lapidara. Pero mientras las observo, las nubes acaban retirándose y el cielo palidece. Llovizna. Poco más.

Llaman a la puerta.

—Estamos invitados a cenar en casa del cura —dice Magnus.

A mis espaldas, siento el cuarto como una presencia que me presionase la columna.

Hay otros dos religiosos esperando en el pasillo de la casa parroquial, uno anciano y

otro joven. Los dos saludan a Magnus, le estrechan la mano, todo sonrisas.

—De haber sabido que venía usted —dice el mayor—, podríamos haber viajado juntos.

—Ni yo lo sabía por entonces.

—Conocimos a Magnus en el vapor de Estocolmo —me explica el anciano—, pero no tuvimos la fortuna de conocerla a usted. Me llamo Hans Rexius. Y este es Fredrik Wetterlund. —Señala con un gesto a su compañero.

—Lovisa Rosenblad.

—Mi cuñada —apostilla Magnus.

El mayor tiene una cara redonda y jovial, con los carrillos rosados. El joven, en cambio, luce una piel cetrina y lleva el pelo moreno en un corte demasiado apurado que le deja a la vista todo el cogote. Tiene la mirada inquisitiva.

—¿Y qué les ha parecido Luleå? —le pregunta Magnus a Hans Rexius.

—Mucho más adelantada de lo que esperaba. Por desgracia el obispo ya había partido, pero esperamos alcanzarlo en una de las poblaciones menores que siguen por esta ruta. Aunque debemos darnos prisa; nos han dicho que hay poca gente que viaje por la región con la misma soltura que el obispo.

Rexius ríe. Le tiembla la parte superior del cuerpo y tiene la boca muy abierta, aunque no sale de ella sonido alguno. Mira intensamente a la persona con la que habla, como si quisiera persuadirlo para participar.

Entra un tercer cura. Tiene el cabello blanco, la espalda encorvada y expresión dolorida al andar.

—Hombre —dice Hans—. Este es Axel Bring... nuestro anfitrión.

Los ojos grises de Bring sondean a los otros dos mientras los saluda. No debe de ser mucho mayor que mi padre, me digo, aunque ha envejecido peor. Puede que esté enfermo. Se pone frente a frente con Magnus, y veo que se le escapa la mano para cogerse el pecho. Se queda mirándolo fijamente y, al cabo, le tiende la otra mano. Por un momento me da la impresión de que va a tocarle la mejilla.

¿Qué le pasa? ¿Es que nunca ha visto una cicatriz?

En la cara de mi cuñado nada traiciona lo que debe sentir.

—Este es Magnus Stille. —Rexius suena cordial a la par que confundido—. Y su cuñada, Lovisa Rosenblad.

Bring se esfuerza por sonreír y le da la mano a Magnus.

—Bienvenidos, sean bienvenidos. Pasen, por favor. —Se adelanta para abrir otro par de puertas dobles que dan a un comedor, esta vez a paso más ligero, como para compensar la torpeza de sus primeros actos como anfitrión.

—Rosenblad —dice mientras nos sentamos—. ¿Pariente de Karl Rosenblad, el ministro de Justicia?

La barbilla le tiembla ligeramente. Yo me niego a cruzar con él la mirada. No he olvidado su desliz anterior, de modo que es Magnus quien responde:

—Lovisa es su hija.

—Magnus viene en representación del ministro, ¿no es así?

Una sombra planea en la cara de Magnus, que en cambio sonrío.

—He venido a ver el monte Blackåsen.

—Ah... —Bring asiente.

Después, nada. Los hombres charlan sobre la región: el clima, la geografía. Rexius quiere saber más sobre los lapones.

—Son cristianos —explica Bring—. La mayoría están asentándose, convirtiéndose en granjeros y abandonando la vida nómada. Llevan a sus hijos a escuelas suecas. Aquí en el pueblo tenemos a doce jóvenes lapones en pupilaje durante el año escolar, y podrían pasar perfectamente por críos suecos. Los lapones quieren ser suecos, a toda costa, aunque son de espíritu débil. —Le lanza una mirada rápida a Magnus y luego a mí—. Bueno, eso es lo que dicen.

—¿Cómo nos recibirán? —quiere saber Rexius.

—Con los brazos abiertos. Quieren que les lean las Escrituras y asistir a misa.

—¿Y no están resentidos? —Magnus tiene la vista clavada en el hombre.

—En absoluto. —Bring sacude la cabeza. No pregunta por qué habrían de estarlo.

Pasamos al gabinete del cura para tomar el café. Unas gruesas cortinas moradas recubren la ventana y mantienen la luz a raya. Disimulo un bostezo. Tengo el cuerpo molido por el viaje. En vez de sentarme, me dedico a ojear por la estantería, que está llena de volúmenes religiosos, desde grandes tomos encuadernados en cuero y grabados en oro hasta finos opúsculos de misioneros. Hay una pluma y una libreta sobre una bandejita dorada.

—Ayer hicimos noche con Ove y Anna-Maria Edgren en los rápidos del Tana — cuenta Magnus—. Por lo visto, no hace mucho pasó por allí otro mineralogista... ¿Rune Dahlbom?

—Rune, sí —corroborra Bring.

—¿Se dirigía a Blackåsen? —pregunta Magnus.

—Rune nació en Blackåsen.

—Ah, no lo sabía.

—Sí, dejó la aldea para irse a estudiar... como otros muchos.

Y entonces, por fin, les deseamos buenas noches a los sacerdotes.

Caminamos en silencio hasta la posada. El sol, una pesada pelota amarilla contra un cielo ligero, se apoya sobre el bosque y sonroja las casas de madera y la iglesia del pueblo.

—Dámelos —me dice Magnus en la puerta de mi cuarto, y extiende la mano.

—¿El qué?

No me responde y sigue con la mano abierta.

Me llevo la mano al bolsillo, saco la pluma y la bandejita dorada y se las doy.



Blackåsen, primavera de 1856

Santa se ha levantado temprano todas las mañanas para acometer sus tareas diarias. No ha rezado. Creía que los santos llevaban vidas distintas pero, en el día a día, Nila podía haber pasado por uno. Centinela andaba caminando en círculos amplios alrededor de los demás, rehuyéndolos, hasta que lo vio Viuda. Después de eso, se ha pasado dos días enteros trabajando a las puertas de la casa parroquial, construyendo cajones de madera. En el interior Viuda ha empezado a guardar sus cosas en cajas. De vez en cuando me encuentro con Niña Aldea sentada en una piedra o caminando por una senda, tarareando como siempre. Ya no es ninguna cría, por supuesto, es una mujer de mediana edad, pero nunca llegamos a cambiarle el nombre.

Pescan. Cazan. Preparan las casas para el invierno.

La única que parece realmente de duelo es Guardesa. Lloro en el delantal, con la cara hinchada y roja. Su anciano padre, Ciego, se sienta en los escalones de entrada de la casa, sin ninguna palabra de consuelo. Tal vez no tenga nada bueno que decir sobre su yerno, o quizás esté tan sordo como ciego.

Un día, los hermanos, Cazador y Barbalarga, van a trabajar a la iglesia. Arreglan los postigos y reparan las escaleras. Los observo desde la linde del fosar.

Los noto antes de verlos, un desvelo que flota en el aire, posiblemente una vibración de la tierra. Y entonces llegan a la carretera de tierra: Mercader y Gigante. Cazador y Barbalarga paran el trabajo y esperan a que se acerquen.

—Las cosas tienen que cambiar —dice Gigante, con una voz como dos piedras que colisionan—. Lo hemos discutido cientos de veces.

—Las cosas están bien como están —le responde Cazador—. Si no te gustan, siempre puedes irte.

El grandullón niega con la cabeza.

—A veces me da la impresión de que lo crees, que realmente piensas que nos iremos algún día.

—Dos de los vuestros han muerto. Esta vez el concejo necesita reflexionar sobre cómo se rige este pueblo —interviene Mercader.

—Hay que tener valor... Todavía están calientes en sus tumbas —les reprocha Barbalarga.

—Yo no quería que murieran —replica Mercader—, pero no podéis seguir decidiéndolo todo solo porque nacisteis aquí. Los que llegamos luego también tenemos derechos.

Barbalarga señala con el dedo a Mercader.

—Como me entere de que tienes algo que ver con sus muertes...

Los cuatro se acercan cada vez más. En cualquier momento, un primer puñetazo y tenemos pelea.

—Caballeros.

Se vuelven todos a una. Santa ha llegado sin que nos demos cuenta. Sus palabras tapan al resto, una capa de nieve. Tranquilidad, dice su voz. Tranquilidad.

—Así no se resuelven las cosas.

El grupo se separa... solo un poco.

—Tú también naciste aquí, Adelaide —dice Mercader.

—Han muerto dos miembros de nuestra comunidad, personas que ostentaban cargos oficiales, y es evidente que pronto nos mandarían sustitutos. Esa conversación ha de tener lugar, Jacob —le dice Santa a Mercader—, pero todavía no es la hora. Y mientras tanto debemos permanecer unidos.

Mercader no parece muy contento. Entorna los ojos y replica:

—No vamos a esperar mucho más tiempo para coger lo que es nuestro. Por las buenas o por las malas. —Volviéndose ya para irse, añade—: No creas que el nuevo concejo va a ser tan indulgente contigo como el anterior.

Lanza la frase como un proyectil contra Santa y se va. Gigante vacila antes de seguirlo, aplastando el fosar, su espalda, un bloque de piedra.

Cazador, Barbalarga y Santa se quedan en silencio observando a los otros dos.

Han quedado tan pocos... Ahora que la amenaza tendría que ser menor, la sensación es justo la contraria. Como cuando uno va quitando piedras de la ladera de una montaña: es más fácil que el resto salga rodando.

Vuelvo al campamento antes de que anochezca. Mañana temprano partiré rumbo a las altas cumbres. No soy quién para decidir qué pensar sobre todo lo sucedido. Tengo que contárselo a la *sita* para que decidamos entre todos.

Cojo el zurrón y me siento junto al fuego para recoger mis cosas. No olvido la taza de loza. Supongo que Dávvet será ahora nuestro jefe. Se me revuelve el estómago.

De pequeño, era muy ansioso. Seguía a Nila a todas partes, un chiquito muy moreno que observaba a su mayor mientras hacía sus tareas diarias, intentando anticiparse a cada acto, desesperado por ayudar. Sus padres no le pusieron freno; al fin y al cabo, son cosas que pasan cuando un adulto no tiene hijos propios. Nila se levantaba temprano por la mañana y se iba antes de que llegara el crío. Recuerdo la primera vez que lo hizo, el dolor en los ojos del niño al darse cuenta de que se había ido sin él... La clase de herida que genera inseguridades y, con el tiempo, resentimiento.

—Podías intentar verlo como el hijo que nunca tuviste —le decía yo a Nila.

Se me ocurrió que quizá veía en Dávvet algún rasgo que le hacía indigno de que

le enseñara las prácticas de los antiguos. Pero ¿cómo puede un niño ser indigno? A lo mejor simplemente no le caía bien.

Nunca tuvimos hijos. Llegué a pensar que era él quien lo impedía, como si se pudiera elegir. Una vez, en plena pelea, se lo eché en cara, y ambos nos encogimos y nos apartamos el uno del otro, como si nos hubiesen abofeteado. Yo, porque mis palabras eran como afirmar que teníamos ese poder, y había debido de enojar con ellas a Dios. ¿Y él...? Arrugó la cara y evitó mi mirada. Después de eso, tuvo que pasar mucho tiempo para que yo no me apartara cuando él intentaba tocarme. No volvimos a hablar del tema.

El ocaso se me ha echado encima y aquí sigo con el zurrón abierto a un lado y la taza en la mano.

Mañana recogeré. Vuelvo a poner la taza en el musgo y doblo el zurrón.

Es extraño, pero aparte de esa única vez, no volví a insistirle a Nila para que aceptara a Dávvet. ¿Acaso sabía yo que acabaríamos abandonando nuestras viejas creencias? Y, ahora que lo pienso, en realidad nunca le enseñó nada a nadie. ¿Era también él consciente?

Con el tiempo Dávvet se convirtió en el típico muchacho insolente que va por la vida sin maestro pero necesita uno imperiosamente. Era demasiado guapo, con el cabello color azabache y ojos morenos. Muchas en la *sita* le hacían ojitos. Sobre todo una, Livli, una mujer casada. Veíamos cómo se humedecía los labios y ponía sus caderas a cantar. Las mujeres de la *sita* le advirtieron, y otro tanto hicieron los hombres con Dávvet. «Ya tienes a tu hombre», le dijeron a ella. «Ya te llegará la tuya», le dijeron a él. Pero pasó lo que pasó: Dávvet tomó a Livli, o tal vez al revés.

Para entonces el padre de Nila ya hacía tiempo que había cedido el poder a su hijo, que había pasado así a ser nuestro jefe. Livli argumentó que se querían. ¿Tan estrictos éramos que no sabíamos reconocer el amor?

Dávvet estaba sentado con las piernas cruzadas, abatido, su pelo gerísimo revuelto sobre la frente. Tenía los músculos de los brazos vencidos. Tendría que habernos dado vergüenza. Seguía siendo un crío, aunque no creo que hubiese una mujer presente que no se lo hubiera imaginado en pleno acto.

—Fue el canto —susurró.

Nos removimos. ¿El canto?

—La voz de una mujer, tonos más claros que el viento. —Se le quebró la voz en un gallo juvenil, y un fagonazo de fastidio le pasó por la cara, y tuvo que carraspear—. La canción me envolvió y tiró de mí. Fui incapaz de resistirme.

A Livli se le desgajó la boca en una extraña media sonrisa.

—Lo siento —dijo Dávvet.

—¿Es eso cierto? —le preguntamos.

El chico se arremangó las calzas para enseñarnos sus piernas llenas de heridas por

donde la canción lo había apresado con sus ligaduras.

En ese momento Livli se abalanzó sobre él, y empezó a escupir y a pegarle tirones, y tuvimos que contenerla.

¿Estaba diciendo Dávvet la verdad?

Lo dudo. Pero al menos daba muestras de arrepentimiento, al contrario que Livli. De él todavía podía decirse que era un crío. Y Nila vaciló, pensando tal vez que tendría que haberle hecho más caso cuando era pequeño...

Fue inteligente. En cierto modo Dávvet se la devolvió a Nila, como diciendo: «¿Ves? Yo también tengo el don. Deberías haberme tomado bajo tu protección. Tendrías que haberme enseñado».

Fue un castigo duro y unilateral. Livli chillaba mientras la echábamos; formamos un corro alrededor del campamento, con los palos en las manos, los perros jadeando a nuestro lado. Durante días intentó acercarse, y a cada intentona le echábamos los perros. Me partía el alma con sus gritos y sus ruegos. «Vete —pensaba—. Vete, por favor».

Después de eso Dávvet llevó una vida tranquila, aunque puede que por las noches soñara con los gritos de Livli. A mí, por lo menos, me pasó durante mucho tiempo.



Junio de 1856

Espero a asegurarme de que la puerta de Lovisa sigue cerrada para bajar las escaleras y salir. El aire es cálido cuando atravieso la plaza del pueblo camino de la casa del cura. «Venga a verme», pone en una caligrafía temblorosa en la nota que Axel Bring me ha metido en la mano cuando nos hemos despedido.

La puerta se abre antes de que me dé tiempo a llamar. Bring está en el vestíbulo. Regresamos a su gabinete, donde ya han despejado el café de la mesa.

—De modo que lo manda Karl Rosenblad... —dice mientras nos sentamos y él se remete la sotana por las rodillas delgadas, en un gesto inconsciente.

Cuando asiento, las rendijas que tiene por ojos se estrechan aún más.

—Conozco a Karl, lo conozco bastante bien y sé que, si lo ha mandado aquí, tiene que haber una buena razón.

Vacilo.

—Hace poco mataron a tres hombres en Blackåsen. Fue un lapón. El gobernador del condado no quiere que se sepa.

Bring ahoga un grito.

—¿Quién ha muerto?

—El párroco, el guardia y un tercer hombre.

—Pero... yo los conozco... —Se le traba la voz—. ¿Y el tercero...?

Sacudo la cabeza: no lo sé.

—Pero ¡en qué clase de mundo vivimos...! —masculla Bring—. ¿Y el asesino ha sido un lapón? Me cuesta creerlo.

—¿Por qué?

—Esto tendrá consecuencias para ellos... como pueblo. Los lapones lo tienen bien presente. A no ser que hubiera alcohol de por medio... —Titubea—. ¿Ha... conocido usted a algún lapón, Magnus?

En Estocolmo no hay lapones.

—No.

Suelta el aire, y suena más bien a risa. Sacude la cabeza y luego apoya la frente sobre sus nudillos huesudos.

—No saben quién es el lapón, y se niega a hablar.

—Gunnar Cronstedt tendría que haberlo traído aquí. Es posible que yo lo conociera —dice Bring mirándome fijamente, como si lo hubiera decidido yo.

—Hábleme de las víctimas —le pido.

—El párroco y el guardia nacieron en Blackåsen y volvieron cuando terminaron

sus estudios.

—Entonces el párroco tuvo suerte. No suelen darles a elegir su destino.

—Bueno, fue más que suerte. La aldea no tenía iglesia antes de que volviera. El propio Ulf la construyó. Antes de empezar, vino a verme y me preguntó si me importaba, a lo que yo, por supuesto, le di mi visto bueno. Cualquiera cosa que aligerara la carga...

—¿Y el guardia?

—Jan-Erik. No era un hombre fácil. —Bring suspira de nuevo y mira al techo—. Bueno, es más que eso: era mala persona. Buscaba aprovecharse de los demás, utilizarlos. Pero todos lo conocían bien y sabían rehuirlo.

—¿Cómo es de grande la aldea de Blackåsen?

—Son unas ocho o nueve parcelas. Antes era más grande pero muchas casas se han quedado vacías.

—¿Explotan el hierro del monte?

—Como mucho, para uso personal.

—¿Se le ocurre a alguien que pudiera tener razones para hacer algo así?

—Nadie.

En algún punto de la casa parroquial suena un reloj. Cuento once campanadas.

—Karl y yo nos conocemos desde hace mucho. Demasiado. Estudiamos juntos en Uppsala. ¿Por qué lo ha mandado, Magnus?

No sé por qué pero no me gusta su pregunta. Me encojo de hombros.

—Quería que su interés por el asunto pasara desapercibido.

—Sigue sin explicarme por qué lo ha mandado a usted —dice Bring con más suavidad—. Siempre hay una razón oculta para todo lo que hace Karl.

No respondo.

Estoy intentando encontrar el momento para devolver la bandeja dorada y la pluma a su sitio en la estantería sin que se dé cuenta, pero no sale en ningún momento del cuarto. No me queda más remedio que, antes de volver a la pensión, entregárselas directamente.

Sin mediar palabra, las devuelve a la estantería. Me mira y se encoge de hombros, como diciendo: «Mujeres».

La luz va a más. Es por la mañana. Estoy cansado, no he dormido. El sol no se ha acostado en toda la noche y mi ventana no tiene persianas. Me he visto levantándome a cada tanto para mirar una y otra vez al otro lado del cristal, con una sensación cada vez más peculiar. Aunque la falta de sueño poco importa, lo único que tenemos que hacer hoy es andar.

Según las observaciones astronómicas de la mañana, nuestra posición es 65° 41' de latitud norte y 20° 38' de longitud este. La altitud sobre el nivel del mar es de unos 109 metros. Me pregunto si llegaremos hoy a Blackåsen.

Bring me comentó que lo habitual era enviar al religioso de la población más cercana para ocuparse de los fieles en caso de defunción de un sacerdote. «Defunción», él mismo sonrió con la palabra. «Supongo que tarde o temprano el obispo o el gobernador del condado se pondrán en contacto conmigo», dijo.

Llamo a la puerta de Lovisa. Cuando le tiendo las botas de andar que le compré en Luleå, apenas las mira, y deja escapar una risa que resuena por todas las escaleras.

—No, gracias —dice, fulminándome con la mirada.

Barajo la posibilidad de dejar las botas tiradas en medio del pasillo y recordárselo más adelante. Pero no sería justo. No sabe dónde está metiéndose. Las echo en mi bolsa.

Cuando salimos del pueblo, ella camina por la hierba delante de mí. Va paseando como una niña en una excursión de placer, con las caderas meciéndose a los lados y alargando las manos para coger una ramita alta acá o una florecilla allá. Por un momento la oigo cantar. Si no la conociera de nada, diría que está contenta.



Con cada respiración me renuevo; sangre fresca bombea por mi cuerpo, se me ensanchan las venas, sorprendidas al principio, agradecidas luego. Todo está cambiando. Estoy haciéndome nueva. Me burbujea de vida el cuerpo. La extensión del cielo es enorme. Por encima de nuestras cabezas una nube como una bola de algodón blanco se ha metamorfoseado en un lagarto entre dos piedras; y después el reptil ha mutado en cordero, dos orejas, los ojos...

He dormido como no lo había hecho en mi vida. ¡Así se siente el cuerpo después de un sueño decente!

Tengo ganas de hablar... hasta con Magnus. «Mira la naturaleza que nos rodea — quiero comentar—. Es increíble, ¡qué colores!» Caminamos entre abedules, en un paisaje que zumba y vibra. Lo miro de reojo y me acuerdo de la pluma y la bandeja. Siento una punzada por dentro pero aparto el pensamiento.

A Eva le encantaría esto...

Se me hace un nudo en el estómago. ¿Qué sé yo de lo que le encanta a Eva o le deja de encantar?

El camino nos lleva colina arriba y, al cabo de un rato, voy resoplando. Abajo, a lo lejos, el pueblo yace enterrado en el campo. La pendiente prosigue. El movimiento moroso ha distorsionado las nubes hasta reducirlas a meros borrones de pelusa blanca.

Unos abetos oscuros han tomado el terreno y ya no hay camino definido. Hemos abandonado la ascensión por un infierno mustio y llano. El bosque no nos quiere aquí; vamos violentando la espesura a cada paso: andando, trepando, saltando incluso, recibiendo los azotes de la vegetación en tobillos y muñecas. Hemos cruzado varias ciénagas, con tablones de madera a modo de pasarela. Resbalan, sin embargo, y me he caído dos veces y tengo el vestido hecho un trapo, lleno de barro por un lado y con un desgarrón en una rodilla. La última vez Magnus ha tenido que ayudarme a incorporarme. Los zapatos me han desollado los pies. Pero no pienso quejarme. No diré una palabra. Me imagino el desprecio que siente por mí.

El aire se ondula por el calor. Ojalá tuviera un abanico. Mi hermana tiene uno muy bonito pintado a mano, con el mango de madreperla e incrustaciones de oro. Isabella lo revolea, se lo apoya en la mejilla, lo golpea con la mano abierta, lo despliega, lo cierra, deja que hable por ella en lugar de las palabras; el abanico, todo un lenguaje. Es probable que se lo comprara Magnus. Los hombres suelen regalarles esas cosas a sus mujeres. A mí, en cambio, me regalan libros; es como si no pensarán considerarme nunca una adulta. Suelo hacerle creer a quien me regala algo que se ha

equivocado en su elección. «Ah», digo, y le doy vueltas o paso las páginas distraída. ¿Por qué lo hago? Qué crueldad más sin sentido.

Magnus va estudiando el mapa mientras camina con el lado intacto de su cara hacia mí. La cola que se ha hecho en la nuca se le ha aflojado, y le baja un rizo castaño por el cuello que va cabeceando y balanceándose.

Los músculos de las piernas protestan. Estoy sudando y tengo un cerco húmedo entre los pechos y otro en la entrepierna. Es mejor no pensarlo. Debo ir paso a paso. Me duelen las costillas al respirar, tengo los pulmones como inflamados.

A Magnus no se le ve en absoluto apurado; va salvando troncos caídos y matorrales con sus largas zancadas. A cada tanto se detiene para mirar el suelo o una piedra u otra. De vez en cuando guarda alguna en la mochila. No quiero ni saber lo que puede pesarle.

Hacemos una parada para beber agua, pero he acabado temiendo estos descansos porque después tengo que volver a tirar de mis piernas entumecidas y poco dispuestas a más movimiento.

A última hora de la tarde, tras ascender la montaña, por fin tenemos vistas. ¡Ja! Una panorámica de nada: solo árboles, árboles y más árboles.

Magnus se quita la mochila y la deja en el suelo.

—Tenía esperanzas de que pudiéramos alcanzar el río hoy pero no creo que lo consigamos ya. Acamparemos aquí mismo, en lo alto de la colina.

—¿Colina? —repito en tono exasperado.

Magnus saca las botas de andar que me ofreció esta mañana y las hace oscilar delante de mí. Qué cosa más basta y fea. Las deja al lado de su bolsa.

Con los muslos temblorosos, hundo mi peso sobre una roca. Es como si se me hubiera roto la parte baja de la espalda. Tengo los brazos llenos de arañazos. Si mañana va a ser igual, prefiero morir hoy.

Magnus peina la zona en busca de dos palos largos y, cuando los encuentra, los clava en la tierra. Después saca una lona y una cuerda de la mochila y extiende la tela entre ambos postes ayudándose de la cuerda. Resoplo con desdén para mis adentros. Si se cree que voy a dormir en el suelo, está muy equivocado. Aunque me sorprende que sepa construir un refugio... Es más, aquí lo noto más suelto que en cualquier otra parte; la expresión de su cara suele ser fría, y siempre lo he visto más como observador que como partícipe, pero tiene una mirada más límpida y parece... presente.

Recoge leña, se pone en cuclillas y enciende un fuego.

Cambio de postura y las piernas protestan ya a gritos —chillidos reales— por el dolor. Me surge una llamarada en el estómago, roja, calurosa.

—Esto no tiene sentido —mascullo. Magnus está sacando punta a unos palos con un cuchillo—. Tendría que haberme quedado en Luleå —añado.

Eso es lo que debería haber hecho, y ahora estaría tan campante en un bonito sillón de cuero de la posada, y limpia. Lo que ocurrió en la pensión parece muy

lejano ya, la amenaza del manicomio se ha disipado. Ahora bien, he de recordar que conmigo las cosas siempre son igual: me porto mal y me atengo a las consecuencias pero algo o alguien me salva, una y otra vez. Me prometo sin falta no volver a exponerme a ese peligro, pero entonces, al poco tiempo, lo ocurrido se empaña en mi cabeza, la amenaza pierde presencia, y una vez más el dolor se apodera de todo. He de recordarme lo que puede ocurrirles a las mujeres como yo. Lo que les pasa de verdad.

Magnus sonrío, pero más con un movimiento que con una sonrisa real. Llevaba carne en la mochila y está ensartándola en los palos y pinchándolos luego en el suelo cerca de las llamas.

—Como si estuvieras en posición de elegir.

Siento una presión en el pecho. Él es un hombre, y puede elegir qué hacer, cuándo y con quién, sin tener que padecer la animadversión y las mezquindades de los demás. Yo no.

—Ojalá supieras lo que es ser mujer.

La grasa chisporrotea al caer sobre el fuego y huele a salado.

—Hay luchas peores.

Lo dice en tono ligero, como si hablara de cosas sin importancia. ¿De qué luchas habla? ¿De esfuerzos profesionales? ¿De rencillas de la alta sociedad?

—Tú no sabes lo que es no tener libertad. —He levantado la voz—. Mi padre...

Tira el cuchillo al suelo.

—¡Por el amor de Dios! ¡Libertad, dice!

Se me corta la respiración mientras Magnus me mira de hito en hito.

Respira ruidosamente, recoge el cuchillo, se lo restriega contra el muslo y lo guarda en la funda.

—Tu padre te lo ha dado todo. Nunca has tenido que preocuparte por qué echarte a la boca o por tener donde caerte muerta. La «libertad» de la que hablas es un capricho que puedes permitirte por la simple razón de que se te ha dado todo.

La sangre se me paraliza en las venas tan rápido como me ha subido a la cabeza y me quedo en cambio muerta, con las extremidades entumecidas.

—Es lo que siento.

—Si por lo menos lo hicieras por una causa, podría respetarlo. Pero lo único que te preocupa eres tú misma. —Las palabras escuecen—. A ti nadie te debe nada, Lovisa. Si quieres libertad, tienes que ganártela.

Me tiende uno de los palos. Me dan ganas de tirarlo al suelo y decirle: «No quiero tu comida». Pero tengo hambre y, de todas formas, le daría exactamente igual.

En lontananza, por encima del valle, planea en lo alto un ave de presa. Lucha contra el viento hasta que se detiene, a la espera, y entonces, cuando está a punto de caer en picado, bate las alas, una, dos veces, se repliega y se queda flotando en la corriente. La visión me inunda de un dolor abrumador. Siento un anhelo, pero no sé de qué. Alguien que supiera de pájaros seguramente se vería obligado a explicarme

que «está cazando», o a decirme el nombre de la especie. Y yo no querría saberlo. Lo único que quiero es contemplar la belleza del vuelo: arriba de nuevo, combate el viento, aguanta, aguanta... ríndete y flota.

Magnus recoge las sobras de comida y los palos.

—Voy a librarme de esto, no me fío de los osos —dice, y se aleja.

¿Osos? Una ráfaga repentina de aire agita las copas de los pinos, que susurran por un momento y vuelven a sumirse en el silencio. Miro entre los troncos enrojecidos por la luz del sol. Esto es silencio... Esto es... la nada.

El sol está por debajo. En el valle se ven los destellos de un lago y dos ríos, como los restos de un espejo roto.

Me levanto, vacilo y cojo las botas de andar. Voy hasta la tienda improvisada y me agacho para entrar. Al principio me quedo sentada, escrutando el bosque, pero me duele la espalda y acabo tendiéndome.

«Si por lo menos tuvieras una causa». Tiene razón. No hay fundamento en mí, y no puedo negar que me lo han dado todo.

Una vez conocí a una mujer así, con una causa, una escritora célebre por su radicalismo. Vino a una de las recepciones de mis padres. Llevaba un vestido negro de corte recto y un bonete de encaje blanco: un cuervo entre loros impetuosos. Me quedé mirando su nariz grande, sus ojos caídos de cachorrillo. Iba peinada con un estilo sobrio que le alargaba aún más la cara. ¿Sentía que debía estar fea, ser masculina, para que la tomaran en serio? ¿Significaba eso que tendría siempre las de perder? Allí estaba, sola en medio de una cháchara atosigante, codeándose con pájaros chillones; los hombres no le hablaban y las mujeres la evitaban. En cierto momento vio que la miraba y nuestros ojos intercambiaron unas palabras.

Cuando más tarde mi padre me preguntó si había hablado con la escritora, comprendí que la había invitado por mí.

—Era una maleducada —le contesté, y disfruté de la breve sombra de dolor o quizá ira que le afeó el rostro—. Parecía disgustada con la fiesta y el resto de los invitados.

Cuanto más lo pensaba, más fuerte era la sensación de haber hablado con ella. De hecho, me convencí. Y aquella mirada... podía haber sido de desdén.

No volvieron a invitarla a casa.

Ahora me pregunto por qué lo hizo. ¿Acaso también él prefería que yo tuviera una causa?

Aguzo el oído para percibir si vuelve Magnus. Intento calmar la respiración, pero el corazón empieza a latirme con más fuerza por el propio esfuerzo, en lugar de sosegar. Estoy cogiéndome el pecho con tal fuerza que tengo las manos retorcidas. ¿Me habrá abandonado aquí? Por fin oigo pisadas. Me vuelvo. Magnus se sienta junto al fuego. Saca de la mochila un gran triángulo de metal, con tuercas y tubos, y se lo pega al ojo. Mira a través del aparato un rato largo, mientras de vez en cuando apunta cosas en su libreta.

Jamás conseguiré dormir aquí en medio del bosque con él. No hay puerta que cerrar. No dejaré que me vea dormir. Dios no quiera que tenga que atender alguna cuestión íntima. ¿Me mirará mientras me adentro en el bosque? Me echo a temblar. Debería haberme dicho que íbamos a pasar la noche al raso.

Magnus devuelve el triángulo a la bolsa. Se aclara la garganta, se levanta y viene hacia el refugio. ¿Por qué...?

Repta a mi lado y se tiende.

No puedo respirar. Yazco al lado de un hombre, el marido de mi hermana. Es de lo más inapropiado. Jamás conseguiré dormir. Tengo que decir algo...

Me incorporo con el corazón en vilo. Hay alguien al fondo, en la linde del bosque, alto y delgado como los troncos. Su cuerpo crece y se mece con el viento.

Un sueño. Ay, Dios. Solo un sueño.

Al otro lado de la tienda, Magnus está echado con un brazo sobre la cara. Respira hondo y lento. Noche. Una noche a la luz del día. Día teñido de noche.



Ahí estás.

SEGUNDA PARTE



Por fin vislumbro el monte Blackåsen, su cuerpo teñido por el sol de un bonito tono cobrizo. Es una montaña anciana, de formas redondeadas. Desde aquí el cerco del bosque lo hace parecer un mero cerro. El terreno del valle ha resultado ser muy húmedo. Está recubierto de matas de hierba alargadas, y las pocas píceas que hay están ennegrecidas y arrugadas. Pasamos por muchas pozas rodeadas de abedules y algún que otro serbal silvestre, y sus aguas oscuras contribuyen a lo lúgubre del paisaje. Hasta el momento, ni rastro de asentamientos. Hacemos noche a 64° 49' de latitud norte, 20° 31' de longitud este, a una altitud de 58 metros por encima del nivel del mar. Me preocupaba no poder utilizar la brújula pero el cielo se ha despejado y se ven las estrellas, lo que facilita las lecturas astronómicas. Tengo que controlarme para no detenerme a cada tanto para dibujar todo lo que veo. Llevaría mucho tiempo, y debemos alcanzar Blackåsen mientras nos quede comida y Lovisa pueda seguir caminando. Se ha puesto las botas —sin reconocerlo, por supuesto—, pero el daño en los pies ya está hecho y va cojeando.

Oigo agua correr. Aparecemos en la ribera de un río, compuesta de estratos de arena y arcilla. El cauce debe de superar los seis metros de anchura. No parece muy profundo pero a su paso arrastra las ramas caídas con bastante velocidad.

—Más arriba tiene que haber alguna forma de cruzar —digo.

Seguimos la ribera hasta que el cauce se ensancha y se despliega en un lago poco profundo que parece una cinta de raso verde. Los peñascos que hay en ambas orillas se adentran en el agua: podremos utilizarlos a modo de camino. En primavera, con el agua del deshielo de las montañas, las piedras desaparecerán y el río se convertirá en una frontera natural para todo lo que haya más al norte. En sitios remotos como este, la gente puede quedarse aislada durante semanas. «Tiempo en balde», lo llaman.

Camino por las piedras, el segundo pie en la superficie seca que deja el primero, luego la siguiente. El agua cristalina que serpentea entre las piedras deja ver los cantos rodados del lecho.

Al llegar al otro lado, a un hueco grande entre dos piedras, me vuelvo y le tiendo la mano a Lovisa, pero hace como si no me viera, de modo que avanzo y la oigo resbalar y caerse al agua. Cuando miro por encima del hombro, la veo gesticular y levantarse las faldas empapadas. Suelto el aire entre los dientes, una corriente lenta y regular. No va a poder conmigo.

La tierra está más seca que al otro lado; la playa, reducida y pedregosa. Los árboles son más altos. La piedra subyacente tiene que ser distinta. Las copas de los pinos están muy pobladas, y por debajo el aire parece fresco. Alargo el paso. Tengo la sensación de conocer el terreno. Aunque pasé toda mi infancia en Estocolmo, en la naturaleza me siento como en casa. Ya en el primer trabajo de campo de mis estudios

de mineralogía descubrí hasta qué punto era así. Los estudiantes íbamos por un camino al borde de un desfiladero peñascoso de los bosques de Bergslagen, entre rocas grandes y redondas, y mis pies parecían saber perfectamente dónde pisar; qué piedras iban a soltarse y cuáles aguantarían, mientras escrutaba tanto la tierra como el horizonte, buscando la mejor manera de avanzar. «Magnus *el Explorador*», me llamaban en broma mis compañeros.

Me inclino hacia delante por el peso de la mochila en la espalda. Oigo que Lovisa suspira. No le pregunto por qué. Tiene muchas razones para suspirar.

Al cabo de unas horas, cuando apenas nos hemos adentrado por la ladera del Blackåsen, los árboles se despegan entre sí y entonces, entre los troncos, vislumbro una tapia de madera plateada, un asentamiento. Entramos en una explanada rodeada de casas de troncos grises y tejados de turba, materiales todos del bosque aledaño. Algunas están adornadas con cuernos blancos... ¿de ciervos? Nos sale al paso un establo vacío con la verja abierta.

—¿Hola?

No recibo respuesta. Al otro lado del asentamiento hay una carretera de tierra de la anchura de un carro. Ambos nos detenemos al llegar a su altura. Lovisa se dobla hacia delante, con las manos en las rodillas, y suelta el aire de sus pulmones. Yo me estiro. La carretera serpentea cuesta abajo. El sol pega con fuerza desde un cielo sin nubes. Hace calor, pero es seco y no se suda. Me aso. Pasamos por otra parcela... las mismas casas. Y el mismo silencio. Otro tanto ocurre con la tercera. Cada parcela está rodeada de bosque y no da la impresión de formar parte de un todo. ¡Dios Santo, qué aislamiento! Vivir en esta aldea debe de dar una sensación de absoluta soledad. Si hubieran construido la comunidad algo más arriba, tendrían más luz y algo de vistas. Pero tal vez en invierno la montaña les proteja de los elementos, ¿no? O puede que no lo decidieran, que las cosas surgieran así sin más.

En la cuarta parcela, entre los árboles, se ve movimiento, chasquidos de ramas al partirse que, en el silencio reinante, suenan con la fuerza de una explosión. Lovisa ahoga un grito y se le desencajan los ojos del susto.

¿Ha sido una persona? ¿Iba corriendo?

Comprendo entonces que los habitantes de este asentamiento tienen ahora razones de sobra para temer a los forasteros. En teoría fue uno quien acabó con las vidas de los aldeanos que murieron. Cuando reanudamos la marcha, voy inspeccionando ambos lados del camino.

Llegamos a una gran casa de madera pintada de rojo. Hay un cartel donde se lee: «*Allehanda*». Colmado.

—Los dueños sabrán decirnos dónde podemos alojarnos.

Abro la puerta y suena una campana. Tras el mostrador, un hombre apuntándome con una escopeta.

Levanto las manos en el momento en que Lovisa choca contra mi espalda. Al verla, el hombre alza su calva incipiente pero no baja el arma. Su cara redonda sería jovial si no fuera por su expresión, con los ojos entornados y la boca en un mohín.

—Me llamo Magnus Stille —digo—. Soy consejero del Bergskollegium de Estocolmo. Viajo con mi cuñada, Lovisa Rosenblad. —El hombre no mueve un músculo—. He venido a cartografiar la montaña. Necesitamos un sitio donde quedarnos por unas noches.

—¿Lo envía el concejo?

—No.

—¿De veras?

Sacudo la cabeza e insisto:

—Créame.

Se queda mirándonos con el arma aún en ristre.

—Los visitantes suelen quedarse en la casa parroquial —dice por fin, pero entonces arruga la frente, baja la escopeta y relaja el gesto—. Aunque tal vez no sea buena idea.

No, ya no. La aldea se ha quedado sin párroco.

—Espere un momento. —Desaparece en la trastienda.

—Menudo recibimiento —musita Lovisa, que se sienta a plomo sobre un cajón de madera con cara de disgusto.

La tienda no es gran cosa. Los anaqueles están en gran medida vacíos, más allá de unas cuantas latas de café, cajas de puros, un envase en el que pone SAL, una armónica, algunas herramientas... El escaparate da a la carretera vacía y a la muralla de píceas que hay detrás.

El hombre regresa.

—Mi mujer y yo tenemos arriba dos cuartos libres.

A su lado aparece una mujer bajita y con el pelo castaño oscuro recogido en un grueso moño, pero se detiene en el umbral. Se amasa con una mano los dedos rechonchos de la otra.

—Yo no sé si esto está bien —dice—. No lo hemos hablado. —A su voz asoma un leve tono de queja.

El marido hurga en un cajón del mostrador con la mano.

—Me llamo Magnus Stille —repito, como si eso pudiera tranquilizarla.

—Helena Palm —responde sin mirarme.

—Jacob Palm —dice el marido mecánicamente, como si su nombre siempre siguiera al de su mujer. Encuentra por fin lo que estaba buscando—. Aquí está el candado. —Mira a su mujer—. Tal vez podría ponerlo en la puerta...

—No sé si esto está bien —repite la esposa.

—Qué importa ya —le responde el marido.

La casa de Jacob y Helena Palm tiene en la primera planta tres cuartos pared con pared. A mí me adjudican el de la derecha y a Lovisa el de la izquierda. La puerta del de en medio está cerrada. Debe de ser el dormitorio de los abaceros.

Lovisa se vuelve y mira en todas direcciones.

—Creo que voy a descansar —anuncia con voz entre resignada y altiva, de sufridora.

La señora Palm mira de reojo a su marido. Es de esas casas donde todo el mundo está trabajando siempre, de esas aldeas donde sus habitantes siempre están metidos en faena. Producen su propia comida, se hacen la ropa, bregan de sol a sombra. Lo de acostarse a esas horas del día es sin duda inaudito.

No hablamos más. Los dueños de la casa vuelven abajo y Lovisa cierra la puerta de su cuarto.

Me siento en mi cama y noto el heno grueso bajo la manta de lana. Yo también debería descansar, por mal visto que esté; llevo ya tres noches durmiendo poco. Pero mi cuerpo no protesta y en realidad siento la mente despejada, tal vez demasiado, como cristalina.

Suena la campana de la tienda. La voz aguda de la abacera atraviesa los tablones del suelo para convertirse luego en un murmullo. Es posible que esté hablándole de nosotros al cliente. «De Estocolmo», me la imagino susurrando, y otra vez: «No estoy convencida de que hayamos hecho lo correcto». Pero nos viene bien que la gente de la aldea sepa quiénes somos para que no haya sorpresas.

Siento que la montaña me llama, pero es demasiado tarde para sacar partido del día. Además, mi prioridad ha de ser interrogar a los aldeanos sobre los crímenes. Es mi único objetivo. Lo que sí voy a hacer es salir a dar un paseo.

Vacilo ante la puerta de Lovisa pero no iré muy lejos.

Bajo las escaleras. La puerta de la tienda está ligeramente entornada y veo a los abaceros en la estancia principal, aprovisionando los anaqueles. Todavía no se han percatado de mi presencia. No hay ningún cliente.

—En realidad está bien que se queden en casa, así estaremos en cierto modo protegidos —comenta el señor Palm.

La mujer no responde.

Retrocedo unos cuantos pasos y luego vuelvo a avanzar asegurándome de pisar con fuerza.

Abro la puerta y ambos se quedan mirándome.

¿Protegidos de qué?

Me dirijo al oeste, alargando el paso, sintiendo que se me estiran los músculos de las piernas. Vuelvo a cavilar sobre la ubicación del poblado: tallado en la parte baja de la

ladera, rodeado de píceas y sin edificios altos. Visto desde abajo, no hay manera de saber que allí hay un pueblo; y desde mi posición actual, no hay manera de saber si hay una civilización más allá. Blackåsen es un mundo autónomo.

Siguiendo por la carretera de tierra, en una abertura del bosque, se eleva sobre una loma de hierba una iglesia de madera roja de planta octogonal y tejado gris a cuatro aguas. Las esbeltas ventanas consisten en paneles estrechos de cristal con marcos de madera pintados de blanco. En la mayoría de las ciudades y pueblos, las iglesias sobresalen por encima del resto de edificaciones. Aquí no. El campanario está aparte, junto al edificio principal. Por detrás se ven lápidas y cruces —un cementerio— y, por todo alrededor, un murete de piedra. El prado zumba con las abejas y los insectos. Al otro lado del murete, hay una casa de madera oscura rodeada por un gran huerto. Un poco más lejos, en un pequeño sembrado, crece cebada. Me fijo entonces en ellos, en los tres montículos de tierra del cementerio que no están cubiertos de hierba. A simples hinchazones pasajeras del terreno, a eso han quedado reducidos los hombres que murieron. A eso es a lo que quedamos todos reducidos.

La carretera del pueblo termina en la iglesia, de donde luego sale un pequeño sendero entre los árboles. Lo sigo un rato antes de llegar a una zona abierta, unas aguas pantanosas marrones y de tono rojizo por algún punto, lo que significa que también ese marjal contiene hierro. Turbera. Aunque no creo que haya mucha cantidad, debe de darles para fabricar herramientas. Cerca de la orilla las juncias me llegan por la barriga y huelen a podrido. El marjal está a los pies de la montaña, de modo que supongo que se nutre del deshielo.

Tengo la mente acelerada. Si esto es estar cansado, no me importa. Es como si pudiera seguir así toda la vida. Me siento vivo y más despierto de lo normal.

Doy media vuelta y regreso hacia la entrada del pueblo para ir al otro lado de la montaña. Recuerdo por el mapa que me dio el hombre de Luleå que hay un río y un lago. Aparezco en un saliente de piedra sobre unos rápidos. Las orillas a ambos lados del agua acelerada son escarpadas y muy frondosas. La cara sur, en la que estoy, es una pared vertical de roca negra. Más adelante bajaré hasta el cauce, que es por donde debo empezar a cartografiar. Al este se abre un gran lago de montaña que refleja el sol con una luz que supera al original.

—De modo que viaja usted con su cuñado —le dice Helena Palm a Lovisa durante la cena.

La primera vez que se lo ha preguntado, no le ha hecho caso. A la segunda, arquea las cejas y la frente le pinta entonces una línea baja y gruesa por encima de los ojos.

Dejo los cubiertos en la mesa.

—Es un castigo de mi padre. Le pidió a Magnus que me trajera aquí y me hiciera entrar en razón.

Me gustaría suspirar. Está poniéndose en evidencia, aunque por lo menos así la gente no se preguntará por qué viajamos juntos.

La señora Palm se humedece los labios y se inclina hacia delante. La campanilla repica en la tienda. La mujer mira la puerta de reojo y luego al marido.

—¿Hola? —pregunta alguien.

La mujer suspira y va a abrir.

—Buenas noches —se la oye decir alegremente.

—¿Y está dando resultado? —El señor Palm ha parado de comer.

Lovisa frunce el ceño.

—¿El qué?

—Lo de entrar en razón.

Tengo que reprimir una risa. A Lovisa se le tuerce el gesto.

Estamos en el comedor de la planta baja comiendo patatas con salvelino, un pescado de la zona. Una de las puertas da a la tienda y la otra a la cocina. Al otro lado, el comedor se funde en un salón. Me enjugo la frente. Las ventanas están abiertas pero no refrescan mucho.

—¿Siempre hace tanto calor aquí?

—Hay junios que son calurosos y otros frescos. —El señor Palm se recuesta y pasa un brazo por encima del respaldo, el torso ladeado.

—¿Nació usted aquí?

El hombre sacude la cabeza.

—Conocí a un hombre de Blackåsen en una feria que hay al sur y me contó que en su aldea no había abacería. Nos mudamos hace diez años. Como comprenderá, no es rentable, pero hemos invertido mucho en el pueblo.

Antes nos ha contado que tienen seis vacas y un caballo. No les falta dinero, pero es evidente que no sale de la tienda. «¿De qué o quién necesitan protegerse? —vuelvo a preguntarme—. ¿Y qué tiene nuestra presencia de protectora?»

—El Bergskollegium, ¿eh? Creía que no estaban interesados en nuestro hierro —comenta el señor Palm.

—Ahora cuesta extraerlo, pero puede que no siempre sea así.

—¿Realmente es una coincidencia que haya venido?

—¿Qué quiere decir?

El hombre frunce los labios, como reflexionando.

—No es buen momento para venir de visita, ni siquiera para un hombre del Bergskollegium.

No entraba dentro de mis planes contarles a los aldeanos por qué estoy aquí, pero comprendo ahora que es casi imposible hacer preguntas sin que se den cuenta.

—Es solo una de las razones por las que he venido —concedo—. Blackåsen es importante. Quiero comprender qué ha pasado.

Lovisa está jugando con su cuchara, balanceándola sobre un dedo y empujándola con el pulgar para que se incline más a ambos lados.

Jacob asiente y suspira entonces.

—No se sabe bien. Estaban teniendo la típica reunión del concejo cuando oímos unos gritos. Los encontraron muertos con el lapón sentado en medio del suelo. No se apartó de los cadáveres hasta que llegaron los de la costa y se lo llevaron.

—Tengo entendido que entre las víctimas se cuentan el párroco y el guardia de la aldea. Pero ¿había un tercer hombre?

—Se llamaba Rune Dahlbom. Estaba de visita. —Jacob se encoge de hombros.

Rune... Hago lo que puedo para no pegar un grito. Pero ¿cómo...?, ¿por qué? Lovisa ha dejado de jugar con la cuchara y tiene los ojos clavados en mí. Carraspeo.

—¿Visitando a la familia? —La voz me sale temblorosa.

—Según contó, sus familiares habían muerto hace tiempo. Era un viejo conocido del párroco y el guardia, y estaba alojado en la casa parroquial. Vino un par de semanas antes de lo sucedido. Los tres se pasaban el día juntos... con Adelaide.

—¿La esposa del párroco?

—No, Adelaide Gustavsdotter, otra de las nacidas aquí.

Rune está muerto. No acabo de creerlo.

—¿Quién es el lapón?

—No tengo ni idea. No pertenece a la tribu que viene aquí todos los inviernos.

—¿Los inviernos? —Se me cae el alma a los pies—. Tenía la esperanza de poder hablar con ellos.

Jacob niega con la cabeza.

—A estas alturas deben de estar camino de las altas cumbres.

Tengo ganas de exhalar un suspiro sonoro. Los lapones son nómadas pero ni se me había ocurrido no encontrarlos a mi llegada.

—¿Le parece extraño que un forastero cometa un crimen así? —le pregunto.

—Puede que un loco...

—¿Cree usted que esto puede ser el comienzo de una rebelión lapona o algo parecido?

—Ni se me había pasado por la cabeza. —Jacob se remueve en el sitio y hace crujir la silla—. Aunque hay una cosa bastante extraña... y es que justo ha coincidido con que una mujer de la tribu que conocemos ha decidido quedarse atrás con nosotros durante el verano: Ester. —Jacob tiene la frente arrugada—. Es la primera vez que pasa.



*M*i padre me enseñó que todo está conectado: humanos, animales y naturaleza; los vivos y los muertos. «En el inframundo los muertos viven vidas que se corresponden con las nuestras. A veces, si caminas descalzo, puedes sentir las plantas de sus pies contra las tuyas».

Me quité los zapatos pero lo único que sentí fue el roce de las ramitas de los arándanos. «Es un arte —me dijo—. Yo te enseñaré».

Ahora estoy muerto y tengo las manos atadas. Necesito que alguien me vea y me escuche. Mi gente está lejos y mi mujer hace oídos sordos. La aldea se ha encerrado tras sus puertas.

Tú eres abierta como un claro en la montaña. Muchos se adentrarían sin más reparos, pero yo no lo haré. Hablaré con la esperanza de que me escuches.

Te observo mientras duermes, con tus extraños matojos de pelo negro sobre la almohada, y no puedo evitar un suspiro. Temo que no entiendas lo que voy a contarte, y no queda mucho tiempo. Ni siquiera sé si me oirás.

Me llamo Nila.

Te remueves en sueños.

Me llamo Nila y necesito que escuches mi historia. ¿Me oyes?



Un pájaro se posa en el alféizar y picotea la madera; tiene alas negras y una franja muy roja en el costado. Me echo un rato y contemplo el cabeceo de su cráneo satinado. La ropa de la cama huele a hierba y a rayos de sol. La luz de la mañana se cuele por la ventana con un resplandor amarillo, suave pero pujante.

Cuando bajo las escaleras, la madera de los peldaños cruje a cada paso. La cocina está vacía, los platos de anoche están ya recogidos y ahora pueblan el mantel los del desayuno. El reloj de pared marca las diez y cinco.

Me siento en los escalones de la tienda. Las píceas al otro lado del camino se desperezan y barren la tierra con sus ramas más gruesas y bajas. El silencio es total, como si me hubiera tapado los oídos con las manos. Hasta el canto de los pájaros parece atenuado. El verde que me rodea resplandece: rocío en las hierbas, gotitas en las telarañas. Huele a barro húmedo a pesar de que la tierra se ve agostada.

—¿Lovisa?

Una voz amortiguada desde el interior, pisadas rápidas por las escaleras, la puerta que se abre entonces y Magnus que aparece con el pelo alborotado.

—No quiero que salgas sin mí.

Lleva mal abrochada la camisa, con una punta del cuello más baja que la otra. Se queda mirándome con unos ojos de un azul imposible. «No tienes que preocuparte por mí», pienso... Pero entonces comprendo, y siento una presión en el pecho. Creía que no tendríamos que hablar de lo ocurrido en Luleå y en el pueblo, ni de nuestra pelea, pero me equivocaba. Al final todo se me echa en cara. La gente tiene la costumbre de dar vueltas a las cosas, disgregarlas, hablarlas por separado, repartir culpa. Magnus no iba a ser distinto.

Me froto la nariz. «Tanto verde hace que me pique y me lloren los ojos», tengo ganas de decir.

—Necesito un café. —Magnus cierra la puerta.

Siento un calor que me sube en espiral por la boca del estómago. Un pájaro con el cráneo negro. Miro hacia la carretera embarrada. Y entonces emprendo el camino.

La aldea duerme. Ando a paso rápido, mirando atrás de reojo, con una visión de Magnus persiguiéndome a grandes pasos con la cara descompuesta. Él no me controla. Meto el pie en un hoyo. No debería haber venido. Tendría que haberme quedado en Luleå. Es la forma en la que hablan los hombres, la profundidad, la certeza; puedes dejarte engañar y creer que saben más que tú... que es bueno que decidan ellos. Me viene una imagen fugaz de mi padre, o tal vez sea mi madre, y contraigo la cara.

Paso por delante de una parcela y me pregunto quién vivirá en ella. Puede que una familia. Tres niños pequeños y un perro...

¿Qué más da? ¿Qué importa nada?

La iglesia roja está tomando el sol tumbada sobre una hierba alta y dorada. El tejado a cuatro aguas parece un sombrero, un bonete, bajo el cual me mira fijamente con sus ventanas enmarcadas en blanco. Detrás está la casa parroquial, con paredes de madera plata clara. Vuelvo a mirar carretera abajo. Ni rastro de Magnus. Se me calma el pulso. No me da miedo. Si viene, me defenderé con argumentos; le diré que nuestros caminos se separan aquí, que lo liberaré de la promesa que mi padre lo obligó a hacer por mi culpa. Mantendré la calma, seré fuerte, madura.

La carretera termina; a mi derecha un sendero, enrojecido por las agujas caídas, lleva al pinar y se divide luego en tres. Me decido por el central, que sube por la montaña.

Los árboles son inmensos, más altos que cualquier edificio de Estocolmo; es posible que tengan varias centurias. El sol de la mañana recae entre las ramas y pinta caminos de luz en el aire. Inhalo la fuerza del paisaje. El parque municipal de Estocolmo al que Eva y yo íbamos a pasear, con sus caminos de grava y sus árboles podados, se me antoja ahora una pobre imitación de la naturaleza. Pensar en Eva me escuece. No volveré a hacerlo. No ahora.

No sé cuánto tiempo llevo caminando cuando llego a un claro en el bosque, hacia la mitad de la subida, techado por las copas de las píceas. El calvero está plagado de piedras por las que cuesta caminar pero hay una roca grande y gris al fondo y me recuesto sobre su costado. Por debajo, el bosque se ondula en ondas verde botella. Más allá, en el horizonte, cadenas de montañas azules cosen la tierra al cielo.

Me imagino a Magnus buscándome, enfadado, preguntando, como si fuera una niña que se hubiera perdido. Cuando me lo encuentre, mantendré la calma. Vamos, Magnus, ¿no ves que así no vamos a ninguna parte?

A partir de ahora, se acabó, no mandará más sobre mí. Y me negaré a decirle lo que hago, dónde o con quién. Si protesta o intenta detenerme de algún modo, le diré eso, que en realidad no nos une ningún vínculo familiar ni amistad, solamente la exigencia de mi padre. Por lo que yo sé, no hay ninguna carta que recoja los derechos de Magnus sobre mí y, por tanto, en realidad no tiene ninguno.

La aldea está muy escondida entre los árboles. Me incorporo, me vuelvo y trepo por la roca, clavando los dedos de los pies y las puntas de los zapatos en los huecos que encuentro.

Y si Magnus quisiera mandarle un mensaje a mi padre para pedirle una carta de ese tipo, tendría que volver a Luleå, y jamás conseguiría que lo acompañase.

Incluso desde lo alto de la roca, el asentamiento me sigue pareciendo muy recóndito. Miro hacia el pedregal. Qué curioso...

Las rocas del calvero están dispuestas en filas largas, con un camino en medio. Juntas, componen una forma, puede que sea un corazón...

¡Un laberinto! Es un laberinto. Ay, qué divertido...

Me siento y me escurro piedra abajo.

¿Dónde está la entrada?

Allí, en un extremo del claro. Es extraño: los peñascos no son lo suficientemente grandes para caminar por ellos y el camino entre medias es estrecho. Tengo que poner los pies de lado para pisar por las piedras.

También la entrada es mínima. Tal vez fuera un laberinto pensado para niños. Doy un primer paso con los brazos extendidos para mantener el equilibrio y luego un segundo.

A mis espaldas se oye una piedra chocando con otra. Me giro en redondo y pierdo el equilibrio.

Ah.

Una punzada de dolor me sale disparada de la cadera cuando doy con esta contra las piedras del suelo.

Me incorporo con mucho cuidado y me palpo la cadera y el muslo para evaluar los daños. Tengo las palmas de las manos desolladas.

Hay alguien mirándome. No veo a nadie pero estoy segura de que no estoy sola. Siento el corazón retumbándome en los oídos. No dejes que vean tu miedo, me digo, sin saber muy bien de quiénes hablo. Me sacudo el vestido, lo aliso y luego vuelvo al borde del claro con la espalda muy recta. Miro de reojo un par de veces por encima del hombro. El calvero sigue vacío. Sin embargo, mientras vuelvo a toda prisa a la aldea, tengo la sensación de que, a cada paso que doy, estoy esperando que alguien me toque el hombro.

La señora Palm, la abacera, está pesando azúcar y echándola en unas bolsitas de papel que ata luego con un trozo de cordel y coloca a un lado del mostrador.

—Buenos días —me saluda—. Veo que es usted también madrugadora.

Fuera, la carretera está desierta. Me palpita la cadera. Sin agacharme, alargo una mano y cojo una punta de la falda para sacudirme el polvo.

—¿Dónde está Magnus?

—Salió. Dijo que no volvería hasta la hora de cenar.

El pájaro del cráneo negro regresa a picotearme el pecho. Esperaba que hubiera ido en mi busca...

La campanita suena entonces y entra una chica rubia con un vestido amarillo. Se vuelve para cerrar la puerta tras de sí. De las mangas le sobresalen unos brazos que parecen palillos y el encaje del cuello está como raído.

—Buenos días, Sigrid. Qué sorpresa —dice la abacera apoyando las manos en las caderas y con una voz que ha adquirido de pronto un tono mezquino.

La chica se gira, y me percato entonces de que no es tan joven, es una mujer mayor que yo, probablemente de la edad de Magnus. No se da por aludida por las maneras de la tendera. Tiene la cara malograda por unas pecas desproporcionadas, y sus ojos grandes relucen con un tono gris traslúcido ribeteado por un cerco más

oscuro alrededor del iris. Me vuelvo y cojo una caja de puros de un anaquel.

—¿Sí?

—Quería sal —dice Sigrid.

La abacera vacila.

—Entonces voy a por bolsas más pequeñas —responde con la boca no más grande que una moneda—. Un momento. —Desaparece en la trastienda.

Vuelve a sonar la campana. Esta vez entra una mujer con una melena castaña que le cubre media espalda. Su paleta de colores es intensa: ojos azules, labios rojos y piel blanca, con una nariz demasiado grande para su fina cara, una boca más ancha de la cuenta y unas arrugas en forma de X entre las cejas rectas; de perfil podría parecer muy mayor, con esos rasgos afilados y unos surcos muy marcados entre nariz y boca, pero al volverse veo que no es mucho mayor que Magnus.

—¿Qué haces por aquí? —le pregunta la recién llegada a Sigrid.

—He venido a por sal. —Lo dice con rotundidad, como si esperara tener que defenderse. Continúa mirándome, y la mujer del pelo castaño le sigue la mirada—. ¿Cómo se llama?

—Lovisa.

La mujer asiente varias veces con la cabeza.

—Lovisa —repite.

La señora Palm regresa.

—Sigrid... y veo que está aquí Adelaide. Qué sorpresa, hay que ver. —Hace un mohín con la boca.

Debe de tratarse de Gustavsdotter, la mujer de la que habló el señor Palm, la amiga de los fallecidos. Frunce los labios.

—Me habías dicho sal, ¿no? ¿Cuánta querías?

La abacera coloca el cubo de la sal encima del mostrador y levanta la tapa, exagerando cada movimiento. Saca una bolsa pequeña y una cuchara.

—Nada, solo un poco —dice Sigrid.

La señora Palm se queda a la espera, con la cuchara planeando sobre la sal blanca.

—Ponle dos cucharadas —interviene Adelaide.

La tendera las mide y rasa la cuchara con su dedo gordo.

—Supongo que te lo dejo fiado, como siempre...

Adelaide arrebató la bolsa de las manos de la señora Palm y dice:

—Yo pago.

Le tiende la bolsa a Sigrid, ajena tanto a la descortesía de la señora Palm como a la respuesta de Adelaide, que extrae dos monedas y las deja sobre el mostrador. Después pone una mano en el hombro de Sigrid y la conduce hacia la puerta. Ya en el umbral, la joven rubia se vuelve y me dice:

—Venga a vernos cuando quiera, Lovisa. —Adelaide la urge a irse pero la más joven no se deja achantar—. Venga cuanto antes.

La abacera masculla entre dientes cuando se cierra la puerta. Le pone la tapa al

balde de la sal y lo baja al suelo.

Tuerzo el gesto y miro por la ventana que da a la carretera vacía frente a la casa.

—¿Quién era esa mujer?

La señora Palm suelta un resoplido.

—Sigrid Rudin. Su madre, Susanna, murió cuando ella era solo una criatura. Se quitó la vida. De hecho, aquí —hace un barrido con la mano— vivía antes su familia pero, cuando Susanna murió, Sigrid se mudó con Adelaide. Los que nacieron aquí están muy apegados entre ellos. Desde que murió su madre, la chica no anda del todo bien de la cabeza. A veces se cae y le entran los tembleques. —La señora Palm hace como que tiembla y abre mucho los ojos, para hacerme una demostración—. Dicen que tiene visiones, pero yo no he visto nada que lo confirme.

—Me refería a la otra —digo regodeándome de señalarle su error—, Adelaide.

Al decirlo, el nombre tiene un halo peculiar, como si fuera el de un baile.

—Ah. —La mujer recoloca las cosas sobre el mostrador—. Adelaide Gustavsdotter es la cabecilla de un grupo religioso que tenemos aquí, los separatistas.

La señora Palm coge los saquitos de harina y los coloca en una repisa. Vuelve a levantar el envase de la sal y lo lleva al almacén, donde masculla algo mientras mueve cosas de un lado a otro. El silencio se adueña de la tienda. El sol entra por la ventana y baña los anchos tablones grises del mostrador.

Las monedas siguen con su suciedad sobre la madera. Las cojo y me las guardo en el bolsillo.

Regreso a mi cuarto y me siento en la cama. Debería abrir la ventana para airear la habitación pero levantarme se me antoja imposible. Me pregunto qué hará Magnus cuando vuelva. Toda la energía que tenía, toda la resolución, se me ha esfumado.

¿Cada uno por su lado? Qué tontería.

Ni siquiera tengo dinero.



No me he ido. Tanto darle vueltas a lo de Dávvet me ha demorado. Sigo sin entender lo que he visto y no quiero que él decida por mí lo que significa. Además, era amigo de los muertos, sobre todo de Párroco.

Me levanto y cojo mi zurrón y mi cuchillo. Todas las noches he oído graznar a un *rievsak* que intentaba impresionar a alguna gallina. Hace unos días puse dos trampas. Anoche no oí ningún canto. Salivo solo con imaginar la carne tierna del ave.

Sí, todos cambiamos cuando empezamos a acudir a la nueva iglesia de Blackåsen, pero Dávvet, el que más. Incluso se le aclaró la piel y le asomó una luz distinta a los ojos. Me fijé en el cuidado que ponía en lavarse antes de cada sermón, en que siempre escogía sus mejores ropas. Y lo mucho que bajaba la cabeza. Por fin había encontrado a su maestro.

Una noche, sentados en torno a la hoguera, dijo:

—Tenemos que ser más blancos que la nieve. Miradme a mí, mirad lo que pasa cuando dejas que el pecado entre en ti.

Me pregunté si sería su forma de admitir que aquella vez con Livli había mentido.

Pero, en general, nos alegramos de su cambio. Teníamos la sensación de que estaba encontrándose a sí mismo y convirtiéndose en la persona que en teoría siempre debía haber sido.

Hasta que un día, poco después de que Nila y Párroco discutieran por primera vez, vi juntos en el bosque a Dávvet, Párroco y su mujer; esta se dedicaba a coger ramas, pero no parecían para el fuego, eran pequeñas y retorcidas, plateadas por la nieve y el viento. Los dos hombres caminaban en silencio, codo con codo, como viejos amigos. En cierto momento, Párroco dejó que Dávvet se adelantara y, al hacerlo, le puso la mano en un hombro. Yo me quedé asombrada, no me esperaba aquella intimidad. Sentí una punzada de algo que más tarde comprendí que eran celos. Yo también habría querido caminar con ellos. Pero entonces empezó a rondarme la pregunta: ¿cómo era posible que no supiéramos lo amigos que eran?

Quise habérselo preguntado a Dávvet pero regresó muy tarde. Esa misma noche fue cuando nos atacaron.

Nos despertó uno de nuestros perros, *Láilá*. Su grito partió la noche inerte en dos, y al poco estábamos en pie y habíamos corrido al exterior.

Un momento sin nada. Hasta que de pronto se oyeron aullidos de perros, y no eran los nuestros. Egel, que estaba de guardia con los renos, dio la voz de alarma.

Corrimos hacia el rebaño pero los animales ya se habían abalanzado sobre él, separando a los renos para dividir el grupo.

Nos llevó toda la noche volver a reunir el ganado. Sin embargo, seguía sin aparecer un reno, el castrado, el que se aseguraba de que el rebaño nos siguiera. Por fin encontramos los rastros, tanto del animal perdido como de hombres de pasos torpes.

El reno colgaba de un árbol; a sus pies en la nieve, una salpicadura salvaje de sangre y un parche de un rojo más oscuro.

—¿Quién podría querer hacer algo así? —se preguntó Beahkká—. Llévselo para... matarlo, en lugar de para comérselo.

La cara de Nila parecía blanca.

—Subidme.

Los hombres lo auparon sobre los hombros para que cortara la cuerda y el reno muerto cayó sobre la nieve dando un porrazo.

Solía rascarle bajo la barbilla. Le gustaba que le tiraran suavemente de las orejas. Me quedé mirando la salpicadura de sangre y la mancha pequeña. Yo sé lo mucho que puede sangrar un reno. Y comprendí entonces lo que significaba el dibujo: la raja del cuello era pequeña, el animal había forcejeado y había sufrido.

Se me revolvió el estómago. A mi lado Suonjar torció el gesto y se enjugó la boca.

«Quienquiera que haya hecho esto —pensé con una cara en mente, una de ojos redondos que no parpadeaban— nos odia». Y la cara que nos habían mostrado de ese odio fue tan contundente que me cegó.

—No sabemos quién ha sido —dijo más tarde Dávvet cuando volvimos a la hoguera. Estaba echado hacia delante, con los codos en las rodillas, hablando contra nosotros, en vez de con nosotros—. No lo sabemos. —Nila permanecía inmóvil—. No podemos permitir que esto nos separe de los de la aldea. Al revés, tenemos que estrechar los lazos, parecemos más a ellos. —Dávvet extendió los dedos de las manos: me recordó a Párroco en su púlpito.

—Nos han castigado por nuestros pecados —musitó Suonjar.

—Esto no tiene nada que ver con nuestros pecados —intervino Nila.

—Tenemos que... —empezó a decir Dávvet.

—¡Ya basta!

Nos quedamos petrificados: Nila nunca levantaba la voz.

—Nosotros no tenemos la culpa de nada. A partir de ahora nos turnaremos por las noches para montar guardia.

Repasé con la mirada el pequeño círculo de hombres y mujeres sombríos y enfundados en ropas remendadas y a los pocos niños de la *sita*. No teníamos nada de nuestra parte; ellos eran más numerosos y tenían la Ley de su lado. Y a Dios. Había sido una advertencia. Pero ¿matar a un pobre animal para obligarnos a ir a la iglesia? No tenía sentido. Tuve la impresión de que la *sita* se resquebrajaba. «Hemos permitido que los perros se queden entre nosotros —pensé—. Estamos dejando que nos separen y, si no tenemos cuidado, nos vamos a ver solos, cada uno por su

cuenta».

—Tal vez lo mejor sea irnos de Blackåsen —opiné, y al decirlo me pareció haber echado demasiado fuego por la boca.

—No —dijeron Dávvet y Nila al mismo tiempo.

Luego intercambiaron una mirada y volvieron a posar los ojos en mí.

—Aquí se nos necesita —replicó mi hombre.

El otro asintió.

Yo sabía lo que querían decir; salvo por un desgraciado invierno, nuestra tribu siempre había montado allí su campamento invernal. Mi madre, mi abuela, su madre, y la suya antes que ella. No podemos ir a otra parte: estamos tan entretrejidos con esta montaña como ella con nosotros.

Encuentro el *rievsak* en la trampa. Cuando lo suelto, noto su cuerpo marrón rojizo aún caliente entre mis manos. Sus gruesas alas blancas caen inertes y le cuelga la cabeza sobre mi dedo. Siento un pesar en el pecho.

—Cantabas demasiado alto —le digo—, eso es todo.

Las cosas no volverán a ser como antes, así lo creo, y echo de menos a mi padre, a mi madre, a mis tías y tíos; una época en la que yo también soñaba con cantar alto. Ahora soy la más anciana con vida. No hay cantos que entonar, y nunca más los habrá. El pájaro se remueve, no ha muerto del todo. Le parto el cuello y lo destrippo con el cuchillo para no llevarme desechos de vuelta al campamento. Lo guisaré, lo guardaré y me iré de Blackåsen. Tengo que contar lo que he visto y confiar en que la *sita* sacará las conclusiones adecuadas. Es como con el rebaño de renos: si dejamos que nos dividan, estaremos perdidos.

¿Sabía Párroco que Dávvet era la rendija por la que podía entrar a la *sita*?

Ay, si este hubiera hablado con los demás... si hubiera conspirado con ellos en contra de Nila, yo me habría puesto de parte de mi marido y habría luchado.

Pero Dávvet vino a mí.

Cerca del campamento, un mínimo rasgueo que no es del bosque, y me detengo. Ahí está otra vez: ras, ras. Rodeo una piedra y me meto en el riachuelo.

Un desconocido está agachado al otro lado de mi campamento. La tela de su camisa blanca parece delicada y lleva el pelo largo recogido en una cola. Tiene una caja de madera a su lado en el suelo.

Raspa con un cincel la superficie de la roca grande y luego lo fija en un punto y empieza a golpearlo con el martillo.

Veo una rama a mi lado, y la piso con fuerza. El hombre se vuelve, me entrevé y se incorpora.

Santo Dios. Tiene la parte izquierda de la cara carcomida.

Tuvo que hacérselo algo poderoso, algo implacable. Y sobrevivió. Debe de ser fuerte, como un oso.

Me he llevado la mano a la boca pero ahora la dejo caer. La mente, sin embargo, me late al ritmo del corazón.

El hombre también me observa, mi sombrero, mi vestido, el pájaro muerto que llevo en la mano. Tal vez ya me haya dicho su nombre.

La caja del suelo está llena de palos de metal, cucharas de madera con formas extrañas, un martillo y unas cizallas. Está pisando las ramitas de abedul que me sirven de cama. Tiene a los pies mi piel de reno. Sigue mi mirada y da un paso a un lado. Por un momento su visible torpeza me recuerda a un oso, y la idea me enciende una luz por dentro, y siento que se me relaja levemente la angustia que tengo en la boca del estómago desde que puse el pie en el Blackåsen. Me gustaría no haber reaccionado así al verlo; estoy segura de que sabe el efecto que causa.

—Había venido a verla a usted y entonces me he encontrado con el braquiópodo... —explica, mientras mira de reojo mi colcha de piel como si quisiera ponerse a doblarla.

¿El qué? Miro la roca pero no distingo nada. Caigo en la cuenta entonces de lo que ha dicho, que ha venido a verme. No puede ser buena señal. Voy al círculo del fuego, me agacho y coloco a mi lado el pájaro muerto y el cayado.

Oso —porque así acabaré pensando en él— guarda el martillo y el cincel en la caja y la cierra. Vuelve a mirar mi colcha pero no hace nada.

—Dicen que fue alguien de los suyos quien mató a los hombres de la aldea —me dice—, un lapón, quiero decir. ¿Es eso cierto?

Coloco los troncos en vertical, cruzados entre sí, y voy metiendo hierba por debajo.

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa? —replico.

Enciendo la lumbre. La hierba se vuelve negra antes incluso de darme una llamita amarilla. La cuido, le soplo.

Oso ha vuelto la cara y ahora le veo la parte intacta. En los viejos tiempos su aspecto le habría valido el mayor de los respetos. Suspiro.

—No era de nuestra tribu —le concedo.

El hombre asiente, todavía con la mirada perdida en otra parte.

—Tengo entendido que los suyos se van a las altas cumbres en verano. ¿No está usted muy lejos de su familia?

«Los suyos». Repito las palabras en mi cabeza y se me empañan los ojos. «Los míos». Parpadeo. Los demás habrán llegado ya al sitio sin árboles: calor a secas, cielo a espuestas y aire fresco. Los echo de menos. Incluso a Suonjar... Si parto hoy, no tardaré en reunirme con ellos. ¿A qué viene ese «si»? Me voy hoy. Estaremos juntos muy pronto.

—Igual que usted.

Oso arquea una ceja como si acabara de recordar en ese momento a su propia

familia y fuese una sorpresa hasta para él.

—Mi marido ha muerto. Me he quedado atrás para elegir el campamento de invierno.

—Ah. —Hace una pausa y se restriega la frente con el dorso de la mano—. Yo creía que siempre repetían sitio. —Empujo uno de los troncos para que prenda más—. ¿Tiene su pueblo algún motivo de queja contra los colonos? —me pregunta.

Pienso en árboles talados y bosques quemados. En tierras que han cambiado de manos. En sentirme sucia en la iglesia. Niego con la cabeza.

—Trabajo para el Bergskollegium, somos la autoridad encargada de las montañas suecas.

Intento contener una sonrisa. Nadie es encargado de ninguna montaña.

—Antes de venir descubrí que no teníamos ningún mapa del Blackåsen. Y lo más raro de todo es que el monte ni siquiera aparece en el mapa oficial.

Hasta ahí mi diversión. No estamos en el mapa... como si no existiéramos.

—Quería dibujar el monte antes de irme... si me dejan. —Esboza una sonrisa burlona—. Ahora los colonos tienen miedo de los forasteros. Y con razón, claro.

—De los forasteros no. Tienen miedo de sí mismos. —Me cuesta pensar cosas y no decirlas. Nunca se me ha dado bien.

Oso frunce los labios.

—Debe usted de conocer bien el Blackåsen.

Sé lo que va a preguntarme. No pienso decirle nada. Me voy, me marcho para reunirme con «los míos».

—Me preguntaba si... —empieza a decir.

Sacudo la cabeza.

Y él asiente.

Cuando se vuelve para irse, no puedo contenerme:

—¿Por qué le interesa tanto esa piedra? —La señalo con la cabeza.

—No parece de aquí, solo eso.



Cuando estoy cerca ya de la entrada a la aldea, me siento en una piedra y saco mi cuaderno de notas. Tengo la mente acelerada. Quiero probar a dibujar las ropas que llevaba Ester mientras conserve el recuerdo. El calzado era de cuero ligero, en forma de barca y con la punta hacia arriba. Enrolladas en las piernas, unas bandas de lana de vivos colores —rojo, azul, amarillo— conectan los zapatos con las calzas. Por encima, un vestido azul de lana ribeteado de rojo y, al cuello, en hilo grueso, una especie de babero. El gorro era rojo y cónico, como un pan de azúcar, y llevaba el pelo en una trenza que le caía bastante por debajo de la nuca. De un fajín de cuero le colgaban el cuchillo y una bolsita pequeña, y cada vez que se movía, tintineaba, porque por detrás de la cintura le colgaban finas cintas de cuero con aritos de latón. Utilizaba un palo a modo de cayado. Pero lo más impresionante de todo era su cara: los ojos castaños, la nariz pequeña pero ancha, la piel cetrina. Derrochaba sabiduría. No sabría decir su edad pero, por su pelo blanco, deduzco que tiene sus años. Y ese pájaro muerto a su lado en el suelo...

Al recordar la visión me entra un leve mareo. ¿Otra vez? Aguardo. No, no, la oleada de náusea remite. En cuanto lo sientes una vez, tu mente te engaña de esa manera, preparada en todo momento para que vuelva la enfermedad.

Mordisqueo la punta de la estilográfica y anoto luego que sigue utilizando pedernal y eslabón para encender fuego.

Tendría que haberle pedido que me ayudara con el mapa. Sus conocimientos pueden serme muy valiosos. Sospecho asimismo que sabe más de los asesinatos de lo que está dispuesta a decirme. Volveré a verla dentro de uno o dos días. Por supuesto, de momento me centraré en los asesinatos.

Es posible que se haya llevado una extraña impresión de mí al verme allí estudiando el braquiópodo, pero es que cuando he visto esa roca...

Guardo la estilográfica y el libro en el morral. Jacob me dijo que había un centinela en la aldea. Será al próximo al que vaya a ver; tuvo que ser él quien se encargó de los cadáveres, y de los primeros en ver el lugar del crimen tras los asesinatos. Y luego iré a hacerles una visita a las viudas.

La parcela del centinela es la que se encuentra más al este, la más lejana a la iglesia. El sol es una bola de fuego sobre mi cabeza.

He conocido a una lapona. Me río para mis adentros. No me ha parecido nada infantil, más bien al contrario. Además, qué forma de conducirse, con qué agilidad, qué fuerza silenciosa... Y pensar que hay gente que vive solo con un fuego.

No puede ser una simple casualidad que estuviera aquí cuando se produjeron los

asesinatos. Y tampoco creo lo que dijo de que estuviera eligiendo el campamento de invierno. Además, Jacob me comentó que el asesino no pertenecía a la tribu de ella, de modo que ¿por qué mentir?

Me encuentro al centinela delante de su casa, sentado en un cubo del revés y con una taza en las manos. Tiene el cráneo pelado y la cara delgada, con los ojos bien hundidos y la nariz torcida... rota. Un golpe por aquí y, en otra ocasión, por allá. En el tendedero solo hay ropa de hombre.

—Me llamo Magnus Stille.

Le da un sorbo al café, y veo por su cara que ya lo sabe. Los aldeanos hablan.

—Me han contado que se encargó usted de los cuerpos de los hombres que murieron...

—Gajes del oficio —replica el hombre.

Miro sus brazos, morenos y fuertes, y pienso que ojalá no me hubiese puesto la camisa blanca.

—¿Vio usted al lapón? —La voz delata mi enfado. El centinela se limita a encogerse de hombros—. ¿No le pareció a usted mayor? ¿Frágil?

Le da otro sorbo al café.

—He visto a hombres más viejos y frágiles hacer cosas peores.

—Responda a mi pregunta.

El centinela deja escapar un suspiro largo y luego se pone en pie. Nuestras miradas se cruzan. Yo no me muevo y él vacía la bebida sobre la hierba. Pero ahora parece malhumorado, más que fiero. Y no se va.

—¿Quién murió primero? —quiero saber.

—El párroco.

—¿Por qué lo cree?

—No se había levantado de la mesa. Los otros sí... o al menos hicieron el amago. No puedo evitar contraer la cara.

—¿Con qué los mataron?

—Con un cuchillo normal de caza.

El asesino tuvo que actuar con mucha rapidez para matar a tres hombres sanos antes de que lo redujeran entre todos o consiguieran escapar y pedir ayuda. Pienso en el anciano lapón de la cárcel de Luleå.

El centinela asiente como si hubiera conseguido leerme la mente.

—Había cristales en el suelo y por la mesa. Habían estado bebiendo.

Alcohol, me digo. Seguramente lo habría llevado Rune.

Estoy convencido de que el centinela capta cosas que otros no pueden. Unos amigos de la infancia que están tomándose unas copas y acaban muertos. Jacob dijo que... Adelaide Gustavsdotter también pasaba tiempo con ellos.

—¿Había una mujer con ellos? ¿Adelaide?

El hombre niega con la cabeza.

—Fue ella quien los encontró, pero no estaba presente cuando pasó.

—Si el lapón los mató... —empiezo a decir.

El centinela ladea la cabeza.

—¿Cómo que «si»? Fue él.

Es probable.

—¿Por qué quedarse con los cadáveres? ¿Por qué no intentar escapar?

—A lo mejor porque ya había cumplido con lo que venía a hacer y le daba igual todo.

Sí, podría ser. Pero entonces eso significaría que tenía un motivo para hacerlo, que no había actuado por un simple impulso, en un arrebato de locura...

Vuelvo a mirar la ropa del tendedero. La casa está igual de aislada que todas. No se ve ni se oye nada en la parcela vecina.

Caigo en la cuenta de una cosa.

—Este es un pueblo pequeño, apenas una aldea, y aun así tienen párroco, guardia y centinela.

—Supongo que la idea de nuestros padres era llegar a ser una comunidad más grande —dice.

—¿Y qué pasó?

—Que no fue así.

El centinela se agacha y arranca unas briznas de hierba que utiliza para limpiar la taza.

Una mosca me pasa zumbando por la barbilla y la aparto con la mano.

—¿Sabe qué estaba haciendo aquí Rune Dahlbom?

—De visita. —Vuelve a encogerse de hombros.

—¿Hubo algo..., lo que fuera, que llamara su atención?

—¿Como qué?

—No sé... algo en los cuerpos, en la habitación...

El centinela hace una pausa y arruga el ceño. Contengo la respiración.

—¿Per? —Una voz de mujer.

¡Qué susto, por el amor de Dios! Me vuelvo. Viene hacia nosotros. Tiene rasgos afilados, la nariz aguileña y los labios muy rojos.

—¿Has visto a Sigrid? —pregunta, sus ojos azules clavados con tal intensidad en el centinela que quedo relegado.

—No.

La mujer asiente, alarga la mano para apretar el brazo del hombre y se va. El centinela se vuelve y se queda mirando hacia el bosque.

—¿Algo más? —me pregunta con acritud.

Me dan ganas de reír. Es la última casa del camino... no tiene sentido que venga hasta aquí solo para preguntarle por alguien. No, ha venido a decirle que no hable conmigo. Y sea lo que sea lo que cree haber visto el centinela, «Per», deduzco que está más asustado que la mujer.

—¿Adelaide? —le pregunto.

Asiente mínimamente, casi sin mover la cabeza.

Otra noche sin poder dormir. ¿Cómo pueden, con este sol perpetuo? Sin persianas, la luz inunda el cuarto, y me escuece el alma y me da dolor de piernas. No puedo seguir así. No he dormido bien desde que empecé el viaje. Me pongo de costado.

La señora Palm me ha contado que Lovisa ha vuelto y ha subido a su cuarto sin comer. Me arrepiento de lo de esta mañana. Cuando he salido y he visto abierta la puerta de su cuarto, mi reacción ha sido exagerada. Pero la verdad sigue siendo la misma: le di una orden y la ha desobedecido.

Me pongo del otro costado.

Me pregunto qué habría dicho Lovisa de haber visto a Ester.

«Tienen miedo de sí mismos», ha dicho la lapona. ¿De qué habrían de estar asustados? Aunque Adelaide ha querido callar al centinela... y ya habrá hecho su ronda por todo el pueblo. Me va a poner difícil hablar con las viudas. Hoy no me ha dado tiempo de verlas. Cuando me fui de casa del centinela, era ya demasiado tarde.

¡Esa luz, por favor!

Me levanto y cojo una camisa. Por encima de la ventana sobresale un clavo de la pared, de modo que cuelgo de él la camisa y pongo mi mochila en la silla para remeter el faldón por debajo.

En vano.

Cojo la colcha, quito mi camisa y perforo la manta con el clavo. Ya le pagaré el daño a la señora Palm. Coloco la bolsa de modo que sostenga una esquina de la tela por un lado y hago lo propio con la silla por el otro. La colcha forma un triángulo ante la ventana. Hay algo menos de luz.

Vuelvo a la cama.

Nadie parece conocer al autor de los hechos. Frans dijo que había muchos errabundos rondando por los bosques lapones. Pero ¿por qué matar a tres hombres sin que haya ningún motivo personal de por medio?

«Puede que un loco».

Me lo repito para mis adentros pero en mi mente la voz no parece convencida. ¿Por qué ellos tres? ¿Por qué no cualquiera que hubiese pasado por la carretera antes o después? ¿Y por qué quedarse para que lo apresaran?

Oigo cerrarse una puerta en algún punto de la casa.

No sé qué le diré mañana a Lovisa. He de castigarla por su desobediencia; lo que pasa es que no se me ocurre nada efectivo. Puede que, a estas alturas, la única opción sea el manicomio.

Para, me digo, para de pensar. Tengo que dormir. Me duele todo el cuerpo. Estoy ardiendo.

La colcha no sirve de nada; las partes sin cubrir parecen dar más luz todavía. Me pongo bocabajo y la almohada sobre la cabeza.

Pienso en casa. La cara de mi hija Harriet se me dibuja en la mente, su forma de reírse cuando la revoleo por el aire. Es ya mayor para que le haga esas cosas, no es apropiado y podría quebrarme la espalda... La boca muy abierta, el cabello negro volando, un abanico...

Intento configurar una imagen mental de Isabella pero solo veo su melena rubia con la raya en medio, mientras que su cara no es más que un borrón en el centro.



Tengo que contarte una historia. No es bonita pero es importante. Resulta que todo posee un espíritu: las piedras del suelo, los árboles que te rodean... Los hay buenos y los hay malos, los hay que te ayudan y los hay que no. Se va aprendiendo a navegar entre ellos.

Cuando tenía doce años, mi padre me enseñó una lección. Para entonces, yo ya era consciente de que él siempre conseguía encontrar caza, de que los espíritus lo advertían cuando había peligros cercanos, lo ayudaban a hallar caminos cuando la nieve cerraba las montañas... Todos sabíamos que el espíritu del Blackåsen era el más poderoso, y yo había empezado a pensar que quien lograra domarlo no volvería a encontrar obstáculos en su camino. Yo no había dicho nada pero mi padre lo supo. Supongo que se lo dijeron Ellos.

Un día de invierno nos internamos juntos en el bosque. Las luces del cielo silbaban sobre nuestras cabezas como una gran hoguera. Hicimos fuego y nos sentamos, mi padre con los ojos cerrados y cantando una vieja canción. Los espíritus llegaron y se quedaron con nosotros. Vi a Liebre, a Halcón y a Lobo. Pero mi padre buscaba otra cosa.

—Ven, ven, espíritu del marjal —cantaba.

Los espíritus animales se fueron, y comprendí entonces lo distinto que era aquel otro.

Nos llevó un tiempo pero llegó. Era una niña con la piel verdosa y el pelo empapado colgándole por la espalda. Sus ojos resplandecían en negro. Debí de sonreírle porque sus labios se separaron en un remedo de mi expresión. Me fijé en que donde debía tener dedos le crecían zarpas blancas y delgadas.

¡Cómo peleamos! Corría en círculos alrededor de nosotros, riendo, como si fuera un juego. Uno de sus zarpazos me rajó el antebrazo entero, del codo a la muñeca. Todavía tengo la marca.

Nos vimos obligados a llamar a Oso para que nos ayudara a atarla, y ni siquiera con su ayuda las tenía todas conmigo. Cuando la chica por fin se fue, mi padre y yo nos quedamos tumbados en la nieve. El brazo me palpitaba, con un dolor tan intenso que la respiración me salía en jadeos entrecortados. No me atrevía ni a mirar la herida.

—Y eso no es nada comparado con el Blackåsen —dijo mi padre con los ojos cerrados—. Si invocas algo que no puedes controlar, acabará controlándote a ti. Recuérdalo.

¿Que lo recuerde?

Ay, ojalá pudiera olvidarlo. Pero ¿quién puede desver o desvivir? Con el paso del tiempo esa noche acabaría cambiándome más de lo que mi padre habría querido.

Regresamos al campamento por la mañana temprano. Las gentes estaban enfrascadas en sus tareas diarias, entre risas y chanzas. Pero yo me sentía cambiado: me habían separado, y nada volvería a ser igual.

Yo no quería. El don resultó ser una carga, una maldición. Pero no tenía elección. Los espíritus son tan reales como tú y yo. Imagínate lo que podrían hacer si pensaran que has dejado de hacerles caso...



Por mucho que me peino, los trasquilones se me quedan en punta y me dejan retazos de piel rosada a la vista. Cuando era pequeña, teníamos un gallo en nuestra casa de campo que estaba enfermo y perdía las plumas. Recuerdo la piel fea y granujienta y cómo se retorció al andar. Era consciente del aspecto que tenía. Me aplasto el pelo con la mano para alisar las cerdas, y la herida de mi pecho hace que mi cara se contraiga en algo irreconocible.

Ya crecerá, me digo, pero no me consuela.

Cuando bajo, encuentro los platos del desayuno ya listos en la mesa de la cocina. Aquí todo es igual, un día tras otro. Miro alrededor. Hay una pastilla de jabón en la encimera. Vacilo pero al final la cojo y me la guardo en el bolsillo. Empujo la puerta del porche y espero que Magnus salga corriendo tras de mí y grite: «¡No vayas a ninguna parte sin mí!». Remedo la voz de mi carcelero en la cabeza, en tono chillón.

Me siento y noto la madera fría bajo mi trasero. Una neblina se cierne sobre el pequeño sembrado junto a la casa en un último esfuerzo inútil antes de que el sol la disipe con su calor. Unos pájaros chillan: ¿tordos? Por un tiempo creí que me interesaba la naturaleza; le pedí a mi padre un libro sobre pájaros y recuerdo todavía su forma de escrutarme, como evaluando por dentro si ganaría algo negándose. Borré la expresión de mi cara, suavizando mi afán y noté que se me secaba la boca. Pero no debió de encontrar razón para negarse porque me lo dio, y Eva y yo nos lo llevábamos en nuestros paseos. «¿Qué será eso? ¿Un ruiseñor?» «No, no, mira los colores». Qué ridículo.

Conjuro mentalmente la cara de Eva aquel último día: los ojos grandes, la boca deformada... por la conmoción. No, por el desagrado. Era desagrado.

¡Maldigo la hora en que se apoderó de mí ese impulso! ¡Y maldita sea mi estampa por ceder a él! Por permitirme rumiar mi fantasía durante meses y no hacer nada por reprimirla. Soy una indisciplinada, una cría.

Soy superficial.

Clavo los tacones de los zapatos en los tablones grises del porche y los saco, raspando la madera. Odio este sitio. No hay más que árboles, barro y bichos. Quiero irme a mi casa. El problema es que ya no tengo...

Desayuno a solas con Magnus. No me mira ni una sola vez. Mi cucharilla del café tintinea contra la loza. La dejo en la mesa y luego la coloco bien para que quede recta. Él se dedica a mirar por la ventana con cara de frialdad. Le doy un mordisco al pan y mástico, pero me cuesta tragar. Levanto la taza y vuelvo a bajarla.

—Ayer fui a dar un paseo. —La voz me sale ronca—. Hay por ahí un pedregal,

un laberinto.

Magnus alarga la mano por la mesa para coger pan. Tiene la piel bronceada y el botón del puño de la camisa le aprieta la muñeca.

—Quise mirarlo mejor, pero...

Coge un trozo de mantequilla y lo unta en el pan.

Para mi horror, se me saltan las lágrimas. Hasta a un perro bajo la mesa le mostraría más compasión, le ofrecería una caricia o una palmadita. Pero a mí no. Ignorarme, no hacerme caso, es una conducta aceptable... Se me encienden las mejillas. Me retuerzo las manos sobre el regazo.

—Antaño los lapones eran dados a construir laberintos —me explica Magnus. Cuando levanto la vista, veo que ha vuelto la cabeza—. He pensado que hoy podíamos ir a visitar a una de las viudas. Se llama Frida Liljeblad.

Caminamos en silencio por la carretera de tierra. Le pongo nombre a lo que siento: gratitud. ¿Por qué habría de estar agradecida? ¿Acaso no soy tan humana como él? Ay, mis pensamientos son demasiado enrevesados. Mejor que no piense nada.

Magnus espera a que lo alcance, y tomamos entonces el sendero que va a la casa parroquial. Salimos del cobijo de los árboles y, pese al sombrero, tengo que entornar los ojos por la luz.

La viuda sale a abrir en persona. Me resulta muy familiar pero no sé por qué. En Estocolmo hay muchas mujeres como ella: de caras redondas y tersas y ojos azules deslumbrantes, con una suavidad que envuelve todos sus rasgos y sus gestos. Lo único raro es el pelo. Lleva el pelo rubio rizado recogido en una trenza, pero se nota que no es reciente; está descuidada y se le deshace por los hombros. Como si me leyera el pensamiento, se lleva una mano a la cabeza e intenta remeter los mechones sueltos con los dedos.

Magnus la saluda con el sombrero.

—Yo soy Magnus Stille y esta es Lovisa Rosenblad, mi cuñada.

Pasamos al salón, donde vemos a Adelaide Gustavsdotter, la mujer de la tienda, sentada en un sillón frente al sofá. Se levanta. Magnus frunce los labios nada más verla.

Detrás, una criada está limpiando los cristales. Mira a su señora pero, al ver que no le hace ninguna seña, sigue con su trabajo.

—He sabido lo ocurrido —le dice Magnus a Frida—. Mi más sentido pésame.

A Frida se le cambia la cara. Se nota que está pasándolo mal. No en todos los matrimonios hay tan poco amor como en el de mis padres. Quiero pedir perdón pero no he dicho nada.

Tras la viuda, la criada frota un punto con un trapo pero sus movimientos se han vuelto mínimos y ha encorvado la espalda.

—Es una gran pérdida, para toda la comunidad —interviene Adelaide; se le

vuelve a dibujar la arruga profunda que se le forma entre los ojos—. Entonces, ¿ha venido usted por lo ocurrido?

—No exactamente. Soy consejero del Bergskollegium y he venido a cartografiar el monte Blackåsen. Fue el gobernador del condado quien me contó lo de los crímenes.

Adelaide clava la mirada en el suelo pero, antes, veo pasar una chispa de algo por su cara. ¿Desánimo? Como si en realidad le molestara más que Magnus hubiera venido solo por la montaña que no por los muertos. Sin embargo, cuando levanta la cabeza, no hay expresión alguna en su cara y su mirada es franca.

Magnus da un paso al frente.

—Según me han contado, todo ocurrió tras una reunión del concejo local —le dice a Frida, procurando encorvar los hombros para que su figura imponente parezca más reconfortante. Tal vez hasta tiene sentimientos.

—Ajá —dice la viuda.

—Entró un lapón.

—Ajá.

—¿Y sucedió en el estudio de su marido?

Asiente y alza la vista al techo. Supongo que justo arriba es donde el párroco trabaja... trabajaba.

—¿Cómo entró?

—Pues... andando sin más.

—¿Y no lo vio nadie?

Frida sacude la cabeza y se le sale otro mechón de pelo de la trenza. Me estremezco. Para ya, Magnus, ya vale, está sufriendo.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Que los mató.

Adelaide hace ademán de moverse pero Magnus la detiene con un gesto: no se meta.

—¿Dónde estaba usted?

—En la iglesia, limpiando. Oí los gritos y salí corriendo.

Magnus asiente y hace una pausa.

—¿Tenía su marido alguna preocupación?

—No.

—¿Mencionó que tuviera miedo de alguien?

—No. —La viuda da muestras de incredulidad—. La nuestra es una comunidad pacífica. Aquí no pasan cosas así. —Parece dirigirse entonces a Adelaide—: No dijo nada de los lapones, ¿verdad?

—¡No! —Adelaide se queda mirando a Magnus con las narinas muy abiertas—. Creo que lo próximo que nos pedirá el señor Stille será ver el lugar de los hechos —dice con frialdad.

Mi cuñado asiente, como si su petición no fuese ni descortés ni inusitada.

En la ventana, la criada ha parado sus movimientos.

El estudio del párroco está en la primera planta y solo alberga una mesa con cuatro sillas y una librería de madera llena de libros. Hay una ventana a cada lado: una da a la iglesia y otra al prado. El escritorio está bajo la que mira al campo; podía sentarse allí y olvidar su oficio. En la habitación pende un olor acre, como metálico.

Frida aguarda en el umbral.

—¿Podrían indicarme dónde los encontraron? —pregunta Magnus con algo más de tacto.

—Ulf, nuestro párroco, estaba aquí en su escritorio. Los otros no estaban lejos de la mesa —explica Adelaide.

Me lo imagino: el sacerdote escribiendo en la mesa, la puerta que se abre poco a poco... no, que se abre de par en par. Todos alzan la vista, al principio sin entender qué pasa... Levantan entonces las manos, intentan ponerse en pie, todo demasiado lento.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunta Magnus a Adelaide.

—Yo también estaba en la reunión del concejo. Pero salí y, en cuanto oí los chillidos, volví corriendo.

—¿Y lo vio entonces... al lapón que los mató?

Adelaide asiente y deja caer la cabeza, abatida.

—Sí, lo vimos las dos.

La viuda ha entrado en la estancia. Sus zapatos blancos contrastan en su delicadeza con los charcos oscuros que manchan el suelo de madera.

¿Es sangre? Se me encoge el estómago. Lo es. ¿Por qué no la han limpiado? Estoy volviéndome para mirar a Magnus pero entonces comprendo: el lapón pasó allí varios días con los cadáveres y la sangre que brotó de ellos acabó incrustándose en la madera y empapando los tablones de tal manera que las manchas jamás saldrán.

Ay, Dios. Tengo ganas de llevarme las manos a la cara. Miro de reojo a Frida y espero que no lleve la vista abajo... que no entienda.

—Y en la reunión del concejo... ¿qué discutían? —pregunta Magnus.

—Lo normal... Las finanzas de la iglesia, que si había que reparar el molino... nada fuera de lo normal. Usted cree que no fue él, que es inocente. Pero yo lo vi. Estaba sentado ahí mismo.

Frida se ha acercado a la ventana y está alisando una cortina para que cuelgue bien recta.

—Rune se alojaba con usted en la casa parroquial. ¿Conserva todavía sus cosas?

El hombre tenía las ropas muy bien dobladas en su bolsa marrón de cuero. Intento tragar saliva pero tengo la boca demasiado seca. Frida se apostó cerca de la cama,

mientras Magnus va levantando camisas y pantalones. Qué pocas cosas. Aparto la vista.

—Nada —dice Magnus.

—¿Qué esperaba encontrar? —quiere saber Adelaide, que se ha quedado en el umbral de brazos cruzados, con la vista puesta en la bolsa y su contenido.

—Pensaba que, puesto que era mineralogista, tendría mapas de Blackåsen. — Magnus se incorpora.

—Yo conocí a Rune en Uppsala —cuenta Frida—. Los tres, Ulf, Rune y Jan-Erik, estudiaron allí juntos. Mi padre es catedrático de la universidad, y siempre me los encontraba en actos y recepciones de todo tipo. Destacaban entre el resto de estudiantes. Serios, diligentes y con esa forma pausada de hablar. No tardamos en cogerles cariño. —Deja la frase en el aire—. No puedo creer que ya no estén entre nosotros —susurra.

Fuera, un pájaro canta y todos pegamos un brinco. Ha parecido un grito.

Cuando salimos de la casa, Magnus da una zancada y sale de la vereda para adentrarse en el cementerio. Yo vacilo pero acabo siguiéndolo, tropezándome con terrones y matas de hierba.

Tengo el corazón encogido. ¿Cómo puede brillar el sol? Han muerto tres personas a pocos pasos de aquí. Adelaide ha dicho que oyó gritos: hombres chillando.

—Esa mujer, Adelaide —masculla Magnus—. Está en todas partes.

—La señora Palm me contó que es la cabecilla de un grupo religioso... —Mi voz suena pastosa—... ¿separatistas?

—Ah. —Magnus asiente como si eso le dijera algo—. Es gente que ha abandonado la Iglesia. Hay muchos grupos parecidos, aunque siguen estando prohibidos. Se considera una herejía reunirse para rezar fuera de la parroquia.

Hemos llegado al murete de la iglesia. Magnus se detiene y se asoma por encima para volver a mirar hacia la casa parroquial. Siento un vahído, y quiero regresar a la tienda..., sentarme. La sangre en el suelo... Una mancha que nunca saldrá. ¿Cómo puede alguien matar a otro ser humano? Una persona de carne y hueso, con sus olores y sus sonidos, que respira a tu lado... ¿y coges y hundes un cuchillo en un cuerpo vivo, acabando con toda su luz? ¿Cómo es posible? Me tiemblan las piernas. Me agacho para sentarme en un poyete junto al muro y pongo la cabeza entre las rodillas. Y esa pobre viuda...

Aunque he de admitir que Frida tiene algo que me inquieta... o quizá sea Adelaide...

Magnus se pone tenso y levanta la mirada.

La criada de la casa parroquial. En cuanto cruza el cementerio, mi cuñado la agarra de un brazo y la hace girar en redondo hasta ponerla contra el muro de la iglesia. Hago lo que puedo por apartarme. Él la coge y le tapa la boca. La criada

forcejea hasta que, de golpe, para y se queda inerte. Respiro a bocanadas, como si me hubieran violentado a mí.

—Chist. —Magnus vuelve el lado horrendo de su cara hacia la criada, un rojo y blanco nervudo.

La mujer jadea, con el corazón retumbando.

—¿Quién estaba en la reunión del concejo? —le pregunta Magnus, que le quita por fin la mano de la boca.

—El párroco, mi hermano, Rune Dahlbom y Adelaide —dice nerviosa.

Magnus titubea.

—¿Su hermano?

—Jan-Erik, el guardia. Era mi hermano.

Magnus suspira. Cuando retoma la palabra, habla con más suavidad.

—¿Rune estaba en la reunión o llegó más tarde?

La criada tiene los ojos desencajados. Traga saliva antes de responder.

—Estaba allí... Tuve que preparar más café.

—¿Adónde había ido Adelaide cuando murieron los hombres?

—No lo sé. —La voz de la criada se vuelve más temblorosa y aguda.

—Chist —dice Magnus, que hace una pausa y repite—: Chist. Intente ahora verse ese día. ¿Qué estaba haciendo?

La mujer asiente varias veces y recobra la compostura.

—Estaba en la cocina, preparando la sopa. —Magnus inclina la cabeza: «Prosiga»—. Había quedado muy caldosa y tuve que espesarla con más harina.

—¿Qué oyó?

—Había mucho jaleo.

—¿Había o eran ellos?

—Ellos.

—¿Estaban peleando?

Frunce el ceño y contesta:

—Puede ser, estaban hablando a voces. Pero entonces la sopa se salió de la olla y temí que viniera Frida y viera el desaguisado. Me puse a limpiarlo.

—Y cuando terminó, ¿seguían peleando?

—No. La casa se había quedado en silencio. Y luego pisadas, subiendo las escaleras. Y un... un estrépito. Gritos...

—¿Y?

—... más pisadas. Por encima de la cabeza, en la planta de arriba. Y luego un grito de mujer, de la señora, creo.

Cierro los ojos.

—¿Quién es el lapón?

—No lo sé. —Magnus se adelanta un paso y se acerca más a la mujer—. No le han dicho la verdad, caballero —susurra, y le veo el labio superior reluciente del sudor—. Aquí siempre pasan cosas así.

—¿A qué se refiere? ¿Qué ha pasado?

La mujer le da un puntapié en la espinilla y sale corriendo por el cementerio, con las faldas volándole al paso, hasta que dobla la esquina de la iglesia y desaparece.

Magnus se apoya a mi lado contra el muro. Huelo la tela de sus pantalones: lana caldeada, hierba, tierra. Me levanto, aún con las rodillas flojas. Me sostiene la mirada con unos ojos azules muy serios.

—¿«Cosas así»? —repite—. Y Adelaide... ¿Qué clase de mujer entraría en una sala llena de hombres gritando?

Pienso entonces en las dos mujeres, sentada una enfrente de la otra. Eso es lo que me ha descuadrado antes. ¿Por qué enfrente y no al lado? Y cuando Frida se ha venido abajo, Adelaide no ha corrido a abrazarla. No son amigas.



Otra noche despejada. Los cantos de los pájaros son suaves, los colores se funden entre sí. No me he ido. Oso vendrá a por mí. Me guste o no, no he terminado con él. Es lo de la cartografía... Necesito entender mejor qué va a hacer y por qué. Nila decía que el Blackåsen tenía poderes y que debíamos cuidarnos mucho de no molestar a la montaña.

Enciendo el fuego, pongo corteza de abedul a modo de yesca, soplo, remuevo un poco aquí y atizo allá para fortalecer la llama e ir concentrándolo. Pongo el pote sobre dos piedras.

Nila tenía un poema sobre cada sitio que servía para recordar por qué era importante, lo que no había que olvidar o con qué andarse con cuidado. Estoy intentado recordar el del Blackåsen pero solo me viene a la cabeza el primer verso: «Más allá de *La que doblega las aguas*, cerca de *El que ve...*»

Es mejor no forzar. Ya me vendrá.

«Bergskollegium —dijo—. La autoridad encargada de las montañas».

Me río para mis adentros.

Aunque lo cierto es que la gente como Oso se dedica a destripar montañas. Sacan a la luz nuestros tesoros y luego obligan a nuestra gente a ayudarles. Son capaces de retener durante años a un lapón con sus renos y su *akja* —el trineo—, para que saque minerales de la nieve, esperando en algún puesto de avanzada remoto sin su tribu. Siempre vuelven cambiados a su *sita*. Por eso consideramos traidores a los lapones que les revelan a esos hombres saberes nuevos o los ayudan.

El agua no tarda en hervir. Levanto el pote del fuego con el cayado y aparto la tapa. Estoy echándole una pizca de sal al café para aclararlo cuando aparece.

—Siento molestarla otra vez —me dice.

Le señalo con la cabeza la piel de reno. Vacila pero acaba sentándose, aunque para ello tiene que apoyar primero un brazo, el otro, enderezar la espalda y cruzar las piernas como puede: hay gente que olvida cómo sentarse en el suelo. Tiene la cara de color ceniza. También hay gente que se olvida de dormir cuando el sol no se pone.

Vierto el líquido negro en mi taza de loza, lentamente, para no derramarlo. Echo un poco de queso de reno para rebajarlo y un par de trozos de tasajo y se lo tiendo. La taza parece más a gusto en su mano que en la mía. Se queda mirándola mientras me preparo otra para mí. Le da un sorbo entonces, y sé lo que va a saborear: la grasa de la leche y la sal de la carne. Se le relajan levemente los rasgos y le vuelve el color a la cara.

Bebemos en silencio. Señalo el pote del café... ¿más? Oso sacude la cabeza. Yo me sirvo otra taza.

—He empezado a preguntarles a los colonos sobre lo ocurrido. —Hace una pausa

y suspira: no le han dicho nada, deduzco—. Creo que podré empezar a cartografiar la montaña dentro de un día o dos. Esperaba que reconsiderara usted la idea de ayudarme.

«Reconsiderara usted la idea de ayudarme». Vuelvo a reír para mis adentros y le doy un sorbo al café.

—¿Y cómo piensa... cartografiarla? —quiero saber.

—Me interesa el hierro —me explica—. Quiero intentar dibujar la formación.

No le costará mucho. Es una carretera negra que cruza recta la montaña y baja luego en una pendiente ligera hacia el este.

Oso apura su taza.

—No me responda ahora pero prométame que lo pensaré. —Asiente con la idea de que lo imite a mi vez.

La gente como él... La gente como él no suele preguntar.

Mordisqueo un trozo de carne, lo deajo, vuelvo a masticar.

—Adelaide Gustavsdotter... —Cambia de tema—. ¿La conoce?

Conocerla es poco. Como a todos los niños de Blackåsen. Me encojo de hombros.

—No sé cómo pero creo que está involucrada.

Me cuesta un poco comprender que habla de los asesinatos.

¿Santa? Imposible. Era amiga de Guarda y Párroco. Sin ellos, estará muy sola... Sí, claro, hay más colonos, pero algo me dice que nada será igual para ella.

Oso está intentando incorporarse. Tiene que girarse y ponerse a cuatro patas, mascullando. Me muerdo el labio por dentro para no reír pero, cuando me mira, tengo ya la mirada muy lejos.

—Piénselo —me dice otra vez, y se yergue cuan largo es.

Se va, y no puedo sino reírme. Ni que decir tiene que no pienso ayudarle, pero me gusta este Oso. De hecho me recuerda a alguien. Intento pensar a quién pero no lo consigo.

Me sirvo otra taza de café y vacío el pote.

Viene alguien. En un principio creo que es Oso, de vuelta, pero los pasos son más ligeros y suaves.

Es Santa. Me pregunto si nos habrá escuchado...

No. Tiene las mejillas coloradas, ha estado andando hasta ahora. Se agacha a mi lado y se queda mirando el fuego. Está muy delgada. Cuando cruza los brazos y se rodea la cintura, se le marcan las ondas de las costillas en los costados del vestido. Limpio mi taza y la de Oso con musgo mientras miro de reojo a Santa, que no parece advertir que hay dos.

—Siento mucho lo de Nils, Ester —me dice sin dejar de mirar el fuego; echo otra rama para que entre en calor y parece despertarla—. ¿Cómo murió? —pregunta.

Se me cierra el estómago.

—Se ahogó.

—¿Que se ahogó? —No despega los ojos de mis labios.

—Sí.

—Ester, ¿te ha mandado él aquí?

¿Que si me ha mandado? ¿Qué quiere decir con que «me ha mandado»? Nila está muerto.

Esboza una sonrisa fugaz y se incorpora.

—No me hagas caso. No puedo creer que ya no esté, eso es todo.



Monte Blackåsen, 65° 57' de latitud norte; 20° 29' de longitud este. Altitud circa 91 metros en la base de la montaña.

Empezaré a cartografiar mañana.

Sonrío pero pienso entonces en el ministro. Es evidente, sin embargo, que no estamos ante ningún levantamiento lapón. Lo más probable es que el asesino fuera el lapón que vi en Luleå; quizá sea cierto que está loco. Las cosas se irán calmando por su cuenta, y no parece probable que el asunto vaya a colear lo suficiente como para amenazar el acuerdo de las Gällivare-verken.

Hoy vamos a hablar con la viuda del guardia... Pero después de eso dejaré de indagar.

Lovisa está esperándome en la cocina, con el sombrero puesto y las manos en el regazo. Puede que esté aprendiendo, quizás este viaje la cambie.

Hoy me siento optimista.

Encontramos a la viuda en su huerto, arrancando malas hierbas. Es una mujer nervuda de labios finos. Hay un anciano sentado a la sombra del porche. Cuando nos oye llegar, la mujer se incorpora y se pone la mano a modo de visera.

—Me llamo Magnus Stille —me presento, aunque estoy convencido de que ya sabe quién soy y por qué he venido—. Esta es Lovisa Rosenblad.

Al principio ninguno de los dos se mueve. Pero entonces la mujer baja la mano y me sorprende con sus ojos: son marrones y cordiales, y parecen de alguien más joven y amable.

El sol está pegando con fuerza.

—Veo que tiene usted sembradas patatas —comento, aunque la tierra se ve seca. Ella mira las plantas como si las viera por primera vez. Suspiro y digo—: Estoy intentando comprender qué le pasó a su marido.

Los ojos se le llenan de lágrimas, y tiene que sacar un pañuelo y enjugarse primero un ojo y luego otro. El párroco del pueblo, Axel Bring, dijo que Jan-Erik Persson, el guardia, era una mala persona. Puede que no lo fuera con su mujer.

—Dios lo ha querido así.

—¿Por qué había de quererlo así Dios? —le pregunto.

—¿Qué otra razón podría explicarlo?

No digo nada. La mayoría de la gente cree que la vida humana tiene una trayectoria preestablecida. Siento que una gota de sudor me baja por el pecho. Por

debajo del sombrero, veo roja la punta de la nariz de Lovisa. Doy un paso a un lado para resguardarme a la sombra de una píceca.

—¿Conocía su marido al asesino?

—No lo creo.

—Pero era el guardia de la aldea. ¿Tenía algún tipo de papeles, de registro de los delitos cometidos en la zona?

—Aquí no tenemos de eso. —Habla el anciano del porche, que tiene los ojos blanco azulado: es ciego.

La viuda le mira con el ceño fruncido y luego vuelve la vista hacia mí.

—No tenía papeles, pero, si quiere, puede pasar y buscar.

—Se lo agradecería.

La viuda abre camino y yo la sigo por el porche, escorándome para no chocar con el anciano. Lovisa se queda fuera. La casa tiene dos salas, una cocina y un dormitorio. Hay una rueca pegada a una pared, con dos ovillos de lana a los pies. La leñera, junto a la chimenea, está bien surtida y ordenada y el hogar resplandece de limpio. No hay ni papeles ni libros.

—Tenía una hermana, ¿no? —pregunto cuando salimos de nuevo al porche.

—Vive también con nosotros pero hoy está trabajando en la casa parroquial.

—Pierde el tiempo preguntando —dice el anciano—. Nadie hablará.

—¿Por qué?

—No es culpa de la gente. Se ha apoderado de ellos, y se apoderará de ustedes. Será mejor que se vayan mientras puedan.

Miro a la viuda y comprendo que estoy esperando a que lo mande callar o me haga algún gesto de que lo ignore, pero no es así.

—¿El qué? —pregunta Lovisa.

Bah, tonterías.

—¿Qué pasó realmente? Sería mucho mejor si me lo dijeran sin más rodeos —ruego.

El anciano esboza una sonrisa desdentada y la viuda menea la cabeza... pero no sé si la sacude por mí o por él. Cuando nos vamos, se oye una carcajada del hombre a nuestras espaldas.

La reunión me ha dejado mal sabor de boca. Los aldeanos parecen estar disfrutando de vernos andar a tientas en la oscuridad, haciendo preguntas que nadie piensa responder.

—Ha dicho que así lo ha querido Dios. —Lovisa tiene los ojos muy abiertos. Me limito a suspirar—. Hay algo que no cuadra, siento que algo no está bien —dice.

—Lo que no tiene sentido es que esta gente se empeñe en hacernos perder el tiempo.

—¿Tú no lo notas?

—¿Que si no noto el qué, Lovisa? Nos están ocultando cosas, eso está claro. ¿Tiene algo que ver con los asesinatos? Lo dudo. En estos pueblos pequeños abundan las rivalidades y las viejas rencillas... Es posible que algunos hayan visto una oportunidad para saldar cuentas.

—El anciano ha dicho que «se ha apoderado de ellos», que es mejor que nos vayamos mientras podamos.

—Intentaba asustarnos. Se ha reído cuando nos hemos ido. —Tengo que parar: lo sé, pero no lo hago—. No te pongas histérica, Lovisa. Tú al menos tienes una educación.

Suspira con fuerza y achica los ojos.

—Eres igual que mi padre, no respetas a las mujeres —me dice.

El corazón empieza a aporrear el pecho, se me pone todo el cuerpo tenso y, ay, Dios, me dan ganas de hacerle daño a esta hembra que tengo a mi lado.

—Eso es una ridiculez. ¿Qué es eso de que no respeto a las mujeres? ¿Y tu padre?

—¡Mira cómo trataste a la viuda del párroco, sin importarte lo que estaba sufriendo! —Lovisa está chillando—. ¡Y qué forma de hablarle a la del guardia...! Nos menosprecias.

—No tengo nada en contra de las mujeres. La mayoría no se parece a ti. —Me sorprende el odio de mi voz.

Lovisa tiene las mejillas tan rojas que parece que la he abofeteado. Suspiro y me froto la frente con los nudillos. Quiero decirle que lo siento. Y es verdad.

—Mañana empezaremos a cartografiar la montaña —digo en cambio, y por un momento me desprecio. No me mira, y cedo un poco—: Dime una sola cosa que no cuadre.

Ahora sí me clava los ojos, con la barbilla alzada.

—No hay niños —dice, y me adelanta de una zancada.

¿Que no hay niños?

Lovisa atraviesa la tienda sin pararse y sube corriendo las escaleras.

Hemos tenido que ver a algún niño...

—He encontrado los papeles.

Sigo con la mirada puesta en Lovisa y al principio no reconozco la voz de la viuda del párroco, Frida Liljeblad. Va con un vestido y un sombrero verdes. Pero veo entonces sus ojos azules.

Mete la mano al fondo de la cesta y extrae una carpeta de papel marrón.

—Aquí tiene: los mapas de Rune, o al menos eso creo. Los tenía guardados debajo del colchón.

—Muchas gracias.

Abro la carpeta: documentos con anotaciones, un par de mapas. Hojeo los papeles, la mayoría con el sello del Bergskollegium, por supuesto.

Se cambia la cesta de brazo y me dice sonriendo:

—Ahora que no tiene que cartografiar la montaña, su estancia aquí será más

placentera.

—Sí, desde luego que sí. —Sonrío a mi vez.

La señora Palm le tiende una bolsita de papel y la viuda la guarda en su cesta. La campana suena cuando sale de la tienda.

La tendera se inventa faena, barre algo invisible del mostrador vacío, pone un paquete algo más lejos...

—Tendría que haberse casado con una del pueblo.

—¿Cómo?

—El párroco, que no tendría que haber traído aquí a esta pobre.

—¿A la señora Liljeblad?

Asiente.

—Nunca será feliz aquí.

—¿Tuvieron hijos? —pregunto por preguntar.

—No, no tuvieron.



Lo odio. ¡Lo odio! Veo una imagen fugaz de mí en el espejo de la cómoda de mi cuarto: mechones negros, mejillas coloradas, ojos brillantes. Llegan voces amortiguadas desde la tienda. «Blablablá, qué bien, qué bonito...» Un par de pasos y estoy ante el dormitorio de los Palm.

Se parece al mío. Al fondo, la ventana da al jardín de atrás, la cama está hecha y cubierta por una manta de lana áspera, los tablones de madera están barnizados y se han amarilleado y el papel pintado es de tonos claros con florecitas rojas. Me vuelvo para mirar por el pasillo. La escalera es en curva. Si sube alguien —cosa que podría pasar en cualquier momento—, me daría tiempo a salir del cuarto pero me pillarían por el pasillo. Doy un paso y los tablones del suelo crujen bajo mis pies. Voy de puntillas hasta la cómoda y abro los dos cajones de arriba. Las patas se mueven y un jarrón que hay encima se vuelca a un lado y da un porrazo contra el suelo. No se rompe. Me quedo paralizada, a la espera. Nada. Devuelvo el jarrón a su sitio. En el cajón derecho están las cosas de la señora: unos papeles y unas tarjetas escritos a mano. Abro el joyero: un par de collares de cuentas, dos anillos de oro. Cojo un broche, uno pequeño de peltre, y me lo guardo en el bolsillo del vestido. Al lado de las camisetas interiores raídas del señor Palm hay un estuche de cuero verde que contiene un pesado reloj de bolsillo con una cadena de oro. Hay estilográficas, monedas, una pequeña insignia con un pie de acero y un círculo rojo encima. Cojo esto último.

En cuanto cierro la puerta de mi cuarto a mi espalda, respiro por fin.

Voy a la ventana. Fuera, las hierbas altas y los helechos del prado parecen de seda bajo la suave luz del atardecer. El follaje de los árboles flota como desgajado de los recios troncos grises. Detrás hay un bosque muy distinto, espeso y negro.

«Histórica». La sola palabra hace que se me acelere el corazón.

Abro la ventana y me apoyo en el alféizar, con la mirada puesta en el bosque y en la carretera vacía que se extiende de izquierda a derecha pero que no lleva a ninguna parte. Una línea, una muesca en la ladera del monte.

Sigo teniendo esperanzas cuando estoy con Magnus; por alguna razón aún pienso que podría hablar con él... no sé por qué. Es el protegido de mi padre y el marido de mi hermana, de modo que ¿por qué habría de ser distinto?

Es la cicatriz. Alguien a quien han herido de esa manera, que ha convivido toda su vida con las reacciones de la gente a su aspecto, ¿no tendría que salir distinto...? Más humano.

Risible.

En la casa de mi abuelo había un cuadro de una joven. Estaba colgado sobre la repisa de la chimenea de su gabinete, y no se parecía a ningún otro retrato que yo

hubiera visto. La mujer luce un traje de seda azul y gris, va tocada con un sombrero de plumas y cuentas y sostiene unos guantes en una mano. Es evidente que está a punto de salir y no piensa esperar más tiempo en el umbral que el que el pintor tarde en bosquejarla rápidamente, o tal vez ni siquiera eso, puede que hasta tuviera que pintarla de memoria. Podía pasarme horas contemplando el retrato. Tiene un rostro irresistible: oscuro, con ojos serios bajo unas cejas espesas, la nariz recta, la boca de labios gruesos. Su expresión es de impaciencia o puede que de irritación. Hasta que no cumplí ocho o nueve años no comprendí que la mujer del cuadro era mi madre. Empecé a comparar como loca: la mirada fija, los ojos huidizos; los labios en un gesto decidido, la boca sin fuerza; las mejillas rosadas, la tez grisácea... Incluso a esa edad, comprendí claramente que lo que la había cambiado había sido el miedo a mi padre. Y ese hombre, su marido, mi padre, crio a Magnus a su imagen y semejanza. No, no tiene sentido esperar nada de él.

No hay niños, se lo he dicho. No me había dado cuenta hasta que ha salido de mi boca pero ahora me resulta de lo más llamativo. No hay niños. La aldea está llena de adultos.

Viene alguien por la carretera, una silueta vestida de color claro. Amarillo. Se acerca, y sí, es Sigrid. Me ve y levanta la mano. Le devuelvo el saludo. No deja de andar pero veo que sonrío.

La casa está en silencio. La silla junto a la ventana arroja una sombra alargada sobre los tablones de madera. Tiene el respaldo labrado y una cruz tallada en el centro. Una silla de rezar, las llamaba mi madre. Me siento en ella.

En cierta ocasión intenté hablar del cuadro con mi madre, sobre lo mucho que había cambiado. Se arrimó a mí y vislumbré por un momento a la mujer que había sido. «Puede que lo entiendas cuando seas mayor», me dijo.

Juré que nunca lo sería.

Abordé el tema con mucha torpeza. ¿Qué sé yo de sus penas? ¿Qué sé yo de lo que le ha hecho él?

Cierro los ojos. Si supiera rezar, lo haría.



No creo que nada sea «como está escrito». Y no entiendo así el destino.

Pero cuando uno actúa o habla, ha de esperar una respuesta. Del mismo modo que no hacer también puede tener sus consecuencias. El universo responde.

Así, estemos donde estemos —nos guste o no, nos impliquemos o no—, participamos en el devenir de los acontecimientos.

Yo siempre me sentí mejor dejando que mis obras influyeran en las cosas, lo prefería a no hacer nada. Me parecía que ejercía más control sobre todo.



Me encuentro a Oso en el río con una chica. Tiene la piel muy pálida, los ojos morenos y el pelo como plumas alborotadas. Me recuerda a un animal, un pájaro, creo. Oso está en equilibrio entre dos peñascos en el agua. Se inclina hacia la pared de piedra, más alta que él, y la mira a través de un cristal. Tiene la caja a sus pies sobre una piedra, con un libro marrón encima. Ha empezado a trabajar. La chica me ve y se levanta.

—¿Magnus?

Oso endereza la espalda.

—Ester. —Levanta la mano en un saludo.

«Es por la piedra —he pensado decirle—. Olvidé preguntarle por qué no parece de aquí».

En realidad quiero seguir atentamente lo que hace. Alguien debería asegurarse de que no pase a mayores; no paro de repetirme lo mismo: «Alguien debería...».

Y la única que hay aquí soy yo.

La chica va alternando la mirada de uno a otro.

—Ester va a ayudarnos con el mapa del monte —dice Oso, que se guarda el cristal en el bolsillo.

No le saco de su error.

Remontamos el río, Oso por el agua, y la chica y yo por la orilla, cuidándonos de no soltar piedras u otra materia suelta que pueda caerle encima. Él va inspeccionando las rocas. Se detiene una y otra vez para mirarlas con el cristal. Desgaja trozos con el cincel, los pone a la luz, les da vueltas, de un lado para otro; después los guarda en bolsitas de tela, escribe en ellas y las mete en la mochila. A veces se sienta en una piedra para dibujar en su libro. Si piensa cartografiar así la montaña, va a llevarle su tiempo.

Sopla brisa del sur. No la siento pero la huelo, un atisbo de aromas más húmedos y dulces, llegados de lejos. La chica mira de vez en cuando por el borde de la orilla, tal vez para asegurarse de que Oso sigue allí abajo. También me mira a mí de vez en cuando, con el ceño fruncido y los ojos morenos muy abiertos, pero cada vez que capto su mirada, la baja. Una cría de cuervo. A eso me recuerda.

Rodeamos un afloramiento, y ahí está: una piedra gris en forma de silueta con los brazos extendidos. Mis ojos van en busca de unos huesos blancos de liebre pero, por supuesto, hace tiempo que desaparecieron. Nila y su padre hicieron un sacrificio en esta piedra, una primavera que seguía a un duro invierno, antes de que nos prometiéramos. Hacía bastante calor para ser primavera. La nieve fundida había

bajado en tropel y nos rodeaba el agua por doquier. Al padre de Nila le preocupaba cruzar el río con los renos. Fue el hijo quien condujo el ritual por primera vez en nombre de su padre. «Te toca a ti doblegar las aguas». A Nila le relucía la melena morena al sol.

Después de eso, no me miraba a los ojos. Yo sabía que tenía que ver con el rito, pero insistí y le clavé la vista, exigiendo un encuentro de miradas. Al ver que no obedecía, me volví de lado. Y siguió sin buscarme. Se había impuesto un orden que no debía discutirse: lo primero era su práctica, lo segundo yo. Cuando llegó la hora de atravesar el río, el agua pareció contener la respiración: flotaba en lugar de correr. Nila avanzó el primero tirando del macho jefe. El rebaño los siguió, cientos de animales escupiendo, volviendo los ojos, lanzando patadas. Nila, el hombre que calmaba las aguas. Me volví y vi que su padre estaba observándome. Esa noche, después de vadear el río, tras ayudar a nuestros padres, tendí las ropas de mi suegro para que se secaran e hice un fuego para calentarle los huesos. «Lo siento —le dije—, no volveré a exigir lo que no puede dárseme. Puede confiar en mí».

Eso fue antes de que nos hiciéramos cristianos. Ahora conocemos el patrón irregular del deshielo. A veces el río corre crecido y otras no, y no hay nada que hacer al respecto. Aparte de eso, si acaso, rezar a Dios, pero no creo que a Él le importen mucho los renos y los cruces de ríos.

La piedra silueta aparece en el poema del Blackåsen. Su nombre está en el primer verso: «La que doblega las aguas».

Cría de Cuervo se sienta en la cabeza de *La que doblega las aguas*. Vuelve a mirarme de reojo; pellizca el musgo que surge de la piedra.

—No lo molestes —le digo.

Cría de Cuervo para en seco. Me refiero a que no lo destruya. Suspiro y sacudo la cabeza. Las prácticas de los antiguos tienen las raíces muy largas.

—¡Venid! —grita Oso desde abajo—. Venid a ver. —Cría de Cuervo y yo bajamos hasta el río—. Esto de aquí es hierro.

Oso nos indica una división en la pared vertical de la roca: piedra negra con motitas amarillas y blancas a un lado y negra reluciente en el otro. Ya lo ha dibujado en su libro.

Señala con la estilográfica la piedra moteada.

—Cuarzo mezclado con hierro —dice, y luego señala la negra reluciente—: Hierro puro.

Tiene la voz suave, una buena voz. Cálida... Aprieto los labios. La gente como él no es cálida. Debo recordar lo que les hacen a las montañas y a nuestras gentes.

Oso habla de placas de tierra que colisionan, de capas que estaban debajo y se levantaron, de la erosión de los elementos que vuelve a bajarlas con el roce. Se retuerce las manos mientras habla, y siento su fuerza. Cría de Cuervo observa con mirada límpida.

—Mirad lo que pesa el hierro.

Oso nos tiende una piedra blanca y una negra. Esta última me pesa en la mano, mientras que la primera es ligera, aunque son del mismo tamaño.

Después, con los ojos brillantes, coloca la pluma contra la pared de roca y aparta la mano. La estilográfica se queda en el sitio.

A mi lado Cría de Cuervo ahoga un grito.

—Magnetismo. A cualquier brújula le pasaría lo mismo y apuntaría al monte en lugar de hacia el norte.

Luego, es cierto que la montaña tiene poderes... Nunca había imaginado hasta qué punto.

—Quiero seguir hasta el final del yacimiento. Y tal vez entonces podamos descansar.

Cría de Cuervo y yo regresamos a la orilla.

Me percató entonces de que ya no estamos solos. Hay alguien más en el bosque, observando. Sea quien sea, no quiere que lo veamos. Cuando retomamos la marcha, lo oigo. Una rama que se parte, y vislumbro una silueta entre los árboles.

Ni Oso ni Cría de Cuervo se dan cuenta.

Me agacho y finjo ajustarme el zapato. Ahí.

Mercader.

¿Qué hace siguiéndonos?

Siguiéndonos no, me corrijo, solo a Oso. Está siguiéndole la pista a él.

Camino distinto. Los ojos me bailan de un lado a otro, de Oso a Mercader, como si tuviera que decidir de parte de quién estoy.

Pasamos por el calvero de invierno donde llevamos a los más jóvenes a ver la danza de las luces del cielo en el río.

A unos cien pasos a la derecha está el claro donde Nila me pidió que lo aceptara. Yo estaba cazando y me siguió. Le oí acercarse y, como no sabía quién era, me escondí tras una píceas. El corazón me latía con fuerza, y entonces me agarró y me rodeó la cintura con los brazos. Ahogué un grito y él rio y me dijo: «Chist, chist», como si hablara con un crío. Probé su boca por primera vez. Era rara, cálida y suave.

Llegamos los tres a *El que ve*, un pino muy alto en medio de muchas píceas. Ha crecido a lo ancho. Unas ramas gruesas se abren paso sinuoso hasta el cielo mientras que las inferiores se hunden. Dos agujeros horadan el tronco del árbol, dos ojos vigías. Antes, cuando poníamos trampas, solíamos preguntarle al árbol qué camino habían tomado las presas, para decidir dónde colocarlas. Mecía las hojas de la copa, a un lado o a otro... Era un árbol muy valioso. Cuando estaba al lado, me imaginaba sus ramas envolviéndome la columna. Me calmaba. Nila conocía muchos árboles así. Decíamos que por eso siempre encontraba caza.

Oso trepa de vuelta a la orilla.

—La franja de hierro puro termina aquí. Mide setenta y nueve metros.

Anota algo en su libro.

Mercader es una mancha más oscura junto a una píceas, al fondo.

Señalo con el dedo el peñasco gigante negro que se parece al de mi claro.

—¿Ve como sí son de aquí?

—Caliza negra. Son braquiópodos. —Indica los dibujos de la superficie—. O lámparas de mar, como también se llaman. Son fósiles que se parecen a los antiguos candiles de aceite de terracota.

Saca un martillo y extrae una esquirla de la piedra, que procede a guardar en la bolsa. Después hunde la cabeza del martillo en la vegetación a los pies de la piedra, para desnudar la roca.

—¿Lo ve? —Señala al suelo—. Salta a la vista que son distintos. Una parte de aquí y la otra no. Toda esta tierra estuvo debajo del mar en otros tiempos.

Oso se incorpora. Utilizo el cayado para devolver la hierba y el musgo a su sitio y aplastarlos.

—El gran diluvio.

Oso arquea las cejas.

—Hay cosas en la Biblia que son más bien... simbólicas.

—Simbólicas —repito, y la palabra me da vueltas en la boca.

—Lo interesante es el tipo de roca. Hay naturalistas que afirman que hubo un periodo en el que todo nuestro país estuvo recubierto de hielo. Yo he visto rocas parecidas en el sur, y supongo que una gran placa de hielo pudo fácilmente haber transportado un peñasco de este tamaño de un lado para otro y dejarlo aquí al fundirse.

Cría de Cuervo abre su bolsa, saca una hogaza de pan crujiente, corta un trozo con las manos y me lo ofrece. Le digo que no con la cabeza. ¿«Simbólico»?

—Debe de tener unos tres metros de ancho. —Oso echa la cabeza atrás para ver la copa del árbol. Vuelve a escribir en el libro—. Voy a echar un vistazo por allí —dice, y va hacia los árboles.

—Ha dicho «simbólico» —digo. Cría de Cuervo le da un bocado a su pan—. Como si no todo en la Biblia fuera verdad... —medio susurro.

—Yo es que no creo en Dios.

Párroco se pondría furioso, pienso. Pero entonces recuerdo que está muerto.

—¿Sueles vivir con una tribu? —me pregunta Cría de Cuervo, y veo el pan hecho papilla en su boca.

Miro hacia Mercader pero ha desaparecido.

—La roca es de aquí —digo, y parece que ladro en lugar de hablar—. Es como los colonos, siempre obsesionados con quién nació aquí y quién no. ¿Para qué? Lo importante es que ahora está aquí.

Respiro hondo una y dos veces.

—¿Y entonces dónde está tu... gente? —quiere saber Cría de Cuervo, que me mira de reajo.

—En las altas cumbres.

—¿Por qué no has ido con ellos?

—Mi marido murió, y ahora me corresponde a mí hacer algunas de las cosas de las que se encargaba él.

—Nila. —Cría de Cuervo le da otro mordisco al pan y entorna los ojos mientras mira el río.

Tengo el corazón en los oídos.

—¿Qué has dicho?

—¿Nila?

—¿Cómo sabes su nombre?

Mastica más lento y luego se encoge de hombros.

—Lo habrá dicho alguien.

No, los colonos siempre utilizan su nombre cristiano: Nils. No puede haberlo dicho nadie porque no lo saben.

Oso y Cría de Cuervo regresan a la aldea. Yo tenía una misión, una tarea que pensaba hacer pero ahora no recuerdo qué era. He venido al marjal pero no sé a qué.

Sabía su nombre. La chica pájaro sabe el nombre de Nila. ¿Cómo puede ser? Nunca les hemos dicho nuestros nombres reales a los aldeanos.

Y Santa me ha preguntado si me había mandado aquí mi marido...

Es una advertencia, o una amenaza... El bueno de Nila está hablándome. Siento su mirada sobre mí: «Ándate con cuidado, anciana, ten cuidado».

El *cra cra* de un cuervo me saca de mis pensamientos y me pone en movimiento, de vuelta al campamento.

Busco en mi mente un salmo que tararear. No me viene ninguno a los labios.

—«Más allá de *La que doblega las aguas*, cerca de *El que ve...*» —susurro en cambio, pero no consigo recordar el resto del poema.

De buenas a primeras, el bosque se llena de movimientos que reptan por la tierra, de graznidos y aullidos: todo está vivo, y se ríe de mí.



Monte Blackåsen. Estoy sentado a la mesa de mi cuarto, pasando las hojas de mi libro, y estudio los dibujos y las notas de campo. Eufórico, no hay otra palabra para describirlo, estoy eufórico. ¿Cómo voy a dibujar la montaña? Todavía no he tocado la pluma. Mis pensamientos son amplios y los detalles intrincados. No hay nada que dé más placer que este momento antes de empezar... decidir qué incluir, qué excluir.

Haré dos mapas, uno topográfico de la montaña vista desde arriba, en el que se vea el río, la aldea y el marjal. Y otro con el perfil de la formación de hierro; creo que para este último voy a escoger la orientación norte a sur. Pero antes de decidirme quiero ver la cara sur.

El río no es joven, hay partes de la orilla muy erosionadas, pero discurre con gran vigor. El deshielo de la montaña alimenta su velocidad.

En la pared vertical de la montaña, que debió de crearse al partirse una roca que bajó hasta el cauce actual del río, hay cuarzo con vetas oscuras de hierro que se convierten más adelante en hierro puro. La franja del mineral más puro se extiende unos setenta y nueve metros, mientras que la que tiene mezcla de cuarzo se extiende otros doce metros por el lado este y nueve por el oeste. También he visto apatita en algunos puntos: cristales más ligeros con superficies angulares... en realidad es magnetita-apatita. Nos queda al menos un día de caminata para cartografiar el resto de la falla pero, por la forma de la montaña y su inclinación hacia el este, tengo la sensación de que no encontraremos más hierro. La cuestión ahora es la altura hasta la que se extiende el metal por la montaña. Cuando la dibuje, intentaré cuantificarla. Es más hierro de lo que había calculado pero eso no cambia nada: sigue estando muy lejos de la costa y su transporte no deja de ser complicado. Sin embargo, la mera oportunidad de cartografiarlo con mis propias manos me provoca una emoción inmensa.

Cojo la estilográfica y tamborileo con ella sobre la mesa. No será fácil cartografiar la formación. Pese a que la montaña no es grande ni especialmente alta —unos 650 metros, calculo—, el manto superior puede tener un metro de profundidad, y el bosque ya es bastante espeso de por sí. La vegetación es un auténtico incordio. Intentaré ver el tipo de roca en afloramientos y grietas y luego, cuando tenga un primer borrador, cavaré zanjas para sacar a la luz los bordes del bloque de hierro.

Me sorprende sonriendo. Había olvidado lo mucho que disfruto de todo esto: los minerales, su origen, sus formas, sentir en la mano rocas que se crearon hace millones de años... En comparación, el destino de los seres humanos se vuelve irrelevante. Me consuela pensar que, bajo nuestros pies, la tierra seguirá siendo estable e inamovible a pesar de todo, mientras que, por encima, la procesión del sol y las estrellas nunca

cambiará. Si Lovisa y yo pudiéramos hablar alguna vez como personas civilizadas, le diría que todo el mundo ha de hallar algo similar, una constante que la alivie, que la mantenga cuerda, y aferrarse a ella, como sea.

Suelto la estilográfica. Esta noche no haré nada. Saborearé este momento y permitiré que mis pensamientos den vueltas en espiral y aterricen ellos solos. Dentro de un par de días empezaremos a recorrer la montaña de norte a sur, y tal vez entonces empiece a dibujar.

Fuera el sol pende sobre las copas de los árboles arrojando una pátina blanca sobre la hierba y los troncos. No es el astro que yo conozco. Es una luna disfrazada: fría y distante.

Lovisa y Jacob están en el salón, ella en una silla junto a la ventana y él en su escritorio.

—Tiene que ser difícil —está diciéndole Lovisa a nuestro anfitrión, como solidarizándose con él.

He bajado con la botella de aguardiente y la levanto ahora en alto para enseñársela a Jacob: ¿quiere un poco? Se le ilumina la cara y asiente, de modo que nos pongo un vaso a cada uno. El líquido me quema la garganta y el pecho. Con esto tendría que valer. Una copa de licor, una comida pesada, y a dormir.

—Siempre insistían en que se habían criado teniendo que mantener el fuerte contra los lobos y los osos —cuenta Jacob—. Que si allanaron el terreno para el cultivo, que si combatieron a las fieras... Los que llegamos después cosechamos los beneficios de su trabajo. —Apura la bebida y suelta una exhalación.

¿Está indagando Lovisa sobre los asesinatos? He de admitir que no he pensado en ellos en todo el día; ni siquiera le he preguntado a Ester, aunque tenía la intención.

—¿Las fieras? —pregunto sumándome a la conversación.

Se encoge de hombros.

—Ya sabe a lo que me refiero. Los que nacieron aquí son una piña. Copan el concejo local y toman las decisiones. Los demás seremos siempre de fuera. —Suspira—. Así que han estado ustedes por la montaña. ¿Algo interesante?

Sonrío.

—Creo que sí, pero es que a mí las montañas me parecen de lo más interesante que hay.

No me devuelve la sonrisa.

—¿Y quiénes nacieron aquí?

Lovisa mira al hombre a los ojos, urgiéndole a seguir. Jacob está sentado con la espalda muy recta y las manos en el regazo. Acaba cediendo al encanto y la persistencia de mi cuñada, porque no es otra cosa: encanto y persistencia.

—Mitad y mitad. La mitad de los colonos nacieron aquí y la otra vino más tarde. Me acuerdo del centinela y de cómo reaccionó cuando llegó Adelaide.

—¿Y el centinela...? —pregunto.

—Per Eriksson nació aquí.

Lovisa ha bajado los párpados y agita el pie nerviosa. Estamos siguiendo el mismo rastro.

—¿Y qué hizo para que tuviera que trabajar de centinela? —indago.

—Eso tiene su historia. Per mató a su padre, que era un borracho y la tomaba con él de niño; por lo visto le daba unas palizas tremendas. Cuando creció, se hartó. El viejo no tuvo nada que hacer. A Per lo condenaron, y tras cumplir su pena, regresó y lo nombraron centinela.

¿Que mató a su propio padre? Cuesta imaginarlo después de haberlo conocido y haber hablado con él. Me había parecido un hombre sensato. Y Adelaide no me dio la impresión de temerlo; más bien, al contrario.

—Me sorprende que volviera —digo.

—La mayoría de la gente es de la opinión de que el viejo se lo merecía.

—¿Y Adelaide es separatista?

—Se cuenta que, siendo joven, tuvo una visión en el monte que le hizo abandonar la Iglesia. En sus sermones habla del derecho de cada uno a tener una relación distinta con Dios. Dice que la Iglesia es «opresiva». —Jacob resopla—. A mi entender, tiene suerte.

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué?

—No está casada. Heredó la granja de sus padres pero, si no tuviera a sus «seguidores» que la ayudan, no sabría arreglárselas.

—¿Y el párroco no se oponía?

—Él estaba... bajo su influjo. Puede ser muy cautivadora. Y por lo que se cuenta, al menos antes, en las reuniones ocurrían cosas fuera de lo normal. Y el párroco participaba.

—¿De veras? —He sabido de hombres de la Iglesia fascinados por los movimientos separatistas, pero participar en ellos es bien distinto.

Jacob se rasca la barbilla como si acabara de caer en la cuenta de lo peculiar que era la complicidad del párroco.

—Supongo que Adelaide y él eran amigos desde hacía mucho tiempo.

—¿A qué se refiere con «cosas fuera de lo normal»? —pregunta Lovisa.

—No lo sé... Gente que se curaba de enfermedades. Visiones...

—¿Usted...?

—No, no. Solo la gente que nació aquí asiste a sus reuniones. —La voz se le ha enronquecido.

«Usted tampoco era bienvenido —pienso—. De haberlo sido, habría asistido».

—Me asombra que un párroco asistiera a reuniones separatistas. El obispo no debía de estar muy contento.

—No, desde luego. Siempre que venía, hablaba del tema en sus sermones.

—¿Y no hubo represalias?

—Supongo que ninguno estábamos dispuestos a acusar a nuestro párroco. — Jacob suspira—. Los nacidos aquí no lo habrían hecho y los demás no queríamos problemas. Tal y como han sucedido las cosas, ahora nos pondrán un párroco nuevo, y estoy seguro de que esta vez el obispo se cuidará de escoger a uno que se mantenga apartado de Adelaide.

—Todos volvían o se quedaban —comenta Lovisa—. ¿Se fue alguno para no volver?

Jacob tamborilea sobre el escritorio con los dedos de una mano.

Rune, el tercer muerto. Él se había ido.

Me echo en la cama. Cruzo las manos bajo la cabeza y miro por la ventana. Mis libros y mis papeles están en la mesa, a la sombra del alféizar de la ventana. Lovisa ha vislumbrado algo.

Tengo que reconocérselo: ha sabido llevar a Jacob a su terreno. Y, ya puesto, he de admitir que no muchas mujeres habrían soportado como ella la marcha desde el pueblo hasta la aldea. Tampoco muchas habrían sido capaces de compartir con un hombre una tienda improvisada ni de hablar con una lapona. De hecho, Lovisa ha manifestado cualidades que me encantan: la pasión, la fuerza y, sí, la insolencia. Si la hubieran alentado, si le hubiesen dado responsabilidades desde pequeña, si no le hubieran pedido que se conformara, ¿cómo habría sido hoy Lovisa? Me gustaría preguntarle qué le ha pasado, qué la ha hecho ser como es, pero sé que hay cosas que es mejor no remover.

Siento un calambre en la barriga y contraigo la cara.

¿Y si no puedo volver a dormir nunca más?

Me trago mi pánico. Seguro que el sueño acabará llegándome, ¿no? Seguiré aquí echado, pensaré en Isabella, en cuando se sienta en el espejo del tocador por las noches y se trenza el pelo, con la cabeza ladeada, cruzando un mechón tras otro.

Por la noche, pisadas alrededor de la casa, subiendo el porche delantero y, al rato, bajando de vuelta. No creo que haya dormido. Estoy demasiado cansado para abrir los ojos. La aldea está cada vez más agitada. No me gusta.

Hay alguien bajo mi ventana. «Levanta», me digo pero soy incapaz. Una voz, baja pero persistente: «Está mintiendo. No puede ser solo una casualidad, tiene que haber algo más».

Tengo que saber de qué hablan. Pero estoy demasiado cansado.

*E*s por la mañana. Vuelvo a sentarme en el porche y observo la naturaleza, que comprende que tiene que desperezarse ya. Dentro de la casa, alguien baja las escaleras. Hay una pausa, y al momento aparece Magnus. La madera cruje cuando se sienta a mi lado. Nos quedamos en silencio unos instantes. Siento su cuerpo cálido contra mi brazo. No recuerdo la última vez que estuve tan cerca de otra persona. ¿Sería con Eva? No, en realidad rara vez nos sentábamos.

Magnus bosteza y se mesa la barba con las manos.

—¿Por qué le preguntaste a Jacob quién había nacido aquí y quién no?

—No sé... Ester dijo que para los colonos era muy importante.

—¿Ah, sí? —Frunce el ceño.

—Sí, en un momento que te alejaste a mirar algo.

Se echa un poco hacia atrás para mirarme a la cara.

—Anoche supiste llevar a Jacob a tu terreno. —Suelto un resoplido de incredulidad—. No, te lo digo en serio. Estaba contrariado, y tú seguiste preguntando pero de buenas maneras. Y está claro que hay gato encerrado.

En realidad no lo piensa, lo hace por ser amable conmigo.

Magnus asiente y vuelve a bostezar. Tiene los hombros caídos y le ha crecido la barba desde que salimos de Estocolmo. No le vendría mal lavarse el pelo, que suele recogerse en una coleta.

—Pareces cansado.

—¿No te molesta la luz por la noche?

Sacudo la cabeza. Es más, nunca había dormido mejor que aquí.

Magnus suspira y no dice nada más.

Vamos bordeando el río. La lapona tiene cara de pocos amigos. Va caminando a mi lado, hundiendo el cayado en la tierra a cada tanto, agachándose, mirando, como si hubiera algo que ver. Cada vez que se mueve, le repican los aritos de latón que lleva en el fajín. He decidido que no me cae bien; no es más que una vieja gruñona.

Cuando lleguemos a la cara oeste de la montaña, empezaremos a subir, o al menos eso ha dicho él. No me importa lo que hagamos; el sonido del agua al correr es como una nana. Se me van enganchando las faldas a los arbustos y me impiden la marcha. Voy dando un paso y luego otro. Cuando vislumbro la cara de Magnus, veo el brillo de sus ojos azules. Me pregunto si Isabella lo habrá visto así alguna vez.

Me la imagino arqueando una ceja y extrañándose: «¿En el bosque?».

Me sorprende lo unidos que están. Mi padre siempre ha adorado a mi hermana pero, no mucho antes de que ella le anunciara su compromiso con Magnus, tuvieron

una pelea horrible. Mi padre creía que había coqueteado con un joven que había venido a cenar un día a casa. «¡Te comportas como una perdida! —le gritó y se abalanzó sobre ella como si quisiera grabarle las palabras con su aliento—. ¿Piensas ir a verlo también esta noche?»

Yo era pequeña y no entendía de lo que hablaban, pero sabía que no era bueno. Mi hermana no lloró, no soltó ni una lágrima. Se quedó allí sin más, con las manos en el regazo, y cuando él terminó, inclinó la cabeza, una única vez, muy lentamente, como si estuviera dándole la razón y diciéndole que había aprendido la lección. Hasta que levantó la mirada y declaró: «Todo lo que sé lo he aprendido de ti».

Lo dijo en voz baja. A mi padre le costó un momento asimilar sus palabras y captar su doble sentido. Y entonces ahogó un grito. Tardaron semanas en volver a hablarse. Me sorprendió que le dejara casarse con Magnus. Mi experiencia me dice que mi padre ni olvida ni perdona. Jamás.

Mi hermana bonita...

Las faldas de mi hermana hacen frufnú cuando se gira, su pelo refleja la luz de todo rayo perdido y su aroma entra por delante de ella en cualquier habitación.

El día de la pelea, cuando mi padre se fue y mi hermana se quedó mirando por la ventana, me acerqué y me quedé a su lado, pegando mi brazo al suyo, con la necia idea de demostrarle mi solidaridad.

—Aparta de mí, pequeña salvaje.

Me agarró del brazo y me pellizcó con dos dedos... y siguió hasta que chillé de dolor. Después me soltó. En todo ese tiempo no había borrado el gesto agradable de su cara. Yo no entendía nada, y sigo sin entenderlo. ¿Por qué quiso hacerme daño? No lo sé, pero empecé a comprender hasta qué punto éramos de razas distintas. Yo me parezco a mi madre, todo lo que pienso o siento se me escribe en la cara como si fuera una hoja en blanco. Mi hermana es mucho más dura.

Magnus va por abajo, en medio del cauce del río, saltando de una roca a otra. Levanta la vista, cruzamos la mirada y me sonrío. No sé por qué pero siento un dolor.

¿Tendré alguna vez algún sitio o a alguien a quien llamar «hogar»? Veo una imagen mental de Eva mirándome con desdén.

No, siempre estaré sola, y lo sé. Aun así, en todo atisbo de conexión, no importa lo tenue o débil que sea, mi alma achacosa se llena de esperanza: de que quizá algún día haya alguien o algo a lo que llamar «mío».

Penoso.



Poder... para hablar y ser escuchado... Para que te hagan caso, te reverencien, te pidan consejo. Para decidir que algo sea como ha de ser, y si esa orden deben acatarla uno o muchos... Estar por encima, ser más.

Todo poder toca a su fin, ahora lo entiendo. Y, con el tiempo, también comprendes que, sin quienes te siguen, estás incompleto. No puedes ser tú mismo. Porque el ser que creaste era para ellos.

¿A qué crees que estaría dispuesto alguien con tal de recuperar un ápice de lo que tenía? ¿Qué o a quién sacrificaría? ¿Hasta dónde llegaría?

Poder... Las prácticas de los antiguos me dieron el mío. En ningún momento pensé que lloraría su pérdida. Pero, a fin de cuentas, yo también soy humano... o, al menos, lo era.



La montaña está de capa caída, un bulto gris sudando bajo el sol. Tengo la boca seca.

Sacudo la cabeza como para poner mis pensamientos en orden. Al igual que la iglesia del monte Blackåsen tiró de la *sita* en distintas direcciones, desde que he vuelto, yo también me siento desgarrada. No paro de pensar en las prácticas de los antiguos. Me estoy dejando llevar por el miedo.

«El Señor es mi pastor; nada me falta».

A mi lado Cría de Cuervo tropieza. Tiene la nariz blanca bajo el sombrero y la boca medio abierta, una expresión como vacía.

Puede que en realidad no dijera el nombre de Nila, que la cabeza esté jugándome malas pasadas. Él siempre decía que yo era capaz de hacer un lago de cualquier gotita de lluvia.

Oso ha empezado a zigzaguear por el Blackåsen. Se queda un rato largo mirando hacia la cumbre y dibuja una línea sinuosa en su libro. Después va caminando por ella hasta la cumbre, deteniéndose en ocasiones para corregir algo en el papel o cavar en la tierra. Por lo que veo está intentando llegar a la piedra maciza que hay bajo la vegetación. Va mirando todas las piedras desnudas y todas las madrigueras. Cava y parte la roca con la piqueta. Dibuja. Cada afloramiento, cada pared de despeñadero, cada arroyo, lo dibuja. Mide las hondonadas y los repechos. Para cuando termine, conocerá la montaña mejor que nadie.

La gente no debería mirar los montes de esa manera. Oso va desnudándola, dejándola en evidencia. La desmenuza con la mayor frialdad. A nadie le gusta que le pongan a prueba de esa manera.

Si Nila estuviera aquí, sabría qué hacer.

Una corriente fría por las piernas. No tengo derecho a echar en falta a Nila.

Cuando la primavera pasada dejamos Blackåsen, no mucho después de que los perros atacaran el rebaño, pusimos rumbo a las altas cumbres. Allí las noches eran livianas y la comida abundante. Los renos dieron a luz. Había espacio para todos. Levantamos campamento. A las semanas empecé a pensar que las cosas habían vuelto a la normalidad. Pero las estaciones pasan volando, y una vez más los días empezaron a acortarse. La oscuridad creció. Regresamos al monte Blackåsen, y lo que quiera que habíamos dejado atrás, seguía allí a nuestra vuelta, esperándonos.

En nuestro primer día en el campamento de invierno Nila ya había salido cuando me desperté. Yo sabía adónde había ido y para qué: la tradición era hacer un sacrificio cada vez que nos instalábamos en un enclave nuevo. Cuánto desearía que no lo

hubiera hecho. Cuando salí de la *kâta*, los demás me saludaron como todos los días hasta que, al ver que estaba sola, mudaron el rostro. Y lo vi en sus miradas: refrénalo, me decían con los ojos, es tu hombre, contrólalo. Esa mañana el único que me habló fue Dávvet.

Resentimiento. Era incapaz ya de mirar a mi marido sin que me corroyera por dentro. Sé qué aspecto tiene. Lo vi en Innga: la mirada acerada, las comisuras de los labios hacia abajo, las sonrisas falsas. No es una visión agradable.

Y, como los demás, yo también tenía miedo. De Párroco, de Guarda y, ante todo, de Dios.

—Déjalo ya —le dije a Nila cuando regresó.

Había querido decírselo con mejores palabras, pero no estaba en mi naturaleza y no quería pasarle ni una.

—No es tan fácil, Biijá. —Tenía rojo el blanco de los ojos.

Debería haberle preguntado cosas pero el resentimiento me hacía hervir por dentro como agua en una olla al fuego.

—Estás avergonzándonos.

Eso dije: «Avergonzándonos».

Esa noche, como siempre, la *sita* se reunió en torno al fuego.

—Otro invierno, una nueva estación —dijo Nila—. Tengo muchas esperanzas.

Alguien resopló entonces.

Yo contuve la respiración y miré alrededor, no sabía quién había sido. ¿Lo habría oído también Nila? No lo sé. Al otro lado del fuego los ojos de Dávvet se encontraron con los míos.

Después de eso no oí nada más. Si ya estaban burlándose de él, no tardarían mucho en plantarle cara directamente. ¿«Plantarle» o «plantarnos»?

Dávvet y yo nos quedamos después de que el fuego se apagara. Es posible que me motivara la conversación que sabía que vendría, quizás estaba deseándola.

—La *sita* somos todos una misma persona. Lo que hace uno repercute en los demás —dijo Dávvet—. Las prácticas de los antiguos deben desaparecer.

Sentí manar de mi pecho una fuente caliente, mientras el nudo que tenía en la barriga seguía helado. Después, pensé en la mirada de Nila antes de irse de la hoguera, en sus ojos inquisitivos. Sentí una oleada de la ternura que siempre le había tenido.

Dávvet se despidió con un gesto, se levantó y se fue.

Ay, ¿por qué?, ¿por qué le diría a Nila que estaba avergonzándonos?

He llegado al pico, esta vez por delante de Oso; me vuelvo y, al hacerlo, comprendo que estoy buscándolo como consuelo. ¡Por qué! ¿Por qué habría de buscar a Oso para nada?

Llega a mi altura entonces y le pongo mala cara, como si estuviera enfadada con

él, pero no se da por aludido. Cría de Cuervo sigue subiendo con parsimonia.

—Hoy voy a dibujar el lado este de la montaña hasta el hierro puro —dice—. Y luego cavaré varias zanjas con la idea de llegar a la roca maciza, para delinear la formación. —Consulta su libro.

No sé de qué me habla. En lo único que puedo pensar es en eso de «cavar», en que no debería cavar nada. Aquí no. No debe.

Bosqueja a lápiz el perfil de la otra cara, sus ojos volando entre el libro y la vista del lateral de la montaña. Arriba, abajo, arriba, abajo. Después cierra el libro y empieza a bajar.

Nila decía que no debíamos molestar a la montaña; por eso no debe cavar.

Contemplo la espalda erguida de Oso en su camisa blanca, el pelo largo bajo el sombrero. Se detiene, saca su cristal del bolsillo del pantalón y se apoya en el lateral de una roca. Ve lo que no tiene que ver: está el paisaje que pinta, pero existe otro, un segundo que es incapaz de ver.

Cuando llegamos a la base, Oso continúa hacia el oeste —treinta, cuarenta pasos— y traza entonces su línea. Me imagino a la montaña refunfuñando: «Si ya hay senderos, ¿por qué tienes que estar abriendo otros?».

—Diez o doce pasos a la izquierda, allí, detrás de esos árboles, es un buen sitio para poner una trampa para urogallos —digo.

—¿Ah, sí? —Su voz es neutra.

Pasamos por la grava.

—Cuando los pájaros regresan tras el invierno, sobrevuelan este montículo de piedra. Así sabemos que ha llegado la hora de irnos a las altas cumbres.

Cría de Cuervo escruta el cielo, sujetándose la cintura con las manos para mantener la espalda recta. Oso no responde.

Señalo la madriguera.

—Hace unos años a uno de nuestros jóvenes, Joel, le mordió una zorra madre. Se le puso el brazo como un tronco.

Oso se detiene y se pone a hurgar en la madriguera con su piqueta.

—Siempre vuelven —digo, mi voz en un susurro—. Año tras año.

Alza entonces la vista hacia mí y deja de picar. Demasiado tarde. Ningún zorro querrá ya volver.

Después de eso, no abro la boca.

Llegamos al afloramiento amarillo al borde del despeñadero, y puedo oír las voces de la *sita*: «¡Un halcón! ¡Mirad el halcón!». Y a Gáhte, mi hermano, que corre, grita y señala, aquel invierno inclemente en el que tuvimos que competir por la comida con las aves de presa. Cada vez más alto, cada vez más alto. Cerca de este descubridor, donde una vez el viento lo barrió todo como una mano gigante y derribó tres píceas de golpe, oigo las palabras: «Cómo lo echo de menos». Mi madre. Por entonces mi padre llevaba un año muerto.

El monte también está hablando: «La lluvia es siempre más fuerte por la cara sur.

Ha alisado las piedras»; «El viento del norte pasa por aquí. Mira los árboles vencidos».

Tengo ganas de taparme los oídos con las manos y gritar.

Cuando llegamos a *El que ve*, el sol de la tarde está encaramado a las copas de los árboles.

—La capa de hierro puro acaba justo en este punto. —Oso repasa sus notas—. Por hoy lo dejaremos aquí.

En cuanto lo dice, me viene a la cabeza el siguiente verso de la estrofa de Nila: «Más allá de *La que doblega las aguas*, cerca de *El que ve*, la noche se vuelve día, lo pesado se vuelve ligero...».

Pienso en la línea entre lo moteado y lo negro que nos enseñó ayer Oso. Es posible que el poema contenga más verdades de lo que creía. Y entonces el corazón se me hace un puño, porque en ese punto la voz que leía los versos siempre se volvía grave. ¿Qué venía después?

Las palabras han volado.

Nila era el último. Otras veces lo he pensado y me ha supuesto un alivio, pero ahora comprendo lo que significa: él era nuestro cartógrafo, el guardián de nuestros recuerdos, de nuestras leyendas, y ha sido el último. Nuestro pueblo no volverá a tener un *noiade*. Sin él, nos quedaremos sin pasado.

«Más allá de *La que doblega las aguas*, cerca de *El que ve*, la noche se vuelve día, lo pesado se vuelve ligero...»

¿Cómo sigue?

No me acuerdo de nada.

«Más allá de *La que doblega el agua*, cerca de *El que ve*, la noche se vuelve día, lo pesado se vuelve ligero...»

De vuelta a mi campamento, repito los versos una y otra vez. Me pregunto si alguien se acordará del poema entero. No lo creo; hemos hecho todo lo posible por olvidar.

Escucho unas voces cerca del viejo laberinto. Están en el claro formando un medio círculo: Cazador, Barbalarga, Centinela, Guardesa y su padre, y Niña Aldea, todos frente a Santa.

—Por eso debemos seguir adorando a Dios —está diciendo—, porque adorarlo nos da un poder prodigioso. —Santa parece cansada; tiene la cara pálida y los ojos muy oscuros, como si la hubiera abandonado toda vida—. Oremos.

Todos inclinan la cabeza. Salvo Niña Aldea, que clava la vista en el cielo. Un único pechiazul gira hacia poniente en el bosque. Al cabo de un rato, Cazador alza la vista para mirar a Santa, Guardesa hace otro tanto y sigue Barbalarga. Están esperando a que la mujer guíe la oración, pero se limita a mover sus labios resquebrajados en silencio.

De vuelta al campamento, me quedo sentada en la hoguera hasta que empiezo a dar cabezadas, y me despierto. Me gustaría que alguien echara unos troncos por mí,

que mantuviera el fuego encendido. Estoy deseando tener buena luz. Que llegue la mañana ya. Ojalá lo que quiera que esté moviéndose entre las sombras se quede. En cierto momento mi madre viene y se sienta a mi lado. Quiero apoyar la cabeza en su regazo pero, en lugar de eso, cierro los ojos y la alejo con un pestañeo. «No puedo hablar contigo —pienso—, Dios no me lo permitiría».



La noche ha durado cincuenta y dos minutos. Miré el reloj cuando se puso el sol y, durante exactamente cincuenta y dos minutos, dominó la oscuridad. Ay, oscuridad. Gracias, Dios mío, oscuridad. Sentí que el cuerpo se me aflojaba, un hormigueo por las piernas... Aleluya...

Pero entonces el sol volvió a elevarse y mi cuerpo se levantó como un resorte. Me quedé completamente desvelado.

No sé qué hacer. Tengo que dormir.

Llego al río a primera hora de la mañana. Al otro lado, el bosque de píceas se extiende en franjas de verdes variados. El río discurre en negro o plata, depende de en qué sentido se mire.

Ayer apenas habíamos empezado a caminar Lovisa y yo cuando Ester nos acompañaba ya. Hoy mi cuñada debe de estar aún bien dormida, y llevo recorrido un buen trecho por la cara oeste de la franja de hierro puro, pero Ester no ha aparecido todavía. Echo de menos su presencia; es una compañía agradable, se entretiene con esto y con aquello, se para a mirar árboles o arbustos.

Repaso mi libro. La base de la otra cara de la montaña presenta la misma superficie rocosa, de modo que, a estas alturas, puedo asumir que la veta de hierro atraviesa la montaña de lado a lado. Hasta dónde llega el yacimiento tierra abajo, eso no lo sé. Con el tiempo habrá que cavar unos pozos profundos para averiguarlo. Cuando llegue el día, extraeremos el mineral.

Después de mediodía empiezo a cavar una zanja hacia la mitad de la montaña con la ayuda de mi pico y de la pala que he tomado prestada de Jacob. He escogido una zona sin árboles para evitar tener que vérmelas con las raíces pero, aun así, es un trabajo duro para un solo hombre. Estoy a un metro de profundidad cuando la pala pega contra roca. La expongo, ensancho la zanja hasta los treinta centímetros y luego prosigo cavando colina arriba, por la margen del hierro. Cavaré una zanja por esta cara oriental, otra en la contraria, y por último una tercera hacia la mitad, para poder extraer una muestra del núcleo. Muy por encima de mi cabeza, hay un afloramiento voluminoso que arroja una sombra alargada. La pendiente que lleva hasta él está llena de piedra suelta.

A mi alrededor el bosque calla, salvo por el sonido que hago al hundir la pala en la tierra. Hace un sol de justicia, y el sudor se me mete por los ojos. Me calo bien el sombrero en la frente. Esta es la parte que menos me gusta de mi trabajo, días de duro esfuerzo físico en los que a menudo te atrapa una sensación de desesperanza. ¿Y si no has escogido el ángulo correcto? ¿Y si tus teorías están mal y todo ese esfuerzo

manual ha sido en vano? Empiezas a dudar de tus propias habilidades para interpretar la tierra. Has de recordarte una y otra vez que solo hay una forma de averiguarlo. Una vez que estén practicadas las zanjias, tendré algo con lo que trabajar, y solo entonces decidiré qué será lo siguiente que haga. Tal vez, por un poco de dinero, alguien de la aldea estaría dispuesto a ayudar.

A media tarde me incorporo y me estiro. Tengo la garganta reseca y me duele la espalda. He conseguido cavar seis metros de longitud. El hierro desnudo reluce al sol. Ya está bien por hoy.

Me cuelgo la mochila a la espalda y empiezo a subir, con la idea de rodear el gran afloramiento y bajar luego hasta la aldea por el otro lado.

No sé qué me hace levantar la vista.

El peñasco viene hacia mí atravesando los cielos. Por una fracción de segundo, dudo de lo que ven mis ojos, pero acabo lanzándome a un lado. La piedra pasa rozándome y se estrella en el suelo con un gran estrépito, derribando dos pinos a su paso.

Santo Dios. Señor.

En la cumbre no hay movimiento alguno.

Me ha pasado rozando.

Me duele el tobillo cuando me levanto y estoy jadeando. De haber muerto aquí en mitad del monte, nadie me habría encontrado.

¿Cómo ha podido pasar algo así? El peñasco es tan grande como yo.

Cuando recupero el aliento, subo para ver dónde estaba la roca antes de caer. El tobillo protesta pero no parece dañado. He tenido suerte. En la cumbre encuentro un hueco entre otras piedras; no tenía un apoyo sólido, se ve que podía caerse en cualquier momento. He caminado por debajo del montículo de piedras sin darle importancia.

Es el cansancio, la falta de sueño. Si no me ando con cuidado, cometeré un error.

Al otro lado del risco, en un recodo, hay un hombre. Su visión me deja pasmado. Tiene barba larga y los ojos inyectados en sangre. Se rasca el cuello y luego la axila.

—Están muertos —dice.

—¿Perdone?

—El ángel vengador se los llevó —dice el hombre asintiendo con la cabeza.

Avanza un paso hacia mí, y me llega olor a orín y sudor.

—Yo lo he visto —susurra—. Al *noiade*, cerca del lago. Lleva aquí toda la primavera.

—¿A quién?

—Lo he visto agachado cerca del montoncito de piedras, pescando lucios con las manos. No hay mucha gente que sepa que ese es el escondrijo de los peces más grandes. —Se ríe—. Pero, bueno, no era un forastero. Lo reconocí. Lleva mucho tiempo viniendo por aquí. Pasados compartidos, destinos compartidos.

Con una gran zancada, me deja atrás y desaparece en el bosque.

—¿Cómo está? —le pregunto a Frida Liljeblad, la viuda del párroco.

—Hay días y días. Ya queda poco para la cosecha, y eso me mantendrá ocupada.

—Hace una pausa—. Supongo que más bien debería preguntarle yo a usted cómo está.

Sigo su mirada hasta mis pantalones rasgados, mis rodillas ensangrentadas y mis manos y brazos sucios. No quiero ni imaginarme cómo tengo la cara. Quiero darme la vuelta para ver si he dejado marcas por el suelo de la casa parroquial.

—La montaña se las trae —le digo.

La mujer ríe.

—¿Está usted cartografiándola? ¿No servían entonces los mapas de Rune?

—Están bien. —Sacudo la cabeza—. Creo que es inevitable... que, si uno es mineralogista como yo, no puede evitar querer verlo con sus propios ojos. Tienes que dibujarlo, comprender cómo surge...

La viuda asiente y mira por la ventana.

—Ulf siempre quiso estar aquí, al lado del Blackåsen. Después de acabar los estudios, sirvió en otra parroquia antes de que la Iglesia le dejara regresar aquí. No paraba de decir que, en cuanto pudiera, volvería a casa. En su momento no le di mayor importancia, creía que era un destino como otro cualquiera, no comprendí que nos mudáramos para quedarnos. Quizás a los de fuera nos cueste comprender la atracción que tiene este sitio sobre quienes han nacido en él.

Qué apropiado, me digo. La aldea de Blackåsen con propiedades magnéticas, al igual que su montaña.

—Con el tiempo comprendí que ese había sido su plan desde el principio... instruirse y volver aquí para no irse nunca más.

Es extraño. Hoy en día los jóvenes ven mundo, viajan, viven en distintas ciudades y países.

—Yo pienso volver al sur.

—¿Cuándo?

—En cuanto pueda. Estoy esperando que alguien haga el viaje hasta la costa para ir acompañada. En el peor de los casos, me esperaría hasta la época de las ferias, que es cuando va más gente. Es que el bosque y yo no nos llevamos bien. —Sonríe.

Me pregunta si nosotros partimos pronto.

—Jacob me dijo que su marido asistía a los sermones de Adelaide Gustavsdotter —digo en cambio.

Asiente.

—Aunque últimamente no. —Arqueo las cejas: ¿por qué no?—. Se pelearon. Creo que riñeron sobre las enseñanzas de ella.

—¿Y eso?

—No lo sé, yo nunca he ido a esas reuniones de Adelaide, pero Ulf decía que sus enseñanzas habían cambiado, que eran... desviadas, eso dijo.

Desviadas debieron de serlo siempre. Recuerdo lo que dijo la criada sobre la pelea en la reunión del concejo.

—¿Cree que puede estar relacionado con su muerte?

La señora Liljeblad sonríe, esta vez abiertamente.

—Lo dudo mucho. Era como uno de esos asuntos religiosos sin importancia por los que solo se preocupan los curas pero que no significan nada para nadie.

—Por cierto, me he encontrado con un desconocido en el bosque. Con barba, aspecto desmañado... No lo había visto antes por la aldea.

—Será Anders seguramente.

—¿Anders?

—Vive al otro lado del lago. No se junta con nadie. Creo que no está muy bien de la cabeza.

Cuando vuelvo a la casa, veo a Lovisa en el jardín y voy a reunirme con ella. Tiene unas flores en la mano, una versión noruega de las *campanula rotundifolia* o campanillas. Enciendo la pipa y disfruto de la primera calada y la ráfaga de tabaco. La puesta de sol no es tal cosa. El astro sigue brillando igual, aunque, aun así, sé que se ha hecho de noche, pero ¿cómo? Un tizne en el cielo. La hierba más oscura contra el azul.

Los acontecimientos del día se repiten en mi cabeza. «El ángel vengador», y ese hombre... Anders... que había dicho que había visto al ¿«*noyad*»? No tengo ni idea de quién puede ser.

Lovisa se agacha para coger otra flor.

—¿Cómo te ha ido el día? —le pregunto.

Se encoge de hombros y pregunta a su vez:

—¿Y a ti?

Repito su gesto, y eso le hace reír.

Le doy una calada a la pipa.

—¿Puedo pedirte un favor? —Ladea la cabeza—. ¿Irías a ver a Adelaide Gustavsdotter?

—¿Para qué?

—Me he encontrado con un hombre muy raro en el bosque que me ha dicho que el «ángel vengador» se la tenía guardada a los hombres que murieron. Me pregunto qué o quién podría estar buscando venganza. En este pueblo nadie me habla. A lo mejor tú tienes más suerte.

Ya estoy arrepintiéndome. No debería habérselo pedido; es una cría, la hija del ministro, la hermana de mi mujer, mi protegida. Su padre me pidió que investigara yo. Se pondría furioso si supiera que mando a Lovisa a hacerme los recados.

Mira las flores que tiene en la mano.

—Iré.

—Ten cuidado.

Pone mala cara, se mete la mano en el bolsillo y pega un grito.

La cojo de la muñeca. Tiene un goterón de sangre en el dedo.

Aparta la mano; sus ojos parecen negros cuando saca algo del bolsillo: una insignia de acero con un círculo rojo. El corazón se me acelera.

—¿De quién es?

—Del señor Palm —masculla sin mirarme.

Extiendo la mano y me pone la insignia en la palma, seguida de un broche y de ¿una pastilla de jabón?

Espero hasta después de la cena, cuando Lovisa ha desaparecido escaleras arriba y Helena se ha ido a la cocina. Jacob y yo estamos solos.

—Usted es hombre de minas, como yo, mineralogista. —Noto que se pone tenso pero asiente—. Tengo curiosidad: ¿por qué no me lo había dicho?

—No nos dejaron ahondar en la superficie de la montaña. Habrían bastado un par de semanas de trabajo para aprovisionar a una de las fundiciones de hierro de la costa durante toda una estación. Podríamos haberlo hecho juntos. Pero el concejo local no lo permitió. Ni siquiera lo sometieron a votación. Y luego, cuando les dije que la decisión no estaba en sus manos, me amenazaron. —Su mirada es intensa y su tono cáustico.

—¿Por qué?

—¡No lo sé! No me dieron ninguna razón. Adelaide, Ulf, Jan-Erik... todos completamente de acuerdo, una piña.

Jacob no se habría hecho rico extrayendo hierro pero habría podido proveer para su mujer y él. Tal vez fuese un buscador de fortuna, o quizá viniera por otra razón, pero una vez aquí, siendo hombre de minas y viendo la montaña día tras día, con el tiempo, debió resultarle irresistible. El otro día me contó que lleva diez años en la aldea. Diez años es mucho tiempo... Lo miro.

—Yo no los maté.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Que llegó Rune. Estuvo aquí diez días y se pasó el rato haciendo justo lo que usted.

—Bueno, se comprende que como mineralogista quisiera estudiar la montaña, claro.

Pero mi antiguo profesor no hizo zanjas para delinear el hierro. Tal vez le valieran los mapas ya existentes.

La boca de Jacob pinta una línea delgada. Tiene la piel de los labios verdosa.

—No creo que eso sea todo.

Sacudo la cabeza y replico:

—Yo no he venido porque me lo pidiera el concejo.

—Entonces, ¿qué es lo que está pasando?

—Si no hubiera muerto ningún colono, diría que nada. He tomado muestras del hierro... es magnetita-apatita, como señalan todos los documentos. No he hallado nada que no esperara encontrar. Es un yacimiento prodigioso que está demasiado lejos para tener un valor real.

Jacob arruga la frente.

—No entiendo por qué no quieren explotarlo.

Sí, no tiene sentido. Recuerdo lo que dijo Anders del «ángel vengador» pero me abstengo de contárselo a Jacob.

Este sacude la cabeza y me pregunta:

—¿Cómo lo ha sabido?

Yo llevo siempre la insignia de la escuela de minas de Falun en el interior de la solapa, pero no puedo decírselo sin delatar a Lovisa. Ya intentaré más tarde ponerla en algún sitio donde pueda encontrarla.

—Intuición —le digo.

Cuando Sigrid abre la puerta, se le ilumina la cara. Da un paso al frente y me ofrece la mano. Huele a flor, un aroma ligero y verde, demasiado huidizo. Tiene los dedos delgados y la piel reseca. Quiero inclinarme para oler mejor. ¿Azahar?

Adelaide está a la mesa, enfrascada en un libro... ¿la Biblia? Alza la vista pero no dice nada.

Sigrid ladea la cabeza.

—Voy a hacer café. —Con la tenue luz del interior, las pecas le tiñen de gris la cara.

Vacilo en el vestíbulo. La gente hace cosas así todo el tiempo: visitar a desconocidos, presentarse, intercambiar cortesías.

Adelaide no se ha movido.

Creo que había imaginado una estancia femenina, delicada, llena de cosas bonitas, pero tiene en cambio un aspecto masculino, con mobiliario de madera recia, una mesa, sillas, un hogar de piedra, todo sin decoración alguna. En el poyete de la ventana hay una lámpara de fotógeno. Contra una pared, una cama individual sin una arruga; en la pared de enfrente, otra igual. Una casa heredada de sus padres que nunca podría reamueblar o no ha encontrado tiempo para hacerlo. «Suerte», había dicho el señor Palm, y también que Sigrid vivía en otros tiempos en la casa de la tienda, antes de que las cosas se torcieran y su madre, Susanna, se quitara la vida. Me pregunto si echará de menos esa gran casa roja de dos plantas.

El olor a café se extiende por la casita, y Sigrid le tiende una taza a Adelaide, que hunde la nariz en ella, aspira, cierra los ojos y vuelve a abrirlos.

—Ya me siento mejor —dice.

Sigrid sonrío. Me tiende otra taza a mí, el líquido negro y caliente.

—Siéntese —me dice Adelaide señalándome la mesa—. Siéntese.

Le doy un sorbo al café y me quemo la lengua.

—¿Le gusta? —pregunta Sigrid.

Asiento. Me palpo el paladar con la punta quemada de la lengua.

—Le he puesto una pizca de tierra. Mi madre decía que le daba la fuerza de la Tierra.

Tuerzo el gesto sin querer, y Sigrid se ríe con ganas, al igual que Adelaide, que también suelta una risotada. Sonrío, le doy otro sorbo al café y noto ahora los granitos.

Sigrid aparta la silla de la mesa y se levanta. ¿No pensará irse?

—Hasta pronto, Lovisa —dice, y va a la puerta, la abre y desaparece.

La habitación se queda en silencio, como si la mujer llevara consigo un zumbido que solo se percibe cuando se ausenta. Fuera, la luz ha cambiado del resplandor

amarillo espeso de la mañana a un tono más blanco y penetrante. La gente debe de estar despertándose, levantándose, atendiendo sus labores de la mañana.

—¿Dónde está su compañero de viaje? —me pregunta Adelaide—. Magnus. — En su boca el nombre suena raro.

Me encojo de hombros y contesto:

—En el monte seguramente.

Adelaide frunce el ceño y baja la vista. La contemplo mientras bebe de la taza: tuerce la muñeca y da los tragos con mucha parsimonia. Se ha remetido el pelo moreno por detrás de las orejas, que sobresalen un poco más de la cuenta.

Es ridículo creer que puedo iniciar una conversación sobre su pasado y preguntarle cosas. No, nos quedamos en silencio. No tengo nada que decir. Empieza a latirme con más fuerza el corazón. La mujer que tengo enfrente dirige una congregación; todos los domingos da un sermón a hombres y mujeres. Nació entre ellos y se elevó por encima. Ahora muchos se rigen por sus designios.

Me percato de que está mirándome con insistencia.

—Yo... cuesta dejar la Iglesia —digo. Adelaide arquea las cejas, expectante—. Yo también me fui. Bueno, seguramente mis razones eran muy distintas pero...

Asiente como si dijera: «Ah, tú también, entonces sabes de lo que hablo».

—Yo creía en las llamadas, y tuve la mía.

Me doy cuenta de que al sacar a colación la fe de Adelaide, espero que me ataque de algún modo, con argumentos convincentes, preguntas, respuestas tal vez. Puede que hasta esté deseándolo.

—¿No intenta... convertir a la gente?

—No es para todo el mundo. —Lo dice tranquilamente pero ahí está: la puerta cerrada.

Trago saliva, se me ha secado la boca. Está dejándome fuera sin darme una oportunidad. No sabe nada sobre mí.

—Pero usted distingue entre los que nacieron aquí y los que vinieron luego.

Adelaide le da vueltas a la taza en su mano.

—¿No crees que esas cosas son así siempre, Lovisa? —me pregunta tuteándome—. No compartimos los mismos recuerdos, tenemos pasados distintos. ¿Cómo habríamos de ser iguales?

Deja la taza en la mesa y se levanta. Me la imagino en el púlpito, el aspecto que debe de tener cuando da el sermón. Fiero, con fuego en los ojos.

—¿Qué te ha traído por aquí? —pregunta, y vuelve a dibujársele la X del entrecejo.

—A Magnus le pidieron que...

—A él no, a ti.

Vacilo.

—Mi padre me ha repudiado...

Echa la cabeza hacia atrás, incrédula: no.

—¿Cuál es la verdadera razón?

Al punto Eva está entre nosotras, y por un instante el corazón se me para. Cabello largo, castaño y liso, grandes ojos azules y un sombrero amarillo de lo más ridículo.

Allí me veo ahora: en la biblioteca, aquel último día, inclinándome, con las manos en la mesa entre ambas, pegando mis labios a los de Eva. El silencio al mirarla a los ojos. Su cara inexpresiva. Vuelvo a besarla, le muerdo el labio. Eva se pone en pie y tira un libro al suelo sin querer. Y va a contárselo a mi padre.

—Muchos han buscado respuestas de muy distintas formas —dice Adelaide, que está echada hacia delante, con los ojos entornados y clavados en mí—. No hay de qué avergonzarse.

No puedo respirar. Todo se ha ralentizado. Me levanto.

Mientras me alejo, me pregunto si estará observándome desde la ventana y viéndome dar tumbos por el camino.

No lo ha entendido.

No me asusta haber besado a una mujer. ¿Qué podría tener eso de vergonzoso? No significa nada.

Eso es, eso es lo que me asusta.

Seis meses de tanteo, de anhelo, de codicia. Seis meses. Y entonces, al besar a Eva, una vez más, no sentir nada.

Estoy en mi habitación. El pequeño prado que tengo frente a la ventana está vacío, las hojas quietas y la hierba inmóvil. Me rodeo con los brazos. Al atardecer oigo un golpecito suave en la puerta. En la penumbra del pasillo la cicatriz hace que parezca que le falta un lado de la cara. Huele a tabaco. Su aroma sobrepasa el mío.

—Venía a preguntarte... —Ve mi expresión y se interrumpe—. ¿Ha pasado algo? —Se adelanta y me mira a la cara—. ¿En casa de Adelaide?

Y aquí está de nuevo: una conexión con otro ser humano, delicada, tenue, puede que ilusoria, pero una vez más se me despierta el ánimo y mi alma se abre. No encajo en ninguna parte, quiero decirle. No me parezco a nadie. Ojalá...

No, lo único que desea es que haya averiguado algo para él.

—No he ido a verla —le digo—. No tienes derecho a pedirme que te ayude con esto. No vuelvas a hacerlo.

No se achanta.

—Quería decirte una cosa... Que deberías encontrar una constante... algo estable e inmutable a lo que puedas aferrarte mentalmente y volver cuando a tu alrededor todo te parezca incierto.

Me da un brinco el corazón: lo entiende. Pero hay algo distinto en él. No es lo que ha dicho sino el cómo.

Unos latidos lentos pero contundentes me aporrean el pecho.

Magnus habla ahora con más calma, calibrando cada palabra en su boca. Estoy

convencida de que le ha cambiado hasta el acento; a veces le sale un pequeño chiflido al hablar, igual que a los lugareños.

La escalera cruje. El tendero o su mujer. Damos un respingo y nos vamos cada uno por nuestro lado. Cuando cierro la puerta, Magnus hace lo propio en la otra punta del pasillo, aún con los ojos puestos en mí.

El cuarto me parece ahora más fresco. Voy a la ventana y la cierro, como si pudiera apartar ese frescor de un portazo.

Al rato se oyen muelles de cama en otra habitación. Pero a partir de ahí la casa del mercader se sume en el silencio y no se oye ni un aliento.



*T*odo hombre es un mapa. Cada elección importante, cada hecho significativo, se graba en el paisaje del corazón. Tan solo hay que entender algunos de esos hitos para aventurar la tierra que sigue, y comprender los orígenes.

Hay gente a la que se le da bien. «Me ha leído el pensamiento», decimos. «Soy transparente para él».

Es un arte y, por tanto, puede enseñarse.

¿Cómo se puede entonces leer el mapa de otro?

Haz preguntas. Piensa con profundidad en la persona que tienes al lado: ¿qué ve?, ¿qué hace? Y lo más importante: ¿por qué?

Dijiste que nunca podrías hacerlo; crees que estás acabada. Te lo voy a decir claro: en tu interior reside un vasto territorio sin cartografiar. Haz algo con él, algo útil.



Una vez, en un sermón, el sacerdote dijo: «Buscad y hallaréis». A mi lado Suonjar carraspeó y me guiñó un ojo. Todo el mundo sabe que, cuando se pierde algo, lo último que hay que hacer es buscar. Lo mejor es olvidarse del asunto, apartarse, y al final lo que buscas viene solo y te da una palmadita en el hombro, exigiendo tu atención. Ayer hice lo que pude por no darle importancia al poema olvidado; pero no paraban de pasarme por la cabeza una y otra vez los pocos versos que recuerdo, agua en rueda de molino, cada vez más rápido. Hasta el punto de que me he despertado murmurándolos.

—Ayer te eché de menos —dice a mi lado Oso.

—Era domingo.

Nadie trabaja los domingos, es el día de descanso.

—Ah. Yo creía que era viernes.

—No, domingo —respondo cortante.

La pendiente es pronunciada. Cría de Cuervo va echada hacia delante para contrarrestarla. Oso se cala el sombrero más atrás. Suelto aire. Confunde los días: podría pasarle a cualquiera.

Se detiene ante un peñasco grande y lo dibuja en su libro. Ha hecho lo mismo con otro un poco más abajo. Se agacha, mira de reojo el primero y traza una línea entre ambos por el papel. Cruzamos una mirada.

—Hitos. Mojones que se ven fácilmente desde lejos. Los utilizaré para tomar demoras más adelante.

Igual que *La que doblega las aguas* y *El que ve* para nosotros. Hitos. Marcas en el terreno.

Hoy se le ve la cara más iluminada a Cría de Cuervo. Creo que es verdad, que sabía el nombre de Nila.

—He intentado que algún hombre del pueblo me ayudara a cavar pero nadie ha accedido, ni a cambio de dinero.

Me sorprende. A la gente de aquí le gusta el dinero. Párroco estaba siempre hablando del camello y el ojo de la aguja. Suonjar me contó que un camello es como un reno con jorobas.

—Cuidado aquí —advierte Oso en la cumbre—. Ayer estaba caminando por esta zona y de pronto se cayó un bloque de piedra enorme que no me dio de milagro.

¿De veras? El Blackåsen es un monte muy estable.

Llegamos a la otra cara, y me detengo.

Ay, Señor. Se me empañan los ojos.

Oso le ha hecho una cicatriz al Blackåsen: hay un corte profundo en la cara norte que llega hasta el hierro destellante. Bajo mis pies la montaña está esperando mi

reacción. Por eso se cayó la piedra. Fue una advertencia.

Pero él va bajando ya la ladera y levantando una lluvia de guijarros a su paso. Cría de Cuervo se apresura a seguirlo. Deja la bolsa junto a la herida de la tierra. Ay, ¿cómo puedo hacérselo ver?

—Ayer me encontré con uno —me cuenta Oso cuando llego a su altura—. Anders, uno con mucha barba. —Se señala a la mitad del pecho con la mano.

La tierra late por la conmoción del corte, mientras intenta sanar por los bordes. Oso desengancha la pala de la bolsa.

—Dijo que el «ángel vengador» se la tenía jurada a los hombres que murieron.

Bah, ni caso de Solitario.

—No es buena idea cavar aquí.

—También habló de alguien... ¿«*Noyad*»?

Se me eriza el vello de la nuca.

—¿Habló de un *noiade*?

—Puede ser. ¿Le dice algo?

Vacilo.

—Los *noiades* eran nuestros líderes religiosos. Hace mucho.

Cría de Cuervo está escrutándonos con los ojos entornados y la cara pálida.

—Anders dijo que este *noiade* no era nuevo en la zona. Creo que se refería al lapón al que apresaron tras los asesinatos. Pero usted no lo conocía, ¿verdad?

En el fondo de mi mente aletea un recuerdo que quiere salir.

—Había otra tribu. —La herida a los pies de Oso parece una oreja abierta. Le hablo directamente a la montaña.

Me hace una seña para que prosiga. Pero hunde entonces la pala en la tierra y la entierra aún más con el pie. Se me estremece el pecho a cada palada.

—Fue hace unos cuarenta años. —Carraspeo—. Hubo un invierno en que nuestra *sita* no vino aquí. Cuando volvimos, vimos rastros de otra tribu en nuestro campamento de invierno. No llegamos a verlos. Un lapón que no conozco pero que está familiarizado con la región... Es posible que sea de ese otro grupo.

Después de lo de Dávvet y Livli, cuando la repudiamos, ese invierno no vinimos. Tal vez Nila temiera encontrársela muerta o algo peor. «El Blackåsen no nos da más que problemas», masculló. Yo estaba preocupada: nosotros no podíamos tomar una decisión así. Mis miedos no eran infundados; se convirtió en la peor estación que habíamos tenido, con un clima durísimo. Los animales desfallecían.

Si el lapón es otro *noiade*, eso podría explicar por qué yo no lo conocía pero Nila sí.

—¿Y qué pasó luego? —pregunta Cría de Cuervo—. Cuando volvisteis, me refiero.

Me encojo de hombros: nada. El padre de Nila murió aquí, en tierra extraña, como Moisés. Aunque el Blackåsen no es ninguna tierra prometida precisamente... Y después volvimos y...

No, sí que pasó algo.

Suonar nos lo advirtió cuando llegamos. Era algo de los niños, ¿no?

—Cuando volvimos, las cosas habían cambiado en la aldea.

—¿En qué sentido? —Oso se incorpora.

—Los niños estaban distintos. —Tengo que hacer un esfuerzo para recordar sus nombres reales—. Adelaide, que era pequeña por entonces, había tenido su visión y Per había matado a su padre y había huido.

Intento remontarme más atrás en el tiempo. ¿Fue entonces cuando Cantarina, que en paz descansa, se recluyó en sí misma? Sí. ¿Qué más pasó?

—Y los demás... era como si ya no fueran amigos...

El poema... ¿Algo de ecos malvados por la montaña? Los ancianos contaban que lo que se decía en el Blackåsen reverberaba toda la eternidad. Era una de esas cosas con las que nos asustaban de pequeños: «No grites o el eco no se irá nunca».

—¿Quién más era joven por entonces?

Intento recordar.

—Anders, Ulf, Jan-Erik y Rune...

La lista se queda flotando en el aire: tres de ellos están muertos.

—Un «ángel vengador». —Oso se apoya en la pala, con los brazos cruzados sobre el mango—. Pero si fue entonces cuando ocurrió algo, ¿por qué esperar tanto tiempo para vengarse? —Arruga la cara y se muerde el labio—. Quizás hasta que no regresó Rune no se dieron las condiciones para que ocurriera... No puede ser una mera coincidencia, su regreso y los asesinatos.

Chirriando por la cumbre y pisando piedra suelta: Cazador y Barbalarga aparecen por encima. Han llegado sin que me dé cuenta. Se deslizan por la grava y llegan hasta nosotros. Cazador va con una escopeta en la mano.

—Es Magnus, ¿verdad? —pregunta este.

Oso se incorpora cuan largo es, con cara de pocos amigos.

—¿Con quién hablo?

Por la expresión de los otros dos, es evidente que no van a presentarse.

—¿Qué está haciendo en la montaña? —pregunta Barbalarga.

—Estoy cartografiando la veta de hierro.

—Hay cosas que es mejor no ponerlas en mapas —tercia Cazador.

—¿Es una amenaza?

Barbalarga mira a Oso, a Cría de Cuervo y por último a mí, y se echa a reír. Cazador se une a las risas.

—No, solo un pequeño consejo.

—¿Quiénes eran esos? —me pregunta Magnus cuando se van.

—Matts Fjellström y su hermano Daniel.

—¿Nacieron aquí? —pregunta Cría de Cuervo.

Sí.

Los tres nos quedamos codo con codo mirando cómo se alejan los otros dos.



A primera hora de la tarde, cuando hundo la pala en la tierra, se me empaña la vista. Un titileo llamea por los márgenes de mi visión y la reduce a un mero túnel. Vuelvo a enterrar la pala, echo tierra a un lado y me detengo. Bebo agua y parpadeo. Ester y Lovisa están sentadas algo más lejos. Tengo los oídos tapados, de modo que bostezo para aliviar la presión y bebo más agua. He terminado una zanja de unos diez metros de largo y llevo un tercio de la segunda por el borde opuesto de la franja de hierro. El encuentro con los aldeanos me ha llenado de resolución. No pienso dejarles creer que pueden amilanarme.

Pero tal vez me haya excedido y esté a punto de desmayarme. Miro a Ester y a Lovisa de nuevo; debería decírselo.

—Creo que hemos acabado por hoy —les digo en cambio.

A la vuelta voy con mucho tiento, cuidándome de dónde piso. Intento relajar la respiración y caminar a paso constante. El titileo sigue conmigo.

Los rayos de sol son largas piernas que ruedan por la tierra dispuestas a escaldar a todo el que se interponga en su camino. Estoy teniendo alucinaciones. No vuelvo a mirar el cielo y clavo, en cambio, la vista en el suelo. Un paso y luego otro. Dejamos a Ester y entramos en la aldea. Evito mirar a Lovisa.

Cuando llegamos a la carretera de tierra, me siento mejor. El titileo desaparece. Qué alivio. Tengo que ser más cuidadoso en el futuro.

Me doy cuenta entonces de que he perdido toda una tarde cuando podía haber estado cavando. El enfado que tengo conmigo mismo es extraordinario. Le prometí al ministro que encontraría respuestas, y el mapa es secundario. Lo que ocurre es que tengo justo la sensación contraria.

—Vamos a ir a ver a Adelaide Gustavsdotter —le digo a Lovisa.

—Yo no voy.

Vale. Me encojo de hombros.

Adelaide abre de golpe la puerta cuando todavía no he bajado la mano después de llamar. Vacila primero pero luego se hace a un lado. Los hermanos Fjellström, los dos hombres que nos hemos encontrado en la montaña, están junto a la ventana. El marco está sin el cristal y hay fragmentos por el alféizar y el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien ha tirado una piedra —me explica Adelaide.

—¿Quién?

Se encoge de hombros.

—Ni es la primera vez ni será la última.

Matts Fjellström, el que iba con la escopeta, empieza a recoger los trozos de cristal, que tintinean. El hermano, el de la barba larga, va en busca de un cubo.

—La cosa nunca pasa a mayores —dice Adelaide.

Llega un zumbido desde el exterior. Un abejorro o una avispa.

—Yo no diría tanto —respondo.

—Eso no lo hizo nadie de los nuestros. Fue ese lapón —replica Matts Fjellström.

Adelaide se agacha para recoger los trozos más grandes y va echándolos en el cubo.

—Alguien me dijo que a los tres hombres que murieron los mató un «ángel vengador», que hace años pasó algo y los tres estaban involucrados. ¿Saben de qué podría estar hablando?

Adelaide ahoga un grito y se agarra con fuerza la muñeca. Un corte profundo le atraviesa la palma entera. Empieza a salir sangre y a resbalarle por el brazo, hasta el suelo.

Matts Fjellström le aprieta el brazo por debajo del codo y la ayuda a sentarse en una silla. El hermano rasga un trapo y le envuelve la mano con una tira. Adelaide se ha puesto pálida.

—¿Está usted bien?

—Me he cortado. —Pero, al cabo de un momento, sacude la cabeza—. ¿Un ángel? ¿Quién ha dicho tal cosa?

—Anders.

—Anders. —Asiente y añade—: Han pasado muchas cosas pero no recuerdo ninguna en concreto. —Su respuesta se me antoja demasiado etérea, pero también es verdad que acaba de hacerse daño.

—¿Y qué me dice de ese verano en que tuvo su llamada?

Matts se agacha para seguir recogiendo cristales, aunque esta vez con más cuidado. Daniel le tiende el cubo para que vaya echándolos.

—¿No fue el mismo verano que Per mató a su padre? —insisto.

—Ya sabe que Per saldó sus deudas. —La mujer no abandona el tono afable.

Cuando salgo de la casa, unas pisadas a mis espaldas me hacen volverme. Uno de los hermanos, Daniel, viene hacia mí con el gesto torcido.

—Deje de cavar —sisea—. Y de hacer preguntas.

Siento que se me tensan los músculos del brazo.

—¿Daniel? —lo llama Adelaide sin mudar el tono de voz.

Fjellström mira de reojo la casa, vuelve a fulminarme con la mirada y luego se va por donde ha venido.

—Déjelo ya —masculla.

Después de cenar me he sentado con Lovisa en el banco que hay bajo la ventana de la cocina, en el jardín de Jacob y Helena. El insomnio que en un principio me trajo

euforia y energía está matándome. Aunque tengo a mi cuñada al lado, apenas distingo sus rasgos. Apoyo la cabeza en la pared de detrás. El cielo nocturno está cubierto de nubes, y sus perfiles relucen y destellan dando cuenta de la fuerza del sol que tienen detrás.

—¿Crees que lloverá? —le pregunto a Lovisa.

—Esto nada tiene que ver con una sublevación lapona —dice al mismo tiempo que yo.

—No.

—No.

El ministro me pidió que averiguara si se trataba de eso; si ya sé que no tiene nada que ver, ¿por qué seguimos aquí? Lo más probable es que el lapón matara a esos hombres, tal vez por algo ocurrido en el pasado. Pero ha sido un incidente aislado.

—Nos limitaremos a cartografiar el hierro —digo.

Hemos encontrado los mapas perdidos, aunque están anticuados. Lo que estoy haciendo es importante; hay que dibujar todos los hallazgos, una y otra vez, mientras aprendemos técnicas y destrezas nuevas.

El canto de un pájaro revolotea por el árbol sobre nuestras cabezas. Otro le responde. Uno más...

—Ángel vengador.

Pego un respingo y un mechón se me engancha en la madera de detrás. Me doy cuenta de que se me habían cerrado los ojos.

—¿Cómo?

—Crees que los muertos hicieron algo tan malo que acabaron pagándolo con sus vidas.

—Así es.

—Hasta un párroco.

—Sí.

Adelaide aseguró que los aldeanos eran inofensivos pero no sé hasta qué punto fiarme de ella. Recuerdo el gesto torcido de Daniel. Si no es de fiar, y los aldeanos no son inofensivos, no deberíamos quedarnos ni un minuto más. Tenemos que recoger nuestras cosas esta noche.

—Nos limitaremos a cartografiar el hierro —repito.

La noche huele dulce, a lilas y agua templada. Lovisa tiene un triángulo de piel blanca bajo la barbilla. Quiero cerrar los ojos y apoyarme encima, poner la nariz contra esa parcela de piel desnuda. Tengo una familia, pienso, una mujer. Se llama Isabella y se trenza el pelo por las noches y se lo recoge en la nuca.

En plena madrugada, un martilleo en la puerta: pam, pam, pam.

—¡Despierten! ¡Despierten! ¡Hay un incendio en la casa de Adelaide!

Estoy aturullado. Estaba soñando con un sol amarillo que se hundía en un mar

rojo.

Abro mi puerta al mismo tiempo que Lovisa la suya y nuestras miradas se cruzan. Jacob y Helena ya han bajado y están saliendo por la puerta, y allá que vamos nosotros.

El fuego bajo el sol de medianoche es una extraña visión. Con la luz las llamas parecen más benévolas. Pero la tierra está seca como un cuerno. Un humo negro no tarda en elevarse al cielo y nublarlo.

Formamos una cadena y vamos pasándonos cubos de agua desde el riachuelo de la iglesia hasta la casa de Adelaide. Al principio los baldes avanzan rápido pero hasta por la mañana no conseguimos extinguir las llamas.

Me escuecen los ojos del humo y me duelen los brazos. Tenemos todos las caras negras y los ojos hundidos. Adelaide se enjuga la frente y se queda mirando los restos calcinados de lo que era su casa.

—Podrías haber muerto —le dice Matts Fjellström.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

Adelaide cruza conmigo una mirada y luego sacude la cabeza.

—No lo sé. —Da un paso al frente y le pasa un brazo por la cintura a otra mujer, pálida y con pecas.

—Lleva semanas sin llover —comenta alguien.

Veo a la hermana del guardia, la criada, junto a un arbusto. Se agacha y levanta un puñado de heno. Se lo acerca a los ojos y luego lo tira. Pero es la primera vez que veo heno por la zona.

Matts Fjellström mira también a la criada.

—Podrías haber muerto, Adelaide —repite.



*F*ui a ver al lapón a la cárcel. No sé qué esperaba. Tal vez pensé que el acto lo habría fortalecido, que lo habría dignificado y lo habría henchido de orgullo. Quizá pensé que lo dejaría trastornado. Estaba convencido, en definitiva, de que me encontraría con alguna emoción intensa, fuera la que fuese. Pero estaba como muerto, arrugado y con el pelo por toda la cara. Creo que ni se percató de mi presencia.

La primera vez que lo vi —o a su rastro— fue en los lugares de culto a nuestro regreso al Blackåsen. Lo comparé conmigo, me fijé en similitudes y diferencias. Con los años, de vez en cuando, me venía a la mente esa vida paralela en algún punto del bosque.

Esa noche los espíritus me despertaron, me lo enseñaron, me contaron la maldad que se disponía a hacer. Lo reconocí al momento a pesar de que nunca le había visto la cara.

Lo colgarán por lo que hizo, por supuesto. Pero no pasa nada, él quiere morir.

—*H*an sido muy amables con nosotros —está diciendo Magnus a los señores Palm —, pero, en vista de lo sucedido, Lovisa y yo vamos a trasladarnos a la casa parroquial.

Mientras observo a Magnus, comprendo que me tiene preocupada. Ha cambiado desde que estamos aquí, aunque de momento sigue siendo el mismo, el marido de mi hermana.

—Está cometiendo un error —dice Jacob, que está sentado a la mesa de la cocina, con su mujer de pie tras él.

—Soy responsable de Lovisa ante su padre.

—Sé lo que piensa, pero yo no he tenido nada que ver con el incendio.

Magnus no responde, y yo siento un vahído: Adelaide y Sigrid podían haber muerto.

Cuando nos vamos, veo al matrimonio por la ventana: la señora Palm ha puesto la mano sobre el hombro de su marido.

—No sé si existe un sitio seguro pero por lo menos Frida Liljeblad no nació aquí, ni tampoco es una recién llegada que quiera quedarse. No es ni de un bando ni de otro.

—¿Crees que fue Jacob? —le pregunto—. ¿Por qué?

Magnus niega con la cabeza.

—No sé lo que habrá hecho, pero quiere extraer el hierro de la montaña y el concejo no se lo permite. Ayer alguien tiró una piedra contra la ventana de Adelaide. —Se encoge de hombros—. Tal vez no fuera consciente de lo rápido que podía extenderse el fuego.

Todos viven en casas de madera y la tierra está más seca que la yesca. ¿Cómo no va a extenderse?

Pienso en la mano de Helena Palm sobre el hombro de Jacob. ¿Hasta qué punto se puede perdonar a un ser querido? ¿Cuánto se puede confesar? ¿Podría yo contarle a otra persona todo lo que he hecho? El vahído va a más, y tengo que tragar saliva. Me pregunto si es obligatorio.

Escruto a Magnus de reajo, su larga melena negra recogida en una cola, la barba corta, el azul de sus ojos, la cicatriz.

—Cuéntame sobre ti —le digo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Sobre cómo eras antes... antes de entrar en nuestra familia.

—Creo que yo no era yo antes de tu familia —me responde sin mirarme a los ojos.

Los veo en la cabeza: Magnus e Isabella, esbeltos y rectos, uno al lado del otro,

sin tocarse pero aun así muy juntos, incondicionales.

—Pasen. —La viuda del sacerdote entra primero al salón bañado de sol—. Por favor, siéntense mientras les traigo algo de beber.

La vida corriente.

—No, gracias. Tenemos mucho trabajo.

Me hundo en uno de los sillones.

—Yo creo que voy a quedarme.

Magnus cierra la bolsa y se cala el sombrero.

—Entonces nos vemos luego.

Muestra cierta decepción al ver que no lo acompaña, aunque le brillan los ojos ante la perspectiva de su querida montaña.

Magnus se va. Frida Liljeblad me tiende un vaso de limonada. Abre una ventana y se va. Cierra la puerta tras ella, como si comprendiera que ahora mismo lo que más deseo en este mundo es la soledad de un cuarto soleado y lleno de libros y muebles bonitos, con el canto de los pájaros como música de fondo. Recuesto la cabeza y cierro los ojos. No pienso tener un solo pensamiento sobre este sitio miserable o sobre lo que pasó. No, en vez de eso fingiré que estoy en casa. Mi madre va a ir a comprar ropa. Iré con ella. Por la tarde tomaremos el té en un café de damas. Esta noche damos una gran cena con muchos invitados. Pero, antes de eso, tendré que darme un baño largo, ponerme un vestido nuevo...

La puerta se abre y me incorporo en mi asiento. He debido de quedarme dormida.

—¿La he despertado? —me pregunta Sigrid.

—No. —Tengo la voz pastosa. Me restriego la cara.

Sigrid se sienta en el sillón de al lado. Es tan menuda que ha de estirar los brazos para que le lleguen a los reposabrazos. Tiene la cara colorada. ¿Cómo puede ser mayor que yo? Parece una niña.

—Me alegro de que esté usted aquí —me dice.

—¿Cómo?

—Sabía que vendría. Antes de que llegaran ustedes al pueblo, yo ya sabía que venía de camino. Estaba esperándola.

Me acuerdo de Eva.

—No creo que me haya estado esperando a mí —respondo con cautela. Sigrid se queda mirándome, quiere algo que yo no puedo darle. Sacudo la cabeza y se le oscurecen los ojos—. Lo siento. —No quiero hacerle daño.

—¿Lo odia? —pregunta al cabo de un rato.

—¿A quién? ¿A Magnus?

—Al hombre que le cortó el pelo. —Se me va la mano a la cabeza—. Yo lo

odiaría. —Me encojo de hombros, y ella asiente—. Creía que era usted como yo, pero somos distintas.

La hoja de la ventana abierta se mueve rechinando en sus goznes.

—¿Dónde se alojan? —tanteo—. Después del incendio.

—Hay una parcela abandonada al otro lado de la carretera. —Se encoge de hombros.

—Ha tenido suerte de salir ilesa.

Se levanta.

—Este pueblo merece arder.

Lo dice en voz baja. La señora Palm tenía razón: Sigrid no está del todo en sus cabales. No comprende que podían haber muerto. Los aldeanos han cuidado de ella y nunca ha tenido que hacerse mayor. Pero a lo mejor da igual. Seguirán cuidándola, y nunca sabrá que la vida puede ser muy distinta de lo que ella imagina; así no tendrá que sentirse defraudada.

—Creía que había venido por mí —insiste.

—Lo siento —le repito.

—Es horrible —dice Frida esa noche en la cena—. Gentes que llevan años siendo vecinos y que se miran ahora con suspicacia. —Se adelanta para apretarme la mano afectuosamente y le sonrío a Magnus—. Me alegro de que estén aquí. Anoche pensé en decirle a la criada que se quedara en uno de los cuartos de invitados.

—¿Cuánto tiempo lleva en Blackåsen? —le pregunta Magnus.

Se ha lavado y se ha vestido para la ocasión, con la camisa limpia. Habla con más soltura y no le salen chiflidos al hablar. Intento no pensarlo pero, cuando Frida nos abrió la puerta esta mañana Magnus parecía uno de los aldeanos y la mujer, con su acento del sur, la visitante.

Me recuesto en la silla y siento el gusto del respaldo acolchado contra la espalda.

—Veinte años ya. —Frida ríe y sacude la cabeza—. Veinte años —repite.

No le gusta, pienso, pero no tuvo alternativa. Se había casado y no había vuelta atrás.

—Y antes de que viniera su marido, aquí no había iglesia, ¿verdad?

—La única era la del pueblo.

Frida coge la botella de vino y Magnus le acerca su copa.

—Veo que le gusta. —La mujer está radiante—. Es también el favorito del gobernador del condado. Cuando llegamos de Uppsala, nos quedamos varias noches en su residencia... él nos dio a conocer este vino. Más tarde, cada vez que venía a la aldea, nos traía una botella.

Magnus le da vueltas al líquido rojo en la copa.

—¿Siempre han estado peleados los que nacieron aquí con los que no?

—Cuando yo llegué no había peleas. Pero conforme fue apareciendo más gente

nueva, y los nacidos aquí siguieron aferrándose a las viejas normas, las injusticias se hicieron palpables. Cuando se lo comenté a Ulf, se sorprendió: como había nacido aquí, era incapaz de verlo.

Por fin comprendo por qué me resulta tan familiar Frida: me recuerda a mi hermana. Pero ¿en qué? Son dos mujeres diametralmente opuestas: una tierna y agradable, la otra con carácter; una con tacto, la otra reservada.

—Voy a darle la habitación en la que estaba Rune —le dice Frida a Magnus—. Espero que no le importe.

Llaman a la puerta de entrada, se abre y alguien exclama:

—¡Buenas noches!

Entra un hombre, que se quita el abrigo y levanta entonces la cabeza. Es el sacerdote del pueblo, Axel Bring.

Se peina la cabeza lanuda con la mano mientras dice:

—He venido sin previo aviso.

Me da un brinco el corazón. Tengo la sensación de que trae consigo el pueblo, con su cordura, su sensatez y su civilización.

Frida aparta una silla para que se siente.

—Siéntese, por favor. Le traeré algo de comer.

Magnus se levanta para ir a estrecharle la mano al hombre. Yo no puedo parar de sonreír. Bring me busca con la mirada y me devuelve la sonrisa.

—Ya es oficial —le dice a Magnus, con seriedad—. El obispo me ha comunicado que debía venir y quedarme hasta que llegue un sustituto.

—¿Qué le ha contado sobre los asesinatos? —pregunta Magnus.

—Obra de un lunático, de una persona enajenada, un lapón. —Magnus asiente—. ¿Es así?

—Sí, es lo más probable.

Frida regresa y coloca un plato y unos cubiertos delante del sacerdote.

—Lo más probable —repite el hombre.

—Aunque hay algo que todavía me descoloca —apunta Magnus—. ¿Cuánto tiempo lleva usted en la región?

—Todo el tiempo que llevo ejerciendo —responde Bring—. Mi idea era quedarme solo una temporada corta antes de mudarme a otro destino pero, al final, llevo aquí más de cuarenta años.

—Entonces tal vez usted lo sepa... Un aldeano, un tal Anders, parece creer que los asesinatos fueron un ajuste de cuentas. Y Ester, una lapona, me contó que los niños cambiaron cuando tenían unos once o doce años. ¿Qué edad crees que puede tener Adelaide? —Esta última pregunta va dirigida a mí.

—¿Cincuenta? —aventuro.

—Sí, año arriba, año abajo. De modo que si tenía once o doce años por esa época, eso nos llevaría a... 1815, 1816 o así. ¿Recuerda si pasó algo inusual por entonces?

El sacerdote carraspea. Desdobla la servilleta y se la coloca en el regazo.

—Condenaron a Per Eriksson por matar a su padre...

Magnus asiente: eso lo sabemos.

El anciano vacila y añade por fin:

—No se me ocurre otra cosa que hubiese podido desencadenar un acto así.

Frida está observándonos sin decir nada. Si su marido hizo algo por lo que más tarde murió, ¿se lo contó a su mujer? De ser así, ahora que ha muerto, ella podría decírnoslo. De lo contrario, debe de preguntarse qué pasó.

Mi padre jamás se lo diría a mi madre porque la considera un ser inferior. Dudo mucho que alguna vez haya compartido con ella algo importante.

¿Y Magnus e Isabella?

No tengo ni idea. Entre la multitud mi hermana siempre lo busca con la mirada. Lo observa, lo vigila. Siempre sin falta sabe dónde está.

Le doy un sorbo al vino y siento el líquido especiado en la boca, el calor en la garganta, en el pecho.

—¿Qué relación tiene con Ester, Magnus? —pregunta el cura.

Mi cuñado arquea las cejas.

—¿Con Ester? Su marido murió y ella se ha quedado en el Blackåsen. —Se encoge de hombros—. Le pedí que me ayudara a cartografiar el yacimiento de hierro.

—¿También Nils ha muerto? ¿Cómo ha sido?

—La verdad es que no lo sé —dice Magnus lentamente, y suspira entonces—. Tal vez esté sacando las cosas de quicio, pero quiero una explicación más convincente que las que me han dado.

—Pero las cosas no cuadran. ¿Por qué no vamos a ver a Anders y le preguntamos qué quiso decir? —propongo.

Magnus enciende su pipa y Frida clava la vista en el suelo. El religioso es el único que asiente.



Estamos a los pies de un risco. Esta parte de la montaña es negra de arriba abajo, sin vegetación. Oso quiere atravesarla hasta el otro lado. Tenemos que buscar otra ruta pero insiste.

No va a variar mucho, me digo, entre esto y más arriba. Hierro aquí, hierro allá. Ya lo sabes. Está demasiado escarpado.

Pero Oso no quiere dejar piedra sin remover. Es incapaz. «Tengo que verlo todo—está diciendo su cuerpo delgado—. He de asegurarme de que lo he tocado todo».

Y yo ahora también estoy participando. Me quedaré hasta que... Hasta que, de una forma u otra, acabe.

Oso va trepando con soltura, encontrando huecos para poner los pies donde yo no he visto. Sus dedos desaparecen por las hendiduras.

Cría de Cuervo no vino ayer pero hoy sí ha aparecido. Va siguiendo a Oso con la vista. Tiene la cara ojerosa y han empezado a crecerle los trasquilones de pelo, que se van convirtiendo en caracolillos en torno a la cara. Así que tenía el cabello ondulado... No lo habría dicho. Aunque quién sabe cómo son las cosas por debajo cuando lo único que ves son espinas.

A Oso se le escurre un pie, y una piedra sale rodando y va a dar contra una roca.

—Estoy bien —dice.

—Ten cuidado —musita Cría de Cuervo.

No sé qué relación tienen, ni es de mi incumbencia. La juventud puede resultar muy atractiva. Y edad es igual a experiencia, lo que también puede ser interesante. Oso desaparece por un lateral del bloque de piedra.

—Por aquí. —Reaparece y agita la mano—. Remontad esa peña y veréis el camino.

Sigo adelante con Cría de Cuervo. Yo voy en cabeza. No estoy tan mayor, aunque tengo que ponerme a cuatro patas para poder trepar. Cuando llego a lo alto, me vuelvo y le tiendo la mano. La coge y tiro de ella. Por debajo, las tres heridas del lateral de la montaña me miran boquiabiertas en su negrura.

—Habla con él —le digo. Cría de Cuervo tiene la boca entreabierta; veo su lengua rosa contra los dientes—. Dile que las cosas están poniéndose peligrosas. —Oso ya está al otro lado—. Haz que pare, por favor.

Asiente y luego, pensando en cómo es él probablemente, sacude la cabeza.

—Lo intentaré.

Ojalá pudiera recordar el poema... Me pregunto si debería advertirle.

—Nila era un *noiade* —dice Cría de Cuervo a mi lado.

¿Se lo he contado yo? No lo recuerdo. Hay una buena caída a nuestros pies.

—Estoy intentando imaginármelo. ¿Llevaba una túnica como los sacerdotes en la

iglesia?

Me hago una imagen mental de Nila con una larga túnica de terciopelo al lado del fuego. Cría de Cuervo me escruta y sonrío.

—Supongo que no. ¿Y quién es ahora vuestro *noiade*?

—Nadie.

—¿Nadie?

—No. Somos cristianos como... como vosotros. —«Nila era el último», pienso, pero no se lo digo.

—Es curioso, creía que vuestra antigua fe era... más fiable que la de la Iglesia.

Hay gente que es así, que cree que los demás tienen mejores respuestas. Empezamos a caminar, y Cría de Cuervo resbala. Una nube de piedrecitas cae susurrando pendiente abajo. La agarro del brazo.

—Ha venido el sacerdote del pueblo —me cuenta—. Llegó anoche.

El vestíbulo de la iglesia es como un bálsamo con su frescor. Las ventanas están sucias, con cristales que palidecen al sol. En uno de los poyetes hay un jarrón con flores marchitas que se han secado y se han quedado cabizbajas, bolitas blancas resacas. El sacerdote está junto al altar, disponiendo las copas para la comunión. Se vuelve, y me quedo perpleja. La última vez que lo vi fue en el sermón de Navidad y tenía el pelo moreno y el porte espigado. Ahora parece igual de viejo que yo: nos parecemos los dos a las bolitas blancas resacas.

—Ester, me alegro de verte.

—Gracias.

—He sabido lo de Nils. Lo siento mucho.

Por un momento me preocupa que me pregunte dónde lo enterramos, pero no lo hace.

Este hombre era mi sacerdote antes de que construyeran la iglesia de Blackåsen. Quiero contárselo todo, lo de Oso y la montaña, lo de los colonos...

Pero es él quien habla:

—¿No se lo has dicho? —me pregunta.

No entiendo.

—¿Que si le he dicho qué a quién?

Veo que palidece.

—Había dado por hecho que Nils habría hablado contigo —musita, y se vuelve entonces, ocupándose con la copa grande, que casi vuelca.

Siento que una humedad se abre paso por mi pecho y mi espalda. Bochorno. Dolor. Se me hincha el corazón hasta que casi no me cabe en las costillas.

Para cuando vuelve a mirarme, ambos hemos recompuesto el semblante.

—Tengo pensado dar un sermón en los próximos días. Espero que puedas venir.

—Sí.

Lo no dicho se erige entre nosotros como un muro.

Estoy en mi roca, la negra, la que Oso decía que no era de aquí. Nila... Tengo el corazón en vilo. ¿Por qué me ocultaba cosas? Tal vez siempre supo que al final le fallaría. El sol pende sobre el marjal y su luz me llega por entre los árboles en forma de resplandor rojo. Esta noche corre una brisa ligera y tibia que me recorre los brazos y el cuello y me pone el vello de punta. Mi madre decía que el tiempo era un círculo: «En cierto momento las puntas se unen, y el tiempo empieza a comerse a sí mismo». En ese punto estoy: he pasado tiempo en mi historia y ahora he vuelto adonde empecé.

Me doy cuenta de que tengo la mandíbula apretada y la relajo.

Hoy el duelo vendrá a por mí. Duelo y algo más poderoso: culpa.



«*E*stoy en el bosque. Pies descalzos que aporrean el suelo. Los míos. Los de alguien más. Me persiguen. Tengo que huir. Debo...»

Me incorporo en la cama.

Dios mío.

Un sueño, el de siempre. He debido de quedarme dormido por fin. La voz de Isabella resuena en mis oídos: «Todos tenemos nuestra propia pesadilla».

Suspiro. No es nada. Lo que pasa es que ha sido más horrible que otras veces. Miro el reloj. No he dormido más de un par de horas pero ya es por la mañana.

«Hora de levantarse». Vuelvo a oír la voz de Isabella.

Me visto y bajo con una jaqueca horrible. Lovisa está a la mesa de la cocina con las manos entrelazadas sobre el regazo.

—No podemos quedarnos aquí toda la vida —me dice—. Vayamos a ver a Anders y luego podremos disponerlo todo para irnos.

La irritación me enciende por dentro. Me pregunto cuánto tiempo lleva allí esperando a abalanzarse sobre mí. «¿Y a ti qué te va ni te viene? —pienso para mis adentros—. ¿Acaso tienes algún sitio adonde ir?»

—Mañana.

—Lo mismo dijiste ayer, y anteayer.

¿De verdad? ¿Cuántos días hace que vino el sacerdote? Intento recordar qué día es pero no estoy seguro.

Lovisa cruza los brazos sobre el pecho.

—Nos vamos hoy.

Me vuelvo y me sirvo un café cuidándome de que no me vea la cara.

Axel Bring viene con nosotros. En el horizonte las altas cumbres relucen de punta en blanco. El lago está silencioso, con la superficie oscura en una calma absoluta. En el centro perdura una neblina que el sol ya tenía que haber disipado con su calor. El sendero está negro y las hierbas altas que lo bordean, pálidas por el rocío. Sí, el paisaje puede ser húmedo y sombrío pero el sol está alto, implacable. Me dan ganas de reír.

El monte se erige en la otra orilla del lago. Tenía pensado empezar a cavar zanjas por la cara sur hoy mismo. La visita a Anders no puede llevarnos mucho tiempo. Tal vez aún podamos conseguirlo. Pero Axel nos retrasará, ya va bastante rezagado.

—Ha venido caminando desde el pueblo —me dice Lovisa en voz baja—. Me pregunto cuánto tiempo habrá tardado. —Al cabo de un rato añade—: Sigues sin dormir, anoche te oí. —Siento una punzada de rabia. ¿Está vigilándome?—. Tienes

que dormir, Magnus.

Qué absurdo. No hay nada que quiera más que unas benditas horas de sueño decente, sin dar vueltas, sin pensar y sin una sola pesadilla.

—Estoy bien. —Las palabras me salen más ásperas de lo que pretendía.

Se detiene pero no por mucho tiempo.

—Magnus, ¿tienes que seguir trabajando en la montaña?

—¿Qué quieres decir? —le pregunto, aunque sé a lo que se refiere.

—No sé... Los colonos no quieren, Ester tampoco. A lo mejor deberías hacerles caso.

Siento que el pulso se me vuelve más lento y contundente.

—Les preocupa cualquier cosa nueva. —Me obligo a sonar despreocupado.

—Puede ser —me responde, y me dedica una sonrisa rápida.

Me detengo para esperar a Axel. El resto del camino lo hacemos en silencio.

Llegamos al extremo oriental del lago, donde Frida nos dijo que encontraríamos la cabaña de Anders. Pero podíamos haberla pasado por alto de no ser por los destellos del techado de hojalata. Se lo señalo a Lovisa y nos acercamos. La cabaña está recostada contra una loma frondosa que hace las veces de muro. El resto de paredes son de palos entretejidos con musgo. Están grises por las inclemencias del tiempo. En el césped hay un pote y una taza limpia junto al fuego apagado.

—¿Anders? —Nada—. Nos conocimos el otro día, ¿me recuerda? —Llamo a la puerta de madera, que repiquetea, pero no se oye reacción alguna en el interior.

Miro a Lovisa y Axel y me encojo de hombros.

—Puede que esté en el bosque —sugiere el sacerdote.

Miro por encima del agua inerte, hacia el monte. Cuando me vuelvo, Lovisa ha puesto un dedo en el agujero de la puerta y está abriendo.

—Espera —le digo.

Dentro de la covacha yace sobre una piel de oso un hombre con las rodillas dobladas hacia la barriga. La habitación apesta a orín y a manzanas podridas. Puede que esté borracho.

—¿Anders?

Sigue sin moverse.

La certeza me golpea primero las piernas, que me fallan. Me agacho, pongo la mano en el hombro de Anders y lo vuelvo bocarriba. Tiene la cara ensangrentada, con surcos resecos por las mejillas. En el pecho, una mancha grande de sangre. Está muerto. A mi cerebro le cuesta un rato procesar que donde tendrían que estar los ojos hay dos agujeros negros.

Axel ahoga un grito y exclama:

—¡El diablo!

Lovisa pega un chillido.

Los colonos se han dado cita en la iglesia. Están todos: Jacob y Helena Palm, Matts y Daniel Fjellström... Las sombras transforman las caras pálidas de ojos muy abiertos en calaveras.

Per Eriksson, el centinela, es el primero en hablar.

—Ha muerto de una herida de arma blanca en el corazón. Una puñalada.

—Los ojos... —empiezo a decir.

—Tuvo que ser después. No he visto signos de que se haya defendido o de forcejeo alguno, y tampoco habían sangrado mucho.

Alguien lo atacó mientras dormía. Alguien lo decidió así.

Axel está sentado con la frente apoyada en la bancada de delante. A mi lado Frida tiene la cara pálida. Le toco el brazo y le señalo un asiento, y va y se deja caer en él. Por encima de su cabeza, me encuentro con la mirada de la criada. «Aquí siempre pasan cosas así», me dijo en el patio de la iglesia. Tengo que volver a hablar con ella.

Per Eriksson muestra en alto el cuchillo que encontramos en la cabaña.

—El arma del crimen.

—Pero ese cuchillo es mío —interviene Matts Fjellström.

—¿Es tuyo, Matts? —pregunta el centinela.

—Ayer no lo encontraba. Creía que lo había perdido en el incendio. Debí de quitármelo alguien.

—¿Quién?

Matts mira a su alrededor pero todo el mundo tiene los ojos clavados en el suelo. Es su cuchillo, tiene que admitirlo.

—Os juro que no tengo nada que ver.

—Pero ¿quién de nosotros podía tener nada en contra de Anders? —A Adelaide le tiembla la voz—. No molestaba a nadie.

—¿Qué hacemos ahora? —quiere saber Jacob Palm.

—Lo mismo que hicimos la otra vez —responde Per Eriksson—. Mandar un mensajero al gobernador del condado.

La iglesia está en silencio.

—Iré yo esta vez —se ofrece Daniel Fjellström.

—Siete días —dice Per Eriksson—. El gobernador y sus hombres tardarán siete días en llegar, ocho a lo sumo.

La gente se va. Cuando Per pasa cerca de mi bancada, lo agarro del brazo. Adelaide, que va a su lado, se detiene y Lovisa se acerca también.

—Conocí a Anders antes de morir —le digo al centinela—. Me dijo que un «ángel vengador» había acabado con los tres.

—¿Eso dijo? ¿Por qué?

—No lo sé, pero sí sé que todos ustedes eran de la misma edad. ¿Ocurrió algo?

—Jugábamos juntos —responde sombrío—. Nunca pasó nada que pudiera

merecer una venganza así.

—Ya se lo dije —tercia Adelaide.

—¿Se dan cuenta de que esto significa que hay un asesino entre ustedes? — Ninguno de los dos responde. Sacudo la cabeza—. Y que no sabemos lo que pasó cuando murieron los tres primeros...

—¿Tú crees que Matts...? —le pregunta Per a Adelaide.

—Jamás. Además, nunca habría utilizado su propio cuchillo.

—¿Y qué me dices del incendio? —Per está medio susurrando—. ¿Estará también relacionado?

Adelaide sacude la cabeza y endereza las espaldas: ha decidido que es una discusión para otro momento, cuando yo no esté presente.

Se me aparece la cara de Anders. Permanecerá conmigo mucho tiempo, puede que nunca me libre de ella.

—Por el amor de Dios, si saben algo, ¡deben hablar! Si guarda relación con algo que pasó cuando eran niños, ambos podrían estar en peligro.

Cuando se vuelven para irse, cojo a Adelaide de la mano, que se me antoja muy delgada en la mía.

—Le dije lo que me había contado Anders. —La mujer se me queda mirando sin más—. Y ahora está muerto.

—Magnus, tiene usted que parar —dice por fin Adelaide, y me aprieta los dedos con una fuerza sorprendente.

—¿Parar de qué?

—De hacer preguntas, de cartografiar la montaña... y largarse del pueblo.

No pienso parar. Jamás. Cuanto más quieren que pare, más quiero yo seguir.

—¿De qué tiene tanto miedo? —pregunto, pero no me responde—. La que está en peligro es usted. El gobernador del condado y sus hombres tardarán al menos una semana en llegar. En siete días pueden pasar muchas cosas.

«Dios creó el mundo en ese tiempo», pienso.

Jacob está esperándome fuera.

—Yo tiré la piedra contra la ventana de Adelaide. —Tiene los ojos muy abiertos y se le han formado boqueras en los labios—. Pero yo no empecé el fuego, ni he matado a nadie. Tiene que creerme.

—No depende de mí creer o no. Pronto llegará el gobernador del condado y se encargará de que se haga justicia.



—El gobernador del condado y sus hombres no tardarán más de ocho días en llegar —dice Magnus.

Son casi las diez de la noche. Nos hemos quedado a solas en el salón. El sacerdote se ha acostado, estaba rendido; hemos tenido que ayudarlo a subir las escaleras. Frida también se ha retirado.

No logro decidirme, no sé qué hay en su voz, si rencor, alivio... o ambas cosas.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—¿Qué me pasa de qué? —Parpadea.

—Ha muerto gente, ¡y a ti lo único que te preocupa es la montaña! —He subido la voz.

Magnus se levanta de golpe y alza la mano como para que me calle.

—Me duele la cabeza. —Se pasa los dedos por la frente y va luego hasta el aparador para echarse una copa de la botella que trajo de Luleå.

En el suelo hay tres cajones de madera abiertos; en uno está el libro de Carl Jonas Love Almqvist, *Det går an*. Me han contado que atenta contra la institución del matrimonio. En circunstancias normales lo habría devorado: mi padre prohíbe tales libros en casa.

El siguiente se titula: *Mineralogía*. ¿Más piedras?

Magnus no se sienta y se dedica a medir la habitación con sus pasos, sin duda en un intento por no quedarse dormido. Él también ve el libro.

—Te lo dije. A mucha gente le gustan las piedras.

Hay también algunos rompecabezas.

Cuando era pequeña mi padre solía regalarme puzzles; en los buenos, las piezas encajan a la perfección. A veces, al intentar mover una, se le quedaba enganchada otra y acababa levantando todo el bloque. Así costaba más ver dónde te habías equivocado.

Unas Navidades mi padre me trajo uno de Londres que se hacía en horizontal pero también en vertical, en forma de cubo. Me dejó impresionada; había muchas posibilidades de equivocación.

Han muerto cuatro hombres: primero tres y luego un cuarto. Todos eran de la aldea, o al menos nacieron aquí, jugaron juntos, convivieron, y luego algo pasó que los separó para siempre. Solo quedan dos personas que tenían la misma edad en esa época: Adelaide y Per. La mujer tuvo una llamada y el hombre cometió un crimen. Aparte, están las peleas entre los que han nacido aquí y los que no, y los derechos que se derivan de cada circunstancia.

De pronto echo de menos la casa de mi padre. Añoro mi cuarto, mi cama, mis libros. Quiero volver a hurtadillas a ese espacio cálido donde nadie mata a nadie,

donde las peleas son virulentas, pero la mayoría de las cosas no se dicen y donde no tengo que pensar más que en mí misma. «Lo único que te preocupa eres tú», me dijo Magnus. Y así es, nunca he tenido necesidad de otra cosa.

Se acerca ahora a la ventana abierta y apoya los codos en el alféizar con la copa en una mano.

—Los asesinatos son distintos —comenta—. Los primeros no estaban planeados. Imagínate que vas a matar a tres hombres. ¿Por qué matar a los tres a la vez? El riesgo de que te reduzcan entre los tres es bastante alto.

Me levanto y voy a su lado. La noche es suave y cálida. Se podría estar horas fuera, contemplándola. Y comprendo que es lo que me gustaría hacer. La tierra es en gran medida vasta y aterradora pero, aun así, siempre puede haber quien se acerque sigilosamente, como el que entra de puntillas en un cuarto, y te calme y te abrace como si fueras suya. Un par de estrellas tenues titilan en el cielo azul claro.

Magnus le da vueltas a su copa en la mano. Me viene un halo del licor fuerte y frunzo el ceño.

—Tal vez porque quieres asegurarte de que no se te escapa ninguno.

—Pero podrías haber ido a por ellos uno a uno. Si no querías que tuvieran tiempo para reaccionar, podrías haber ido rápidamente de una casa a otra. No sé..., a lo mejor, a fin de cuentas, no estaba planeado. —Le da un sorbo a la bebida—. El segundo asesinato sí que lo estaba. Anders estaba dormido. Y lo encontramos sin ojos. Pero ¿por qué se los arrancaría el asesino?

—¿Quizás había visto algo? O no había querido ver...

En la primera planta suena un ruido sordo, de algo que se mueve o se deja en el suelo.

A mi lado Magnus se pone tenso.

—Hay otra cosa: Anders estaba dormido, no sabía que iba a morir. En cierto modo, eso lo hace un asesinato más humano que los otros... si es que puede decirse tal cosa.

—Aunque sacarle los ojos a alguien... El asesino debía de tener mucha rabia acumulada. —Magnus asiente y se muerde el labio—. Pero ¿qué sentido tiene dejar tanto tiempo entre los tres primeros asesinatos y el de Anders?

—¿Y qué pasa con el lapón?

Estamos muy cerca de la respuesta. Pero una vez más nos rehúye. Es como los rompecabezas de mi padre: hemos intentado mover una pieza pero hemos levantado el bloque entero. Debemos separar los fragmentos, avanzar con más tiento, volver a mirar. Tenemos todas las piezas pero están pegadas entre sí.

—No es casualidad que hayan muerto esos cuatro hombres. Están pagando por algo —dice Magnus.

Levanta la cara hacia los rayos nocturnos y cierra los ojos. Se le hunden las espaldas. Podría ser un sonámbulo. Con esa nariz recta y larga y esos carrillos estrechos... Es hermoso. Un hermoso sonámbulo marcado.

Reparo entonces en que estoy a su lado, los dos juntos, rozándonos los brazos. Se me corta la respiración y la noto cada vez más superficial. Sé que ha abierto los ojos. Noto que se da la vuelta y vacilo antes de mirarlo. Tiene los ojos clavados en mi boca. Y se inclina entonces y, muy lentamente, roza sus labios contra los míos y me mira a los ojos. No me atrevo a moverme. Noto entonces su lengua contra mis dientes y la mía contra los suyos. Me ha puesto una mano en el pecho.

Ambos paramos a la vez. Aparta la mano, me mira. Sacudo la cabeza: no digas nada.



*N*o todo puede perdonarse.

Cuando somos jóvenes, no lo sabemos; no importa lo vil que sea un acto, nos parece impensable que no exista una redención: una penitencia; un amor capaz de superarlo todo; o un Dios decidido a olvidar los pecados y partir de cero una y otra vez.

No todo puede perdonarse. Y es una lección que la mayoría aprende por las malas.



La noche también llegó el día que Nila talló la cara en el árbol. No hace ni dos lunas llenas de eso pero me parece que ocurrió en otra vida. Cuando entré en nuestra *kâta*, Nila seguía tumbado tal cual había caído la noche anterior, tan mudo e inmóvil que por un momento pensé que estaba muerto. Hasta que de pronto empezó a resoplar, como si no pasara nada y el mundo no hubiera cambiado. Yo no me eché. Esa noche no me vencería el sueño. A eso de medianoche escuché la voz de Dávvet:

—¿Biijá?

Miré de reojo la cabeza cana de Nila; él me llamaba: «Piijá, mi Piijá».

Aparté a un lado la puerta de tela. Esa noche las luces del cielo no retozaban; tan solo había estrellas frías y una luna llena que parecía un plato blanco colgado del cielo. Pasamos por delante del árbol tallado pero no lo miré. Me sentía tan magullada como el tronco en su fuero interno.

—Ya no es él —me dijo Dávvet.

Resbalé en la nieve y sentí su mano cogiéndome del codo. Iba caminando como con una anciana; atento, preparado para sujetarme si trastabillaba.

—Lo he intentado pero no me hace caso —confesé.

—Entonces tenemos que plantarle cara, como *sita*.

Llegamos a la hoguera aunque hacía tiempo que las llamas se habían extinguido. La luna arrojaba una luz pálida sobre nosotros y el mundo que nos rodeaba. Estaba muy cansada. Pero pensé entonces en la talla y en Nila, y supe que no pararía, que algo había cambiado en su interior.

—Si se da el caso, tendremos que tomar la decisión por él —sentenció Dávvet.

Un guijarro en el pecho, alojado en lo más profundo del centro; la sensación de traición. Pero Dávvet tenía razón: cuando los individuos fallan, la *sita* tiene que tomar el control. No sería la primera vez ni la última.

De modo que asentí.

Dávvet hizo otro tanto y regresamos al campamento.

Yo me quedé al lado de otra fogata apagada, en la misma luz extraña de esa noche, con el bosque negro rodeándome y los últimos parches de nieve palideciendo en el suelo. Me costaba tragar con la piedra del pecho. No era lo correcto, estaba cometiendo un terrible error. Busqué a Dávvet con la mirada.

Pero la *sita* se reunió entonces. Alguien hizo otro fuego. Innga me puso una piel sobre los hombros y me arrimó a ella, cadera contra cadera. No es culpa tuya, Biijá. Ha perdido el juicio, la vejez ha podido con él. Confía en nosotros: somos una misma persona.

No veía a Dávvet pero lo notaba cerca. La decisión estaba en mis manos y quería asegurarse de que yo era consciente.

Poco a poco los murmullos se acallaron y el fuego declinó. Había llegado la hora. Me preparé y dije:
—Hablemos de Nila.

Decidimos esperar a que se despertase; algunos por respeto, otros por razones muy distintas. La dimensión de lo que estábamos a punto de hacer fue imponiéndose con las horas. Yo me quedé en la *kâta* de Innga. La luna la llenaba con su fría luz azulona. Mi amiga intentó mantenerse despierta, estoy segura, pero no tardó en quedarse dormida. Jesús en el huerto de Getsemaní: «¿Tú tampoco, Pedro?». Escuchaba los ronquidos de Innga y su marido, y pensaba en las miles de noches que había yacido al lado del mío, nuestros alientos mezclándose de la misma manera.

La mañana llegó y nos enfrascamos en nuestras tareas diarias, sin perder de vista la puerta de mi *kâta*. Nadie hablaba mucho, nadie salía del campamento o se perdía muy lejos. «Sigue durmiendo —le decía yo a Nila para mis adentros—. Ponte malo. No salgas nunca». Y entonces me recordaba que lo más justo era hablar con él; de hecho, así lo dictaba la ley. Mientras siguiera practicando la vieja fe, todos estaríamos en pecado.

Al final la puerta de tela se plegó a un lado y todos nos pusimos alerta. Nila salió, parpadeando ante la luz. Cerró la puerta y miró a su alrededor, quizá preguntándose dónde estaba yo. Dávvet se le acercó.

—Tenemos que hablar.

Nila miró más allá de él, nos miró a todos fijamente, antes de seguirlo con el paso circular e inclinado de un anciano.

Nos sentamos en las piedras en torno al fuego, con Innga al lado. Nila sonrió al verme. Seguía sin entender nada. Pero entonces mi amiga me echó el brazo por encima y mi hombre frunció el ceño.

—La cosa ha ido demasiado lejos —empezó diciendo Dávvet. Nila ladeó la cabeza y se rascó la mejilla—. Lo de la talla. Tiene que parar.

A mi lado Innga tenía la boca medio abierta y los ojos despejados. Su brazo colgaba inerte sobre mi hombro. Me pesaba. Me revolví con la esperanza de que lo apartara.

Nila se humedeció los labios.

—Dentro de poco ocurrirá algo en Blackåsen, algo horrible.

—¿Y cómo puedes saberlo? —preguntó Dávvet.

—Está relacionado con algo que pasó hace mucho tiempo, pero también tiene que ver con el futuro de todos nosotros.

Por un momento volvió a ser el Nila de siempre. «No menciones a los espíritus, por favor —pensé—. Por favor, háblale así a la *sita*, de otra manera. Busca palabras nuevas que...»

—Los espíritus...

—No —lo interrumpió Dávvet—. No más espíritus ni más creencias antiguas.

—Tenéis que escucharme.

—Es pecado. Está prohibido. Dios es muy claro al respecto... Y nosotros no somos quienes para intentar influir en los acontecimientos. Es...

—Culto al diablo —masculló alguien.

—Nila, tienes que parar o...

«¿O?» Yo no había pensado en ningún «o» pero, por supuesto, había uno.

—Los espíritus... —repitió Nila.

—¡Basta! —Suonjar se puso en pie al tiempo que gritaba—: ¡Dios nos castigará a todos!

—¡Tenéis que hacerme caso!

Los demás se levantaron a su vez y, cuando me taparon la vista, perdí a Nila. Aparté el brazo de Innga e intenté ponerme en pie.

—¿Nila?

Pero ya no estaba en mis manos: se habían interpuesto entre ambos y estaban sacándolo a empujones del campamento.

—¡Adorador del diablo! —iban gritándole—. ¡Enemigo de la fe!

Vi un último atisbo de la cara de Nila, que estaba mirando atrás, hacia el campamento. Es posible que estuviera buscando su talla con los ojos.

La siguiente vez que vi a mi hombre, estaba muerto.



Tiran de mí en medio de la neblina que me rodea, de vuelta a la realidad. Tengo la boca seca. Trago saliva. Me cuesta unos instantes darme cuenta de qué es ese tamborileo.

Maldita sea. Lluvia.

El cielo está de color cárdeno oscuro. A la tierra le hacía falta agua. Incluso yo he anhelado la lluvia. Pero ahora no la quiero. He empezado a cavar la primera zanja en el lado sur de la montaña, por la margen oriental de la franja de hierro. El manto superior es de arcilla, y la lluvia hará que pese y resbale más. Voy a tener que parar de cavar.

—Maldita sea —digo, esta vez en voz alta.

Bajo las escaleras y me sirvo una taza de café. Lovisa está en la cocina.

—Buenos días —me dice.

La saludo con la cabeza y le pregunto:

—¿Cómo está Axel?

Se limita a mover la cabeza, y tengo la sensación de que vacila, de que está tensa y se niega a mirarme a los ojos. Puede que sea normal después de lo que ha pasado. Pero estoy convencido de que lo entiende. Anoche, después de lo que ocurrió entre los dos, noté la forma en que me miraba. Sus ojos hablaban de perdón, me decían que comprendía que mi cansancio estaba descarriándome, y que no íbamos a darle mayor importancia. Yo lo único que quería era apoyar la cabeza en su hombro.

Me despido con un gesto y regreso a la planta de arriba. Pego la oreja a la puerta del sacerdote y oigo un murmullo dentro: Frida está con él. Es curioso hasta qué punto al hombre le ha afectado la visión de Anders muerto. Creía que habría visto cosas peores después de tanto tiempo viviendo aquí, que estaría acostumbrado. Pero veo mentalmente la cara de Anders y siento un escalofrío. Tal vez haya cosas a las que uno nunca se acostumbra...

De vuelta a mi cuarto, saco mis notas y los mapas que Rune se llevó del Bergskollegium y vacilo, pero después voy al estudio del párroco, en la otra punta del pasillo.

Me siento a su mesa, junto a la ventana, con los papeles extendidos ante mí.

Es uno de esos aguaceros fuertes en los que el agua rebota contra la tierra y el aire está gris y cargado de líquido.

Clasifico los papeles en montones y, antes de nada, repaso los documentos. Hace tiempo se otorgaron varias concesiones mineras para el Blackåsen —reconozco los apellidos típicos—, pero el rey las adquirió todas, de modo que han debido de incluirse en el acuerdo de las Gällivare-verken. Si hubieran querido, los aldeanos podrían haber sido los primeros en extraer el mineral: siendo tan pocos solo habrían

podido explotar una cantidad menor y a nadie le habría importado. Me pregunto por qué se opuso con tanta vehemencia el concejo.

«Zanja el asunto», me dijo el ministro. Y ahora, nada más lejos de eso, tenemos un cuarto asesinato. Debería haberle enviado un mensaje pero, a no ser que regrese a pie a la ciudad y continúe viaje hasta Luleå, no tengo manera de hacerlo. Se enterará por el gobernador del condado y se preguntará qué está pasando; o puede que, como la última vez, el regidor no diga nada.

Dios Santo, qué cansancio tengo. La neblina de la cabeza es casi insoportable. Ya no puedo pensar bien. Mis movimientos son lentos. Parpadeo y parpadeo pero no logro enfocar. Ni siquiera bostezo.

Miro el mapa grande. Alguien, posiblemente Rune, ha hecho pequeñas anotaciones a lápiz. Marcas de control. Como si hubiera ido recorriendo la montaña y confirmando que el mapa era correcto. No hay notas, en cambio: ni demoras, ni dibujos, ni constataciones de planos axiales, fallas, juntas...

No me sorprende. Era así, un hombre poco cuidadoso. Cuando vino a verme a principios de este mismo verano, tenía el mismo aspecto que en mis años de estudiante: el traje arrugado, la cara enjuta, ojeroso.

¡Marcas de control!

Me pregunto dónde habrá metido Frida sus cosas. Recuerdo la bolsa de viaje que nos enseñó, con todo muy bien doblado. Es extraño; quizá la mujer recogiera sus pertenencias después de su muerte y lo empaquetara todo.

Ahora se oyen también unos gruñidos: truenos. Normal.

Contemplo la tormenta y veo que es posible que persista y baje con más fuerza sobre nosotros. Cojo la estilográfica y miro los papeles que tengo delante. Vuelvo a dejarla y me levanto.

Está lloviendo a cántaros. Me quedo un momento en el porche y me dirijo luego a la iglesia, que tiene las paredes rojas empañadas de lluvia. Un paseo me vendrá bien para refrescarme, me digo, pero el agua me cae con fuerza en la cabeza y los hombros, y no tardo mucho en salir corriendo. Subo los escalones de la iglesia y entro.

La nave está en silencio. Dentro la luz parece gris.

Me siento en una de las duras bancadas y alzo la vista hasta la cruz que tengo enfrente. Es una talla pintada de Jesús, con el cuerpo muy esbelto y blanco y la herida roja en el costado. Desde que he llegado aquí, estoy mostrando rasgos que no sabía que tenía. Cartografiar el Blackåsen se ha convertido en mi única preocupación. ¿O debería decir «obsesión»? Me viene la imagen de Rune en mi despacho a principios de verano, con los ojos hundidos en las cuencas.

—Me limitaré a cartografiarlo —mascullo en un acto reflejo—. Los demás mapas están... anticuados.

Suspiro.

Vuelvo a mirar la cruz y me pregunto cómo la trajeron hasta aquí, y conjuro en la cabeza la imagen de los aldeanos acarreado a Jesús bosque a través.



Agua por dentro de la ventana, una fina bruma que, de vez en cuando, se condensa en una lágrima. Al otro lado, el mundo está radiante, la hierba de un verde exultante, los troncos de los abetos, de marrón lustroso.

Voy hasta el espejo y me miro la cara, la nariz chata, los rizos cortos, los ojos estrechos, y no llego a reconocermé. Cada vez que pienso en el beso, el recuerdo me sobresalta. El primero de verdad, uno dado y devuelto. Me llevo la mano a los labios. Me escruto los ojos y me pregunto qué se verá en ellos. ¿Qué habrá visto él, si puede saberse?

El aliento empaña el cristal. Trazo una línea por el vaho.

Amor. Con Eva la llama que sentía por dentro estaba consumiéndome; no podía ni comer ni pensar. Pero con Magnus es distinto, no necesito verlo a cada momento. Me basta con saber que está cerca.

No ha dicho ni una palabra. Hay hombres que culpan a las mujeres, que se escudan en que los sedujeron. Él no lo haría. Es mayor, más maduro. Puedo confiar en él. Pobrecillo, no puede dormir. Ha empezado a aparentar la edad que tiene y, en ocasiones, hasta se tambalea, como si estuviera borracho. Noto el esfuerzo que le cuesta mantenerse alerta, seguir una conversación. Estoy convencida de que, cuando lleguen los hombres de la costa, nos iremos por fin.

Cinco días más y podrás dormir.

Querido mío...

Ojalá me atreviera a extender la mano y acariciarle la mejilla de la cicatriz. Justo por donde se une a la barba. Quiero rozarle las cejas con un dedo. Algún día quizá... Quiero volver a besarlo aunque me siento rara.

Mi hermana...

El corazón se me encoge en un puño y me brota por dentro la ira de siempre. Debería estar pensando solo en Magnus, no en mi hermana. Aunque tampoco es tan extraño: estoy aquí con su marido. Isabella nunca permitiría que él la dejara, jamás de los jamases.

Me miro en el espejo. Mis ojos negros parecen mustios, faltos de vida.

No sé qué significa todo esto. Pronto nos iremos de Blackåsen y no me imagino un «después». Ojalá no hubiera ninguno, pero siempre hay.

Frida está en medio del salón con un libro en la mano.

—Ah, hola, Lovisa. —Deja el libro en una de las cajas del suelo—. No sé cuáles llevarme. Tal vez lo mejor sea dejarlo todo. —Mira el pañuelo que llevo por los hombros, las botas en mis pies—. ¿Vas a salir?

Me encojo de hombros.

—Puede ser.

—Te vas a poner mala como no tengas cuidado. Estas lluvias de verano parecen inocentes pero sé por experiencia que pueden acabar en un buen resfriado.

Miro los cajones de madera del suelo. Si mi hermana tuviera que irse de casa, querría llevárselo todo; les da importancia a las cosas materiales. En su casa está todo escogido con cuidado: el dibujo del papel pintado combina con el de los mullidos tapices; el tono de la vajilla va con los manteles. En las estanterías, los libros están ordenados por color y altura en lugar de por tema. Es mi padre quien les paga la renta del piso. Llegado el caso, supongo que el que se iría sería Magnus.

Se me revuelve algo por dentro.

—Lo siento —digo.

—¿Por qué? —Frida retrocede ligeramente para mirarme a los ojos.

Sacudo la cabeza.

—Usted ha estado casada, ha creado una vida, y ahora se ve obligada a empezar de nuevo.

Ah, eso.

—Sí, bueno, yo tampoco me lo esperaba.

—¿Cree que volverá a casarse?

Sacude la cabeza.

Lo quería, es absurdo imaginar nada más allá.

Frida sonrío.

—Cuando te casas empieza la vida adulta, con sus responsabilidades y sus elecciones. Ya no vuelves a pensar en el otro del mismo modo; es lo único que puedes hacer para no perderle el respeto.

Magnus y mi hermana, codo con codo. Cerca, pero sin tocarse. Se respetan, estoy segura.

La lluvia golpea el cristal de la ventana. Ya no veo el bosque.

A mi espalda, la voz de Frida:

—Si alguna vez decides casarte, Lovisa, asegúrate de conservar ese primer respeto que sentías por tu marido.

Frida me pide que le lleve un cuenco de sopa al sacerdote. Al llegar a la primera planta, aguzo el oído para intentar oír a Magnus, pero lo único que escucho son mis pisadas sobre los tablones de madera y el batir insistente de la lluvia. Llamo a la puerta y entro con la bandeja en equilibrio sobre una mano. Axel está en la cama, tapado con una manta de lana gris, y su cuerpo parece haber menguado desde la última vez que lo vi. Está dormido, con la boca medio abierta. Le han salido cerdas blancas por el mentón y las mejillas, como un rocío de sal.

—Le he traído comida —susurro poco convencida.

Abre los ojos, cierra la boca y clava la vista en mí. Tiene una mirada límpida, y me llena de alivio. Dejo la bandeja en la mesilla de noche y lo ayudo a incorporarse. Me dispongo a salir cuando me señala la silla junto a la cama. Me acomodo y le miro sorber la sopa, chasqueando los labios e intercalando pequeños suspiros de satisfacción.

Cuando termina, se recuesta sobre los almohadones.

—Está lloviendo —le informo.

Asiente y se humedece los labios.

—Yo conozco a tu padre, Lovisa, Karl Rosenblad. —Dice el nombre con parsimonia, y me entra frío—. Un hombre no debería hablarle nunca mal de su padre a su prole pero ¿y si creyeras que le haría bien a esa hija? —Axel suspira—. Tu padre tenía que ser siempre el más fuerte, Lovisa, en todas las situaciones, con todas sus relaciones. Estudiamos juntos y nos hicimos buenos amigos. Me temo que por entonces me parecía mucho a él. Vivir aquí en Laponia me ha cambiado. —Relaja la cabeza de nuevo sobre el almohadón y se queda mirando el techo—. Hay cosas que me gustaría poder deshacer; equivocaciones que me gustaría corregir... Equivocaciones que pienso corregir. —Se aclara la garganta y me mira fijamente—. No sé nada de ti, nada de nada, pero puedo imaginarme que no has tenido una vida fácil. Tu padre y yo solíamos debatir sobre la naturaleza humana. Teníamos visiones opuestas. Yo creía que las personas nacían con ciertas cualidades, que sus vidas estaban en gran medida dirigidas por sus instintos innatos, mientras que tu padre pensaba que todo ser humano era una tabla rasa que podía moldearse a su antojo. —Trago saliva—. Lo que quería decirte es que, haya pasado lo que haya pasado entre vosotros, lo más probable es que no sea culpa tuya.



Una vez vi cómo un hombre mataba a otro. Fue en una feria de Navidad, en un invierno especialmente frío, de esos de nieve azul. Biijá y yo estábamos viendo cuchillos en un puesto. Había de distintos tipos y tamaños, con mangos de madera y de asta. El acero relucía a la luz de las antorchas. Había otro hombre a mi lado: rubio, corpulento y enfundado en un largo abrigo de piel. Alzó la vista y, de golpe, se puso tenso... Y juro que lo sentí, pese a las gruesas ropas de invierno y a que él era colono y yo lapón, y entre nosotros no nos rozamos. Seguí su mirada y vi a un hombre con el pelo gris. El que tenía a mi lado iba ya de camino, con un cuchillo en la mano... y lo apuñaló por la espalda.

Más tarde supe que veinte años atrás el muerto le había robado la mujer al otro. «Ah —pensé—, es la primera vez que lo ve desde entonces». «No, no —me dijo el herrero que me contó la historia—. Que yo sepa, vivían en el mismo pueblo y eran vecinos, puerta con puerta».

Biijá se quedó perpleja cuando se lo conté. No entendía por qué había esperado veinte años para hacer algo. Pero yo vi el odio, la pequeña semilla que moraba durmiente en su interior, bajo el vello claro de su pecho. Me lo imaginé endureciéndose con los años, sin crecer, allí sin más, mientras el hombre recogía la cosecha, reparaba la casa, criaba a sus hijos, saludaba al vecino. Siempre estuvo allí, chirriando, incordiándole durante años. No había más. Hasta que un día se hartó.



Encontramos a Nila bocabajo en el río. Dávvet saltó al agua y lo sacó de los pelos. La boca le colgaba desencajada y tenía los ojos en blanco.

Nila... mi marido querido, mi amor, un hombre que doblegaba las aguas, que sabía encontrar siempre caza... Lo siento.

Me guarezco bajo una píceca grande, con mis pertenencias en un hatillo a mis pies. La lluvia amartilla la tierra. Me imagino que el agua me hunde en la tierra con su peso, mis ropas cada vez más pesadas, los pies echando raíces. Me convertiré en un tocón y no podré irme nunca del Blackåsen.

—¿Ester?

Hay dos sombras en mi claro. Bajo el aguacero parecen meras siluetas grises. Parpadeo.

—¡Ester!

Son Oso y Cría de Cuervo.

—Aquí —grazno, e intento levantarme pero parece que al final mis pies han acabado echando raíces.

—Lo siento —dice Oso cogiéndome en brazos—. No sé en qué estábamos pensando, dejándola aquí con este tiempo.

¿Este tiempo? Tendrían que ver los otoños o los inviernos. No es más que una llovizna de verano. Se seca todo rápido. De lo único que me arrepiento es de no haberme molestado en construir un refugio.

Tengo calor... o frío. Estoy temblando.

Oso me lleva en brazos. Al principio protesto pero pronto la cabeza se me inclina contra su corazón. Cría de Cuervo me coge el hatillo y el cayado. Va señalando los agujeros y las ramas caídas como si fuera ella quien nos guiase. Es una visión, me digo, y comprendo entonces que debo de estar muy enferma.

Estoy en una cama, tapada con una manta. La casa me ha tragado entera. Soy Jonás en el vientre de la ballena.

En algún momento de la noche aparece Oso y me cuenta que ya no es capaz de pensar claro.

«¿Y para qué querrías hacer algo así? —me he dicho—. Piensa como quieras; además, la mayoría de las veces son más importantes los sentimientos».

Cierro los ojos.

Cría de Cuervo está a mi lado, o al menos eso creo.

—Talló la cara del asesino en el árbol. —Sale de mí como un murmullo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que logro añadir—: Nila habla contigo.

—¿Tu marido muerto? —Sacude la cabeza—. No, Ester.

Ester.

Yo me llamo Biijá. En la intimidad, mi hombre me llamaba Piijá, «mi Piijá».

¿Lo he dicho en voz alta o solo en mi cabeza?

Vuelve a hacerse la oscuridad.

Si no fuera pecado, hablaría con ellos, con los muertos que recubren mis paredes: mi madre, mi padre, mis tíos. Ella tiene buen aspecto, con las mismas mejillas redondas y sus ojos penetrantes. Mi padre, en cambio, parece cansado.

—No puedo hablar. —Intento señalar al cielo—. Dios.

Me doy cuenta de que Nila no está entre ellos.

Recuerdo también que Párroco está muerto.

—Murieron por el pasado —digo la siguiente vez que recupero el sentido.

Habla mi padre: «No es por el pasado, es por el futuro. Y sobre lo que hará ese niño».

—¿Qué niño? —pregunto.

—Nosotros matamos a Nila —le digo a Cría de Cuervo.

El pecho se me hace un ovillo y no puedo ni respirar. Tengo que morir ya. No puedo vivir así.

—A lo mejor fue él quien se quitó la vida —me dice.

Y eso tampoco es ningún consuelo.



A última hora de la tarde el sol asoma como puede entre los nubarrones. Abro la ventana y le veo llegar por el camino.

—Per. —Levanto la mano para saludarlo.

—He venido a verlo.

Caminamos juntos hacia la carretera. El aire se ha refrescado con la lluvia y hace más frío. Saco la pipa, la relleno y la enciendo.

—Me preguntó usted si había reparado en algo fuera de lo normal cuando vi los tres cadáveres... —Aguardo—. Es absurdo pero...

—Da igual.

—Estaba descalzo.

—¿Cómo?

—El lapón, que se quitó los zapatos antes de entrar y los colocó junto a la puerta con mucho cuidado. Pero, justo al otro lado de la pared, sangre y cadáveres. La imagen de los zapatos me viene una y otra vez. Ya en su momento no me cuadró.

—Tal vez suelen hacerlo... —vacilo—, ¿cazar descalzos?

—Ya, es verdad. —Su tono es de disculpa—. Pero hay otra cosa. La sangre habla, y lo que vi en esa habitación no se parecía a nada que hubiese visto antes, como en barridos largos... cualquiera diría que había estado bailando.

No me cuesta imaginarlo, un hombre descalzo que baila al tiempo que blande un cuchillo.

—Siendo jóvenes pasó algo un verano. —Aunque su voz es tranquila, por sus ojos entornados y su mandíbula apretada, es evidente que la confesión le cuesta—. Cuando éramos pequeños, jugábamos cerca del viejo laberinto lapón, pero siempre guardábamos las distancias porque nos daba miedo. Sin embargo, un invierno los lapones no vinieron como tenían por costumbre. Y ese verano nos sentimos intrépidos. Fue idea de Jan-Erik... hacer una ceremonia y recorrer el laberinto. Un lapón le había contado a mi padre que en los viejos tiempos se utilizaba para adentrarse en aguas poco seguras, para reñir las batallas espirituales que hubiese que librar. Lo recuerdo porque era una frase muy peculiar: «Adentrarse en aguas poco seguras». A todos nos gustó la idea, jugar a ser marineros. Nuestra ceremonia fue poca cosa: un fuego, unos gritos, y luego atravesamos el laberinto hasta el centro. Recuerdo haber sentido... pavor. Auténtico pavor. Cuando acabamos, no vi ni oí a nadie pero creo que todos sentimos lo mismo: ya no estábamos solos. Pensándolo ahora, creo que ese día abrimos la puerta a algo... maligno.

Aparto la vista para que no vea mi expresión; no creo en supercherías, pero quiero que me lo cuente todo sin coartarse.

—Esa tarde matar parecía justo. Esa tarde yo maté. Me encontré a mi padre y...

No sé qué hicieron los demás cuando salieron del laberinto pero tal vez estuvieron todos involucrados en algo.

—¿Quién más había con usted? —indago.

—Estábamos los cuatro muertos, Adelaide y yo.

—Entonces es posible que alguien esté vengándose.

—Bueno, la otra posibilidad sería aún más horrible.

Un escalofrío me baja por la espalda y lo miro de reojo. ¿Con eso vive este hombre? ¿Con miedo a que lo mate un mal innombrable?

—¿Cómo es posible que pasara algo y usted no lo sepa? —pregunto—. ¿Por qué no se lo habrían contado?

—Cuando maté a mi padre, salí huyendo y tardaron varias semanas en apresarme. Además, luego estuve mucho tiempo en prisión. Regresé cuando cumplí mi condena, aunque temía que los de la aldea no quisieran volver a verme... Pero me acogieron. Nadie habla nunca del pasado, ni del mío ni del suyo, y yo nunca he preguntado nada, por extrañas que me parecieran algunas cosas. A mí también me convenía el silencio.

—Hábleme de Rune. ¿Por qué regresó?

—Tengo la impresión de que fue por una mujer.

—¿Una mujer?

Per asintió.

—Fuera quien fuese, lo rechazó. No llevaba aquí ni dos días cuando me lo encontré por el monte, desolado. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que había comprendido que hay cosas que son imperdonables. Di por sentado que había despechado a alguna mujer, puede que al irse, y que ahora ella no estaba dispuesta a volver con él como si tal cosa.

—¿Adelaide?

Per asiente de nuevo.

—Eso es lo que yo pensé, si le soy sincero.

Hemos llegado a la carretera y nos detenemos entonces.

—¿Y si Adelaide nunca ha estado en peligro y en realidad ella fue la víctima de lo que pasó aquella vez y esta ha sido su venganza?

Per suspira.

—No querría plantarle cara.

—Lo sé, pero no nos queda más remedio.

Per y yo caminamos codo con codo hasta el extremo oriental de la aldea.

Pasamos por la abacería, donde el letrero de la puerta avisa: «Cerrado». No veo ni a Jacob ni a Helena.

Tomamos el sendero que lleva a la parcela a la que se ha trasladado Adelaide después del incendio. Los mosquitos campan a sus anchas, así como moscas pequeñas y otros bichos que salen con la lluvia. La ventana de la casita está abierta.

Per extiende el brazo y me obliga a detenerme.

¿Qué?

Me señala la ventana, se agacha y avanza hasta la casa. Lo imito. Pero me percató entonces de que no sé de qué parte está. Sigue adelante, y yo detrás.

Adelaide está de rodillas, con la frente pegada al suelo. ¿Rezando? Los bordes de la ventana forman el marco del cuadro. Miro de reojo a Per; no está bien espiarla de esa manera.

Pero entonces se vuelca a un lado, y veo que tiene los ojos cerrados y le sale sangre de una oreja.

Contengo la respiración.

Una mujer vestida de amarillo entra con un cuchillo en una mano y una vara de árbol en la otra. Sigrid. Deja la vara en el suelo. Adelaide abre los ojos, y el blanco reluce.

A mi lado, Per toma aire.

—Rune me contó lo que me hicisteis todos y me pidió que lo perdonara. Pero yo recé a Dios para que me permitiera vengarme. Dios no perdona, él se venga. Y envió al lapón para matarlos. Lo vi nada más llegar, y supe adónde iba y lo seguí.

—Mírame —dice Adelaide—. Sigrid, no estás en tu ser. Soy yo, Adelaide, mírame.

—Estuve un tiempo esperando a que Dios matara también a Anders. Creía que mandaría a otra persona, hasta que comprendí que era a mí a quien aguardaba. Dios es así, ¿no te parece? Te enseña lo que has de hacer pero tú tienes que poner de tu parte. ¿Tu experiencia te dice lo mismo?

—Sigrid, escúchame...

—Tú te quedaste mirando —la acusa.

—Intentamos...

A Sigrid se le contrae el gesto, y entonces Per sale disparado, me pasa por delante y sube los escalones. Cuando entro en la habitación, está abalanzándose sobre Sigrid, y ambos caen rodando al suelo.

Per se levanta como puede para detenerla, pero Sigrid no se mueve. El cuchillo le sobresale del pecho.

Adelaide vuelve la cara al suelo.

TERCERA PARTE

—*Los que no estabais allí no podéis entenderlo* —explica Adelaide.

Nos hemos reunido en la iglesia una vez más. Magnus está detrás de Adelaide, preparado para cogerla si desfallece. Tengo a Ester y Axel sentados a mi lado en la bancada. Ambos han querido estar presentes, a pesar de que deberían seguir descansando. No falta ningún colono, están aquí todos, sentados o de pie. Le cojo la mano a Ester, que me mira y musita algo de «Cría».

Adelaide está al lado de una ventana y la luz naranja que entra hace que sus rasgos parezcan en paz. Pero, si se mira con atención, se ve el reguero marrón reseco que le pasa por la sien y le baja por la oreja.

—Un juego de niños. —Adelaide suelta una risotada extraña—. No era más que eso. Ninguno creíamos que iba a pasar nada por entrar en el laberinto. Recuerdo a Anders reírse y decir que era una lástima que no tuviésemos armas. Jan-Erik lo mandó callar; él quería que diera miedo, por supuesto. Entramos en fila en el laberinto: Jan-Erik en cabeza seguido de Ulf, Per, Anders... Nos pasamos el rato gritando: «¡Manifiéstate!». —Se humedece los labios—. Yo fui la última en entrar. Lo vi antes de sentirlo. Era como un... tinte en el aire... pero se movía. Entorné los ojos... Y entonces vi que aquella... nube estaba llena de vida. Y nos había rodeado. Hormigas. Lo sentí como mil hormigas, diez mil, cien mil hormigas. Más tarde Ulf lo describió como agua, una cascada que podía ahogarte. Anders habló de arena. Pero yo habría jurado que eran insectos, por doquier, en la boca, en las orejas, en los ojos. —Contrae la cara con el recuerdo—. Y me arañaba, escupía, me pegaba tirones. Me caí de rodillas y pensé: «Se acabó. Estoy muerta, están comiéndome viva». Y entonces, de pronto, las tenía por dentro y estaba todo perdido. Mi interior era un zumbido continuo. Per salió disparado. Y recuerdo que Anders estaba como loco, pegando patadas a los árboles del calvero, como si intentara derribarlos. Ulf, Jan-Erik y Rune se fueron, y creí que habían ido a buscarte a ti —le dice a Per—. Pero, cuando bajaban por la colina, se encontraron con la pobre Susanna. —Se le contrae el gesto una vez más—. Sus gritos nos despertaron a Anders y a mí. No sé cuánto tiempo había pasado, pero recuerdo que los dos nos miramos, él de pie y yo de rodillas, y en el acto echamos a correr. Oímos sus gritos durante toda nuestra carrera hasta la orilla del marjal, donde por fin los encontramos pero no pudimos detenerlos. Jan-Erik golpeó a Anders con una rama, con mucha fuerza, y lo dejó inconsciente. Se turnaron para agarrarme de los brazos mientras seguían forzando a Susanna. —Las lágrimas surcan las mejillas de Adelaide desde unos ojos muy abiertos; detrás, Magnus ha bajado la cabeza y no le veo la cara—. Y luego, de pronto, lo que se había adueñado de nosotros desapareció. Los chicos volvieron en sí. Susanna seguía allí tirada en el suelo, con los ojos abiertos, pero lejos de esta realidad. Ulf se había apoyado contra

un tronco, Rune vomitó y Jan-Erik no hacía más que dar vueltas alrededor de Susanna, maldiciendo y escupiendo. No sabíamos qué hacer. Jan-Erik quería que la dejásemos allí, o peor. Ulf se peleó con él a gritos. Al final la llevamos de vuelta al pueblo y se lo contamos a nuestros padres. Para entonces ya habían encontrado muerto al padre de Per, y de nuestro amigo no se sabía nada. —La mujer toma aire, cierra los ojos un instante y vuelve a abrirlos—. Nos encerraron en una casa. Por la mañana mi padre nos contó lo que habían decidido: él y el padre de Jan-Erik irían en busca de Nils, el lapón, para preguntarle cómo cerciorarse de que el laberinto quedaba... clausurado. Los demás teníamos que hacer como si no hubiera pasado nada y no volver a hablar del tema nunca.

—Pero la chica... —digo en un susurro—. Susanna.

Adelaide me mira a los ojos.

—Nadie esperaba que hubiese una cría.

Sacudo la cabeza. Sacrificaron a una niña para salvar a tres niños. Y encima tenía que verlos todos los días. La condenaron para siempre.

—Anders no quiso saber nada más de nosotros... No soportaba estar con nadie. Ulf, Jan-Erik, Rune y yo... todos nos quedamos afectados de un modo u otro. Y Susanna... —Menea la cabeza.

—¿Y qué me dice de su llamada? —pregunta Magnus.

—Fue esa. Pensé que, si queríamos mantener a raya a la montaña para poder sobrevivir aquí, necesitábamos una fe poderosa, una fe poderosa con normas estrictas. Dios tenía que querer salvarnos... Ulf sintió lo mismo pero optó por consagrarse a la Iglesia. Cuando Susanna se quitó la vida, asumimos entre todos el cuidado de su hija, Sigrid. Nunca hablamos de lo sucedido. Supongo que Rune decidió contárselo a Sigrid y pedirle perdón. Por qué ahora, después de tantos años, eso no lo entiendo. Ella pensaba que el lapón había matado a los tres hombres para vengar a su madre y que luego había seguido con las represalias.

Recuerdo cuando Sigrid me dijo que había estado esperándome. ¿No creería que yo...? ¿Pensaba que había venido para vengar a su madre?

No puedo sino ahogar un grito. A mi lado Axel se remueve; tiene la cara contraída, como si estuviera sufriendo.

—¿Y el asesino, el lapón? —pregunta Magnus—. ¿Cómo pudo Sigrid hablar con él?

Adelaide sacude la cabeza.

—No lo sé.

—¿Quién sabía todo esto?

—Todos los que nacimos aquí, los de mi edad y los mayores, salvo Per.

Mira a Matts y Daniel Fjellström, que están cerca de la pared. No mudan el gesto, y Adelaide relaja la cara.

—A los que eran más pequeños que nosotros lo único que hicieron fue enseñarles que no debían ir a la montaña.

En mi primer día en el monte Blackåsen estuve a punto de entrar en el laberinto. Recuerdo que oí una piedra y sentí que alguien me observaba. Es probable que me salvara alguien de los que están aquí.

Siento náuseas y me paso la mano por la boca.

—Hicimos lo que pudimos —dice Adelaide—. Lo único que estaba en nuestras manos.

—¿Y qué hay de los niños? —sigue indagando Magnus—. ¿Por qué no hay niños?

—No lo sé. Ninguno pudimos tener. Es posible que formara parte del pacto que hicieron nuestros padres con Nils, que esta aldea habría de extinguirse.

La cara de Frida está inmóvil, los ojos de Jacob nítidos, la boca de Helena abierta. Algo más lejos, la viuda del guardia, el anciano ciego... No sabría decir en qué está pensando nadie.

Ester ha cerrado los ojos. El cura se mira las manos.

Es Per quien habla:

—Me dais asco —dice, y se da media vuelta y se va.

Camino con Ester de vuelta a la casa parroquial. Magnus y Frida van por delante, con Axel apoyado entre los dos. Pisadas por el césped, y la gravilla a nuestras espaldas, cada cual yéndose por su lado. Esta noche no se oyen voces. Pobre Sigrid. Qué aldea más horrible, sacrificar a una niña para salvar a unos niños... Siempre ellos. ¡Lo que debió sufrir Sigrid cuando se enteró! Viendo cómo hacían todos su vida y cavilando sobre el engaño en el que la habían tenido. Debió de pasar noches en vela escuchando la respiración de Adelaide.

—Entonces es cierto que pasó algo con los niños en nuestra ausencia —comenta Ester.

—A lo mejor fue precisamente por eso.

—Supongo que Nila los ayudó a cerrar el laberinto.

Recuerdo su agonía febril y lo que dijo, que la tribu había tenido la culpa de la muerte de Nila.

Suspira.

—Explica muchas cosas. En cierta ocasión Nila les dijo algo sobre su Dios, que lo perdonaba todo, y ellos se enfadaron. Yo no lo entendí en su momento pero debieron de creer que estaba amenazándolos.

Por eso volvieron todos. Su secreto estaba llamándolos a voces. No se sentían seguros lejos de él, sin saber a ciencia cierta si seguía enterrado.

—En cierto modo, todo empezó con un pecado nuestro. Hubo una razón para que no viniésemos ese año. Una mujer de nuestra tribu, Livli... que estaba casada, tomó a un joven, Dávvet. La repudiaron y decidimos no volver ese invierno.

Magnus, Frida y Axel han llegado a los escalones de la casa parroquial. Entre los

dos, ayudan al anciano a subir.

—¿Y qué fue de Dávvet? —pregunto intentando no traicionar ninguna emoción.

—Sigue con nosotros... Creo que necesito echarme un rato.

—No te vayas aún de la casa parroquial —le pido—. Quédate un par de días. —
Vuelvo a cogerla de la mano y siento sus dedos fríos y sedosos en los míos.

—Gracias.

Me encuentro a Magnus en el salón, con una copa en una mano y la botella en la otra. Tiene el rostro grisáceo en la penumbra de las ventanas cerradas.

—Per tiene razón, es asqueroso —dice al cabo de un rato—. Esos niños violaron a una niña, y el pueblo entero no dudó en echarle la culpa a la magia. Ojalá ardan todos en el infierno.

—Me pregunto qué pasaría si durmieras —digo, sin saber de dónde me viene la idea. Abre los ojos y se incorpora—. ¿Qué pasaría si durmieras?

Se levanta. Sus pasos suenan pesados por las escaleras.



A finales de verano hay un periodo que los colonos llaman «el mes de la podredumbre».

En verano las cosas cambian rápido, es cierto. Se arrugan, se agrían, crían moho. Es la luz sin fin, la intensidad del calor. Las cosas quieren crecer, salir de su ser.

Y eso es lo que pasa.

Ni la luz crea, ni el calor alumbra ni sale nada que no estuviera ya allí.

Junio es un buen mes para purgarse; es una época para desembarazarse de cosas, eliminar, buscar liberación. Es un mes de luz: el mes del sol de medianoche.



No logro dormir. Es el reloj de pared de mi cuarto, donde estoy ahora echada. El péndulo se balancea de un lado a otro —tic, toc, tic, toc—, y pienso en los actos, que tienen sus consecuencias: tan cierto como que el péndulo vuelve.

Tic, toc.

Una vez Beahkká me contó un secreto. Yo no se lo pedí y, cuando lo supe, me sentí sucia, pero la escuché sin decir nada y, luego, intenté no juzgar a nadie.

Pero ella cambió después de contármelo: era incapaz de actuar con naturalidad cuando estaba conmigo, saltaba por cualquier cosa, no me miraba a los ojos... Me dio la impresión de que me odiaba por conocer una debilidad que ella misma me había revelado.

Y eso es lo que pasó con toda esta historia, y por eso Guarda nos odiaba tanto: no soportaba que Nila conociera su secreto. ¡Qué audacia la suya al decirle que teníamos que asistir a la iglesia y prohibir las prácticas de los antiguos! En otros tiempos, ellos mismos se habían beneficiado de ellas. Tal vez creyeran que estaba todo olvidado, y quizás hasta ellos mismos hubieran conseguido olvidarlo. Pero Nila era un recordatorio del pasado, y debía de preocuparles lo que pudiera hacer o contar. Sigo sin comprender por qué hace dos inviernos empezaron a tratarnos con displicencia... Nosotros no habíamos cambiado.

Tic, toc.

Cierro los ojos. ¿Lo que pasó en el laberinto fue también la razón de que Nila y yo no tuviésemos hijos? Debería habérmelo dicho.

En muchos sentidos hicimos lo mismo que los colonos: sacrificamos a Livli por Dávvet.

Mi mente va peinando un pensamiento tras otro. Aún no tengo fuerzas suficientes para centrarme en ninguno.

Tic, toc.

Mi cuerpo reacciona al sonido del péndulo, lo espera, lo oye antes de que suceda. La gente no debería vivir con sonidos alrededor que no provengan de la naturaleza. Nadie debería tener una certidumbre así sobre lo que está por venir.

Salgo al exterior. La noche ha traído el fresco y la lluvia se ha llevado consigo el aire caliente. Por fin la aldea duerme. Después de todo lo que se ha desenterrado esta noche, ha costado conciliar el sueño, pero ahora todas las ventanas están quietas y han parado las pisadas.

Camino hacia el monte. Mi cuerpo necesita su paseo diario: el día que paras empieza a prepararse para la muerte.

Me quedo un rato en la cumbre contemplando las heridas que Oso ha infligido en la cara norte de la montaña: grietas negras sin vida. No es mala idea pensar en ellas como las cicatrices de este verano.

Me pregunto por qué el lapón ayudó a Sigrid y cómo se conocieron.

Reparo entonces en su presencia, a cierta distancia en la cima: Santa, sobre una piedra, mirando al sur. Con esta luz tenue sus rasgos se vuelven afilados y ancianos; podría tener mi edad.

Nos quedamos sin decir nada, con el monte negro bajo nosotras. El sol es una bola de fuego en el horizonte. Una corriente de rojo pelea con el cielo azul.

Santa suspira.

—Ojalá le hubiera dicho a Sigrid lo que pasó ese día... Así no tendría que haberlo oído de boca de Rune. Nosotros la queríamos, no la cuidábamos solo porque nos sintiésemos culpables.

Suena cansada. Mil años de edad. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y está echada sobre ellos.

—¿No te sientes mal por lo de... Susanna? —le pregunto, y recuerdo su pelo largo y rubio, que te daban ganas de tocar cada vez que lo veías. La llamábamos Cantarina. Era una niña muy dulce.

—Claro que sí, pero llevo mucho tiempo viviendo con ello. Y Susanna no volvió a ser ella desde ese día maldito. —Sacude la cabeza—. Éramos muy pequeños. Ni siquiera me di cuenta de que estaba encinta hasta que el sacerdote vino a la sesión de catequesis anual. «Parece que lo de quedarse preñada sin hombre es una plaga en Blackåsen», dijo.

Qué comentario más extraño, pienso.

El sol está creciendo, y el azul del cielo se rinde y se torna rojo. El astro pinta una carretera dorada que atraviesa el bosque, directa hasta nosotros.

—A lo mejor todavía podemos decírselo a Sigrid. Nuestros muertos hablan. O al menos lo hacían...

Herejía. Veo la imagen de Párroco en mi cabeza.

—Aunque así fuera, creo que no debemos hablar con ellos o escucharlos —dice Santa.

—¿Por qué?

—Es imposible que sean los mismos que cuando estaban entre nosotros. A mí me daría miedo buscarlos, me preocuparía que se hubiesen... no sé... torcido. No, yo creo que lo que uno tiene que decir debe decirlo en vida.

Puede que esté de acuerdo con ella; a mí me gustaría haber dicho ciertas cosas pero tampoco tengo intención de buscar a Nila para contárselas.

—Es una fe muy severa —comento.

—Bah, yo ya no tengo de eso, Ester. Quería creer, puse todo mi empeño, pero llevo mucho tiempo sin creer en Dios. —Suspira—. Hace un par de años cometí el error de contarle a Ulf mis dudas, creyendo que me comprendería. Me parecía ya

todo muy lejano y, además, no había vuelto a ocurrir nada desde entonces. Pero a Ulf le entró el pánico. «Nada debe cambiar», decía sin parar, «nada debe cambiar».

Por eso fue, creo. Por esa razón Párroco vino para insistirnos en lo de la misa. Tenía miedo, le preocupaba perder el control.

Santa y yo permanecemos así hasta que el rojo del cielo desaparece, el azul vuelve con más fuerza y el sol ya no es un fuego rabioso, sino un benévolo astro blanco.

—¿Tienes pensado quedarte mucho más tiempo con nosotros, Ester? —me pregunta Frida con voz afable cuando regreso a la casa parroquial.

Innga hace exactamente lo mismo cuando quiere algo; utiliza ese tono afable para plantear cuestiones. Sonrío.

—Poco ya.

Asiente: eso está bien.

—El desayuno estará listo dentro de unos minutos.



*E*stoy en el estudio del párroco, sentado a la mesa pero con la vista puesta en el prado. Frente a mí, desperdigados, mis notas y mis dibujos, y una hoja en blanco. Más que un principio, el acto en sí de cartografiar se me antoja un final.

Tengo una mujer, que se llama Isabella y se recoge el pelo en una trenza por las noches.

Cuatro días. El gobernador del condado, Gunnar Cronstedt, llegará dentro de cuatro jornadas, como mucho cinco. Vendrá creyendo encontrar un cadáver y tendrá que vérselas con dos.

En realidad no es tan extraño que nunca nadie dijera nada. Entre el párroco, el guardia y Adelaide, tenían a la comunidad en sus garras: el que oía las confesiones de todos, el que tenía autoridad para arrestar y la que afirmaba tener un vínculo íntimo con Dios. Qué lugar despreciable.

Vuelvo a enfrascarme en los papeles y cojo el lápiz. Tal vez si empiezo... si dibujo una línea, me llegue la inspiración. Bosquejo el perfil arqueado de la cara sur de la montaña.

Nada. Una curva de nivel.

No tengo por qué hacerlo. Cuando vuelva a Estocolmo, seguiré teniendo mis notas. Aunque es cierto que, una vez allí, no podré comprobar cosas en el caso de que me surjan dudas. No podría ir a explorar ninguna nueva línea de pensamiento. Recuerdo a un maestro de la escuela de minas que decía que la incertidumbre estimulaba la creatividad en el proceso. «Tenéis que abordar vuestro tema con la veneración que nos infunde dudar de nosotros mismos», afirmaba.

Pero no siento que dude de mí mismo. Es más bien una cuestión de... aversión.

Enciendo la pipa. El tabaco me sabe amargo y dejo que se consuma solo.

No sé cómo pero reparo en su presencia en el estudio y me vuelvo.

—Ester. ¿Cómo te encuentras? —No sé por qué pero he pasado a tutearla.

—Quería pedirte un favor.

—Claro, lo que sea.

No me está mirando a mí sino a mis papeles.

Cierro los libros, los apilo junto a mis bocetos en un montón alto y vuelvo la vista hacia ella.

—Se me ha perdido una cosa —dice.

Se me aparece la cara de Lovisa. No puedo evitar soltar un sonoro suspiro.

—Mi marido tenía una poesía sobre el Blackåsen pero no la recuerdo.

—Ah, un poema.

—Tú me enseñaste tus hitos, y en ese poema también había... He pensado en preguntarte qué haría un cartógrafo si se le perdiera el mapa.

—Encontrarlo. —Pienso en los mapas de Blackåsen del Bergskollegium.

—¿Y si no es posible?

—Entonces lo recrearía.

—¿Recrearlo?

—En el fondo, la cartografía es una creación. Al dibujar algo eliges qué describir, qué dejar fuera... No existe la verdad absoluta.

Arruga la cara.

—No, para nosotros las cosas no son así. La poesía es, ni más ni menos. Nila la recitaba, su padre antes que él... Alguien con sus habilidades tal vez pudiera crear una nueva, pero yo no me veo capaz.

—Pero ¿antes te la sabías?

—Recuerdo el principio: «Más allá de *La que doblega las aguas*, cerca de *El que ve*, la noche se vuelve día, lo pesado se vuelve ligero»...

—¿Y sabes qué significa?

—Habla de dos sitios de la montaña.

Siento una punzada de emoción.

—¿Podrías enseñármelos?

—¿Tienes tiempo?

Cuatro días, responde mi cabeza. Aparto el pensamiento y respondo:

—De sobra.

Caminamos por el monte. Ha cambiado con la lluvia: parece menos montaña y más bosque. Huele todo a tierra y a verde.

—¿Cuánto tiempo te quedarás por aquí? —le pregunto.

—Poco ya.

Yo también tengo una familia. Me pregunto qué les contaré sobre este viaje. No he dormido bien. Había mucho trabajo que hacer. Lovisa se me aparecía...

Oigo las voces ansiosas de mis hijos: «¿Qué ha hecho esta vez?», «¿Se ha portado mal?».

El corazón se me acelera y me brota la rabia por dentro. Es culpa mía y de Isabella, por haber hablado así de su tía delante de los niños. Ojalá los demás pudieran ver a la Lovisa que yo veo aquí, pero es imposible. ¿Qué voy a hacer? No pienso mandarla ni al manicomio ni al convento, eso está claro, pero ¿qué otra cosa puedo hacer con ella?

En la cara norte, cerca del río, Ester se detiene.

—Esta es *La que doblega las aguas*.

Señala una piedra que le llega por la rodilla. Cuarzo. La dibujo en el libro y se lo enseño a Ester. Seguimos por la orilla del río y llegamos al pino grande que recuerdo

de cuando estuvimos cartografiando la falla.

—Este es *El que ve* —dice. Después señala al suelo y sigue con el poema—: «La noche se vuelve día, lo pesado se vuelve ligero». Tiene que referirse a esto, a la línea entre lo negro y la roca moteada que nos enseñaste. —Se refiere a la que hay entre el hierro puro y el hierro mezclado con cuarzo; tiene sentido—. Y después nada, se me ha olvidado —dice, y se encoge de hombros.

Mordisqueo la punta de la estilográfica.

—A ver, si parto de ese árbol y luego señalo la delineación entre los tipos de roca, quizá quiera que alguien siga una ruta. Podría ser un mapa. Lo que has mencionado hasta ahora son, a su modo, hitos, de modo que deberíamos buscar justo eso.

—¿La delineación?

—La línea, como has dicho tú.

—Pero no empieza con el árbol, sino con la piedra.

—Quienquiera que escribiera la poesía tuvo que empezar en algún punto. Tal vez ese fuera el primer rasgo distintivo con el que se encontró y lo utilizó como punto de partida.

Miro hacia atrás, al río.

—Creo que deberíamos seguir la delineación colina arriba. Y ve diciéndome todo lo que se te ocurra conforme andamos.

Frunce el ceño.

—¿Todo?

Me encojo de hombros y asiento.

Hemos dado cuatro pasos cuando dice:

—Mi amiga Beahkká nació justo aquí. —Señala la tierra—. A su madre no le dio tiempo de volver al campamento.

Sonrío. Cuando Isabella tuvo a los niños, estaba todo planeado al detalle. La maleta preparada, el camisón que llevaría en el hospital doblado, el vecino con las instrucciones de cómo regar las orquídeas...

—¿Hay algo que reconozcas? —pregunto; se detiene para mirar alrededor pero sacude la cabeza—. No te preocupes, lo de los mapas es un proceso largo. Prosigamos.

Caminamos unos diez metros cuando Ester se para y se le ilumina la cara.

—*Los árboles gemelos*. —Señala dos píceas corrientes que hay muy pegadas—. Salían en el poema, estoy segura.

Saco mi libro, señalo los puntos y se lo enseño.

—Hemos empezado por el río, después hemos subido siguiendo la... línea. Y aquí están ahora... *Los árboles gemelos*.

Arruga la frente.

—No me acuerdo de los versos.

—Eso ahora es lo de menos. Ya se nos ocurrirán luego.

¿De veras? Los ojos le brillan. Sé lo que está sintiendo: el poder de la cartografía

puede ser muy cautivador.

Señalo hacia la cumbre: ¿vamos?



Ya te dije que todo tiene un espíritu.

¿Recuerdas el espíritu del marjal que invocó mi padre, la niña del pelo largo con la piel verdosa y las zarpas?

¿Recuerdas lo que dijeron sobre el laberinto? «Una nube de furia». «De mal». «Hormigas». ¿Entiendes por qué Adelaide tuvo que tragar saliva, por qué tenía los labios resecos? ¿La oscuridad que le asomaba a los ojos? ¿Entendiste que lo único que la ha mantenido cuerda han sido sus esfuerzos por creer en Dios?

Después del día del laberinto, ninguno volvió a dormir bien. Aunque nunca lo admitieron, ni siquiera entre ellos, años después Ulf pasaba las noches en vela, con el sillón girado hacia la puerta y la Biblia en el regazo a modo de escudo. «Tengo que estudiar», le decía a su mujer pero jamás volvía una página. Anders se mantenía ocupado: ponía trampas, remendaba redes, lo que hubiera que hacer; nunca levantaba la cabeza para mirar más allá de lo que tenía entre manos. Jan-Erik se consagraba también a sus rutinas, la mayoría malintencionadas, con sus tejemanejes y sus maquinaciones. Rune pensaba que lograría escapar mientras se mantuviese alejado, pero el recuerdo lo consumía por dentro. Se dio a la bebida pero no sirvió de nada. Per pensaba en su padre. Y Adelaide rezaba.

Pero no dormían.

Ahora no siento nada por ellos: teníamos un pacto y lo rompieron cuando echaron los perros contra nuestro rebaño. Hubo un tiempo en que estuve dispuesto a morir por defenderlos... y luego hubo un tiempo en que no.

Pero sé lo horribles que han sido sus vidas.

¿Has visto el marjal, lo pequeño que es comparado con la montaña? ¿Has visto el laberinto, apenas una maqueta en la falda de la montaña?

«Esto no es nada comparado con Blackåsen —dijo mi padre—. Si invocas algo que no puedes controlar, acabará controlándote a ti. Recuérdalo bien».

Tienes que verlo con tus ojos. Ay, ¿cómo podría infundirte el miedo suficiente?

Es hora de temer, de que el aliento se vuelva irregular, el corazón aporree los oídos, de mirar, volverse, escrutar alrededor. Es hora de huir.



Desde mi ventana en la primera planta veo salir a Magnus y Ester. Él va con la cabeza inclinada hacia la lapona, probablemente escuchando lo que va diciéndole. Doblan por el camino y desaparecen. Espero. Puede que vuelva a vislumbrarlos. No, se han ido, se los ha tragado el bosque.

No me han preguntado si quería ir con ellos; deben de pensar que ya he tenido mi dosis de montaña.

Y se ve que sí.

Doblo el camisón y lo meto bajo la almohada. La casa está muy tranquila. Es raro pero siento como si mi cuarto fuera distinto, más grande. Ha descendido un silencio sobre la casa parroquial y el jardín.

Me sobresalta el zumbido de una mosca contra la ventana.

Cuatro días. El gobernador del condado llegará, y podremos entonces irnos de este pueblo odioso.

Se me encoge el corazón.

Cuatro días y Magnus volverá a ser el que era. Y yo, a mi papel de cuñada insultante. Regresaremos a la costa en compañía del gobernador. El Fin.

Ya veo a mi antiguo yo, un caparazón duro, esperándome a las afueras de Blackåsen. Me meteré dentro y se cerrará a cal y canto.

Cómo envidio a mi hermana la cercanía que tiene con él: su capacidad para entrar en el salón sabiendo que está allí, leyendo un libro o fumando. Y sentarse a cenar con la certeza de que vendrá. Cuando nos vayamos, ya no lo veré todos los días. Puede que no lo vea nunca más. Aunque tampoco sé si quiero... No soportaría tener que cortarme con él y andarme con remilgos. «No querrás dar que hablar». La voz de mi madre. Se me empañan los ojos.

Y Ester. La pequeña Ester con sus manos nudosas.

¿Me recordarán como alguien especial, alguien a quien añorar?

Es poco probable. Tanto Magnus como Ester tienen adónde volver. Yo no.

Debería entregarme a él. Así al menos no me olvidaría. Pero a los hombres no les gustan las mujeres fáciles; puede que al principio sí... hasta que les desagradan.

Llaman a la puerta y me vuelvo justo cuando Frida la abre.

—Axel ha empeorado. Quiero ir a buscar a Adelaide... Ella sabe de enfermedades. ¿Puedes quedarte con él?

—Desde luego.

El clérigo tiene la respiración entrecortada. Me siento en la silla junto a la cama y le veo abrir los ojos por un momento y murmurar algo antes de volver a cerrarlos.

En el cuarto hace frío. Me levanto y le remeto la manta alrededor.

Tose.

—Agua...

Le agunto la cabeza y le acerco a los labios el vaso que hay en la mesilla de noche. Traga con dificultad y vuelve a hundirse sobre el almohadón.

—Una vez hice algo horrible —dice.

Le hago callar.

—No intente hablar. Descanse.

Resuella y vuelve a toser.

—Quiero enmendarlo pero no estoy seguro de cómo...

Se queda callado un buen rato, y pienso que se ha dormido. Eso está bien, necesita descansar.

—Fue esa discusión con tu padre... —¿Mi padre? ¿Por qué mi padre?—. Sobre la naturaleza del ser humano. Una mujer lapona... Livli, vino a mí. Estaba encinta y la tribu la había repudiado. Era invierno.

La mujer de la que me habló Ester. Livli y... ¿Dávvet?

Axel intenta humedecerse los labios pero su lengua parece igual de resquebrajada.

—Murió en el parto. Quise ir a hablar con la tribu pero ese año no vinieron. El niño... el crío... se quedó en la casa parroquial. Y entonces mi mujer murió, estaba enferma, y me quedé solo con el niño. Y pensé en tu padre... —Estoy estrujándome las manos en el regazo—. Le mandé al crío. «A ver quién tiene razón. Veamos qué puedes hacer con esta tabla rasa», le escribí en la carta. El chico se enteró de que íbamos a enviarlo lejos y se negó a irse. Se quedó desarmado y echó a correr por el bosque, y tuvimos que perseguirlo. —Al sacerdote se le arruga la cara y se le retuercen las manos sobre la manta, los dedos como garras—. Cuando por fin lo encontramos y lo trajimos de vuelta a la casa parroquial, mientras esperábamos el carruaje, intentó escapar de nuevo. Pero perdí los nervios, le di un empujón y se cayó sobre las brasas. Se le quemó el lado izquierdo de la cara. Fue un accidente. Yo no tenía experiencia con niños... Yo no quería... —Bajo la cabeza—. Y no puedo evitar preguntarme... —se le quiebra la voz y solloza—... si habría tenido más paciencia de no ser un niño lapón.

Cuando vuelvo a levantar la mirada, Axel tiene los ojos cerrados. Nos quedamos así una eternidad. Las lágrimas me caen hasta los nudillos.

—Se lo conté a Nils. —Axel tiene que tirar de las palabras para que salgan—. Mucho tiempo después, pensando que tal vez pudiéramos traerlo de vuelta... Pero él me dijo que lo dejara, que era «demasiado tarde».

Hay pisadas por las escaleras. Que vienen corriendo hacia nosotros.

—Dios lo absuelve —susurro.

«¿Qué pasaría si durmieras?», le pregunté anoche a Magnus. ¿Se acordaría, si

durmiera?

Lo que acabo de escuchar es tan enorme que me sobrepasa, y me fallan las rodillas. Me detengo en medio de la escalera y me quedo sentada, hundida, en un peldaño. Me llevo la mano a la boca y me muerdo mi propia carne.

Siento náuseas.

La casa ha vuelto a quedarse en silencio. Adelaide y Frida están con Axel pero sé que es demasiado tarde. Lo que acaba de contarme era la confesión de un moribundo.

Voy al salón. En dos ocasiones oigo que alguien baja las escaleras, va a la cocina y regresa arriba.

Mi padre. ¿Cómo pudo?

Por eso dejó que mi hermana se casara con Magnus; fue su castigo por la horrible pelea que tuvieron: casarla con un lapón.

¿Y qué pensaba hacer luego? ¿Echárselo en cara en algún momento?

Me llevo las manos a la cabeza y me mezo adelante y atrás. Es horrible. Y Axel, un sacerdote... que marcó al niño.

Ester me dijo que Dávvet seguía vivo. Magnus tiene un padre. ¿No tiene derecho a saberlo?

Yo lo he besado, a un lapón.

No, besé a Magnus.

Ya ha atardecido cuando se abre la puerta de la entrada y regresan Magnus y Ester.

—Es un mapa —va diciéndole mi cuñado a la lapona cuando entran en el salón.

—Sí.

Ninguno de los dos repara en mi presencia. Escruto la cara de él, pero nunca se sabe lo que está pensando.

—Pero ¿un mapa de qué? —le pregunta a Ester.

Vienen los dos con las mejillas coloradas. Magnus se acomoda en un sillón y estira las piernas. Ester se sienta en el borde del sofá.

Magnus arruga la nariz.

—¿De un sitio sagrado?

—De ser así, lo conocería.

—No lo sabes todo —intervengo.

Ambos se quedan mirándome como si no me hubieran visto nunca. No era mi intención soltarlo de esa manera. Un padre, miro a Magnus, tienes un padre, alguien que tal vez te quiera.

—¿O será tan solo un mapa que señala la mejor forma de atravesar la montaña? —propone Magnus.

Pero Ester niega con la cabeza.

—No, los poemas eran algo más que eso. —Arruga la frente—. Siempre recogían... la esencia del lugar. Lo que tenías que recordar sobre cada uno.

—Como la importancia de haber nacido aquí o no —digo.

—¡Haber nacido aquí o no haber nacido aquí! —se indigna Magnus—. ¿No habíamos acabado ya con toda esa historia? ¿Por qué insistes en removerla?

—Porque también tú naciste aquí.



Esta noche han muerto cosas en la casa parroquial.

El primero en caer es el cura. Soy consciente del momento exacto en que nos deja para encontrarse con el creador: las paredes de la casa suspiran y hunden los hombros.

La puerta de Oso está cerrada; he pasado varias veces por delante. La de Cría de Cuervo, lo mismo. La siento dentro, revolviéndose, de un lado para otro, inquieta. Transmite el «no debería habérselo dicho» tan claramente que bien podría decirlo en voz alta. De la habitación de Oso no llega nada.

Pongo la mano sobre su puerta. «Eres de los nuestros», pienso. La cercanía que sentía hacia ti tenía una razón. Eras el motivo por el que no me iba.

No obtengo respuesta.

Mientras Cría de Cuervo hablaba, la cara de Oso reflejó todo un abanico de emociones, y no sabría decir con cuál se quedó al final. Pero, al igual que yo, supo en el acto que el sacerdote había contado la verdad. Recuerdo cuando el anciano me preguntó en la iglesia si «se lo había dicho»; es probable que hablara de Magnus. Nila sabía lo del hijo de Livli, y que lo habían mandado lejos. ¿Cómo pudo no contarme algo así?

Ya en el lubricán se oye abrirse la puerta de Oso. Unos pasos raudos y pesados sobre las escaleras y portazo en la entrada. Lo sigo. Bajo, recorro el pasillo y salgo a la noche.

Los juncos lanudos y los dientes de león amarillos salpican de claro la hierba oscura. El cielo está deshilachado en jirones rosas y celestes. Oso no se detiene hasta que llega al fondo del prado y, una vez allí, tira su bolsa al suelo. Camina por entre los árboles y regresa tirando de un plantón caído. Vuelve a irse, y se oyen chasquidos de ramas al partirse. Está haciendo un fuego.

La luz nocturna me vuelve la piel de las manos de un color verde cetrino. Oso enciende una hoguera tan alta como él. La lluvia caída hace que tarde más en prender. La madera húmeda chispea y chisporrotea. Detiene varias veces sus esfuerzos para ir en busca de más ramaje seco. Cuando por fin prende, se aparta para verlo crecer. La hoguera va adquiriendo tal temperatura que, hasta desde mi posición, siento que se me achicharra la piel. Las llamas no se extienden hacia los lados, lánguidas, sino que rugen y apuntan arriba, arañando el cielo con sus garras. Abre la bolsa y empieza a echar cosas al fuego: sus papeles, sus libros, todos los dibujos se arremolinan en el aire como pájaros blancos que baten sus alas y son devorados por el fuego.

En cierto momento atisbo una pálida salpicadura en una ventana de la planta superior de la casa parroquial: Cría de Cuervo. No es culpa tuya, le digo, quería salir a la superficie, habría acabado encontrando un modo u otro, no importa.

Oso regresa por fin a la casa parroquial pero yo me quedo. Cuando llegue el momento, sofocaré el fuego.

En el desayuno actúa con la mayor normalidad.

—Pásame la mantequilla, por favor —le dice a Cría de Cuervo, que le tiende el plato durante un segundo más de la cuenta, rogándole que la mire, pero él, ni caso.

—Hemos llevado el cuerpo de Axel a la iglesia —nos cuenta Frida—. Los demás creen que deberíamos esperar a que llegue el gobernador del condado.

Ninguno de los dos responde, y yo mascullo algo vago.

Después de comer, me sorprende ver a Oso esperándome en la puerta, con la mochila a los pies.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—¿Por qué no íbamos a continuar?

Una vez fuera alarga el paso. «Tienes razón en desfogarte andando», me entran ganas de decirle. Así hacemos nosotros las cosas, andar y andar hasta que la emoción cicatriza.

—Te vi anoche —me dice.

Va caminando dos pasos por delante, uno más de lo habitual.

—Tienes una familia, un padre, medio hermanos y una media hermana.

Se ríe pero no es una risa de las buenas. Sacude la cabeza y decido callarme.

Quemó sus mapas pero ha conservado nuestras notas. Me sorprende que anoche se tomara el tiempo de separarlas. Tal vez, aunque aún no lo vea, siente un vínculo con esto. Me llena de esperanza.

Ayer, pasados *Los árboles gemelos*, caminamos siguiendo la línea del hierro hasta la cumbre pero no vi nada que me resultara familiar.

—Repetiremos el mismo recorrido —dice Oso.

Llegamos a *Los árboles gemelos* y empezamos de nuevo. Por el bosque de píceas, caminando sobre musgo espeso... Intento concentrarme. «Háblame —le digo a la tierra—, enséñame el siguiente hito». Pero nada.

Siento una punzada de angustia y miro de reojo a Oso. No tardará en cansarse.

Llegamos a la cumbre y sacudo la cabeza.

—No veo nada. —Me gustaría añadir que lo siento.

—Volvamos a *Los árboles gemelos* —dice. No piensa aceptar un fracaso, hoy no—. Entonces... —dice cuando volvemos a los árboles.

Miro las dos píceas, altas y delgadas, de la misma estatura. Crecen tan pegadas que los lados que se miran son más débiles, mientras que las ramas de las caras opuestas han crecido mucho y son muy frondosas, un refugio del mundo exterior.

—Están en una línea sur-oeste a norte-este —dice Oso—. A lo mejor deberíamos caminar en una dirección o en la otra, en lugar de pasarlos de largo sin más.

Una chispa en mi interior.

—Entre.

—¿Cómo?

—Es «entre *Los árboles gemelos*».

—¿Estás segura?

Asiento. Sí, sí, hacia arriba, ese es el rumbo.

—Dirección sur-oeste —dice Oso, que escribe en su libro.

Caminamos en silencio. Voy mirando a derecha e izquierda en busca del siguiente hito. Pasamos por delante de un tocón y allí lo tengo: el pozo, un goteo de agua clara que burbujea entre el musgo verde vivo.

—*La vida de la Tierra* —señalo—. El pozo, el poema decía que había que pasar por encima del pozo. —No recuerdo nada del texto pero no importa porque en realidad no es un poema: es un mapa—. «Más allá de *La que doblega las aguas*, cerca de *El que ve*, la noche se vuelve día, lo pesado se vuelve ligero...» —Y entonces, eso, eso—: «Entre *Los árboles gemelos*... por encima de *La vida de la Tierra*».

Lo estoy consiguiendo. Ríe entre dientes. Estoy creando un poema. ¡Ja!, ojalá pudiera verme Nila. Él no era el único capaz...

Un faisán sale disparado con un clamor y de pronto me barren la tierra de debajo. La constatación del golpe llega antes que el dolor. La agonía se impone entonces sobre mí y me aplasta como un maremoto que me hace hincar las rodillas en el suelo.

—¿Ester? —La voz de Oso desde muy muy lejos.

Dios mío.

Es el tobillo.

—Ester. ¿Estás bien, Ester?

Me he quedado a cuatro patas. «Respira —me digo—, respira a través del dolor». Pero la agonía es demasiado fuerte y casi vomito. Tengo que verlo. Aguanto la respiración y me siento como puedo. Se me saltan las lágrimas. Pero tengo el pie recto. Gracias, Dios mío. Ya estoy vieja, no es seguro que pueda sobrevivir si me rompo un pie y me quedo sin poder andar.

Nila, ha sido él.

Qué jugarreta.

Oso se ha agachado y me ha cogido el tobillo entre las manos.

—Un esguince puñetero, pero no creo que esté roto.

Una vez me partí el brazo, el izquierdo, justo entre el codo y la mano. Tenía dieciséis años e iba caminando con el resto de la *sita* por una ladera que era un auténtico pedregal. Las rocas resbalaron bajo mis pies y me caí encima del brazo. Cuando me incorporé vi que mi mano apuntaba hacia el lado que no debía. Y entonces grité. El anciano me tiró del brazo para colocar bien los huesos. Qué dolor... Me lo estabilizaron con palos y tiras de cuero y se curó. Pero entonces era joven; y sigo teniendo el izquierdo menos flexible que el otro. Aún me duele cuando hago demasiada fuerza.

Miro para ver qué ha pasado... en qué grieta o cavidad he metido el pie. Porque algo me ha hecho tropezar. Pero el musgo está liso y por los bordes solo crecen matas de frambuesas silvestres, aunque extienden sus ramas, largas y espinosas. Santa dijo que los muertos podían «torcerse».

«Creo en Dios todopoderoso, creador del Cielo y de la Tierra...»

Nada volverá a ser igual. A partir de ahora tendré siempre miedo. Debo estar atenta a dónde pongo el pie.

Oso se equivocaba: no se puede recordar sin más los hitos, hay que ponerle también la rima. El poema infundía miedo. A mí me asustaba, era una advertencia.

—¿Crees que puedes seguir? —me pregunta Oso.

Quiero decirle que no pero entonces le miro a la cara: el brillo del bosque, del cielo, de la cartografía. Lo que Oso necesita.

—Yo puedo —digo.



—¿Estás segura de que puedes seguir? —vuelvo a preguntarle.

Está blanca. Se apoya en el bastón pero va cojeando. Deberíamos parar, es evidente, pero, siendo egoísta, no soportaría volver a la casa parroquial... con los grandes ojos de Lovisa siguiendo cada movimiento mío. «¿Estás bien? ¿Magnus?»

Siento náuseas. No, no estoy nada bien.

Soy lapón, soy de una sangre menos pura. Recuerdo al gobernador, Gunnar Cronstedt, diciendo que los lapones eran como críos; «menos evolucionados» fue la expresión que utilizó. En cuanto Lovisa contó la historia, lo supe. ¿Cómo? De pronto muchas cosas tuvieron sentido. ¿Por qué no recuerdo nada?

Oigo la voz del ministro en la cabeza: «Tu vida empieza aquí y ahora», «Tu vida empezó cuando viniste a vivir conmigo».

Siento un regusto amargo en la boca.

¿Qué voy a decirle a Isabella?

Ella no querría saberlo, pero tengo que decírselo. El ministro...

¿Cómo pudo hacerme esto? Creía que era como un hijo para él.

¿Y por qué dejó que su hija se casara con un lapón sin decírselo?

O... ¿acaso también Isabella lo sabe?

Dios mío, ¿qué se supone que he de hacer después de esto? ¿En quién voy a confiar?

Soy lapón.

Según contó Lovisa, el cura me mandó con el ministro como parte de una apuesta. ¡Una apuesta! «No te quiero en Blackåsen, no hace falta», me dijo el ministro antes de partir. ¿Por qué? ¿Temía que me enterase? ¿De pronto le importaba? Da igual. En cuanto llegue el gobernador, me iré e intentaré olvidarlo todo sobre este sitio inmundo. No debería haber venido.

Cada vez que miro a Ester, intento mantener la cara inexpresiva, pero estoy seguro de que ve lo que me bulle por dentro. Repugnancia. «Una raza distinta». Hasta el viejo cura lo dijo en el vapor. Qué vergüenza... Pero así es como me siento, como si valiera menos.

Mantengo la mirada en el suelo.

En la cima de la montaña, Ester sacude la cabeza.

—Quiero sacarlo —dice.

Va caminando delante de mí por la cresta, con la cojera más pronunciada.

—Volvamos —le digo.

—Tenemos que encontrar el siguiente hito.

Llegamos a un saliente de la montaña. A un lado del afloramiento parte un camino cuesta abajo y encima de la peña hay una montañita de piedras: ¿una señal? Puede caerse fácilmente.

Me quedo estudiándolas y vuelvo a decir:

—Demos media vuelta.

—Todavía no.

Renquea hasta el reborde, con la espalda pegada a la peña, dando un paso lateral tras otro. La sigo. Se detiene al otro lado del afloramiento. Está señalando la base, hacia una abertura pequeña.

¿Eso? Asiente aunque no del todo convencida.

Me agacho para mirar dentro. Un hombre podría entrar a gatas. No veo mucho pero tal vez haya un pasadizo, una pendiente hacia abajo.

—¿Qué palabra dice? —le pregunto.

Vacila y responde:

—Es «dentro».

—¿Segura?

Asiente.

Ester dijo que en el poema estaría la esencia de la montaña. En mi cabeza veo la cara pálida de Adelaide en la iglesia. Recuerdo un mapa enmarcado por angelitos con cuernos de diablo.

Tonterías.

—Vamos a necesitar una antorcha —digo.

Nos lleva un tiempo hacer una y encenderla, y en todo ese rato evito mirar por el agujero. Tengo una sensación extraña. Pero me enfado conmigo mismo: ¡por el amor de Dios, no es más que una formación rocosa!

Ester me tiende la antorcha y la dirijo hacia la abertura. Es igual que un túnel y, como mucho, veo dos metros por delante pero, a partir de ahí, la oscuridad se apodera de todo y no hay manera de saber lo largo que puede ser o la forma que toma. Calculo una pendiente de unos dieciséis grados. Veo una piedrecita junto a mi rodilla y la echo a rodar. La oigo aterrizar, de modo que tiene que haber una gruta al final del túnel. Por lo menos, no es una cavidad gigante. La posibilidad de caerme al vacío me revuelve por dentro. Ester lanza una piedra más grande al pasadizo, con fuerza.

—Para asegurarnos de que no haya ningún animal dentro —dice.

Esperamos pero no sale nada.

—¿Un oso? —le pregunto.

—No, no se metería ahí. —No soy capaz de leer su cara.

—No puedo bajar con la antorcha —le digo a Ester, y se la tiendo—. Pásamela cuando llegue abajo.

No tiene sentido ir con la cabeza por delante. Me echo en el suelo y meto los pies por el agujero, medio esperando que me muerda algo o me agarren de las piernas. Me late el corazón con fuerza. El túnel es estrecho y tengo que ir impulsándome hacia

delante. ¿Y si luego no puedo salir? Cuando llevo casi un metro bajado, mis pies dejan de tocar suelo alguno: hay una cueva.

Prosigo y toco primero roca con los pies y luego con las rodillas. Saco por fin la cabeza. Está negro como un tizón.

—Intenta bajarme la antorcha —pido hablando hacia la luz.

Nada. Espero. Intento no pensar qué puede haber aquí conmigo. Llega la antorcha pero se queda atascada a medio camino. Deslizo la parte superior del cuerpo por el túnel y la desengancho. Me cuesta respirar. Pero la llama arde con fuerza, lo que significa que hay oxígeno de sobra. «Respira», me digo. Levanto la antorcha: es una cueva. El techo escarpado está seco. La cavidad puede tener dos metros de ancho y de alto. Me incorporo. El suelo va bajando uniformemente y es todo arena y piedra desmenuzada.

—Voy a mirar más adentro —le grito a Ester, pero no obtengo respuesta.

Muevo la antorcha de lado a lado conforme avanzo. La cavidad huele a tierra. Las paredes son abruptas. La cuesta se inclina más. No me alejaré mucho de la abertura.

«La esencia del lugar». La del Blackåsen está en una caverna. La idea no me hace sentir mejor.

Ya he avanzado más de la cuenta. Alejo la antorcha para echar un último vistazo. A unos cuantos pasos veo relucir algo.

—No puede ser. —Lo digo en voz alta.

La veta de amarillo reluciente está al descubierto, con un ancho de unos treinta centímetros, como un camino que se adentrara en la montaña.

¿Oro?

Se me corta la respiración.

—No puede ser —repito.

Oro.

Si es eso, se trata de un yacimiento enorme. Bajo la pendiente como puedo. Necesito mi pico, extraer una muestra. Tengo que... Lo que he visto hasta ahora lo convierte en el mayor yacimiento de Suecia, de Europa, puede que del mundo...

Me detengo y me doy la vuelta. Veo entonces que ya no se ve la abertura. Remonto medio corriendo la pendiente y la llama de la antorcha parpadea.

—¿Ester? —No hay respuesta—. ¡Ester!

Al momento la veo en la abertura, con su cabeza rodeada de luz, la puntita de un alfiler.

—Tienes que bajar a verlo —le digo.

Ester es más pequeña que yo, y no tarda en entrar en la cueva. No ha traído el bastón, de modo que le ofrezco mi brazo para que se apoye. Así...

Avanzamos renqueando por la cavidad y señalo con la antorcha.

—Oro —le digo.

Se me contrae la cara e intento borrar el gesto. Ester se hunde a mi lado en el suelo.

Tengo que ver más. La franja reluciente sigue y sigue. Cuando me adentro varios metros por la montaña, me doy cuenta de que Ester no me acompaña, y de pronto el miedo se apodera de mí. Vuelvo arrastrándome pero sigue allí, y todavía se ve luz por la salida.

—Alguien ha estado aquí no hace mucho, a no ser que hayas sido tú.

Señala unas piedras junto a la pared de roca. Tiene razón: alguien las ha desplazado y las ha amontonado. Puede que en otros tiempos cobijaran el metal.

—Tenemos que salir de aquí.

Ella sube en cabeza. Los zapatos con el dedo en punta le dificultan la escalada. Va resoplando. Le pongo las manos bajo los pies para que tenga más agarre, y sigo hasta que tengo todo el brazo dentro del túnel. La luz nos inunda. Está fuera. Me toca a mí. Dejo la antorcha y comienzo el ascenso, apoyándome sobre los codos. Intento ayudarme con las puntas de los pies. Está demasiado estrecho, jamás lo conseguiré. El corazón me aporrea el pecho. No lo pienses. Centímetro a centímetro. Cuando llego a la superficie, salgo a rastras, con los dedos temblorosos. Me raspo la parte baja de la espalda y los muslos antes de poder por fin arrodillarme e incorporarme, parpadeando por la luz. Siento que me flaquean las rodillas y voy a sentarme al lado de Ester y a beber agua.

Oro.

No puedo estar seguro hasta que hayamos hecho las pruebas pero siento nuestro descubrimiento en cada poro de mi cuerpo. El hierro con contenido en apatita coincide a veces con minerales sulfurosos, que pueden a su vez presentar metales como el cobre o el oro. Existen historias sobre lapones que condujeron a descubrimientos similares. Conocen las montañas mejor que cualquiera de nosotros.

Tendré que traer a mucha gente: un cartógrafo de verdad, un químico... Tomaré muestras y las analizaremos antes de poner en marcha los mecanismos. Bajaré a la cueva una vez más y seguiré la veta hasta el interior de la montaña para hacer una estimación aproximada del tamaño.

Me zumba la cabeza. Hay tanto que hacer. ¡Quién lo habría pensado! Quiero decírselo a alguien...

A Lovisa. Con toda la gente que conozco, ¡y quiero decírselo a Lovisa!

A mi lado Ester tiene la cara nublada. Está con los labios apretados y la mirada perdida en el horizonte, sus ojos, finas rendijas. Seguro que entiende lo importante que es todo, lo que esto podría suponer para Suecia, para la región. Lo que podríamos conseguir si...

Le haré entender que este hallazgo también será beneficioso para su pueblo.

Su pueblo. Una mella en mi corazón.

Ahora no voy a pensar en eso; ni siquiera sé a ciencia cierta si lo que contó Lovisa es verdad. Hay miles de huérfanos, miles con cicatrices... No me parezco en

nada a un lapón.

La palabra me hace estremecer.

—Esto lo cambia todo —dice en voz alta Ester.



Ahí estás, con tus reproches, como si el mundo entero girara alrededor de ti. Con tus preocupaciones mezquinas, tus pequeños problemas... ¿No has aprendido nada? Me decepcionas.

Dices que no tienes causa... ¡pues búscate una!

Dices que no vales para nada... ¡pues haz algo útil!

¿Estás ahí? Por una vez en tu vida, preocúpate por algo mayor que tú.

Levanta, ser miserable. Desempolva tu alma. Actúa. O, por lo menos, permítete ayudar. ¡Permite que tu vida signifique algo!



Voy de un lado a otro del cuarto, golpeándome las manos contra los muslos. ¿Cómo he sido tan necia de contarle a Magnus lo que me habían confesado? ¿Creía estar haciéndole un favor?

¡Un lapón! Y he sido yo quien se lo ha contado.

Me palmeo la frente con la mano.

Destruyo cosas. Destruyo a gente. ¿Qué sintió Eva cuando la besé? No me lo he preguntado ni una sola vez. Es posible que la despidieran después de eso, y que mi padre se haya asegurado de arruinarle la reputación. Siempre pienso en mí misma.

¡Lo siento muchísimo, Magnus! Ay, por favor, vuelve. No se lo contaremos a nadie.

Poco importa eso ya. Él siempre lo sabrá. Y mi padre también lo sabe...

Se cierra la puerta de la entrada. Frida sale por el porche y se va por el sendero con una cesta colgando del brazo. Bajo las escaleras, voy al salón y cojo la botella de aguardiente que trajo Magnus y que está en el aparador junto a la librería y me sirvo una copa. Lo que sea con tal de sofocar este dolor. Le doy un buen trago. Me quema la garganta, el pecho, y toso, y me sale por la boca y la nariz...

Se abre la puerta del salón. ¿Frida? No, es la criada. Me limpio la cara con la manga del vestido y me vuelvo. «¡Vete, vete!»

—Necesito hablar con su amigo —me dice, con un ceceo en el que no había reparado antes.

—¿Con Magnus? —Me sube una burbuja de licor por la garganta y vuelvo a toser y se me empañan los ojos.

—Sí, Magnus. —Suenan «Magnuz». Mira de reojo hacia atrás.

¿Para qué querrá hablar con él?

—No está. Tardará en volver.

Veo por la ventana que la criada se va y Frida viene por el sendero que da a la carretera. Las dos mujeres se cruzan y se paran un momento, hasta que la criada apunta la cabeza al suelo y aprieta el paso y la viuda se queda parada mirándola ir. Tengo que esconder el vaso, lavararlo. Es demasiado tarde, está avanzando a grandes pasos.

Dejo el vaso en el suelo bajo el sofá y arrimo un cajón de madera. Me echo el aliento en la mano y lo huelo. Horror. Intento hacer más saliva, para bajar el olor. Cojo un libro de la caja más cercana, voy a sentarme al sofá y me pongo a leer.

Se abre la puerta de la entrada y aparece Frida. Echa un vistazo rápido por la sala. Le sonrío y vuelvo la vista al libro. ¿Qué estoy leyendo, si puede saberse? ¿Rocas?

He cogido el tomo de *Mineralogía*. Demasiado tarde. La viuda deja la cesta en la mesa y viene a sentarse a mi lado en el sofá. Extiende un dedo sobre la página ante mí y lo baja para que no la pase.

—¿Qué quería Lina? —me pregunta. ¿Quién?—. ¿Mi criada?

Me encojo de hombros.

—Nada.

Pero la viuda no suelta el libro.

Me doy cuenta de por qué me recuerda a mi hermana. Tienen la misma mirada en los ojos: de determinación. Puede que sea incluso pasión. No puedo evitar un jadeo desesperado.

Nunca había pensado que Isabella fuera fuerte. La he creído sin sentimientos y malvada... Pero tiene fuerza, y es inteligente.

Tal vez mi hermana lo sepa. Sí, de un modo u otro sabe que Magnus es lapón. Y como yo, quiso escapar de mi padre y de su casa, y habría hecho cualquier cosa. Cogió el camino de salida que le ofrecieron: casarse y tener hijos para ganar la libertad. Aunque fuera con un lapón. Siempre y cuando nadie lo supiera...

En la cabeza veo a mi hermana mirando a Magnus entre la multitud: vigilándolo.

Pienso en Frida, que ha enviudado y se prepara para partir hacia una nueva vida. Son mujeres que toman decisiones y obran en consecuencia. No permiten que nada se interponga en su camino.

Empiezo a sentir mis latidos en los oídos, un zumbido lento pero contundente.

Frida me sonrío.

—¿Nada? No sé si creerte.



Oso y yo estamos en mi campamento. Se limpia la tierra que se le ha metido en las uñas, extiende los dedos y se mira la mano. He sido yo la que lo ha llevado hasta allí, la que ha desvelado el secreto de la montaña. Ni siquiera cuando comprendí que el poema era un mapa, me di cuenta de que tenía que dejarlo estar. Ay, pero ¿qué he hecho?

Es de los nuestros. Tiene que comprender lo que podría desencadenar, lo que podría destruir. Le han contado de lo que es capaz esta montaña.

Tiene la cara tensa. «No pienso hacer caso de nada de lo que digas —está diciendo—. No te voy a escuchar. Yo no soy tú».

No quiero saber lo que está diciendo mi cara.

Por encima de nuestras cabezas remonta el vuelo un águila.

Habría sido tan fácil derribar la montaña de piedras y tapar la entrada con Oso dentro. «Hazlo —me chillaba mi voz interior—. ¡Hazlo!»

Pero nunca habría podido... Jamás. Además, alguien más ha estado allí dentro hace poco. Alguien más sabe lo del oro. La pregunta es quién. ¿Cómo puedo parar la locura que sin duda seguirá?

Pero he de ir paso a paso. Tengo que reflexionar.

Le pongo una mano en el brazo a Oso, que se sobresalta y me mira. La aparto y decido no sentirme herida.

—Alguien ha estado allí no hace mucho —digo. Él suspira y deja caer las manos en el regazo—. Eso lo cambia todo... Lo de los asesinatos, me refiero...

—Puede ser —reconoce.

—Tenemos que pensarlo todo desde cero —digo, y busco el águila en el cielo—. Partir del oro como el motivo de los asesinatos y confeccionar el mapa de la historia al revés.

—¿El mapa de la historia al revés? —Sonríe y se le relaja el gesto, como si de pronto hubiera hablado en su idioma.

—¿A quién podría beneficiar el oro? —pregunto.

Pone cara seria.

—Pues a todo el mundo, Ester. A todos nosotros. —Pone el acento en el «nosotros». Al ver que no digo nada, vuelve a suspirar y dice—: Es cierto que Rune era mineralogista como yo... Imaginemos que alguien le pidió que viniera por el tema del oro... ¿Quién podía saberlo?

El águila está cada vez más cerca y va reduciendo el tamaño de sus círculos. Ha atisbado algo en el suelo.

—Puede que el lapón —digo.

No es tan descabellado que lo supiera. El poema demuestra que Nila lo sabía.

—¿Pudo ser él quien hizo venir a Rune?

Sacudo la cabeza. Es poco probable que se conocieran. Y, aunque así fuera, al lapón le habría costado ponerse en contacto con él.

—Entonces puede que, por alguna razón, el lapón se lo contara al concejo y que ellos le mandaran un mensaje a Rune.

El águila se hunde en picado y se oye un forcejeo frenético. Oso se sobresalta y yo hago el amago de levantarme pero el dolor del tobillo me manda sentarme de nuevo. El pájaro ha visto algo, es una señal, de las buenas.

—¿Crees que lo saben todos los aldeanos? —pregunta Magnus.

El águila vuelve a remontar el vuelo, esta vez más cargada, con la presa entre las garras. ¿Una rata? Intento ver dónde aterriza, dónde tiene el nido.

—No me lo imagino. El oro es así. Si todos lo saben, siempre habrá alguien incapaz de dejarlo pasar.

Magnus asiente.

—Tienes razón. Pero Adelaide debe de saberlo, ella pertenecía al concejo. Asistió a la reunión previa a lo sucedido.

—¿Por qué se iría en el momento justo?

—Su criada me dijo que estaban peleándose. Puede que hubiera algún desacuerdo y que Adelaide se pusiera de parte del lapón, y por eso... ¿él no vio necesidad de matarla?

Pienso en Santa sentada cerca de aquí, cuando me contó que reflexionaba sobre la muerte de Sigrid. Tal vez vino a asegurarse de que el oro seguía intacto. En cualquier caso, es extraño que, después de todo lo que ha pasado, no se lo haya dicho a nadie. Sabe guardar secretos. No como yo. Ay, ¿por qué le pedí a Oso que me ayudara con el poema?

Este frunce el ceño y se queda un rato callado.

—Es probable que Sigrid matara a Anders. Después de lo que le habían contado, con su estado mental... Para ella, los primeros asesinatos fueron una venganza de Dios por lo que le hicieron a su madre.

—Entonces los únicos que sabemos lo del oro somos Adelaide, tú y yo. De momento ella no ha dicho nada. Tú y yo debemos hacer lo mismo.

Oso asiente.

—Quiero hablar con la criada para ver si oyó algo de lo que se dijo en la pelea.

El águila vuelve a elevarse.



—**A** ver, encontrar oro en una montaña no cambia nada —digo. Ester apoya todo el peso en el cayado. No responde. Estamos regresando a la aldea—. Y la gente normal no mata por oro —prosigo—. Lo más probable es que lo ocurrido aquí no tenga nada que ver.

Hemos llegado a la iglesia, y Ester se detiene. Se le ve verdosa la piel.

—Creo que no puedo seguir —dice.

—¿Quieres que te ayude a entrar? —le pregunto.

Sacude la cabeza y se deja caer sobre una lápida.

—Prefiero quedarme aquí un rato.

Vacilo.

—Bueno, mientras voy a ir a hablar con la criada y luego vuelvo a por ti.

Seré cauteloso al interrogar a la criada. Ester tiene razón: es mejor que nadie sepa lo del oro. Soy consciente de lo que acabo de decir pero también de que ese mineral puede enloquecer al más cuerdo. No sé cómo pero es muy posible que fuera la razón de los tres primeros asesinatos.

Paso por delante de la tienda.

¿Qué haría Jacob si se enterara del hallazgo? Y los hermanos... ¿qué dirían?

Me detengo. El gobernador del condado no puede ya tardar más de tres días en llegar. Lo mejor que podemos hacer Ester y yo es fingir que no sabemos nada. De lo contrario, estaríamos poniendo en peligro nuestras vidas. No debería hablar con la criada ni hacer ningún otro movimiento. Podría colocarnos en una posición comprometida.

Pero cuando estoy dando media vuelta, la criada de Frida sale de la tienda y se para en seco.

—Le he dejado un recado con su amiga en la casa parroquial —me dice.

—¿A Lovisa?

Asiente. Miro a un lado y a otro de la carretera. No hay nadie y la puerta de la tienda está cerrada.

—Estuve haciendo memoria de aquel día, tal como me pidió, y hay algo que no cuadra.

—¿En qué sentido?

—Adelaide dijo que había salido y Frida que había ido a la iglesia. Pero solo se oyeron unas pisadas subir las escaleras y luego las dos estaban en el estudio.

—¿Qué quiere decir?

—Que después de los gritos de los hombres solo se oyó subir un par de pies.

Sacudo la cabeza.

—¿Y?

Suspira como si fuera lento de entendederas.

—Pero ¿no lo comprende? Si Frida estaba en la iglesia y Adelaide se había ido, y luego las dos fueron al estudio... ¿cómo es posible que solo subiera las escaleras una persona? Una de las dos debía de estar ya en la primera planta.

Adelaide nunca salió: presencié los asesinatos.

La criada sigue mirándome.

—¿Estás segura? —Asiente—. No se lo digas a nadie. A nadie, ¿me entiendes?

Se le ensanchan los ojos y, cuando comprende por qué se lo digo, mira de reojo hacia atrás.

La dejo allí y empiezo a volver hacia la casa parroquial.

Adelaide... Aunque también podría ser Frida. No estoy seguro.

Y Lovisa está a solas con la viuda en la casa.

—Entonces, ¿qué cree haber visto mi criada?

—Se lo juro, no me ha dicho nada.

Frida y yo seguimos en el sofá. Me sudan las manos pero tiemblo como si tuviera frío. Mi cuerpo sabe que está en peligro. Los ojos azules de Frida parecen deslustrados. Oigo la voz del anciano ciego en mis oídos: «Se ha apoderado de ellos, y se apoderará de ustedes».

—Es difícil pensar en todo —dice la viuda, más para sí que para mí—. Me pregunto qué cree saber...

Tres pasos hasta la puerta. Luego un pasillo, la puerta de la entrada, el camino pasada la iglesia. Jamás lo conseguiría. Soy débil, una inútil... Frida me ganaría en fuerza y en determinación, como mi hermana, con la que perdía todas las peleas. Nunca lo he intentado siquiera. Prefiero echarme, cerrar los ojos y acabar con todo de una vez.

La mujer se recuesta en el asiento, con las manos en el regazo.

—Es que verás, hay oro en la montaña —me dice.

Siento la boca seca.

—¿Y cómo es que Magnus no lo ha encontrado?

—Está muy bien escondido. A no ser que sepas el emplazamiento exacto, es imposible encontrarlo.

Vuelvo a mirar de reojo la puerta, y Frida sigue mi mirada y luego clava la vista en el techo. No le preocupo en absoluto. Sabe tan bien como yo que ella ganaría de mano.

—Con todos los pretendientes que tenía y escogí a Ulf... —Menea la cabeza—. Y nunca se le ocurrió contarme a qué me condenaba nuestra boda: a la esterilidad, atrapada con un hombre consumido por sus miedos, en esta montaña, para siempre. En nuestro primer día aquí conocí a Sigrid y lo supe; era un calco de Ulf. Lo encaré y me contó lo que había ocurrido cuando eran pequeños. Habría sido mejor que me mintiera. ¿Cómo iba a quererlo después de aquello? ¿Cómo iba a soportarlo? —Tuerce el gesto con desdén—. Lo he aguantado veinte años... a él y a este pueblo. Veinte largos años...

Vuelvo a mirar la puerta. Me pregunto cuándo volverán Magnus y Ester. No creo que a tiempo.

—Aquí estaba yo, en lo más recóndito del bosque, con un violador por marido. —Su tono es ahora desenfadado, como si me contara una anécdota divertida—. Y entonces el lapón vino a hablar con el concejo.

»Por lo que entendí, había huido de su propia tribu. Es lo que hacen los lapones, darles la espalda a sus antiguos jefes cuando entran en la esfera de influencia de la

Iglesia. Cuando me enteré, miraba a mi marido y me reía para mis adentros pensando que los lapones pudieran rechazar a sus jefes por un hombre como él. De todas formas, el lapón quería que lo acogiéramos en la aldea y le dejáramos quedarse hasta su muerte. A cambio, prometió enseñarles el oro, más de lo que podían imaginar. Yo estaba escuchando al otro lado de la puerta, pero me imaginé perfectamente las caras de los presentes: conmoción, avaricia, miedo...

»Como no querían hablarlo con el lapón allí, Ulf le dijo que necesitaban tiempo para pensarlo y le pidió que regresara al cabo de unas semanas.

»En cuanto se fue, se desencadenó el infierno. Qué voces. «¿Es que no recuerdas lo que pasó?», gritaba Adelaide. —Frida los imita a todos—. «Estamos hablando de oro», replicó Jan-Erik. «Es uno de sus líderes espirituales», chilló Adelaide. «¿Y qué? El sacerdote y tú no sois los únicos que podéis aspirar a la santidad». «Quiere algo de nosotros», insistió Adelaide. Y así. En lo único en que se pusieron de acuerdo fue en llamar a Rune. Siendo mineralogista, pensaron que podrían necesitarlo.

Frida hace una pausa. Dobla las piernas y se alisa el vestido por encima. Ha dicho algo que se me repite por dentro: «Quiere algo de nosotros».

Poder, me digo. «¿A qué crees que estaría dispuesto alguien con tal de recuperar un ápice de lo que tenía?»

Me suena... de un poema o de una canción. No recuerdo...

—Me pasé días buscando dónde estaba acampado el lapón. Me llevó un tiempo pero al final lo conseguí. Estaba convencida de que tarde o temprano iría a ver el oro, a asegurarse de que seguía a salvo. Pero no fue así. Al cabo de una semana, enfermó o algo parecido. Estaba junto al fuego y hacía muchos aspavientos, como si le molestaran los bichos. Empezó a hablar solo: «No te escucho», «No eres más fuerte que yo», gritaba, por ejemplo. —Se encoge de hombros—. Febril, sin duda.

No, me digo, ni febril ni hablaba solo.

Me cuesta pensar, me siento como bajo el agua.

—Rune llegó al pueblo e intentaron encontrar el oro por su cuenta... Bueno, fueron Rune y Jan-Erik. Supongo que pensaron que, si lo encontraban, no tendrían que darle nada a cambio al lapón, y tampoco necesitarían el consenso de Ulf y de Adelaide. Mi marido no sabía qué pensar de todo el asunto y ella se oponía rotundamente. Cada vez que se reunían, acababan peleando. Tampoco lograban encontrar el oro, y la cita con el lapón se acercaba.

»La noche antes de la reunión por fin el lapón fue a ver su oro. Lo seguí. Yo me debatía en mi indecisión, no estaba segura de qué hacer o cómo abordar el tema. Después lo seguí hasta el pueblo. Iba caminando muy lento, le costaba andar. Lo alcancé a la altura del fosar. Cuando le toqué el brazo, lo tenía muy caliente... estaba hirviendo. El respingo que pegó cuando lo abordé me hizo pensar que esperaba a otra persona. «¿Se da cuenta de lo que piensan hacer?», le pregunté. «No son buenas personas». Y le conté lo que le habían hecho a Susanna.

»Vi cómo se transformó. —Entorna los ojos al recordarlo—. Fue como si tomara

fuerzas renovadas de alguna parte y se rindiera a ellas. Se enderezó y se le despejó la mirada. No dijo nada, se limitó a seguir andando, pero era otro hombre. Lo seguí hasta la puerta de la casa, escaleras arriba, por el pasillo hasta el estudio de Ulf... Se detuvo para quitarse los zapatos...

»Jamás me habría imaginado que fuera a matarlos de verdad. —Hace una pausa—. Nunca en la vida. —Estoy sin aliento—. Fue a una velocidad de vértigo. Era como un torbellino que iba cayendo sobre uno y luego otro y otro... Parecía irreal... Y luego la puerta de abajo se abrió y alguien subió corriendo. Fui a esconderme en mi cuarto. Y cuando oí que Adelaide gritaba, regresé.

«Viste cómo mataba a tu marido —pienso para mis adentros—. Y luego hiciste el papel de esposa conmocionada».

—Supe más tarde que habían decidido aceptar la oferta del lapón, por tres votos a uno. —Me pone la mano en el brazo como si estuviera contándome una historieta cualquiera—. Adelaide se había ido enfadada y justo entonces entró el lapón.

—¿Y por qué se quedó con los cuerpos?

—He estado dándole vueltas pero no lo sé. —Sacude la cabeza—. Ya había acabado todo.

«Sí —pienso—. Había acabado. Salvo porque no, no había acabado ni ha acabado. Tú sigues aquí».

—El único problema era que Adelaide también sabía lo del oro. Me temía que pudiera contárselo a los demás.

—El incendio. Fuiste tú.

Asiente.

—Pensé que mientras Adelaide siguiera asustada...

Frida podía haberla matado, aunque es una mujer que vio matar a su marido y se quedó igual. Suelto el aire y veo que está mirándome fijamente.

—A ver, Lovisa... —Su gesto es ahora serio—. Conozco a una persona que está dispuesta a ayudarme a verificar el yacimiento y poner en marcha todo lo necesario. Tienes que ver en esto una oportunidad para ti también. Imagínate una vida sin preocupaciones por el dinero, en la que pudieras vivir con independencia, sin tener que estar supeditada a la buena voluntad de los hombres... Lo único que tienes que hacer es guardar el secreto.

—De acuerdo.

Magnus no tardará en llegar.

Frida me mira a los ojos y asiente.

—No, te lo veo en la cara: ya imaginaba que no ibas a ser capaz.



Atiende, tranquilízate. ¿No oyes los tambores? Están doblando por ti. ¿Sientes su pulso por tus venas? Tic, tic, tic.

Tic, tic, tic.

¿Has visto lo que puede hacerle esta montaña a la gente? Es imposible contenerla. La mujer que tienes ante ti era normal: egoísta, sí, manipuladora, de acuerdo, pero normal a los ojos del mundo. Ahora le dan igual cuatro hombres muertos. Si parten la montaña en dos, morirán muchos muchos más.

Te recuerda a alguien... ¿A tu hermana? Ah, es verdad, lo veo.

Tendrás que ser tú quien zanje este asunto.

No estás sola. Nosotros te apoyamos: yo, mi padre y mil más como nosotros.

Cuando dejé que el agua me llevara, al inhalarla en mis pulmones, sentí pavor. Pero pronto desapareció. No temas, Cría de Cuervo. Será rápido y yo te guiaré.

Quítate los zapatos. Escóndelos, como si quisieras descansar los pies. Estira los dedos. Mételes debajo del sofá con los talones. Con cuidado... cuidado... así.

Y ahora, tranquilidad. Relájate conmigo. Cierra los ojos. ¿Notas el pulso? ¿Lo notas?



El cementerio tiene un aspecto desolador bajo la luz del sol. Los abejorros planean por la hierba. Pese a las lluvias recientes, la tierra parece seca.

Me levanto y siento un dolor increíble. El tobillo no me aguanta ya el peso. Puede que esté roto. Voy como puedo hasta la casa parroquial. El camino es tan corto que nunca me había fijado en la distancia pero hoy podría llevarme toda la tarde recorrerlo.

Oigo un búho nival.

Hasta Adelaide comprendió que no había que contarle a nadie lo del oro, no como yo. Los demás nunca me perdonarán. Ni yo misma. Oso... El corazón se me encoge en un puño al pensar en él.

Vuelve el crec-crec del búho... ¿aquí en Blackåsen?

—Biijá.

Es Dávvet, entre los árboles. Echo a andar hacia él, que sale a mi encuentro, me rodea la cintura con un brazo y me lleva hasta las sombras.

—No has oído que te llamaba. ¿Es que ya se te ha olvidado todo?

Me brotan lágrimas de los ojos, las noto rodando por las mejillas. Aparta la vista y me da un momento para recomponerme. Me seco la cara con el dorso de la mano.

—Vuelve a casa —me dice.

A casa, la *sita*, de la que me fui para llorar la muerte de mi marido. Me aparto un paso de Dávvet pero el tobillo no soporta mi peso y tiene que agarrarme del brazo y ayudarme a sentarme en una piedra. Sigo enfadada con él... con nosotros. Lo que hicimos es imperdonable.

Asiente: lo sabe.

—Nila se suicidó —afirma.

¿Es eso lo que ocurrió? Si es así, fue culpa nuestra. Lo rechazamos. Lo obligamos a hacerlo.

Los ojos castaños de Dávvet se suavizan cuando dice:

—Tú y yo estamos condenados a no entendernos sobre lo que pasó con Nila.

Me limito a mirarlo: ¿qué quieres decir?

Suspira. El pelo se le ha vuelto gris, aunque todavía tiene una buena mata. Cuando dobla la cabeza, se le mete por los ojos.

No le dejo desviar la mirada: no, que salga todo ya de una vez por todas. Has venido aquí para verme, así que hablemos.

—Nila cambió —dice Dávvet con el tono más amable que puede—. Sé que tú no te diste cuenta, pero los demás lo notamos. Fue hace mucho.

—No lo entiendo.

—Creo que sus poderes se adueñaron de él, lo consumieron por dentro. Y se

rindió a ellos, y en algún punto decidió que él sabía más que nadie. Dejó de hacernos caso al resto, y las cosas no deben ser así: los ancianos guían pero la *sita* decide. Puede que ese fuera también el motivo por el que no quiso enseñarle nada a nadie. No quería compartir sus poderes.

—Eres malo —le digo acalorada—, desde que eras joven.

—No, Biijá. —Dávvet sacude la cabeza.

—Livli...

—Yo tenía trece años —me interrumpe—. Era un crío.

¿Sólo tenía trece cuando ocurrió? Sabía que era joven, pero trece...

—Se quedó embarazada —le digo.

—Lo sé.

¿Él también? ¿Por qué Nila no me contó que había un crío? ¿Por qué no intenté yo averiguar qué le pasó a Livli después de dejarnos? Qué crueles fuimos con ella...

—Yo no fui el único que tuvo una relación ilícita con ella.

—Y en ese caso, ¿por qué no lo dijiste?

—Tenía trece años. Puede que creyera estar haciéndole un favor a la *sita*. Es posible que me sugirieran que era mejor asumir la culpa.

¿Quién pudo haberle dicho algo así?

Aparto la vista; sé quién.

No fue crueldad lo que nos hizo no preguntarnos por el paradero de Livli. Fue una cuestión de rectitud. Creíamos que teníamos razón, que su pecado nos mancillaría. Nila dijo...

Nila dijo que, por su culpa, los espíritus descargarían su ira contra nosotros.

Vuelven a saltárseme las lágrimas, porque sé a quién se parece Oso, y no es a Dávvet: es a Nila.

Se me acelera el corazón.

Una ardilla corre tronco arriba. Oigo el rasgueo de unas garras diminutas por la corteza. Dávvet la sigue con los ojos, dejándome espacio una vez más.

—Hace dos años vino a verme Párroco. Me contó lo ocurrido aquel día en el laberinto, y que desde entonces había vivido con miedo... ¿Recuerdas la noche de la jauría de perros? —Claro que me acuerdo—. Fui a ver a Nila después de nuestra charla en el fuego. Quería pedirle que no se peleara con los colonos, contarle lo asustados que estaban. Pero fue Nila quien me asustó a mí: «Teníamos un acuerdo. Esos perros...», dijo, y supe que no hablaba de los animales, sino de los hombres. «Han roto el pacto. Ahora somos nosotros contra ellos».

—Hay oro en el Blackåsen —susurro.

—Así que es cierto. Creo que Nila tuvo una visión. Creo que sabía que el lapón revelaría el oro y él estaba dispuesto a hacer lo que fuera para impedirlo. Lo que fuera. —Dávvet sacude la cabeza—. Esa última noche... cuando gritó «nuestro culto», ¿te acuerdas?, creo que pensaba que podíamos reñir esta batalla en el mundo espiritual. Al ver que no estábamos dispuestos, actuó por su cuenta. Biijá, creo que tu

marido se mató porque creía que sería más fuerte al otro lado.

Siento que me recorre un escalofrío de arriba abajo. No me atrevo a mirar el bosque que me rodea.

—Van a quebrar la montaña —digo.

—Claro que sí. Y eso nos traerá cosas horribles. Y no hay nada que podamos o debamos hacer.

Me duele la cabeza y me froto la frente con los nudillos.

Dávvvet asiente.

—Biijá, quiero que vengas a casa. Todos lo queremos. Te espero al otro lado del río. Piénsalo, pero no tardes demasiado.



Ester está en el porche de la casa parroquial, con la mano en la barandilla y un pie en el primer peldaño. La paso de largo por las escaleras. No hay tiempo para explicaciones. Abro la puerta de golpe.

—¿Lovisa?

¿Dónde? Dos pasos hasta el salón.

Está en medio de la habitación, con Frida tirada a sus pies. Veo sangre en la mano de Lovisa. Hay cristales por el suelo.

Miro a la otra mujer. ¿Estará...?

—No lo sé —me dice Lovisa, aguantándome la mirada con los ojos muy abiertos.

Ester entra renqueando y ahoga un grito.

—Ha intentado matarme —dice mi cuñada, que se ahoga e intenta tragar saliva—. Magnus, me ha dicho que había oro en la montaña y que por eso murieron todos, su marido y los demás. Ella estaba allí. Y ayudó a que pasara. Cogí el vaso de debajo del sofá y...

Levanta la mano y se queda mirándola, notando por primera vez la sangre que está cayendo al suelo. Ester se desata el fajín que lleva a la cintura y le venda la palma.

Me agacho y le doy la vuelta a Frida. Su cuerpo está inmóvil pero aún respira. Le palpo la cabeza en busca de la herida y la encuentro en una sien. Gime y mueve los párpados.

—Vivirá —digo.

—Tenemos que contárselo a los demás. A Adelaide, Per, Jacob... Tendremos que encerrar a Frida en alguna parte hasta que vengan los de la costa. No te preocupes —le digo a Lovisa—. Ha sido en defensa propia. Nadie lo pondría jamás en duda.

Frida está en el sofá presionándose un trapo contra la cabeza. Lovisa la mira fijamente, aunque con ojos apagados. Es por la conmoción.

—No lo haga. —Frida intenta esbozar una sonrisa—. Es oro, Magnus. Suficiente para todos nosotros.

A Ester se le tuerce la cara en una mueca de repugnancia. Con el tobillo así, no puede ayudar en nada, y Lovisa tampoco es una opción.

—Iré a por los demás —digo. Vacilo entre las dos, pero finalmente le tiendo el cuchillo a Lovisa—. No tardaré.

—No les digas lo del oro —me pide.

—No, no se lo diré.

Salgo corriendo hacia la carretera. Frida vio morir a su marido y no dijo nada.

¿Les afectaría así a todos si supiesen lo del oro? No. La gente normal no se comporta así.

Hay algo que me perturba pero, claro, acaban de contarme que una mujer a la que respetaba y...

Llego a la carretera y me detengo. No, hay algo que me inquieta.

Es algo del cuchillo... la manera en que lo ha cogido Lovisa. No es solo que lo haya cogido y haya apuntado a Frida, como estaba haciendo yo. Lo ha agarrado de otra forma, como si estuviera a punto de apuñalar a alguien.

Y había más: Lovisa estaba descalza.

Echo a correr y hago crepitar la grava bajo mi paso al pasar de largo la iglesia. No, por favor, no.

Lento... Voy demasiado lento.

Subo corriendo los escalones y abro de golpe la puerta, y allí están, las tres mujeres, tres bultos en el suelo: Ester, Lovisa y Frida. Esta última está encorvada hacia delante y tiene sangre por todo alrededor, hay sangre en el pecho de Ester y en el de Lovisa...

—¿Qué habéis hecho? —les grito.

—Ha intentado escapar —dice Ester.

Lovisa no me mira.

—Ay, Dios.

—He sido yo —dice Ester.

—¿Qué has hecho? —repito en singular, esta vez solo a Lovisa.

Abrimos el túmulo de Ulf y enterramos a Frida junto a su marido. Me lleva casi toda la noche cavar el hoyo. Tengo que parar varias veces porque me sobrevienen las náuseas y aguardo hasta que remiten. Hemos envuelto el cuerpo en una cortina, lo hemos bajado al fondo y hemos cerrado la tumba. Espero que su marido la persiga en la otra vida, y viceversa. Me preocupa que queden señales de haber cavado, de modo que arranco la vegetación que ha crecido ya en las otras dos tumbas; así al menos tendrán todas el mismo aspecto. Con suerte no vendrá nadie a llorarlos en los próximos días.

Ester, Lovisa, Adelaide y yo sabemos lo del oro. Y ninguno pensamos decir nunca nada. Yo, para proteger a Lovisa; ellas tres, por razones distintas.

Lovisa busca mi mirada: me niego a cruzarla con ella.

Antes del alba, llega la hora de irse para Ester y Lovisa. Hemos limpiado toda la sangre pero, tarde o temprano, alguien vendrá preguntando por Frida. Lovisa tiene que desaparecer.

—Tú eres Oso. —Ester me pone la mano en la mejilla y me mira a los ojos—. Sabía que harías lo correcto. No te preocupes por Lovisa, la *sita* cuidará de ella. ¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotras?

Una familia, hermanos y hermanas... sangre lapona. Sacudo la cabeza.

Se le llenan los ojos de lágrimas pero asiente y sonrío. Aprieta su mejilla contra la mía y comienza a andar con la ayuda de su cayado.

Lovisa tiene los ojos medio cerrados, lo que deja a la vista sus párpados y sus cejas arqueadas en un medio círculo perfecto. Levanta la barbilla y me mira: bueno, se acabó.

Ay, Lovisa.

La atraigo hacia mí y aprieta su mejilla contra mi pecho y le beso el pelo y luego la frente, que huele a sol y a piel. Quiero decirle: «¿Qué hiciste? Ay, ¿por qué?». Pero siempre sobran palabras. O faltan. La aparto de mí y la miro a la cara.

—Volverás. —Se me traba la lengua—. Con el tiempo.

Tiene los ojos empañados. Parpadea.

—Sí.

—Sería un honor para cualquier hombre estar casado contigo. —Tengo que aclararme la garganta antes de seguir—. Para mí es un honor ser tu amigo.

Las veo marchar hasta que las dos desaparecen, y se me cae el alma a los pies. Voy a echarla de menos. Tengo una esposa, pienso; aunque, por más que me esfuerce, no recuerdo su nombre.

Después cojo los cajones de madera de Frida y hago una gran fogata.

A media mañana Matts Fjellström y Adelaide vienen a la casa parroquial.

—Hemos visto humo —dice el primero.

—Estoy quemando mis notas. —Las palabras se me atragantan—. Teníais razón, hay cosas que no se deben poner en un mapa.

De una de las cajas se cae un libro con las tapas verdes. Es *Det går an* de Carl Jonas Love Almqvist. Los bordes empiezan a arder y el papel se vuelve negro.

Matts y Adelaide se quedan mirándolo; es muy probable que anoche nos oyeran cavar, y con esta luz tampoco me extrañaría que nos hubiesen visto.

—Frida se ha ido —digo, aunque ya no tiene sentido mentir—. Ha vuelto con su familia.

—Bien —dice Matts.

—Nunca quiso vivir aquí —comenta Adelaide sosteniéndome la mirada.

Nos saludamos con un gesto y se van.

Es cierto que hay cosas de las que no hay que dejar constancia. Y otras que deben permanecer sepultadas. Miro hacia la mole gris de la montaña. Me ha arrebatado algo y nunca lo olvidaré. Pienso en las zanjas que cavé en la superficie. Yo también le he arrebatado algo. Estamos empatados. Me pregunto qué le ocurrió al cartógrafo Hermelin cuando viajó hasta aquí. ¿Qué le hizo destruir sus mapas? Ay, pero estoy tan cansado...

Cuando tan solo queda un montoncito de brasas, vuelvo a la casa parroquial. Abro

la ventana, arrimo el sillón y me siento. Apesto a humo y a fuego. Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos...

«Estoy en el bosque. Pies descalzos que aporrean el suelo. Los míos. Los del sacerdote. Me persigue. Tengo que huir. Quiere mandarme lejos...»

Cuando me despierto, veo la mano del gobernador del condado en mi hombro. En el jardín hay tres hombres de pie junto a la fogata apagada. Uno está removiéndola con el pie.

—¿Qué ha pasado aquí, si puede saberse? —pregunta Gunnar Cronstedt.

Siento una presión en el pecho. Me levanto y sacudo la cabeza para despejarme.

—Había otro asesino, una mujer llamada Sigrid. Su madre, Susanna, acabó con su vida siendo joven y la hija les echó la culpa a los aldeanos. Mató a Anders e intentó hacer lo mismo con Adelaide. En el forcejeo, resultó muerta.

—Eso es justo lo que Adelaide Gustavsdotter y Matts Fjellström han dicho cuando los hemos interrogado. Bueno, entonces ya son dos los asesinos muertos. Colgamos al lapón hace unos días.

De modo que lo han ahorcado... Lo recuerdo en el banco de la prisión de Luleå: el rostro anciano, la melena greñuda y el cuerpo huesudo. Siento que se me despierta el mismo titubeo interior. «Descalzo», dijo Per. Y Lovisa también estaba descalza.

Tonterías. Es culpa del aislamiento y la falta de sueño. Empieza uno a ver cosas que no existen.

—¿Dónde está Frida? —pregunta el gobernador mirando a su alrededor.

—Se fue al sur. Se ha ido a vivir con sus padres.

Frunce el ceño.

—Ah.

Cuando partimos de regreso a la costa, pienso en el ministro y en qué voy a contarle. Lo menos posible, decido. Ya tendré tiempo de vengarme. De Isabella no sé muy bien qué pensar...

Ay, Dios, Harriet... ¿Qué voy a contarle a mi hija?

—¿Subió entonces al monte? —se interesa el gobernador.

Pero niego con la cabeza.

—No, no había mucho que ver.

La montaña se cierne sobre nosotros como intentando decirme algo pero no pienso mirar hacia arriba.

—Me extraña lo de Frida. ¿No ha dejado una nota o algo parecido?

¿Para él?

¿Y por qué la llama «Frida», y no «la mujer del párroco» o «la señora Liljeblad»?

Pero entonces me viene a la cabeza un comentario de la mujer un día en la cena.

«Es también el favorito del gobernador —dijo del vino tinto—. Cuando llegamos de Uppsala, nos quedamos varias noches en su residencia»... «Nos traía una botella»...

El gobernador vino a por el lapón... ¿Habría tenido tiempo Frida de contarle lo del oro? Recuerdo lo sorprendido que se mostró cuando me vio aparecer. Como si no pensara informar de lo ocurrido a los de la capital.

Gunnar Cronstedt mira al monte Blackåsen con los ojos entornados pero brillantes.

Y me pregunto si... me pregunto...



*M*i padre me enseñó que todo está conectado: humanos, animales y naturaleza; los vivos y los muertos. «En el inframundo los muertos viven vidas que se corresponden con las nuestras. A veces, si caminas descalzo, puedes sentir las plantas de sus pies contra las tuyas».

Me quité los zapatos pero lo único que sentí fue el roce de las ramitas de arándanos. «Es un arte. Yo te enseñaré», me dijo.

Ahora estoy muerto y tengo las manos atadas. Necesito que alguien me vea y me escuche. Mi mujer se ha ido a casa y se ha llevado con ella a Cría de Cuervo. No queda nadie.

Tú eres abierto como un claro en la montaña. Muchos se adentrarían sin más reparos, pero yo no lo haré. Hablaré y esperaré que alguien me escuche.

Te he visto caminar hacia el sur y no he podido evitar un suspiro. Temo que no entiendas lo que voy a contarte, y no queda mucho tiempo. Ni siquiera sé si me oirás.

Me llamo Nila.

Te encoges de hombros como si espantaras una mosca.

Me llamo Nila y necesito que escuches mi historia. ¿Me oyes?

Agradecimientos

*E*stoy en deuda con un buen número de relatos de viaje escritos durante la época del libro, sobre todo a: *Reise durch Norwegen und Lappland* [Viaje a Noruega y Laponia] de Leopold Von Buch, 1813; *Try Lapland: a fresh field for summer tourists* de Alexander Hutchinson, 1870 (la extraordinaria información sobre las calaveras y los huesos a la deriva en el cementerio de Luleå la he tomado de este autor, al igual que la ruta que siguen Magnus y Lovisa por la aldea de Ratan en su travesía en barco); el relato del viaje del misionero Peter Fjellstedt por Laponia, 1857 (publicado por Karin Snellman, *Urkunden*, 13, 1990); las notas del misionero Ludvig Bergstöm del verano de 1880 (publicadas por Karin Snellman, *Urkunden*, 7, 1988); fragmentos del diario que escribió durante un viaje a Laponia el misionero Walter Gustafsson, en el verano de 1880 (publicados por Karin Snellman, *Urkunden*, 9, 1989); y otros dos libros: *De Nasafjäll a la SSAB: trescientos años de explotación y procesado del hierro en Norrbotten* de Staffan Hansson (Centek Förlag, 1987; traduzco el título sueco) y *Gällivareverken, 1855-1882* de Alf W. Axelson (Norrbottens-kurirens tryckeri, 1964).

La experiencia y el tiempo que me prestaron tres hombres en particular han sido inestimables para la escritura de este libro: el doctor Michael Daly, el doctor Jonathan Evans y el catedrático Laurence Robb, expertos los tres en ciencias de la Tierra. Me resultaron tan fascinantes como personas y unos conversadores tan apasionantes que casi no quería acabar el libro con tal de que siguiéramos hablando. Todos los fallos y deslices que haya en el texto son míos y solo míos.

Este libro no habría sido posible sin Janelle Andrews de la agencia Peters, Fraser & Dunlop, y sin Kate Parkin —por entonces— de Hodder & Stoughton y de Nick Sayers, de la misma editorial. Con vuestro apoyo y vuestros consejos, con la libertad y la presión justas en los momentos oportunos, me abanderasteis para llegar hasta aquí. Gracias asimismo a Rachel Mills y al equipo de PFD por su gran profesionalidad y sus fabulosos consejos.

Y a mis queridos amigos lectores: muchas gracias por todo el tiempo y el amor que me habéis dedicado, por escucharme y leerme, por vuestro apoyo, vuestras críticas, por las correcciones... Y a Theanna Bischoff y mis compañeros del Centro de Escritores de Alexandra, en Calgary: Mary Chamberlain, Viv Graveson, Haroon Hassan, Fergal Keane, Laura McClelland, Elaine Morin, Alex Ruczaj, Saskia Sarginson y Lauren Trimble.

Vaya también un agradecimiento especial a tres personas: a mi apreciado suegro el doctor John Taylor por leer el primer borrador tantas veces y enviarme notas con ideas brillantes, y a mis queridas amigas Lorna Read, por revisar el texto original, y Brigitte Mierau, por enviarme correos y artículos sin fin para animarme y decirme que, fuera lo que fuese lo que estaba sintiendo, «formaba parte del proceso».

Y por supuesto a David, Anna y Maja. Sin vosotros, por siempre jamás, nada.

Nota de la autora

Siempre me ha fascinado viajar y explorar territorios nuevos, tanto en sentido figurado como literal. Los mapas me intrigan particularmente: ¿cómo algo «fáctico» puede ser también subjetivo, hasta el punto de que dos personas puedan dibujar dos planos distintos del mismo territorio? ¿Cómo trazar un nuevo mapa cuando comprendes que el antiguo se ha quedado obsoleto: qué retratar, qué dejar fuera, cómo organizar tus pensamientos? O, incluso, ya puestos, ¿qué es antes: el mapa o el territorio?... Con *La oscura luz del sol de medianoche* he tenido la posibilidad de indagar en algunas de estas cavilaciones y lo he disfrutado mucho.

En Suecia la industrialización comenzó relativamente tarde, a mediados del siglo XIX, y fue en gran medida en respuesta a las demandas (principalmente de madera) de otros países ya industrializados. El desarrollo no estuvo exento de vacilaciones. Era evidente que la modernización tenía que darse, y así sería, pero se debatió mucho sobre el ritmo en que debía hacerlo y los medios que habrían de permitirlo. Hubo quienes acogieron los cambios de buena gana, mientras que otros reivindicaban una vuelta al pasado menos complejo. Mucha gente se sintió presa de una alienación cada vez mayor, y empezaron a replantearse conceptos como los de nación, clase y género. Otros aprovecharon para especular y sacar partido de los cambios en cuanto la nación abolió las barreras comerciales. En este nuevo mundo el pedigrí perdió puntos frente al «quién eres» y «cuánto dinero tienes».

Bajo el reinado del rey Óscar I, el Parlamento sueco seguía estando compuesto por las mismas cuatro clases sociales —nobleza, clero, burguesía y campesinado— que había desde el siglo XV. Tal constructo era un reflejo pobre de la sociedad cambiante: la representación de la nobleza y el clero era sumamente desproporcionada, mientras que había grupos sin representación alguna, como por ejemplo quienes vivían de trabajar la tierra pero no la poseían, los obreros industriales y la clase media en ciernes (maestros, médicos, industriales...). A partir de la década de 1830, se extenderían las protestas y las exigencias de una mayor libertad y de una democracia real, pero la «democracia» seguía siendo para muchos «el gobierno de los violentos» y, por lo tanto, temida. Las revoluciones de 1848 y la agitación política que se propagó por toda Europa también sacudieron a Suecia. En la primera mitad del siglo XIX, las manifestaciones políticas se convirtieron en algo habitual, y en 1848 estalló tal violencia que fue necesaria la intervención del Ejército. En 1856 volverían a exigirse nuevas reformas, demandas que llevarían en última instancia a la abolición de la forma existente de parlamento y, en 1865, a la adaptación de un sistema bicameral, con una primera cámara elegida por los concejos de las provincias mayores y la segunda elegida en circunscripciones uninominales (aunque solo tenían derecho al voto hombres con ciertos ingresos).

La doble moral que reinaba en la sociedad era pasmosa. Se produjo lo que se dio

en llamarse «una guerra contra la sexualidad»: la mujer de verdad había de ser ignorante, inocente y asexual, además de responsable de la sexualidad del hombre. Sin embargo, desde mediados del siglo XIX, el movimiento feminista fue haciéndose cada vez más fuerte en Suecia, con sus exigencias de justicia económica y del derecho al voto. En 1858 una mujer soltera —por decisión propia— podía alcanzar la «edad legal» a los veinticinco años. En 1874 una nueva ley dotó a las mujeres casadas del derecho a decidir sobre sus ingresos, si bien siguió siendo una figura legal «menor» hasta 1921, año en que se garantizó el pleno derecho al voto a las mujeres.

La opinión pública sobre los samis era, en general, despectiva: su vida nómada se consideraba un estado de desarrollo inferior que acabaría extinguiéndose con el tiempo. La religión sami incluía prácticas de animismo (según el cual todos los objetos naturales tienen un alma), politeísmo (una pléyade de espíritus y dioses) y chamanismo (estados alterados de conciencia), pero la sistemática campaña de cristianización obligatoria del pueblo sami que llevaba activa desde el siglo XIV había rendido sus frutos y, hacia mediados del siglo XIX, los samis ya estaban en su mayoría cristianizados.

Suecia —en particular sus regiones centrales— ha sido desde el siglo XVII una de las principales exportadoras de hierro procesado al resto de Europa. En los siglos XVII y XVIII la atención se dirigió al norte, donde abundaban los árboles para producir el carbón que alimentaba los altos hornos, y, a mediados del siglo XVII, se levantaron fundiciones en distintos puntos. Sin embargo, las distancias eran enormes y el clima implacable. Según Alf W. Axelson en *Gällivare-verken*, transportar hierro desde las minas del centro de Suecia hasta el norte para fundirlo allí en sus altos hornos resultaba más barato que utilizar el hierro de la propia región. Las fundiciones y las tierras que las rodeaban fueron adquiridas a principios del siglo XIX por el propio monarca y recibieron la denominación conjunta de «Gällivare-verken», pero las pérdidas siguieron siendo superiores a los beneficios. Ya en 1840 el trabajo se centraba más en la industria de los aserraderos que del hierro, y en 1855 la Corona consiguió encontrar un comprador de estos activos en un consorcio sueco-noruego que más tarde se transformaría en la sociedad limitada Gällivara, fundada en Londres en 1860. Así y todo, hasta que no se construyó el ferrocarril y se inventaron los procesos para desarrollar hierro fosfórico, hacia 1888, no empezó la minería a gran escala.

Hasta ahí la dosis de realidad. Volvamos ahora a nuestra cartografía, nuestro Blackåsen y el relato. Desde un primer momento quise que uno de mis personajes fuera un hombre de ciencia, alguien «sin pedigrí» pero exitoso, con la idea de que representara lo que esa sociedad tenía de «nuevo», y poder contraponerlo así con alguien que miraba al mundo desde una óptica muy distinta (que con el tiempo se convertiría en el personaje sami de Biijá/Ester). Y quería escribir sobre mapas. Había trabajado hasta tal punto el Blackåsen como «lugar» en mi primer libro, *El invierno*

más largo, que sentía la necesidad de abordar la montaña y su naturaleza de un modo distinto, a un nivel más profundo. Así fue como Magnus se convirtió en mineralogista —o geólogo, como lo llamamos hoy en día— y el Blackåsen fue dotado de un gran yacimiento de hierro. En octubre de 2014 estaba desayunando con un amigo muy querido, el geólogo Mike Daly, por Piccadilly, en Londres, y empezamos a hablar de los antiguos cultos samis, de que estaban muy vinculados con lugares sagrados — piedras, madera, una piedra o una roca fuera de lo normal, o incluso una montaña entera—, e intentábamos imaginarnos qué debió de sentir un sami al ver aparecer a un geólogo que quisiera explotar estos mismos sitios. También conversamos sobre cómo se hace un mapa geológico desde cero, y qué conocimientos podía tener alguien como Magnus en esa época. Llevado por un impulso, Mike me llevó a la Sociedad Geológica, que tiene su sede en la Burlington House. Era muy temprano y todavía no habían abierto, de modo que nos quedamos esperando en la acera (yo preocupada por si perdía un vuelo y, Mike, que sin duda viajaba más que yo, tan tranquilo), pero la espera mereció la pena. En la Sociedad Geológica está expuesto «el mapa que cambió el mundo» (tal y como se califica en el libro homónimo de Simon Winchester). Se trata del primer mapa geológico real que se hizo en el mundo, una representación grabada y coloreada de Inglaterra y Gales que quita el sentido. Está fechado en 1815 y es obra de William Smith, un ingeniero de canales que descubrió que podían seguirse capas de rocas a través de toda una nación y más allá, lo que permitía dibujar las entrañas de la tierra. Es increíble pensar que fue así, gracias al trabajo de un solo hombre, como empezó nuestra comprensión geológica del mundo.

Le he dado al bloque de hierro del interior del Blackåsen la misma forma y características que el Kiirunavaara, del condado de Kiruna, una montaña que contiene uno de los mayores volúmenes de hierro puro: lo suficientemente grande para tener su importancia y lo suficientemente remoto para ser problemático (aparte de fosfórico). En el Kiirunavaara no hay oro en la cantidad que he descrito en el caso del Blackåsen y, siendo sincera, rara vez el oro se da en vetas tan grandes que puedan verse a simple vista. Pero a veces pasa...

Dotar de una ubicación real a un monte ficticio como el Blackåsen me provocaba muchas inquietudes. Pero, dado que los mapas eran un elemento importante en la narración, sentía que debía dar su posición exacta. Espero que a los habitantes actuales de esa tierra no les importe que de pronto les aparezca una montaña allí en medio. Y encima una que está maldita...

En el libro se habla de «lapones» porque era así como se conocía por entonces al pueblo sami. Tal y como se ha mencionado, estaban ya cristianizados en la época. Es posible que la rebelión contra sus propios líderes religiosos, sus *noidades*, ocurriera antes de lo descrito en el libro, pero yo me preguntaba... utilizaré mejor las palabras de Frederika, un personaje de *El invierno más largo*: «Si en el pasado habías considerado verdaderas tus creencias, ¿podías dejarlas totalmente atrás, una vez que

las habías rechazado, o llevabas siempre contigo esa otra forma de vida?». Quería indagar más en esta experiencia de estar dividido entre dos paisajes religiosos. Y, como se cree que los laberintos de piedra siguieron construyéndose hasta 1850, decidí darle cabida a este conflicto en el libro.

La rebelión de Kautokeino tuvo lugar en 1852 cuando un grupo de samis atacaron y asesinaron a representantes de las autoridades noruegas de esa población. Es muy posible que los acontecimientos fueran una reacción al estatus inferior de los samis en la sociedad noruega, y estuvieron muy ligados a un movimiento revisionista cristiano impulsado por el sacerdote Lars Levi Laestadius, que predicaba la igualdad de los samis.

Hay múltiples relatos sobre la actitud negativa de este pueblo ante la explotación minera de Laponia..., y no es de extrañar. En 1634 Suecia descubrió plata en Nasafjäll, cerca de la frontera con Noruega, e intentó alentar la colonización de esta zona con poco éxito. Para ello, se obligó a los samis a transportar el mineral con sus renos durante periodos de tres años, arrancándolos de cuajo de su rutina.

La última ejecución en Luleå se produjo en 1828. La última en Suecia, en 1910.

La escuela de minas de Falun existe pero, que yo sepa, no entregaban ninguna insignia a los alumnos.

Los principales personajes de este libro son ficticios, incluso aunque tengan cargos oficiales reales.